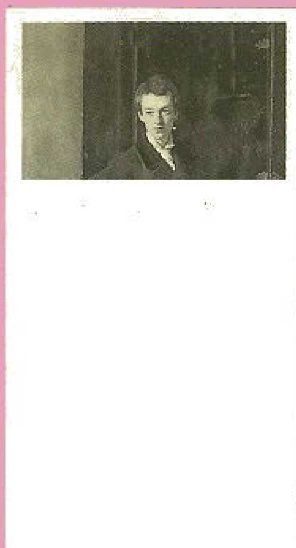
Volumen 1



Mi vida y mis amores

Frank Harris

La sonrisa vertical



Cuando, en un mes de agosto neoyorquino, probablemente por los albores de los años veinte, Frank Harris se sentó a escribir sus memorias, no podía imaginar que *Mi vida y mis amores* se convertiría en un clásico de la literatura erótica. Porque Harris, en ellas, no se limitó, como en cambio lo hizo su inmediato predecesor, el autor anónimo de Mi vida secreta, al relato exclusivo de sus muy numerosas y notables aventuras sexuales. También hace, cual un Casanova del siglo veinte, la crónica inteligente e irónica de su época, por cierto bastante movida, llena de innovaciones y cambios sociales.



Frank Harris

Mi vida y mis amores I

La sonrisa vertical - 27/1

ePub r1.3

Titivillus 10.11.15

Título original: *My life and loves*
Frank Harris, 1922
Traducción: Susana Constante

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nota del editor

Frank Harris nació en Inglaterra en 1855 y vivió setenta y seis años, a caballo entre dos siglos. La suya fue una vida de constante inquietud, movida por una incontenible vitalidad, tanto en el período de mayor brillantez y éxito como en los últimos años, cuando fue prácticamente arrancado y separado de la sociedad. No es descabellado pensar que, si Frank Harris no hubiera escrito su autobiografía, hoy sería aún recordado como uno de los personajes más singulares de una época en la que se produjeron las grandes conmociones científicas, sociales, políticas, artísticas y literarias que conformarían al hombre del siglo XX. *Pero Harris, en una tarde de agosto neoyorkino, se sentó a redactar* Mi vida y mis amores *y, no bien hubo publicado el primero de los cinco tomos que se proponía escribir, cayó en la cuenta de que se había adelantado en muchos años a sus contemporáneos, quienes, pese al «muevo espíritu» con que empezaron a protagonizar aquellos locos años veinte, no pudieron aceptar y asumir la cruda sinceridad de unas memorias que no sólo eludían ese aspecto esencial en la vida de cualquier ser humano que es la actividad sexual, sino que se deleitaban en la descripción detallada de incontables aventuras amorosas. Pocos fueron capaces de comprender el esfuerzo le Frank Harris por concebir su autobiografía como una auténtica confesión. «¿Cómo se puede ofrecer un retrato comprensible de cualquier hombre o cualquier mujer sin mencionar siquiera ese aspecto de la vida que ejerce sobre nosotros la mayor de las influencias?», escribió Harris m una carta dirigida a Ernest Dewey, quien le felicitaba por su biografía de Oscar Wilde.*

Así pues y de no haber pasado a ser, a causa de sus memorias, «el hombre que hay que olvidar», Frank Harris, podría seguir siendo reconocido hoy como un incomparable editor de periódicos, un notable biógrafo y crítico literario, y un muy apreciable autor de cuentos. No puede ignorarse la labor de Harris, durante largos años, al frente le importantes publicaciones: aún desconocido y sin relaciones, consiguió, a los veintisiete años, ser director del Evening News*; a los treinta, del* Fortnightly Review *al que le dio no sólo nueva vida, sino mayor tiraje;*

y, a los treinta y ocho, pasó a ser editor y propietario del por entonces moribundo Saturday Review*, al que convirtió, según los entendidos, en uno de los mejores periódicos jamás publicados en Londres. Éste fue, sin duda, el período más activo y brillante de la vida de Frank Harris. Frecuentaba la casa real y a los pares del reino, asistía a todas las reuniones sociales y políticas, polemizaba con los pensadores y escritores del momento y se convirtió en un sibarita, amante de la buena mesa y de muchas mujeres hermosas.*

Tampoco puede pasarse por alto su actividad como escritor. Ahí están sus biografías críticas de Oscar Wilde *y* Bernard Shaw*, sus estudios sobre* Shakespeare *y sus numerosos libros de cuentos, en particular los dos primeros, considerados hasta hoy por los especialistas como los mejores de su obra:* Eider Conklin and other Stories *(1894) y* Montes, the Matador and other Stories *(1900).*

De la lectura de dos importantes biografías de Frank Harris, Frank Harris, a Biography *(1947) de E. Merrill Root, quien de un modo algo confuso toma su defensa y le es favorable, y* Frank Harris: the Life and Loves of a Scoundrel *(1959) de Vincent Brome, quien, en cambio, se dedica a destruir tanto a la persona como la obra de Harris, puede trazarse con bastante claridad un retrato de la personalidad de autor tan contradictorio. En realidad, era un hombre impregnado de la actitud romántica de la primera mitad del siglo XIX. Creía en sí mismo como suele creerse en Dios y se autoestimaba al punto de considerarse el igual de Shakespeare, por cuya obra profesó toda su vida un sentimiento cercano a la idolatría. Este convencimiento de poder aprehenderlo todo le otorgaba —qué duda cabe— una arrogancia y un tono petulante y despreciativo (al menos así se interpretaban) al dirigirse a las personas que le rodeaban, colaboradores y amigos, que, poco a poco, fue creando a su alrededor un cerco de antipatía. No obstante, Harris fue, al parecer, un amigo generoso, y jamás manifestó mezquindad, ni se metió en sórdidas pullas. Su franqueza le valió ser considerado indiscreto e impertinente, y le costó naturalmente el aprecio de muchos. No obstante, era un hombre solicitado porque todos le reconocían sus dotes de gran conversador y provocador de polémicas. Oscar Wilde solía comentar: «Frank Harris es recibido en todos los salones importantes… una sola vez», y Bernard Shaw añadía: «Es un pirata social, que espera que los*

demás hagan honor a los bienes y propiedades que él ataca».

Como romántico, no podía eludir el compromiso político y la lucha por la libertad del individuo. Así, no sólo comentaba abiertamente su amistad con Wilde —cosa que evitaban hacer públicamente incluso sus mejores amigos a causa de su homosexualidad—, sino que lo defendió desde la tribuna de sus periódicos con ocasión de su juicio y condena. Los cambios profundos que tuvieron lugar a finales del siglo pasado hasta muy avanzado el nuestro no podían dejar indiferente a un hombre como Harris, quien reaccionaba de una forma espontánea y vital a los hechos, a las ideas y a los actos de sus contemporáneos, que vivieron divididos entre el respeto a la tradición y la simpatía por la innovación y el progreso. Precisamente en Mi vida y mis amores *narra, como protagonista y cronista observador, los sobresaltos que estos cambios producían en la sociedad de aquellos tiempos.*

A partir de 1910, Frank Harris, esencialmente debido a su carácter irascible e intolerante, fue quedando aislado, o se fue aislando él mismo, la cuestión es que diez años después vivía modestamente y apartado de cualquier actividad pública. A una persona ya por entonces desprestigiada y, en cierto modo, despreciada, sólo le faltaba el ataque definitivo y feroz de sus detractores a la publicación del primer volumen de sus memorias. No obstante, nadie podía negar —y hoy en día aún menos— que Mi vida y mis amores *es una de las más sinceras confesiones que jamás se hayan publicado abiertamente y sin ocultaciones, si bien el tono desenfadado, y con frecuencia petulante, induzca a pensar que hay mucho más de fanfarronería que de verdad. Pocos fueron entonces los que comprendieron el valor de testimonio y crónica de esta autobiografía eh el mundo literario que, pese a vivir los trastornos liberadores de los vanguardismos de la época, se encontró desarmado y sin argumentos —salvo honrosas excepciones— ante semejante «escándalo», optando, como siempre lo ha hecho en estos casos, por el silencio o por el ataque personal.*

Los volúmenes I y II de Mi vida y mis amores *fueron concebidos cronológicamente y, a todas luces, con entusiasmo. Los volúmenes III y IV son menos sistemáticos, aunque se atienen a la estructura cronológica del conjunto. El V, en cambio, parece haber sido escrito como para paliar omisiones, según Harris, importantes de los tomos anteriores. Es*

curioso notar, a lo largo de los cinco tomos, la mezcla de desaliento que invadió a Harris ante la reacción de sus contemporáneos y su tenacidad, pese a todo, en no dejar absolutamente nada olvidado en el tintero. A aquellos que hoy, como los de ayer, consideren algunas de las aventuras aquí narradas una estrambótica exageración, debemos advertir que la vida de Harris fue, de hecho, una vida poco corriente, extraordinaria, y que, en todo momento, Harris estuvo convencido de que una autobiografía debe ser absolutamente «honesta», o no debe ser.

Publicaremos la traducción al castellano de Mi vida y mis amores *en cuatro volúmenes: el primero, el segundo y el tercero tomo ocuparán cada uno un volumen, y los tomos IV y V, más breves, se publicarán juntos en uno solo. Allí donde hemos podido aportar al texto de Harris alguna aclaración, o precisión, en particular acerca de los personajes y de los hechos históricos que menciona, hemos añadido una nota a pie de página con el fin de situar mejor al lector en los tiempos de la narración.*

Según aseguran sus biógrafos, Harris terminó atormentado por su propia megalomanía, pues jamás quiso reconocer como fracasos las adversidades que él mismo se creó. Creemos conveniente reproducir aquí, a modo de «retrato» personal de Harris, un fragmento del texto que escribió el gran dramaturgo inglés Bernard Shaw como nota a la biografía crítica que de él había publicado Harris:

«Harris sufría intensas y repetidas desilusiones y desencantos. Como Hedda Gabler [el personaje de Ibsen], estaba atormentado por el sentimiento de la sordidez de las realidades comunes, que constituyen una parte tan importante de la vida. No sólo le desilusionaba la gente que no hacía nada espléndido, Bino que despreciaba ferozmente a quienes no deseaban que otros hicieran algo espléndido. (…) Frank era un hombre de magníficas visiones, expectativas irracionales y apetitos violentos, que no podían sino relacionarse con la literatura romántica, y también con la impetuosa retórica de Shakespeare. Difícilmente exagere quien diga que en los últimos tiempos discutía con todo el mundo, excepto con Shakespeare. (…) Atravesó Londres cual destellante cometa, dejando tras de sí un rastro de personas profundamente molestas; y atravesó Norteamérica como un meteoro… Luego, se retiró a Niza y se transformó en una especie de sabio de la literatura. (…) Impresionaba mucho a los jóvenes dandies *que se rebelaban contra la*

bourgeoisie*, cosa que pude comprobar personalmente porque, cuando, después, acudían a mí, me veía obligado a medir mis palabras para no herirles con la más mínima frivolidad acerca de su persona… Creo conocer bien las objeciones de sus detractores, pero, si yo tuviera que escribir su epitafio, pondría: "Aquí yace un hombre de letras que odiaba la crueldad, la injusticia y él arte malo, y nunca los escatimó en su propio interés. RIP"».*

Prólogo

Go, soul, the
body’s
guest,
Upon a thankcless errand:
Fear not to touch the best,
The Truth shall be thy warrant[1]

Aquí, en el calor ardiente de un agosto americano, entre la prisa y el desorden de Nueva York, me siento para escribir mi última declaración de Fe, como prefacio o prólogo a la historia de mi vida. Terminará por ser leída con el mismo espíritu con que fue escrita y no pido nada mejor. Mi actividad periodística durante la guerra y después del armisticio me ha acarreado procesos iniciados por el gobierno federal. Las autoridades de Washington me acusaron de sedición y, aunque el tercer director general de Correos, el exgobernador Dockery, de Missouri, que fue elegido por el departamento como juez, proclamó mi inocencia y me aseguró que no volvería a ser procesado, mi revista («Pearson’s») fue retenida una y otra vez reduciendo así su circulación a un tercio. Fui arruinado por la persecución ilegal del presidente Wilson y su superasistente Burleson y, cuando pedí compensación, se rieron de mí. Según parece, el gobierno americano es demasiado pobre como para pagar sus deshonestos errores.

Registro este hecho vergonzoso en beneficio de aquellos Rebeldes y Amantes del Ideal que se encontrarán sin duda, en el futuro, en un apuro similar al mío. En cuanto a mí, no me quejo. En general, he sido mejor tratado por la vida que el hombre medio y he recibido más tolerancia amorosa de la que tal vez merecía. No me quejo.

Si América no me hubiera reducido a la penuria, probablemente

no hubiera escrito este libro con la audacia que el ideal requería. Frente a la última embestida del Destino (estoy mucho más cerca de los setenta que de los sesenta), todos estamos dispuestos a sacrificar parte de la Verdad en beneficio del reconocimiento gentil de nuestros contemporáneos y de un final apacible. Siendo, como dicen los franceses, «ese animal malvado que se defiende cuando es atacado», me revuelvo finalmente sin malicia alguna, espero, pero también sin ninguno de esos miedos que puede provocar el compromiso. Siempre he luchado por el Santo Espíritu de la Verdad y he sido, como Heine dice de sí mismo, un soldado valeroso de la Guerra de Liberación de la Humanidad. Una batalla más, la mejor y la última.

Hay dos grandes tradiciones de escritura inglesa: una de libertad perfecta, la de Chaucer y Shakespeare, totalmente franca, con cierta fascinación por los detalles lascivos y la obscenidad ingeniosa, el lenguaje de un hombre; la otra, emasculada cada vez más por el puritanismo y, a partir de la Revolución francesa, castrada hasta el decoro más absoluto, porque ese levantamiento llevó al poder a la clase media analfabeta, asegurando así la dominación de las lectoras virginales. Bajo Victoria, la prosa inglesa se hizo literalmente medio infantil, como sucede en cuentos como «Little Mary»; o, en el mejor de los casos, provinciana, como puede comprobar cualquiera que se tome la molestia de comparar la influencia en la realidad de Dickens, Trackeray y Reade[2] con la de Balzac, Flaubert o Zola.

Obras maestras extranjeras, como *Les contes drolatiques* y *L'asommoir*, fueron destruidas en Londres por obscenas y por orden de un magistrado. Hasta la Biblia y Shakespeare fueron expurgados, y emperejilaron todos los libros hasta llevarlos al nivel de decoro pacato de la escuela dominical inglesa. Y América, con humildad poco recomendable, ahondó el ejemplo desdichado y estúpido.

Durante toda mi vida me he rebelado contra este canon de comportamiento de solterona, y mi rebelión no ha hecho más que aumentar a medida que pasaban los años.

En el prólogo a *The Man Shakespeare*, traté de demostrar cómo el puritanismo que había desaparecido de nuestra moral se había introducido en el lenguaje, debilitando el pensamiento inglés y

empobreciendo la lengua.

Finalmente, regreso a la vieja tradición inglesa. Estoy decidido a decir la verdad acerca de mi peregrinación por el mundo, toda la verdad y nada más que la verdad, sobre mí y sobre otros, y trataré de ser con ellos por lo menos tan gentil como conmigo mismo.

Bernard Shaw me asegura que no hay nadie lo bastante bueno, o lo bastante malo, como para decir la verdad desnuda sobre sí mismo, pero a este respecto estoy más allá del bien y del mal.

Ahí está la literatura francesa para darnos el ejemplo y la inspiración. Es la más libre en la discusión de asuntos sexuales, y principalmente a causa de su preocupación constante por todo lo que tenga que ver con la pasión y el deseo se ha transformado en la literatura universal para hombres de todas las razas.

«Las mujeres y el amor —escribe Edmond de Goncourt en su diario—, siempre constituyen el tema de conversación dondequiera que haya una reunión de intelectuales socialmente reunidos por la comida y la bebida. Durante la cena, nuestra conversación fue primero licenciosa (*polissonne*), y Turgueniev nos escuchaba con la boca abierta por el asombro (*un peu méduse l'étonnement*) de un bárbaro que sólo hace el amor (*fait l'amour*) muy naturalmente (*très naturellement*)».

Quien lea cuidadosamente este pasaje, comprenderá cuál es la libertad que intento ejercer. Pero no me dejaré amordazar ni siquiera por las convenciones francesas. De la misma manera que, en pintura, nuestro conocimiento de lo que han hecho los chinos y japoneses ha alterado nuestra concepción de este arte, así los hindúes y birmanos han ampliado nuestra comprensión del arte del amor. Recuerdo haber visitado el Museo Británico con Rodin, sorprendiéndome por el tiempo que pasaba inclinado sobre los pequeños ídolos y las figuras de los isleños de los mares del Sur: «Algunos son triviales» —dijo—, «pero mira eso, y eso y eso… obras de arte de las que cualquiera estaría orgulloso. ¡Cosas bellas!».

El arte se ha vuelto uno con la humanidad, y algunas de mis experiencias con los llamados salvajes pueden resultar interesantes incluso para los europeos más cultos.

Tengo la intención de contar lo que la vida me ha enseñado y, si

comienzo por el ABC del amor, es porque fui criado en Inglaterra y los Estados Unidos. Pero no me detendré ahí.

Por supuesto, sé que la publicación de un libro como este justificará de manera instantánea lo peor que mis enemigos han dicho de mí. Hace ya cuarenta años que soy el campeón de casi todas las causas impopulares, y por lo tanto me he hecho muchos enemigos; ahora podrán satisfacer su malicia al tiempo que cosecharán laureles por su previsión. En sí mismo, el libro disgustará seguramente a los «consejeros» y los mediocres de todas clases que siempre me han tratado mal. Tampoco tengo dudas de que muchos amantes sinceros de la literatura, que aceptarían gustosos el tipo de licencia que usan los escritores franceses, me condenarán por ir más allá de ese límite. No obstante, hay muchas razones por las cuales debo ejercer una libertad perfecta en este último libro.

En primer lugar, cometí espantosos errores al comienzo de mi vida, y los vi cometer también por otros jóvenes, por pura ignorancia; quiero advertir a los jóvenes impresionables contra los bancos de arena y ocultos arrecifes del océano de la vida y esbozar la carta marina, por decirlo así, en el comienzo del viaje, cuando el peligro es mayor, de esas «aguas no holladas».

Por otro lado, me perdí placeres indescriptibles, porque al comienzo de la vida la capacidad para gozar y dar deleite es más pronunciada, mientras que la comprensión de cómo dar y cómo recibir placer llega mucho más tarde, cuando nuestras facultades ya declinan.

Acostumbraba a ilustrar el absurdo de nuestro actual sistema educativo mediante una analogía pintoresca: «Cuando me estaban enseñando a disparar» —dije—, «mi padre terrenal me dio primero un revólver, y, cuando vio que había aprendido el mecanismo y podía confiar en mí, me dio un arma de dos cañones. Pocos años después, adquirí un fusil de repetición que, si era necesario, podía disparar una docena de veces sin ser recargado, y mi eficiencia aumentó con mi conocimiento.

»Mi Creador, o Padre Celestial, por otro lado, me dio, por decirlo así, cuando no tenía ninguna experiencia y acababa de entrar en la adolescencia, un fusil a repetición sexual, y apenas había yo aprendido su uso y disfrute, me lo quitó para siempre, dándome en

su lugar una escopeta de dos caños. Unos años después, me la quitó, dándome en su lugar un revólver con el que fui forzado a contentarme durante la mejor parte de mi vida.

»Hacia el final, el revólver empezó a dar señales de desgaste y vejez. A veces, se disparaba demasiado pronto; a veces fallaba el tiro y me avergonzaba, por mucho que hiciera».

Quiero enseñar a los jóvenes a usar su fusil a repetición sexual de modo que les dure años, y cuando lleguen a la escopeta de dos caños, cómo deben cuidarla de modo que el arma les preste rendido servicio hasta bien entrados los cincuenta, consiguiendo así que el revólver les dé placer hasta los setenta.

Además, no sólo deseo aumentar así la suma de felicidad en el mundo al tiempo que decrecen los dolores o la incapacidad de los hombres, sino que deseo también dar un ejemplo y alentar a otros escritores a continuar el trabajo. Estoy seguro de que será beneficioso y agradable.

En *A Novelist on Novels*, W. L. George escribe: «Si el novelista desarrollara imparcialmente sus personajes, una novela de trescientas páginas podría transformarse en una de quinientas. Las doscientas páginas adicionales estarían constituidas por las preocupaciones sexuales de los personajes. Habría tantas escenas en el dormitorio como en el comedor; probablemente más, porque se pasa más tiempo durmiendo. Las doscientas páginas adicionales ofrecerían imágenes de la parte sexual de los personajes, obligándolos a vivir; actualmente, fracasan con frecuencia porque sólo se desarrollan, digamos, cinco de los seis aspectos… Nuestros personajes literarios son personajes fallidos, porque se retrata minuciosamente sus características ordinarias, mientras que se encubre, se minimiza, o se deja de lado su vida sexual… Por lo tanto, los personajes de la novela moderna son falsos. Son megalocéfalos y emasculados. Las mujeres inglesas hablan mucho de sexo… Es una posición cruel para la novela inglesa. El novelista puede tratar cualquier tema, excepto la principal preocupación de la vida… Estamos obligados a recurrir al asesinato, al robo y al incendio premeditados que, como todos sabemos, son cosas perfectamente morales».

Pura es la nieve, hasta que se mezcla con el fuego,
pero nunca tan pura como el fuego.

Hay todavía razones más importantes de las que no he hablado todavía, para decir francamente la verdad. Ha llegado el momento en el que aquellos que son, como dice Shakespeare, «espías de Dios», habiendo aprendido el misterio de las cosas, sean llamados a consejo, porque los líderes políticos ordinarios han llevado a la humanidad al desastre: ¡ciegos líderes de ciegos!

Como lo predijo Carlyle y cualquiera con un poco de visión, nos hemos precipitado en el Niágara y ahora, como maderos flotantes, nos movemos en redondo, impotentes, sin saber hacia dónde o por qué.

Una cosa es cierta: nos merecemos la miseria en la que hemos caído. ¡Las leyes de este mundo son inexorables y no engañan! ¿Dónde, cuándo, cómo nos hemos extraviado? La enfermedad es tan amplia como la civilización que, afortunadamente, arrincona la inquisición en el tiempo.

Desde que, hacia fines del siglo dieciocho, comenzó nuestra conquista de las fuerzas naturales y la riqueza material se acrecentó velozmente, nuestra conducta se ha ido deteriorando. Hasta ese momento habíamos ahorrado, al menos de palabra, el Evangelio de Cristo, y en alguna medida habíamos otorgado consideración, si no amor, a nuestro prójimo; no pagábamos el diezmo a la caridad, pero dábamos pequeñas limosnas, hasta que de pronto vino la ciencia a reforzar nuestro egoísmo con un nuevo mensaje: el progreso adviene mediante la eliminación de los no aptos, se nos dijo, y se alabó como un deber la autoafirmación. Nació la idea del Superhombre y de la Voluntad de Poder, y así se desechó la enseñanza de amor, piedad y bondad de Cristo.

De inmediato, nosotros, los hombres, nos entregamos al error y nuestra iniquidad adquirió formas monstruosas.

El credo que profesábamos y el que practicábamos eran totalmente opuestos. Creo que en ningún otro momento de la Historia hubo tal confusión en la idea humana de la conducta; nunca hubieron tantos ideales diferentes para guiarlo. Es de absoluta necesidad que aclaremos este lodo y veamos por qué nos hemos equivocado, y dónde.

Porque la guerra mundial es sólo el último de una serie de actos diabólicos que han conmovido la conciencia de la humanidad. Durante el último medio siglo, se han cometido los mayores

crímenes jamás registrados, casi sin protesta por parte de las naciones civilizadas que siguen llamándose cristianas. Quienquiera que haya observado los asuntos humanos durante el último medio siglo debe reconocer que nuestro progreso ha ido haciéndose en la dirección del infierno.

Las espantosas masacres y mutilaciones de decenas de miles de mujeres y niños en el Estado libre del Congo, sin protesta por parte de Gran Bretaña, que podría haberlas detenido con una sola palabra, forman parte seguramente del mismo espíritu: que dirigió el abominable bloqueo (proseguido por Gran Bretaña y América hasta mucho después del armisticio) que condenó a cientos y miles de mujeres y niños de nuestra propia sangre a la muerte por inanición. La increíble mezquindad y el fraude confesado de la Paz de Versalles, con todas sus trágicas consecuencias, desde Vladivostok a Londres, y finalmente la desvergonzada y cobarde guerra impuesta a Rusia, por dinero, por los Aliados y América, nos demuestran que hemos estado asistiendo al derrumbe de toda moral y regresado a la ética del lobo y al gobierno del Latrocinio doméstico.

Y nuestros actos públicos como nación corren paralelos a nuestro tratamiento del prójimo dentro de la comunidad. Para la pequeña minoría, han aumentado de manera extraordinaria los placeres de la vida, disminuyendo en gran medida los dolores y pesares de la existencia, pero la gran mayoría, incluso de personas civilizadas, apenas ha sido admitida al reparto de los beneficios de nuestro sorprendente progreso material. Los barrios bajos de nuestras ciudades exhiben el mismo espíritu que hemos ejercido en nuestro tratamiento de las razas más débiles. No es ningún secreto que más del cincuenta por ciento de los voluntarios ingleses en la guerra estaban por debajo de las escasísimas exigencias físicas requeridas, y tampoco que alrededor de la mitad de nuestros soldados americanos eran imbéciles con la inteligencia de niños menores de doce años. *Vae victis* ha sido nuestro lema, y los resultados han sido escalofriantes. Es evidente que hemos llegado al fin de una etapa y que debemos pensar en el futuro.

La religión que ha dirigido, real o supuestamente, nuestra conducta durante diecinueve siglos, ha sido descartada. Hasta el divino espíritu de Cristo fue arrojado lejos por Nietzsche, como

quien tira el hacha después del mango o, para usar una mejor analogía alemana, al niño junto con el agua del baño. La estúpida moral sexual de Pablo ha desacreditado todo el Evangelio: Pablo era impotente; de hecho alardeaba de no sentir deseos sexuales y deseaba que todos los hombres fuesen como él en este aspecto, del mismo modo que el zorro de la fábula que, habiendo perdido su cola, deseaba que todos los otros zorros fueran mutilados de la misma manera, para alcanzar su perfección.

A menudo digo que a las iglesias cristianas se les ofrecieron dos cosas: el espíritu de Jesús y la estúpida moralidad de Pablo, y todas rechazaron la inspiración más alta y se tomaron en serio la prohibición increíblemente baja y estúpida. Siguiendo a Pablo, hemos transformado a la diosa del amor en un demonio y hemos degradado el impulso fundamental de nuestro ser, transformándolo en un pecado capital; y, sin embargo, todo lo que en nuestra naturaleza es alto y ennoblecedor surge directamente de nuestro instinto sexual.

Grant Allen dice con toda razón: «Su alianza fue hecha con todo lo que en nosotros hay de más puro y hermoso. A él debemos nuestro amor por los colores brillantes, las formas graciosas, el sonido melodioso, el movimiento rítmico. A él le debemos la evolución de la música, la poesía, el romance, las *belles lettres*, la pintura, la escultura, el arte decorativo y el teatro. A él debemos la existencia de nuestro sentido estético, que en última instancia es un atributo sexual secundario. De él surge el amor por la belleza. Todas las artes han hecho de él su centro. Su aroma sutil impregna toda literatura. Y a él le debemos las relaciones paternales, maternales y maritales, el nacimiento de los afectos, el amor por los piececitos y la risa del bebé».

Y esta declaración científica está incompleta. El instinto sexual no es sólo la fuerza inspiradora de todo arte y toda literatura; es también nuestro principal maestro de ternura, haciendo de la gentileza amorosa un ideal, luchando así contra la crueldad y la aspereza y ese juicio erróneo de nuestro prójimo que los hombres llamamos justicia. En mi opinión, la crueldad es el único pecado diabólico que debe ser barrido de la vida y al cual debe oponérsele todo.

La condena que Pablo hace del cuerpo y sus deseos está en

contradicción directa con la dulce enseñanza de Jesús, y es idiota en sí misma. Rechazo el Paulismo tan apasionadamente como acepto el Evangelio de Cristo. En lo que se refiere al cuerpo, regreso a los ideales paganos, a Eros y Afrodita y

> La hermosa humanidad de la vieja religión[3].

Pablo y las iglesias cristianas han ensuciado el deseo, degradado a las mujeres, rebajado la procreación, vulgarizado y difamado nuestro mejor instinto.

> Los sacerdotes de negros vestidos hacen su ronda,
> amordazando con zarzas mis alegrías y deseos[4].

Y lo peor de todo es que la más alta función del hombre ha sido degradada con palabras inmundas, de modo que es casi imposible escribir el himno de alegría del cuerpo tal como debería ser escrito. En este aspecto, los poetas han sido casi tan culpables como los sacerdotes: Aristófanes y Rabelais son obscenos, sucios; Bocaccio es cínico; mientras que Ovidio incita a sangre fría y Zola, como Chaucer, encuentra difícil adecuar el lenguaje a sus deseos. Walt Whitman es mejor, aunque con frecuencia recurre simplemente al lugar común. La Biblia es la mejor, pero no lo bastante franca, ¡ni siquiera en la noble canción de Salomón que, aquí y allá, por pura imaginación, se las arregla para transmitir lo inefable!

Estamos comenzando a rechazar el puritanismo y sus mojigaterías indecibles y estúpidas; pero el catolicismo es tan malo como el puritanismo. Vayan a la Galería Vaticana y a la gran iglesia de San Pedro, en Roma, y descubrirán que las más bellas figuras del arte antiguo están vestidas con trajes de hojalata pintada, como si los órganos más importantes del cuerpo fueran desagradables y tuvieran que ocultarse.

Yo digo que el cuerpo es hermoso y debe ser elevado y dignificado para que lo reverenciemos; amo el cuerpo más que cualquier pagano y amo también el alma y sus aspiraciones; para mí el cuerpo y el alma son igualmente hermosos y dedicados al Amor y su adoración.

Mis lealtades no están divididas y lo que predico hoy, entre la burla y el odio de los hombres, será universalmente aceptado mañana; porque, en mi visión, mil años son como un solo día.

Debemos reunir el alma del paganismo, su amor por la belleza, el arte y la literatura, con el alma del cristianismo y su ternura amorosa, haciendo una nueva síntesis que incluirá todos los impulsos dulces, gentiles y nobles que hay en nosotros.

Lo que todos necesitamos es un poco más del espíritu de Jesús. Debemos aprender con Shakespeare: «¡Perdón es la palabra para todos!».

Y también quiero poner ante los hombres este ideal pagano-cristiano, como el más alto y más humano.

Ahora, una palabra para los míos y sus peculiares defectos. La combatividad dominadora anglosajona es, en nuestro momento actual, el mayor de los peligros para la humanidad. Los americanos están orgullosos de haber eliminado a los Pieles Rojas, robándoles sus posesiones, y también de quemar y torturar a los negros en el sagrado nombre de la igualdad. Debemos, a toda costa, desprendernos de nuestras hipocresías y falsedades y vernos tal como somos: una raza dominadora, vengativa y brutal, tal como quedó demostrado en Haití. Debemos estudiar los efectos inevitables de nuestro egoísmo sin alma y sin cerebro, tal como quedaron expuestos en la guerra mundial.

Hay que desechar el ideal germánico, que es también el ideal inglés y americano, del macho conquistador que desprecia a toda raza más débil y menos inteligente y anhela esclavizarla o aniquilarla. Hace cien años, había sólo quince millones de ingleses y americanos; hoy hay cerca de doscientos millones, y es evidente que, en un siglo más, serán los más numerosos así como son ya la raza más poderosa de la tierra.

El pueblo más numeroso que hay por ahora, el chino, ha dado un buen ejemplo permaneciendo dentro de sus fronteras, pero estos anglosajones conquistadores y colonizadores amenazan con ocupar la tierra y destruir todas las otras variedades de la especie hombre. Aún ahora aniquilamos al Piel Roja, porque no se pliega a nosotros, mientras nos contentamos con degradar al negro, que no amenaza nuestra dominación.

¿Es sabio desear sólo una flor del jardín de este mundo? ¿Es sabio eliminar las mejores variedades mientras preservamos la inferior?

Y el ideal de individuo de los anglosajones es aún más bajo e

inadecuado. Empeñado en satisfacer su lascivia conquistadora, ha obligado a la hembra de la especie a una castidad contranatura, tanto de pensamiento como de hecho y de palabra. Ha transformado a su esposa en una humilde sirvienta o esclava prestigiosa (*die Hausfrau*), que apenas tiene intereses intelectuales y cuyo ser espiritual encuentra sólo un estrecho desahogo en sus instintos maternales. En cuanto a la hija, ha trabajado para hacer de ella el más extraño tipo de gallina de dos patas, sumisa, que pueda imaginarse. Está obligada a buscar a un compañero, mientras oculta o niega sus instintos sexuales más poderosos. En el mejor de los casos, tiene que tener tanta sangre fría como una rana y ser tan astuta y despiadada como un apache en guerra.

El ideal que se ha propuesto es confuso y desconcertante. En realidad, desea estar sano y fuerte y gratificar sus apetitos sexuales. El tipo más elevado, sin embargo, el caballero inglés, tiene casi constantemente presente el ideal individualista de lo que llama «un hombre íntegro», un hombre cuyo cuerpo está armoniosamente desarrollado y posee un grado de eficiencia comparativamente alto.

No intuye la suprema verdad de que cada hombre y cada mujer poseen alguna pequeña faceta del alma que refleja la vida de una manera especial o, para utilizar el lenguaje de la religión, ven a Dios de una manera en que no puede verlo ninguna otra alma.

El primer deber de todo individuo es desarrollar todas sus facultades corporales, mentales y espirituales tan completa y armoniosamente como sea posible; pero es aún un deber más alto desarrollar nuestra capacidad especial hasta el máximo que nuestra salud lo permita. Porque sólo haciéndolo así alcanzaremos la mayor autoconciencia, o seremos capaces de pagar nuestra deuda con la humanidad. Por todo lo que sé, ningún anglosajón ha defendido jamás este ideal o ha soñado siquiera con considerarlo un deber. De hecho, hasta ahora ningún maestro ha pensado siquiera en ayudar a los hombres y a las mujeres a encontrar la capacidad particular que constituye su esencia y la encarnación de su ser, justificando así su existencia. De modo que nueve de cada diez hombres y mujeres pasan por la vida sin comprender la peculiaridad de su propia naturaleza. No pueden perder sus almas, porque nunca las han encontrado.

Para todo hijo de Adán, para toda hija de Eva, esta es la derrota

suprema, el desastre final. Y, sin embargo, por lo que sé, nadie ha señalado el peligro ni ha hablado de este ideal.

He ahí por qué amo este libro, a pesar de sus defectos y faltas. Es el primer libro que se escribe glorificando el cuerpo y sus apasionados deseos, así como el alma y sus sagradas y elevadas simpatías.

Siempre digo que la suprema lección de la vida es: da y perdona.

Sólo desearía haber comenzado este libro hace cinco años, antes de verme medio ahogado en el reflujo salobre de la vejez y ser consciente de los fallos de la memoria. Pero, pese a esta desventaja, he tratado de escribir el libro que siempre he deseado leer, el primer capítulo de la Biblia de la Humanidad.

Es preciso escuchar un buen consejo:

> Vive toda tu libre vida, mientras estás en la tierra,
> Coge el Presente veloz, aprecia tu segura bendición:
> Aunque breve, cada día da nacimiento a un sol dorado:
> Aunque oscura, la noche está adornada con las estrellas y la luna.

Mi vida y mis amores

La memoria es la Madre de las Musas, el prototipo del artista. Por lo general, elige y destaca lo importante, omitiendo lo que es accidental o trivial. Sin embargo, a veces comete errores, como todos los artistas. No obstante, me guío sobre todo por ella.

Nací el 14 de febrero de 1855 y me llamaron James Thomas, nombre de los dos hermanos de mi padre. Él estaba en la marina. Era teniente al mando de un guardacostas, o lancha cañonera, y nosotros, los niños, lo veíamos muy de vez en cuando.

Mi primer recuerdo se refiere a James, el hermano de mi padre, capitán de un barco que hacía el servicio de las Indias occidentales, que me hacía saltar sobre su pie en el transcurso de una visita que nos hizo en el sur de Kerry cuando yo tenía unos dos años. Recuerdo claramente haber recitado de memoria un himno delante suyo, mientras mi madre me animaba desde el otro lado de la chimenea. Luego, conseguí que me hiciera balancear un poco más, que era todo lo que deseaba. Recuerdo a mi madre diciéndole que yo sabía leer, y su sorpresa.

El otro recuerdo debe pertenecer más o menos a la misma época: yo estaba sentado en el suelo, chillando, y mi padre entró y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Es el señorito Jim —replicó malhumorada la niñera—, que grita sólo por mal carácter, señor. Mire, no hay una sola lágrima en sus ojos.

Debe haber sido alrededor de un año después que yo caminara orgulloso de un lado para otro de una enorme habitación, mientras mi madre apoyaba su mano en mi cabeza y me llamaba su bastón de paseo.

Más tarde todavía, recuerdo haber entrado por la noche en su habitación, susurrándole y besándola, pero su mejilla estaba fría y no contestó, y desperté toda la casa con mis alaridos: estaba muerta. No sentí dolor, pero sí algo melancólico y terrible en la interrupción

repentina de las habituales actividades hogareñas.

Un par de días después, vi cómo se llevaban su ataúd y, cuando la niñera nos dijo a mi hermana y a mí que nunca volveríamos a ver a nuestra madre, me sentí simplemente sorprendido y pregunté por qué.

Mi madre murió cuando yo tenía casi cuatro años y, poco después, nos mudamos a Kingstown, cerca de Dublín. Acostumbraba a levantarme por la noche con mi hermana Annie, cuatro años mayor que yo, para saquear la despensa en busca de pan y mermelada o azúcar. Una mañana, al amanecer, me introduje en la habitación de la niñera y vi, junto a ella, en la cama, a un hombre de bigotes rojos. Hice entrar a mi hermana y ella también lo vio. Volvimos a deslizamos fuera sin despertarlos. Mi única emoción fue la sorpresa, pero al día siguiente la niñera me negó un poco de azúcar para poner sobre el pan con mantequilla y yo dije:

—¡Lo diré!

No sé por qué lo hice; por entonces, no conocía el periodismo moderno.

—¿Decir qué? —preguntó ella.

—Anoche había un hombre en tu cama —contesté.

—¡Chist, chist! —dijo ella, y me dio el azúcar.

Después de esto, descubrí que todo lo que tenía que hacer era decir «lo diré» para conseguir lo que deseaba. Incluso un día mi hermana quiso saber qué tenía que decir, pero yo me negué. Recuerdo con precisión mi sentimiento de superioridad sobre ella, que no tenía sentido suficiente como para explotar esa mina de azúcar.

Entre los cuatro y los cinco años fui enviado, junto con Annie, a un pensionado de niñas de Kingstown, dirigido por una tal señora Frost. A causa de mi conocimiento de la aritmética, fui destinado a la clase de las chicas mayores, y recuerdo que me esforcé porque deseaba estar con ellas, aunque no tenía una razón consciente que explicara mi preferencia. Recuerdo cómo la chica que tenía más cerca acostumbraba a levantarme y ponerme en mi silla alta, y cómo me apresuraba yo con las sumas, largas divisiones y proporciones aritméticas, porque tan pronto como había terminado dejaba caer al suelo mi lápiz, me daba la vuelta y bajaba de mi silla, aparentemente para buscarlo, pero en realidad para mirar las

piernas de la chica. ¿Por qué? No habría podido explicarlo.

Estaba al fondo de la clase y, hacia el final de la larga mesa, las piernas se hacían más y más grandes. Yo prefería mirar las grandes.

Tan pronto como la niña que estaba a mi lado dejaba de verme, apartaba su silla y me llamaba. Yo fingía acabar de encontrar mi lápiz de grafito que, según decía, había rodado. Y entonces ella volvía a colocarme en mi silla alta.

Un día, descubrí un hermoso par de piernas al otro lado de la mesa, cerca del extremo. Detrás de la chica debía haber una ventana, porque sus piernas estaban iluminadas hasta las rodillas. Me llenaron de emoción, deparándome un placer indescriptible. No eran las piernas más gruesas, lo que me sorprendió. Hasta ese momento había pensado que eran las piernas gruesas las que me gustaban más, pero ahora veía que había varias chicas, tres por lo menos, que las tenían más grandes: pero ninguna como las de ella, tan bien formadas, con tobillos tan finos y líneas tan precisas. Yo estaba fascinado y al mismo tiempo un poco asustado.

Volví a trepar a mi silla con una idea fija en mi cabecita: quizás podría acercarme a esas piernas hermosas y tocarlas. ¡Expectación jadeante! Sabía que podía empujar mi lápiz y hacerlo rodar por entre la fila de piernas. Al día siguiente, lo hice y me arrastré hasta quedar cerca de las piernas que hacían latir mi corazón en la garganta y me deparaban, sin embargo, un extraño deleite. Estiré la mano para tocarlas. De pronto, pensé que la chica se asustaría simplemente ante mi contacto y apartaría las piernas, yo sería descubierto y… estaba asustado.

Regresé a mi silla para pensar y pronto encontré la solución. Al día siguiente, volví a agazaparme frente a las piernas de la chica, ahogado de emoción. Puse el lápiz cerca de los dedos de sus pies y pasé la mano izquierda por entre sus piernas como si quisiera alcanzarlo, ocupándome de tocar su pantorrilla. Ella chilló y juntó las piernas, apretándome la mano entre ellas, y gritó:

—¿Qué haces ahí?

—Busco mi lápiz —dije humildemente—. Ha rodado.

—Ahí está —contestó ella, pateándolo.

—Gracias —repliqué jubiloso, porque la sensación de su pierna suave persistía en mi mano.

—Muy gracioso, caballerito —dijo ella.

Pero no me importaba. Había tenido mi primer contacto con el paraíso y el fruto prohibido. ¡Me encontraba en los cielos!

No recuerdo su rostro. Parecía agradable, eso es todo lo que sé. Ninguna de las chicas me produjo esa impresión, pero recuerdo todavía el estremecimiento de admiración y placer que me deparaban sus hermosos miembros. Relato este incidente al detalle porque destaca en mi memoria y porque demuestra que el sentimiento sexual puede manifestarse en la primera infancia.

Un día, hacia 1890, cenaron conmigo en Park Lane, Meredith[5], Walter Pater [1839-94] y Oscar Wilde, y hablamos del momento del despertar sexual. Tanto Pater como Wilde hablaron de él como signo de la pubertad. Pater pensaba que comenzaba hacia los trece o catorce años y, para mi sorpresa, Wilde lo ubicaba en una edad tan tardía como los dieciséis años. Sólo Meredith se inclinaba a ubicarlo en una edad más temprana.

—Aparece esporádicamente —dijo—, y a veces antes de la pubertad.

Yo mencioné el hecho de que Napoleón cuenta cómo se enamoró, antes de los cinco años, de una compañera de escuela llamada Giacominetta, pero hasta Meredith se rio de esto y no quiso creer que pudiera manifestarse ningún tipo de sentimiento sexual a edad tan temprana. Para probarlo, relaté mi experiencia tal como lo he hecho aquí y esto dejó a Meredith en suspenso.

—Muy interesante —pensó—, ¡pero peculiar!

«En sus anormalidades» —dice Goethe—, «la naturaleza revela sus secretos». He aquí una anormalidad que tal vez, como tal, valga la pena tener en cuenta.

No tuve ningún otro sentimiento sexual hasta cerca de seis años después, cuando tenía once, momento a partir del cual han sido casi incesantes.

Mi promoción a la clase más avanzada de aritmética me ocasionó problemas al ponerme en relación con la directora, señora Frost, que era muy malhumorada y parecía pensar que yo debía escribir tan correctamente como hacía mis sumas. Cuando descubrió que no podía, tomó la costumbre de tirarme de las orejas y meter la larga uña de su pulgar en mi oído, hasta hacerlo sangrar. No me importaba el dolor. En realidad, estaba encantado, porque su crueldad despertó la compasión de las chicas mayores que

acostumbraban a secarme los oídos con sus pañuelos y decían que la vieja Frost era una bestia y un gato.

Un día mi padre me mandó a buscar y fui con un oficialillo hasta su barco, en el puerto. Mi oído derecho había sangrado, manchándome el cuello. Tan pronto como mi padre lo vio y advirtió las cicatrices antiguas, se enfureció, me llevó de regreso a la escuela y le dijo a la señora Frost lo que pensaba de ella y de sus castigos.

Me parece que inmediatamente después me enviaron a vivir con mi hermano mayor, Vernon, diez años mayor que yo, que se alojaba con amigos en Galway y asistía a la universidad.

Allí pasé los cinco años siguientes, que pasaron sin dejar huella. No aprendí nada, excepto cómo jugar a «pillar», al «escondite», al «fútbol» y otros juegos de pelota. Era simplemente un animalito saludable y fuerte, sin trazas de dolor, o pesar, o pensamiento.

Recuerdo después un intervalo en Belfast, donde Vernon y yo nos alojamos con un viejo metodista que acostumbraba a obligarme a ir con él a la iglesia y se ponía durante el servicio una gorrita negra que me llenaba de vergüenza y me produjo odio. Hay un período de la vida durante el cual todo lo que es peculiar o individual provoca disgusto y es en sí mismo ofensivo.

Allí aprendí a hacer novillos y a mentir sólo para evitar la escuela y jugar, hasta que mi hermano descubrió que tosía y, habiendo llamado al médico, este le informó que yo sufría de una congestión pulmonar. La verdad era que yo jugaba todo el día y jamás volvía a casa para cenar antes de las siete, cuando sabía que regresaría Vernon. Menciono este incidente porque, mientras estuve confinado en la casa, descubrí, bajo la cama del viejo metodista, una colección de libros médicos, con láminas coloreadas, de las entrañas y partes pudendas de hombres y mujeres. Devoré los volúmenes, y muchos conocimientos adquiridos en ellos me acompañaron durante muchos años. Es bastante curioso observar que no fue entonces cuando descubrí la existencia del acto sexual fundamental, sino algo después, con los muchachos de mi edad.

En Belfast, no aprendí nada más que reglas de juegos y atletismo. Mi hermano Vernon acostumbraba a ir todos los días a un gimnasio donde hacía ejercicios y boxeaba. Para mi sorpresa, no estaba entre los mejores, de modo que, mientras él boxeaba, comencé a practicar un poco de todo, izándome hasta que mi

mentón quedara por encima de la barra, hasta que, una tarde, Vernon descubrió que yo podía hacerlo treinta veces seguidas. Sus alabanzas me hicieron sentir orgulloso.

Más o menos por esa época, cuando tenía unos diez años, nos reunimos todos en Carrickfergus. Por primera vez, mis hermanos y hermanas se transformaron para mí en seres individuales, llenos de vida. Vernon estaba empleado en un banco y permanecía fuera todo el día. Willie, seis años mayor que yo, Annie y Chrissie, que era dos años menor que yo, iban a mi misma escuela externa, aunque las niñas tuvieran una entrada aparte y las maestras, otra. Willie y yo estábamos en la misma clase. Aunque había llegado a ser más alto que Vernon, yo podía derrotarlo en la mayor parte de las lecciones. Sin embargo, había una importante rama del saber en la cual era, sin dificultades, el mejor de la escuela. La primera vez que lo escuché recitar *la batalla de Ivry*, de Macaulay, quedé estupefacto. Gesticulaba, y su voz cambiaba de manera tan natural que quedé arrebatado de admiración.

Esa tarde, estando juntos mis hermanas y yo, hablamos del talento de Willie. Mi hermana mayor estaba entusiasmada, cosa que supongo que despertó en mí la envidia y el deseo de emulación. Me puse de pie y lo imité y, para sorpresa de mis hermanas, resultó que sabía el poema de memoria.

—¿Quién te lo enseñó? —quiso saber Annie y, cuando se enteró de que lo había aprendido al escuchar a Willie recitarlo una vez, quedó atónita y debió habérselo dicho a nuestro maestro, porque al día siguiente me pidió que sustituyera a Willie y me dijo que era muy bueno.

Desde entonces, la clase de recitación constituyó mi educación principal. Aprendí todos los poemas y podía imitar perfectamente a los muchachos, excepto a un bribón pelirrojo que podía recitar *El jefe africano* mejor que nadie, incluso mejor que el maestro. Era puro melodrama, pero el Pelirrojo había nacido actor y nos arrastraba con el realismo de su caracterización. Jamás olvidaré la manera en que el muchacho decía:

> Mira, regodea tus ojos avariciosos en el oro,
> Largamente guardado para el momento de mayor necesidad
>
> Tómalo, ya que pides sumas fabulosas

Para liberarme.

Tómalo, mi esposa llora todo el largo, largo día
Junto al árbol de cacao,

Y mis hijos abandonan sus juegos
Y preguntan por mí en vano[6].

No he visto o escuchado el poema durante estos últimos cincuenta años. Ahora me parece, pomposo, pero los acentos del muchacho surgían del verdadero corazón de la tragedia, y yo comprendí claramente que no podía recitar ese poema tan bien como él. Era inimitable. En cada ocasión, sus gestos y tonos cambiaban. Algunas veces, recitaba bellamente estos versos; en otras ocasiones, otros, de modo que no podía remediarlo. En su intensa comprensión de la tragedia, había siempre un toque novedoso. Es extraño, pero era el único poema que recitaba bien.

Llegaron los exámenes y fui el primero de la escuela en aritmética y elocución. Vernon llegó incluso a elogiarme, y Willie me abofeteó y yo le pateé en la espinilla. Vernon nos separó y le dijo a Willie que debería darle vergüenza pegar a alguien que tenía la mitad de su tamaño. Willie se apresuró a mentir, diciendo que yo lo había pateado primero. A mí no me gustaba Willie, apenas sé por qué, como no fuera porque era mi rival en la vida escolar.

Después de esto, Annie empezó a tratarme de otra manera y, aparentemente, empecé a mi vez a verla tal como era y quedé sorprendido por sus maneras peculiares. Deseaba que tanto Chrissie como yo la llamáramos «Nita»; era una abreviatura de Anita, decía, que era la manera francesa elegante de pronunciar Annie. Odiaba «Annie»; era «común y vulgar». Yo no comprendía por qué.

Una noche estábamos juntos, y ella había desvestido a Chrissie para meterla en la cama, cuando de pronto se abrió el vestido y nos mostró cómo habían crecido sus senos, mientras que los de Chrissie seguían siendo pequeños. Y realmente los de Nita eran mucho más grandes, hermosos y redondeados, como manzanas. Nita nos permitió tocarlos suavemente y estaba evidentemente orgullosa de ellos. Envió a Chrissie a acostarse en la habitación contigua, mientras yo seguía a su lado, aprendiendo una lección. Nita salió de la habitación, creo que a buscar algo, y Chrissie me llamó. Entré en la habitación preguntándome qué querría. Deseaba que supiera que

sus senos también crecerían y serían tan hermosos como los de Nita.

—¿No lo crees? —preguntó, y tomándome una mano la puso sobre ellos.

Y yo dije:

—Sí —porque en realidad me gustaba más ella que Nita, que estaba llena de pretensión, monerías y afectaciones.

De pronto, Nita me llamó, y Chrissie me besó susurrando:

—No se lo digas —y yo lo prometí.

Siempre me gustaron Chrissie y Vernon. Chrissie era muy inteligente y bonita, con rizos oscuros y grandes ojos de avellana, y Vernon era una especie de héroe y siempre me trataba bien.

De este incidente no saqué nada. De hecho, apenas sentía ninguna atracción sexual por cualquiera de mis hermanas; nada parecido a lo que había experimentado cinco años antes con las piernas de las niñas en la escuela de la señora Frost, y hablo aquí de este incidente más bien por otra razón. Una tarde, por el año 1890, Aubrey Beardsley y su hermana Mabel, una muchacha muy bonita, almorzaron conmigo en Park Lañe. Después, fuimos al parque. Los acompañé hasta Hyde Park Corner. Por una u otra razón, hablé de que los hombres de treinta o cuarenta años corrompían habitualmente a jovencitas y que, a su vez, las mujeres de treinta o cuarenta corrompían a los jóvenes.

—No estoy de acuerdo —observó Aubrey—. Por lo general, es la hermana la que le da sus primeras lecciones sexuales. Sé que fue Mabel, aquí presente, quien primero me instruyó.

Yo estaba sorprendido por su franqueza. Mabel se ruborizó intensamente y yo me apresuré a agregar:

—En la infancia, las niñas son mucho más precoces. Pero estas pequeñas lecciones son por lo general demasiado tempranas como para tener Importancia.

Él no lo aceptaba, pero yo cambié resueltamente de tema y, tiempo después, Mabel me dijo que me estaba agradecida por haber interrumpido la discusión.

—Aubrey —dijo— adora todas las cuestiones sexuales y no le importa lo que dice o hace.

Yo ya había visto que Mabel era guapa. Ese día, cuando se inclinó a contemplar una flor, vi que su figura era exquisitamente ligera y redondeada. En ese momento, Aubrey me descubrió y

observó maliciosamente:

—Mabel fue mi primera modelo, ¿no es cierto, Mabs? Estaba enamorado de su cuerpo —continuó juiciosamente—. Sus senos eran tan altos, firmes y redondeados que la tomé como ideal.

Ella rio, ruborizándose un poco, y replicó:

—Tus figuras, Aubrey, no son exactamente ideales.

En esta pequeña conversación aprendí que la mayor parte de las hermanas de los hombres son tan precoces como eran las mías, y estaban igualmente dispuestas a actuar como maestras en asuntos del sexo.

A partir de ese momento, aproximadamente, las individualidades empezaron a producirme impresiones definidas. De pronto, Vernon consiguió un empleo en un banco de Armagh y fui a vivir con él allí, en una pensión. La casera me desagradaba. Siempre estaba tratando de hacerme cumplir horarios y reglas, y yo era tan salvaje como un perro sin amo; pero, para mí, Armagh fue una ciudad maravillosa. Vernon me inscribió como externo en la Escuela Real. Fue mi primera gran escuela. Aprendía con mucha facilidad las lecciones, y la mayoría de los muchachos y todos los maestros eran amables conmigo. Me deleitaba el gran paseo, o la plaza del centro de la ciudad. Pronto había trepado prácticamente a todos los árboles, porque recitar y escalar árboles eran dos deportes en los que yo me lucía especialmente.

Cuando estábamos en Carrickfergus, mi padre me había llevado a bordo de su barco, haciéndome escalar las jarcias con un grumete, y, aunque el marinero era más rápido que yo en las crucetas, lo superaba en el descenso, saltando a una cuerda y dejándola deslizarse entre mis manos hasta llegar, casi a velocidad de caída, a cubierta. Después, escuché a mi padre contarle esto con placer a Vernon, quien halagó desorbitadamente mi vanidad y aumentó, si tal cosa era posible, mi incontenible deleite exhibicionista.

Hay otra razón por la cual mi vanidad había crecido de modo desmesurado. En Carrickfergus, había encontrado un libro de atletismo que pertenecía a Vernon y allí aprendí que, si uno se mete en el agua hasta el cuello y se echa audazmente hacia adelante y trata de nadar, nada, porque el cuerpo es más liviano que el agua y flota.

Cuando volví a bañarme con Vernon, en lugar de quedarme en

la playa chapoteando en poca agua, fui con él hasta el final del muelle. Cuando se sumergió, yo bajé los escalones. Tan pronto como salió a la superficie, grité:

—¡Mira, yo también sé nadar! —y me lancé hacia adelante.

Después de un momento de espantoso ahogo y resoplidos, conseguí nadar. Cuando quise volver, pasé por un momento de miedo terrible: ¿podría regresar? De inmediato, descubrí que dar la vuelta era sencillo y pronto estuve de regreso en los escalones, a salvo.

—¿Cuándo aprendiste a nadar? —preguntó Vernon, saliendo él también del agua.

—En este mismo instante —respondí.

Al verlo sorprendido, le dije que lo había leído todo en su libro y que había decidido aventurarme. Poco tiempo después, escuché cómo lo contaba a unos amigos suyos de Armagh, y todos acordaron que yo demostraba tener un coraje extraordinario, porque era pequeño para mi £dad y parecía incluso más joven de lo que era.

Contemplando el pasado, veo que muchas causas concurrieron a fortalecer en mí la vanidad que ya se había hecho desaforada y que estaba destinada, en el futuro, a moldear mi vida y guiar sus propósitos. Allí, en Armagh, todo conspiraba para fortalecer mi principal pecado. Me pusieron con los muchachos de mi edad, creo que en el cuarto curso. El maestro, al ver que no sabía latín, me enseñó una gramática latina y me dijo que tendría que aprenderla tan pronto como fuera posible, porque la clase ya había comenzado a leer a César. Me dio como ejemplo la primera declinación *mensa*, preguntándome si podría aprenderla para el día siguiente. Dije que lo haría, y, por pura suerte, pasó en ese momento el maestro de matemáticas. El de gramática le dijo que yo estaba retrasado y debería estar en un curso inferior.

—Es muy bueno con los números —replicó el maestro de matemáticas—. Podría estar en el curso superior.

—¿De veras? —exclamó el de gramática—. Vea lo que puede hacer —me dijo—. Tal vez pueda ponerse al día. Aquí hay un César; puede llevárselo también. Sólo hemos hecho dos o tres páginas.

Esa tarde me dediqué a la gramática latina y, en una hora o así, había aprendido todas las declinaciones y casi todos los adjetivos y

pronombres. Al día siguiente, temblaba con la esperanza de ser alabado y, si el maestro de gramática me hubiera animado o hubiera dicho alguna palabra de encomio, hubiera podido distinguirme en el trabajo diario, cambiando tal vez toda mi vida, pero evidentemente había olvidado todo lo relacionado con mi atraso. Escuchando las respuestas de los otros muchachos, adquirí las suficientes nociones como para repetirlas sin ser castigado y, muy pronto, mi buena memoria me colocó entre los mejores, pero no tenía interés en aprender latín.

Otro incidente alimentó mi autoestima y abrió para mí el mundo de los libros. Vernon visitaba con frecuencia a un clérigo que tenía una hija muy guapa, y yo también fui invitado a sus veladas. La hija descubrió que yo recitaba, y se adoptó la costumbre de hacerme recitar algún poema dondequiera que fuésemos. Vernon me compró los poemas de Macaulay y Walter Scott, y pronto los aprendí todos de memoria. Acostumbraba declamarlos con gran placer. Al comienzo, mis gestos eran una imitación de los de Willie, pero Vernon me enseñó a ser más natural y mejoré su enseñanza. Sin duda, mi pequeña estatura contribuía al efecto, y el acento irlandés hizo el resto. Pero todos me elogiaban, y la exhibición me hizo muy presumido, y —resultado más importante— el aprendizaje de nuevos poemas me llevó a leer novelas y libros de aventuras. Pronto estuve perdido en este nuevo mundo. Aunque en la escuela jugaba con los otros chicos, por la tarde jamás abría un libro de texto, sino que devoraba a Lever y a Mayne Reid, a Marryat y a Fenimore Cooper[7], con inexpresable deleite.

En la escuela, tuve una o dos peleas con chicos de mi edad. Detestaba luchar, pero era presuntuoso, combativo y fuerte, de modo que dos o tres veces me enredé a puñetazos. Cada una de las veces, tan pronto como un muchacho mayor veía la escaramuza, nos aconsejaba, después de uno o dos *rounds*, detenernos y hacernos amigos. Se supone que a los irlandeses les gusta más pelearse que comer, pero mis días escolares me han enseñado, sin embargo, que no son tan peleadores, o tal vez debería decir tan brutales, como los ingleses.

En una de mis peleas, un muchacho se puso de mi parte y nos hicimos amigos. Su nombre era Howard y acostumbrábamos a dar largos paseos juntos. Un día quise que conociera a Strangways, el

hijo del vicario, que tenía catorce años y me parecía tonto. Howard sacudió la cabeza.

—No querrá conocerme —dijo—. Soy católico romano.

Todavía recuerdo el sentimiento de horror que me produjo su confesión. ¡Católico romano! ¿Podía ser católico alguien tan agradable como Howard?

Estaba estupefacto, y esta sorpresa siempre me ha iluminado con respecto al abismo de la intolerancia, protestante, pero no deseaba romper con Howard, que tenía dos años más que yo y me enseñaba muchas cosas. Me enseñó a gustar de los fenianos, aunque yo sabía apenas lo que significaba esta palabra. Recuerdo que un día me mostró en el palacio de justicia una pancarta que ofrecía cinco mil Libras esterlinas a quien pudiera informar sobre el paradero de James Stephen[8], el jefe de los fenianos.

—Viaja por toda Irlanda —susurró Howard—. Todos lo conocen —añadió entusiasmado—, pero nadie denunciaría al jefe ante los sucios ingleses.

Recuerdo haberme estremecido ante el misterio y la caballerosidad de la historia. Desde ese momento, el jefe fue para mí, como para Howard, un símbolo sagrado.

Un día encontramos a Strangways y, de un modo u otro, empezamos a hablar de sexo. Howard sabía todo lo que había que saber al respecto y le agradaba iluminarnos. También fue Cecil Howard quien nos inició a Strangways y a mí en la masturbación. Pese a mi lectura de novelas, a los once años era aún demasiado joven como para obtener placer de esta práctica, pero estaba encantado de saber cómo se hacían los niños y toda una serie de hechos nuevos sobre el sexo. Strangways tenía pelo en sus partes privadas, como también Howard, y cuando se frotaba y venía el orgasmo, salía de su polla un líquido pegajoso y lechoso, en el cual, según nos dijo Howard, estaba la semilla del hombre, que debía entrar al vientre de la mujer para hacer un niño.

Una semana más tarde, Strangways nos sorprendió contándonos cómo se había aproximado a la niñera de sus hermanas pequeñas, metiéndose por la noche en su cama. Al parecer, la primera vez ella no le había dejado hacer nada, pero después de una o dos noches, él se las arregló para tocar su sexo y nos aseguró que estaba todo cubierto de pelos sedosos. Algo después, nos contó que ella había

echado el cerrojo a su puerta y que, al día siguiente, él había quitado el cerrojo y se había metido otra vez en su cama. Dijo que al principio estaba enojada, o al menos pretendía estarlo, pero él siguió besándola y suplicándole y, poco a poco, ella cedió y él volvió a tocar su sexo.

—Era una raja —dijo.

Algunas noches más tarde, nos contó que había metido su polla en su interior, y ¡oh, demonios, era maravilloso, maravilloso!

—¿Pero cómo lo hiciste?, quisimos saber, y nos contó toda su experiencia.

—A las chicas les gustan los besos —dijo—, así que la besé y la besé, y puse mi pierna sobre ella y su mano en mi polla y todo el tiempo le tocaba los pechos y el coñito (así lo llama ella), y por fin me puse entre sus piernas y ella guio mi polla al interior de su coño (¡Dios, qué hermoso!), y ahora voy con ella todas las noches, y a veces también durante el día. Le gusta que le toquen el coño, pero con mucha suavidad —añadía—. Me enseñó a hacerlo con un dedo, así —y unió la acción a la palabra.

En un momento, Strangways se transformó para nosotros no sólo en un héroe, sino en un prodigio. Fingíamos no creerle para obligarlo a decirnos la verdad y estábamos casi locos de jadeante deseo.

Conseguí que me invitara a la vicaría, y allí vi a Mary, la niñera, que me pareció casi una mujer y lo llamaba amo Will. Sin embargo, él la besó, pero ella frunció el ceño y dijo: «¡Déjeme!» —y también — «¡Pórtese bien!» —muy enojada, pero yo sentí que su ira tenía por objeto evitar que yo sospechara la verdad.

Ardía de deseo y, cuando se lo dije a Howard, él también ardió de lujuria y me llevó a dar un paseo, volviendo a preguntarme todo, hasta que, bajo un almiar, nos entregamos a un paroxismo de frotamientos que, por primera vez, me hicieron estremecer de placer.

Todo el tiempo, mientras jugábamos con nosotros mismos, yo pensaba en la caliente raja de Mary, tal como Strangways la había descrito, y finalmente tuve un verdadero orgasmo que me sacudió por entero. La imaginación había intensificado mi deleite.

Hasta ese momento, nada en mi vida era comparable en alegría a esa historia de placer sexual tal como había sido descrita y

actuada para nosotros por Strangways.

Mi padre

Llegaba papá. Yo estaba enfermo de miedo. Era estricto y le gustaba castigar. En el barco me había pegado con una correa, porque me había adelantado para escuchar la charla sucia de los marineros. Sentí miedo y rechazo desde que lo vi una vez volver borracho al barco.

Era la tarde de una regata en Kingstown. Lo habían invitado a almorzar en uno de los yates grandes. Escuché a los oficiales hablando de eso. Decía que lo habían invitado porque sabía más sobre mareas y corrientes de la costa que cualquier otro, incluso más que los pescadores. Los capitanes que concursaban querían sacarle información. Otro añadió:

¡Conoce los giros del viento en Howth Head, sí, y también el tiempo, mejor que cualquier otro!

Todos estuvieron de acuerdo en que era un marino de primera clase.

—Uno de los mejores, el mejor si fuera más decente… el muy pillo.

—¿Te acuerdas cuando condujo la canoa en aquella carrera? ¿Si ganó? Por supuesto que ganó, siempre ha ganado… ¡ah! Es un gran marino y también se ocupa de la comida de los hombres, pero tiene el carácter del diablo en persona… esa es la verdad.

Esa tarde de la regata, subió rápidamente la escalerilla y tropezó, sonriendo, al pisar cubierta. Nunca lo había visto así: sonreía y caminaba vacilante. Lo contemplé asombrado. Un oficial se volvió y, al pasar a mi lado, le dijo a otro:

—Borracho como un señor.

Otro ayudó a mi padre a bajar a su cabina y reapareció cinco minutos más tarde.

—Está roncando. Pronto estará bien. Es ese champán que le dan y también las alabanzas y las presiones que recibe para que les dé datos y más datos.

—¡No, no! —gritó otro—. No es la bebida; él sólo se emborracha cuando no tiene que pagar —y todos sonrieron.

Sentí que era verdad, y yo despreciaba infinitamente la mezquindad.

Los odié porque lo veían y lo odié a él, borracho y tartajoso y vacilante, objeto de burla y piedad. Mi «gobernador», como lo llamaba Vernon. Lo despreciaba.

Recordé otros agravios. Una vez había venido a bordo un Lord del Almirantazgo. Papá llevaba sus mejores ropas. Yo era muy joven, y acababa de aprender a nadar en Carrickfergus. Mi padre acostumbraba a hacer que me desnudara y nadara alrededor del velero todas las mañanas, después de mis clases.

Esa mañana, como de costumbre, había aparecido a las once, y mi padre y un caballero desconocido hablaban cerca de los oficiales. Cuando aparecí, mi padre me miró frunciendo el ceño para que bajara, pero el desconocido me vio y me llamó riendo. Yo me acerqué a ellos, y el hombre quedó sorprendido cuando supo que sabía nadar.

¡Salta, Jim! —gritó mi padre—, y da unas vueltas.

Sin hacerme rogar, bajé la escalerilla, me quité las ropas y salté al agua. El desconocido y mi padre estaban arriba, sonriendo y hablando. Mi padre agitó la mano y yo nadé alrededor del barco. Cuando regresé y estaba a punto de subir los escalones y subir a bordo, mi padre dijo:

—No, no, sigue dando vueltas hasta que yo te diga basta.

Volví a irme, bastante orgulloso, pero después de dar la segunda vuelta estaba cansado. Nunca había nadado tanto, me había hundido mucho y un poco de agua se me había metido en la boca. Me alegré mucho de llegar otra vez a los escalones, pero, cuando estiraba la mano para subir, mi padre agitó la mano.

¡Continúa, continúa —gritó—, hasta que te digan que te detengas!

Seguí, pero estaba muy cansado y también asustado y, cuando llegaba a la proa, los marineros se asomaron por la borda y uno me animó:

—Ve despacio, Jim; darás bien la vuelta.

Vi que era «gran» Newton, el primer remero de la canoa de mi padre, pero, precisamente a causa de su simpatía, odié aún más a mi padre, por someterme al cansancio y al miedo.

Cuando di la vuelta por tercera vez, nadaba muy lentamente y

me dejaba hundir, pero intervino el desconocido y él mismo me dijo que subiera.

Salí ansiosamente, pero algo asustado por lo que podría hacer mi padre, pero el desconocido se acercó a mí, diciendo:

—Está azul. Esta agua es muy fría, capitán. Alguien debería frotarlo con toallas.

Mi padre no dijo más que:

—Baja y vístete. Y caliéntate —añadió.

El recuerdo de mi miedo me hizo comprender que él siempre me pedía que hiciera demasiadas cosas, y odié a aquel hombre que podía emborracharse y humillarme a la vez, y hacerme correr por las jarcias con los grumetes, que eran mayores y podían vencerme. Me desagradaba.

Entonces, era demasiado joven para saber que era probablemente el hábito del mando el que refrenaba sus elogios. Sin embargo, de manera apenas consciente, sabía que estaba orgulloso de mí, porque fui el único de sus hijos en no marearse nunca.

Poco después llegó a Armagh, y la semana que siguió fue espantosa. Tenía que volver directamente a casa al salir de la escuela, y dar un largo paseo con el «gobernador», que no era una compañía agradable. Con él, no podía estar a mis anchas como con un compañero. En el calor de la charla, podía utilizar alguna palabra, o decirle cualquier cosa que me metiera en una trifulca horrible. De modo que caminaba a su lado en silencio, prestando atención a lo que diría en respuesta a sus preguntas más simples. No había compañerismo.

Por la noche, acostumbraba a mandarme temprano a la cama, incluso antes de las nueve, aunque Vernon siempre me permitía quedarme con él, leyendo, hasta las once o las doce. Una noche subí a mi habitación, pero regresó casi en seguida para buscar un libro y leer en la cama, lo que constituía para mí un placer. Tenía miedo de ir a la sala, de modo que me deslicé en el comedor, donde había algunos libros, aunque no tan interesantes como los otros. La puerta entre las dos habitaciones estaba entreabierta. De pronto, escuché a mi padre:

—Es un pequeño feniano.

Feniano —repitió Vernon, atónito—. Realmente, gobernador, no creo que conozca el significado de la palabra. Debe recordar que

sólo tiene once años.

—Te digo —interrumpió mi padre— que hoy habló de James Stephen, el jefe de los fenianos, con inmensa admiración. Es un feniano, sí, ¿pero de dónde lo ha sacado?

—Le aseguro que no lo sé —replicó Vernon—. Lee mucho y es muy rápido. Lo averiguaré.

—¡No, no! —dijo mi padre—. El asunto es sacarlo de ahí. Debe ir a alguna escuela en Inglaterra. Eso le irá muy bien.

No esperé a oír más. Cogí mi libro y me deslicé escaleras arriba. De modo que porque amaba al jefe de los fenianos debía ser feniano.

—Qué estúpido es papá —fue mi conclusión, pero Inglaterra me tentaba. Inglaterra: la vida se abría.

Fue en la Escuela Real, el verano siguiente a mi primera experiencia sexual con Strangways y Howard, cuando empecé a fijarme en el modo de vestir. Un muchacho del sexto curso llamado Milman me había tomado simpatía y, aunque era cinco años mayor que yo, salía frecuentemente a pasear con Howard y conmigo. Era un maniático de la ropa y decía que nadie, excepto los «bribones» (palabra que yo escuchaba entonces por primera vez) y la gente del pueblo, usaría una corbata de lazo fijo. Me dio uno de sus pañuelos de cuello y me enseñó a hacer un nudo corredizo. En otra ocasión, me dijo que sólo los «bribones» llevarían un pantalón raído o remendado. ¿Fue la conversación de Milman o mi despertar sexual a través de Howard y Strangways lo que me hizo tomar conciencia de mi aspecto? No sabría decirlo, pero para esa época tuve una experiencia curiosa y prolongada. Mi hermano Vernon, al escucharme una vez quejándome de mis ropas, me consiguió tres trajes. Uno negro con una chaqueta Eton y un sombrero de copa, y los otros de *tweed*. También me dio camisas y corbatas, y empecé a cuidar de mi apariencia. En nuestras veladas, las chicas y jovencitas (amigas de Vernon) eran conmigo más amables que nunca y me descubrí preguntándome si realmente estaba «encantador», como decían.

Empecé a lavarme y bañarme cuidadosamente y a cepillarme el cabello hasta conseguir un peinado uniforme (sólo los «bribones» llevaban brillantina, según decía Milman) y, cuando me pedían que recitara, hacía mohines y decía que no deseaba hacerlo, para

hacerme rogar.

Imagino que el sexo se despertaba en mí en ese momento, pero era todavía ambiguo. Durante más de seis meses, fui gobernado por dos preocupaciones: siempre me preguntaba qué aspecto tenía y vigilaba para ver si gustaba a la gente. Acostumbraba a tratar de hablar con el acento utilizado por la «gente bien» y, cuando tenía que entrar a una habitación, preparaba mi entrada. Alguien —creo que fue la novieta de Vernon, Mónica— dijo que tenía un perfil enérgico, de modo que procuraba mostrarlo siempre. En realidad, durante unos seis meses fui más una chica que un chico, con toda la autoconciencia y las variadas afectaciones y sensiblerías de una chica. Con frecuencia pensaba que no le importaba realmente a nadie y lloraba sobre mi desdeñada soledad.

Toda vez que, más tarde, como escritor, quise retratar a una jovencita, tuve sólo que recordar este período para obtener el peculiar punto de vista de una niña.

La vida en un instituto inglés de segunda enseñanza

Aun haciendo un esfuerzo, me llevaría un año describir la vida en ese instituto inglés de segunda enseñanza de R… Siempre había sido perfectamente feliz en todas las escuelas irlandesas y, en especial, en la Escuela Real de Armagh. Estableceré la diferencia tan brevemente como sea posible. En Irlanda, cuando yo murmuraba en clase, el maestro me miraba con el ceño fruncido y sacudía la cabeza; diez minutos más tarde, estaba hablando otra vez y él levantaba un dedo admonitor; la tercera vez, probablemente dijera: «Deje de hablar, Harris. ¿No comprende que molesta a su vecino?». Media hora más tarde, desesperado, gritaba: «Si continúa hablando, tendré que castigarlo».

Diez minutos después:

—Es usted incorregible, Harris. Venga aquí, y yo tenía que ir y quedarme de pie junto a su escritorio durante el resto de la mañana. Aun así, este castigo leve no sucedía más de dos veces por semana y, a medida que fui colocándome en el primer puesto de la clase, se hizo aún menos frecuente.

En Inglaterra, el procedimiento era muy diferente.

—Ese chico nuevo está hablando. Copie 300 versos y quédese quieto.

—Por favor, señor —balbuceaba yo.

—Copie 500 versos y quédese quieto.

—Pero, señor… —protestaba yo.

—Copie mil versos y, si vuelve a contestar, lo enviaré a ver al director.

Lo que significaba que me llevaría unos bastonazos, o una larga reprimenda.

Todos los maestros ingleses se imponían gracias al castigo. En consecuencia, durante el primer año estuve encerrado casi todos los días copiando versos, y también la mitad de todos los días festivos. Entonces, mi padre, por incitación de Vernon, se quejó al director de que escribir versos estaba arruinando mi letra.

Después de lo cual me castigaron a aprender los versos de memoria. Las frases se transformaron pronto en páginas y, antes de que finalizara la mitad del primer año, descubrí que sabía de memoria toda la historia escolar de Inglaterra, gracias a los castigos. Otra protesta de mi padre y me dieron a aprender versos de Virgilio. ¡Gracias a Dios! Eso parecía algo que valía la pena aprender, y la historia de Ulises y Dido en «las salvajes orillas del mar» se transformó para mí en una serie de cuadros vivientes que no se borrarán mientras viva.

Durante año y medio, esa escuela inglesa fue para mí una prisión brutal, con estúpidos castigos diarios. Cuando concluyó ese período, me dieron un asiento para mí solo, gracias al maestro de matemáticas. Pero esa es otra historia.

Los dos o tres muchachos de mi edad, en Inglaterra, estaban mucho más avanzados que yo en latín y ya estaban muy adelantados en gramática griega, que yo aún no había empezado; pero yo era mejor en matemáticas que cualquiera de los niños de los cursos inferiores. Como en lenguas estaba por debajo de la media inglesa, el profesor de gramática pensó que era estúpido y me llamó «estúpido», y en consecuencia nunca aprendí una lección de latín o griego en los dos años y medio que pasé en la institución. Sin embargo, gracias al castigo que me obligaba a aprender de memoria a Virgilio y a Livio, también era el mejor de mi edad en latín antes de que terminara el segundo año.

Tenía una extraordinaria memoria verbal. Recuerdo que una vez el director recitó unos versos de *El paraíso perdido* y nos dijo, con sus pomposos modales, que lord Macaulay sabía *El paraíso perdido* de memoria, de principio a fin.

—¿Es difícil eso, señor? —pregunté yo.

—¡Cuándo haya aprendido la mitad —replicó—, ya comprenderá lo difícil que es! Lord Macaulay era un genio —y volvió a subrayar la palabra «lord».

Una semana después, cuando el Director volvió a examinar a los alumnos en literatura, dije al final de la hora:

—Por favor, señor, sé de memoria *El paraíso perdido*.

Me probó y recuerdo cómo me miró después, de pies a cabeza, como preguntándose dónde había metido todo ese conocimiento. Este «ejemplo de impudicia», como lo llamaron los chicos mayores,

me valió varios manotones y patadas de los muchachos de sexto y la mala voluntad de muchos otros.

Para mí, la vida escolar inglesa se resumía en el «servido». En la Escuela Real de Armagh había «servicio», pero era menos exigente. Si uno quería ir a dar un largo paseo con un compañero, sólo tenía que pedir permiso a uno de los de sexto para salteárselo.

Pero en Inglaterra la regla era de hierro. Se escribían en una pizarra los nombres de los alumnos en servicio y, si no se estaba a tiempo y dispuesto a ponerles las botas, te daban una docena de golpes en el trasero con una vara de fresno, y no mecánicamente y con disgusto, como lo hacía el Director, sino con saña, de modo que tenía dolorosas marcas y no podía sentarme durante días sin dar un respingo.

También sucedía que a los novatos, que eran jóvenes y débiles, se los trataba con frecuencia brutalmente sólo para divertirse. Por ejemplo, los domingos a la mañana, en verano, nos permitían quedarnos una hora más en la cama, Yo era uno de la media docena de novatos del dormitorio grande. Había también dos muchachos mayores, colocados uno en cada extremo, presumiblemente para mantener el orden, pero, en realidad, para dar lecciones de lascivia y corromper a sus jóvenes favoritos. Si las madres de Inglaterra supieran lo que ocurre en los dormitorios de estos pensionados, un día después todos estarían cerrados, desde Eton a Harrow, pasando por todos los niveles. Si los padres de Inglaterra tuvieran suficiente cerebro como para comprender que el fuego del sexo no necesita ser atizado en la infancia, también protegerían a sus hijos del repulsivo abuso. Pero ya volveré sobre esto. Ahora, quiero hablar de la crueldad.

Sobre los muchachos más jóvenes, débiles y nerviosos, se practicaban todas las formas de la crueldad. Recuerdo que, un domingo por la mañana, media docena de chicos mayores empujaron una cama contra la pared y obligaron a otros siete chicos más jóvenes a ponerse debajo, golpeando con varas toda mano o pie que se dejara ver. Un muchachito gritaba que no podía respirar y, de inmediato, la banda de atormentadores comenzó a tapar todas las aberturas, diciendo que harían del lugar un «Agujero negro». Pronto hubo bajo la cama gritos y forcejeos, y finalmente uno de los chicos empezó a chillar, de modo que los torturadores

huyeron de la prisión, temiendo que algún maestro los oyera.

Una húmeda tarde de domingo, a mediados del invierno, un nervioso «hijo de papá» de las Indias occidentales, que estaba siempre resfriado y reptaba junto al fuego en la sala grande, fue cogido por dos de quinto y colocado cerca de las llamas. Otros dos brutos le ajustaron bien el pantalón sobre el culo y cuanto más se agitaba y rogaba que lo soltaran, más cerca de las llamas lo ponían, hasta que de pronto los pantalones se abrieron, quemados. Y, cuando el muchachito cayó hacia adelante, gritando, los torturadores comprendieron que habían ido demasiado lejos. El pequeño «negro», como lo llamaban, no nos dijo cómo había llegado a quemarse así, pero tomó como un respiro sus quince días de enfermería.

Leímos sobre un novato de Shrewsbury al que algunos muchachos mayores arrojaron a un baño de agua hirviendo, porque le gustaba bañarse con agua bien caliente. Pero este experimento salió mal, porque el jovencito murió y no fue posible acallar el asunto, aunque finalmente se cerró el caso por considerarlo tan sólo un lamentable accidente.

Los ingleses están orgullosos por dejar en manos de los chicos mayores gran parte de la disciplina escolar. Atribuyen esta innovación a Arnold of Rugby, y por supuesto piensan que, si es un genio el que se encarga de vigilar, esto sólo puede funcionar bien, nunca mal. Pero, por lo general, transforma a la escuela en una casa de crueldad e inmoralidad. Los muchachos mayores establecen la leyenda de que sólo los chivatos dicen algo a los maestros, quedando libres para dar rienda suelta a sus más bajos Instintos.

Los dos monitores de nuestro dormitorio grande eran un tipo fornido llamado Dick F…, que cansaba a todos los chicos pequeños metiéndose en sus camas y obligándoles a frotarlo hasta que llegaba al orgasmo. A los chicos les horrorizaba quedar cubiertos por su baba inmunda, pero tenían que fingir que les agradaba hacer lo que él ordenaba, y por lo general el tipo insistía en toquetearlos para excitarse. Dick sólo me eligió una o dos veces, pero me las arreglé para que su semen se vertiera en su propio camisón, de modo que, después de llamarme «sucio diablillo», me dejó solo.

El otro monitor era Jones, un muchacho de Liverpool de unos diecisiete años, muy atrasado en las lecciones, pero muy fuerte, el

«Gallito» de la escuela en la pelea. Acostumbraba a ir siempre a la cama de un jovencito a quien favorecía de diversas maneras. Por lo general, Henry H… se libraba de cualquier servicio y nunca dejó escapar la ocasión de contar lo que Jones le obligaba a hacer por la noche, pero a la larga se hizo amigo de otro tipo y todo se descubrió. Un día, el compañero de Henry se fue de la lengua. Parece que Jones acostumbraba obligar al jovencito a tomar su sexo en su boca y a toquetearlo y chuparlo al mismo tiempo. Pero, una noche, había llevado un poco de mantequilla, la esparció sobre su polla y introdujo esta gradualmente en el ano de Henry. Esta práctica pasó a ser habitual. Pero, esa noche, había olvidado la mantequilla y, al encontrar cierta resistencia, se lanzó violentamente hacia adelante, causándole un agudo dolor y haciéndole sangrar. Henry gritó, y así, después de un intervalo de unas semanas o meses, salió a luz todo el asunto.

Aunque no hubiera habido monitores, habría habido masturbación, pero solitaria. Desde los doce o trece años, la mayor parte de los muchachos, y también de las chicas, practican de vez en cuando el onanismo ante cualquier leve provocación. Pero la práctica no se hace habitual a menos qué sea estimulada por los mayores y realizada en compañía. En Irlanda es esporádica; en Inglaterra, continua, y en las escuelas inglesas conduce frecuentemente a la sodomía, como en este caso.

En mi propio caso, hubo dos influencias restrictoras, y como sugerencia para los padres, desearía recordarlas aquí. Yo era un pequeño atleta muy animoso. Gracias a las instrucciones y fotografías del libro de atletismo de Vernon, descubrí cómo saltar y cómo correr. Para saltar alto, hay que hacer una carrera corta medio de lado y enderezarse horizontalmente cuando se pasa la barra. Mediante la práctica constante, podía, a los trece años, ponerme debajo de la barra y luego saltarla. Pronto observé que, si me había masturbado la noche anterior, no podía saltar tan bien, y en consecuencia me moderé y nunca me masturbaba, salvo los domingos, y pronto me las arreglé para omitir la práctica tres domingos de cada cuatro.

Desde que llegué a la edad de la razón, he estado agradecido a ese ejercicio por esta lección de autocontrol. Además, uno de los muchachos estaba todo el tiempo toqueteándose. Hasta en la

escuela mantenía su mano derecha en el bolsillo de su pantalón y continuaba con la práctica. Todos nosotros sabíamos que había hecho un agujero en su bolsillo, para poder juguetear con su polla, pero ninguno de los maestros lo notó nunca. El jovencito fue poniéndose cada vez más pálido hasta que le dio por llorar en los rincones, sacudido por un incontenible temblor nervioso que le duraba quince minutos. Finalmente, sus padres se lo llevaron. No sé qué se hizo de él después, pero sí sé que, hasta que se le enseñó la masturbación, era uno de los chicos de su edad más rápidos y dado, como yo, a la lectura.

En ese momento, esta lección objetiva sobre las consecuencias tuvo poca influencia sobre mí, pero más tarde me fue útil como advertencia. Esta enseñanza hubiera podido afectar a los espartanos, porque leemos que enseñaban la temperancia a sus hijos mostrándoles a un ilota borracho, pero quiero subrayar el hecho de que aprendí el autocontrol mediante un deseo intenso de destacarme en el salto y la carrera, y tan pronto como descubrí que no podía correr tan ligero ni saltar tan alto después de la masturbación, empecé a controlarme, y esto, a su vez, tuvo una poderosa influencia sobre mi fuerza de voluntad.

Tenía más de trece años cuando se hizo sentir una segunda influencia represora, aún más fuerte, y resulta extraño el hecho de que esta influencia tuvo que ver con mi deseo por las chicas y mi curiosidad con respecto a ellas.

La historia marca una época en mi vida. En la escuela nos enseñaban a cantar, y cuando descubrieron que tenía una buena voz de tenor y muy buen oído, me eligieron para cantar solos, tanto en la escuela como en el coro de la iglesia. Antes de cada fiesta religiosa se hacían muchas prácticas con el organista, y las niñas de las casas vecinas se unían a nuestras clases. Sólo una niña cantaba como contralto, y ella y yo estábamos separados de los demás. El piano vertical estaba colocado en un rincón de la habitación, y nosotros dos nos sentábamos, o nos quedábamos de pie detrás, casi fuera de la vista de los demás. El organista, por supuesto, estaba sentado frente al piano. La niña E…, que cantaba junto conmigo, tenía más o menos mi edad. Era muy bonita, o así me lo parecía, con el cabello dorado y los ojos azules, y siempre me acercaba a ella todo lo que podía, a mi manera infantil. Un día, mientras el

organista explicaba algo, E… se puso de pie sobre la silla y se inclinó sobre el piano para escuchar, o ver mejor. Sentado en mi silla detrás de ella, vi sus piernas, porque, al inclinarse, su vestido se levantaba. De inmediato quedé sin respiración. Sus piernas eran adorables, pensé, y me vino la tentación de tocarlas, ya que nadie podía verme.

Me puse en seguida de pie y me coloqué junto a la silla sobre la cual estaba ella. Casualmente, dejé que mi mano cayera sobre su pierna izquierda. Ella no apartó la pierna ni pareció sentir mi mano, de modo que la toqué con mayor audacia. No se movió, aunque ahora sé que tiene que haber sentido mi mano. Empecé a deslizaría hacia arriba, y de pronto mis dedos percibieron la carne cálida de su muslo, allí donde terminaba la media, encima de la rodilla. La sensación de su carne cálida me ahogó literalmente de emoción. Mi mano siguió subiendo, más y más caliente, y de pronto toqué su sexo. Todo era suave. El corazón me latía en la garganta. No tengo palabras para describir la intensidad de mis sensaciones.

Gracias a Dios, E… no se movió ni dio señal alguna de disgusto. En mí, la curiosidad era incluso más fuerte que el deseo y examiné con la mano su sexo. De inmediato me vino a la cabeza la idea de que era como un higo (más tarde, supe que los italianos lo llaman familiarmente *fica*); se abrió a mi contacto, y yo introduje suavemente mis dedos, tal como Strangways me había dicho que Mary le había enseñado a hacer. E… siguió inmóvil. Suavemente, froté con mi dedo la parte frontal de su sexo. Hubiera podido besarla mil veces, por gratitud.

De pronto, mientras continuaba, la sentí moverse, y luego otra vez. Era claro que estaba mostrándome dónde le producía más placer mi contacto. Hubiera podido morir de agradecimiento. Se movió una vez más y percibí un pequeño montículo, o botoncito de carne en la parte frontal de su sexo, sobre la confluencia de los labios menores. Por supuesto, se trataba de su clítoris. Hasta ese momento, tenía olvidados todos los libros médicos del viejo metodista, pero entonces volvió a mí ese conocimiento adquirido hacía ya tanto tiempo. Suavemente, froté su clítoris, y en seguida ella hizo un instante de presión sobre mi dedo. Traté de introducirlo en su vagina, pero ella se apartó de inmediato, cerrando su sexo como si le doliera, de modo que volví a acariciar su botoncito.

De pronto, cesó el milagro. El maldito organista había terminado su explicación sobre el canto llano y, cuando tocó las primeras notas, E… juntó las piernas. Yo saqué la mano, y ella bajó de la silla.

—Querida, querida —susurré, pero ella frunció el ceño y luego me concedió apenas una sonrisa con el rabillo del ojo para mostrarme que no estaba disgustada.

Ah, qué adorable, qué seductora me parecía en aquel instante; mil veces más adorable y seductora que antes. Mientras nos poníamos de pie para cantar otra vez, le susurré:

—¡Te amo, te amo, querida, querida!

No puedo expresar la mezcla de pasión y gratitud que sentía hacia ella por su bondad y su dulzura al pertimirme tocar su sexo. E… fue quien abrió para mí las puertas del Paraíso y me permitió gustar por primera vez los ocultos misterios del deleite sexual. Aún ahora, después de cincuenta años, siento el estremecimiento de alegría que me regaló con su respuesta, y la apasionada reverencia de mi gratitud todavía alienta en mí.

Esta experiencia con E… tuvo los más importantes e inesperados resultados. El simple hecho de que las niñas pudieran sentir el placer sexual «como los chicos» aumentó mi entusiasmo por ellas y llevó a un nivel más alto mi idea sobre el intercambio sexual. La excitación y el placer eran tanto más intensas que cualquier otra cosa que yo hubiera experimentado antes, que resolví guardarme para este júbilo más alto. No más masturbación para mí; conocía algo infinitamente mejor. Un beso era mejor; el contacto del sexo de una chica era mejor.

Nuestros guías y maestros espirituales no nos enseñan que besar y acariciar a una niña nos inculca el autocontrol; y, sin embargo, es verdad. En ese momento, una experiencia similar vino a reiterar la lección. Yo había leído toda la obra de Scott, y su heroína, Di Vernon[9], me había impresionado mucho. En ese momento, decidí guardar toda mi pasión para alguna Di Vernon. Así, las primeras experiencias de la pasión y la lectura de una historia de amor me curaron del mal hábito de la masturbación.

Como es natural, después de esta primera experiencia, estaba ansioso por vivir una segunda y anhelante como un halcón cazador. No podía ver a E… hasta la siguiente lección de música: una

semana de espera. Pero incluso una semana como esa termina, y una vez más quedamos presos en nuestro aislamiento detrás del piano. Pero, aunque susurré todas las palabras dulces y suplicantes que podía imaginar, E… no hizo más que fruncir el ceño y sacudir su linda cabecita. En aquel momento, acabó mi fe en las niñas. ¿Por qué actuaba así? Me torturé buscando una respuesta razonable y no encontré ninguna. Era parte de la maldita inescrutabilidad de las niñas, pero entonces me entró una rabia feroz. Estaba loco de frustración.

—¡Eres vil! —le susurré finalmente, y hubiera dicho más si el organista no me hubiera llamado para un solo que canté tan mal que me obligó a salir de detrás del piano, eliminando así toda posibilidad de intimidades futuras. Una y otra vez maldije al organista y a la niña, pero estaba siempre alerta en busca de una experiencia similar. Como dicen los aficionados a los perros de caza: «Había probado la sangre y nunca olvidaría su olor».

Veinticinco años después, cené una noche con Frederic Chamman, editor del *Fortnightly Review*, en el que yo trabajaba. Algunas semanas más tarde me preguntó si había observado a una dama y me describió su traje, añadiendo:

—Sentía mucha curiosidad por usted. Tan pronto como entró usted en la habitación, lo reconoció y me pidió que le dijera si usted la había reconocido. ¿Y bien?

Sacudí la cabeza.

—Soy miope, sabe —dije—, y por lo tanto digno de ser perdonado. ¿Pero de dónde me conoce?

—De niño, en la escuela —replicó él—. Dijo que la recordaría por su nombre, E…

—¡Pero por supuesto! —grité—. Oh, por favor, dígame su nombre y su dirección. La visitaré. Quiero —y aquí la reflexión me sugirió prudencia— hacerle algunas preguntas —añadí, sumiso.

—No puedo dárselos —contestó—. Le prometí que no lo haría. Hace ya tiempo que está felizmente casada y me pidió que se lo dijera.

Lo presioné, pero se obstinó y, pensándolo mejor, comprendí que no tenía derecho a echarme sobre una mujer casada que no deseaba renovar sus relaciones conmigo, pero ¡oh!, anhelaba verla y escuchar de sus propios labios la explicación de lo que en aquel

momento me pareció un cambio de actitud inexplicable y cruel.

Por supuesto, como hombre, sé que puede haber tenido alguna buena razón, y todavía hoy su simple nombre ejerce sobre mí cierto encanto y una inolvidable fascinación.

Mi padre siempre estaba dispuesto a alentar mi confianza en mí mismo. De hecho, trató de hacerme actuar como un hombre cuando era todavía un niño. Las vacaciones de Navidad duraban sólo cuatro semanas; por lo tanto, resultaba más barato alojarme en alguna ciudad vecina en lugar de regresar a Irlanda. De modo que el Director recibió la solicitud de darme unas siete libras para mis gastos y lo hizo, añadiendo excelentes consejos.

Mis primeras vacaciones las pasé en las termas de Rhyl, en Gales del Norte, porque un compañero, Evan Morgan, era de allí y me dijo que intentaría divertirme. Y en verdad hizo mucho porque la gente me cayera bien y disfrutara del lugar. Me presentó a tres o cuatro chicas, entre las cuales me enamoré de una tal Gertrude Hanniford. Gertie tenía más de quince años, era alta y bonita, pensé, con largas trenzas color castaño; una de las mejores compañeras posibles. Me besaba de buen grado, pero siempre que intentaba tocarla más íntimamente, respingaba la nariz con un «¡no!» o «¡no seas marrano!».

Un día le reproché:

—Acabarás haciéndome rimar «sucio» con «Gertie[10]», si sigues usándolo con tanta frecuencia.

Poco a poco se hizo más audaz, aunque demasiado lentamente para mi deseo. Pero la suerte estaba de mi lado.

Una tarde, al anochecer, estábamos juntos en una colina detrás de la ciudad cuando, de pronto, vimos un gran resplandor en el cielo que duró dos o tres minutos; al instante siguiente, fuimos sacudidos por una especie de terremoto, acompañado por un ruido sordo.

—¡Una explosión! —grité—, en el ferrocarril. Vayamos a ver.

Y allá fuimos. Durante un centenar de yardas, Gertie corrió tan rápido como yo, pero, después del primer cuarto de milla, tuve que refrenarme para no dejarla atrás. Sin embargo, era veloz y fuerte para ser una niña. Encontramos un sendero que corría junto a los rieles, porque correr sobre los durmientes era lento y peligroso. Habíamos hecho poco más de una milla, cuando vimos frente a

nosotros el fuego y una multitud de figuras moviéndose a contraluz.

Pocos minutos después, estábamos frente a tres o cuatro vagones incendiados y los restos de una locomotora.

—¡Qué horror! —gritó Gertie.

—Saltemos la valla —contesté— y acerquémonos.

Poco después me había arrojado sobre la empalizada de madera, saltando y gateando alternativamente. Pero las faldas de Gertie le impidieron imitarme. Mientras permanecía allí, desolada, se me ocurrió una gran idea.

—Sube al poste más bajo, Gertie —grité—, luego al otro, y yo te levantaré ¡Rápido!

Hizo de inmediato lo que le decía y, mientras estaba vacilando, con un pie a cada lado y su mano en mi cabeza para sostenerse, puse mi mano y mi brazo derechos entre sus piernas y, empujándola al mismo tiempo hacia mí con la mano izquierda, la levanté tranquilamente. Pero mi mano permaneció en su entrepierna y, cuando la retiré, me detuve en su sexo y me puse a tocarlo.

Era más grande que el de E…, tenía más pelos y era igualmente suave, pero no me dio tiempo de excitarme tan intensamente.

¡No! —exclamó enojada—. ¡Quita la mano!

Obedecí, lentamente, reacio, tratando de excitarla primero. Como ella seguía frunciendo el ceño, grité: «¡Ven de prisa!» y, tomando su mano, la conduje hacia las humeantes ruinas.

En un instante supimos lo que había pasado. Un tren de mercancías, cargado de barriles de petróleo, estaba aparcado en lo alto de una vía muerta. Empezó a deslizarse arrastrado por su propio peso y chocó con el Expreso Irlandés que iba de Londres a Holyhead. Al colisionar, los barriles de petróleo fueron arrojados por encima de la máquina del expreso, se incendiaron en el camino y se volcaron, en llamas, sobre los tres primeros coches, reduciéndolos a ellos y a sus desafortunados ocupantes a cenizas en muy corto tiempo. En el cuarto y quinto vagón había algunas personas quemadas y chamuscadas, pero no muchas. Con los ojos bien abiertos, observamos al equipo de trabajadores que levantaron trastos quemados, que más parecían troncos que hombres y mujeres, y los depositaban reverentemente en filas a lo largo de los rieles; unos cuarenta cuerpos, si mal no recuerdo, fueron el resultado del holocausto.

Súbitamente, Gertie advirtió que era tarde y, rápidamente, tomados de la mano, emprendimos el camino de regreso a casa.

—Se enojarán conmigo —dijo Gertie— por llegar tan tarde. Es más de medianoche.

—Cuando les digas lo que has visto —contesté—, no les parecerá extraño que hayamos esperado. —Cuando nos separamos, dije—: Gertie, querida, quiero agradecerte…

—¿Qué? —preguntó ella.

—Ya sabes —dije astutamente—. Fue tan amable de tu parte…

Ella me hizo una mueca y subió corriendo los escalones que conducían a su casa.

Regresé lentamente a mi casa. A la mañana siguiente, me consideraron héroe cuando les conté toda la historia.

Esa experiencia en común hizo de nosotros grandes amigos. Ella acostumbraba a besarme y decirme que era tierno. Una vez, me permitió incluso ver sus pechos cuando le dije que una chica (no dije quién) me los había mostrado. Los de ella eran casi tan grandes como los de mi hermana, y muy bonitos. Gertie llegó incluso a dejarme tocar sus piernas por encima de la rodilla. Pero tan pronto como intentaba ir más adelante, se bajaba las faldas con el ceño fruncido. Y, sin embargo, yo seguía subiendo, haciendo progresos. La persistencia nos acerca siempre a cualquier objetivo. Pero, ay, era casi el final de las vacaciones de Navidad y, aunque volví a Rhyl para Pascua, jamás volví a ver a Gertie.

Cuando acababa de cumplir los trece años, traté, sobre todo por compasión, de organizar una revuelta de novatos. Al comienzo, obtuve un éxito parcial, pero algunos de los jovencitos hablaron y yo, como líder, recibí una paliza. Los monitores me arrojaron de cara sobre un escritorio. Un muchacho del sexto curso se sentó sobre mi cabeza, otro sobre mis pies y un tercero, que era Jones, me pegó con una vara de fresno. Lo soporté sin un gruñido, pero me es imposible describir la tormenta de ira y odio que hervía en mi interior. ¿Creen realmente los padres ingleses que este tipo de juegos forma parte de la educación? Me hizo sentir deseos asesinos. Cuando me soltaron, miré a Jones y, si las miradas pudieran matar, lo hubiera despachado. Trató de pegarme, pero yo esquivé el golpe y me retiré a planear la venganza.

Jones era el capitán del equipo de once del *cricket*, en el cual

también me habían metido a mí, gracias a mi manera de lanzar. Vernon, de sexto, era el lanzador principal, pero yo era el segundo, único niño de los cursos inferiores que formaba parte del equipo. Poco después, un equipo de otra escuela vino a desafiarnos. Los capitanes rivales se encontraron frente a frente, todos muy correctos. Por alguna razón, tal vez porque Vernon no estaba preparado o algo así, me dieron la pelota nueva. Cerca de nosotros había un par de maestros. Jones perdió el sorteo y le dijo muy cortésmente al capitán rival:

—Si está listo, señor, salimos.

El otro capitán se inclinó, sonriendo.

Había llegado mi oportunidad.

—¡No jugaré contigo, bruto! —grité y arrojé la pelota a la cara de Jones.

Era muy rápido y, echando la cabeza a un lado, escapó al impacto del golpe. Sin embargo, la costura de la pelota nueva rozó el pómulo, abriéndole la piel. Todos miraron asombrados. Sólo la gente que conoce la fuerza de las convenciones inglesas puede comprender cuál fue la sensación general. El propio Jones no sabía qué hacer, pero sacó su pañuelo para enjugarse la sangre. En cuanto a mí, me alejé solo. Había quebrantado la suprema ley de nuestro honor de escolares: jamás descubrir nuestras disensiones a un maestro, y menos a muchachos y maestros de otra escuela. Además, había pecado en público, delante de todos. Sería universalmente condenado.

La verdad es que estaba desesperado y me sentía terriblemente desdichado, porque, desde el fracaso de la revuelta de los novatos, los chicos menores se habían apartado de mí y los mayores no me hablaban si podían evitarlo.

Me sentía proscrito, espantosamente solo y desgraciado, como sólo pueden serlo los proscritos despreciados. Además estaba seguro de que me iban a expulsar y sabía que mi padre me juzgaría con severidad: siempre estaba de parte de las autoridades y los maestros. Sin embargo, el futuro no iba a ser tan melancólico como mi imaginación anticipaba.

El profesor de matemáticas era un joven de Cambridge de unos veintiséis años, de nombre Stackpole. Un día le había hecho una pregunta sobre un problema de álgebra y había sido amable

conmigo. Al regresar a la escuela esa tarde fatal, alrededor de las seis, me lo encontré cerca del campo de juego y, con un poco de simpatía, consiguió sonsacarme toda la historia.

—Quiero ser expulsado. Odio esta escuela de bestias —me quejaba.

Todo el encanto de las escuelas irlandesas fermentaba en mi interior: extrañaba la gentileza de los muchachos, y de los maestros para con ellos. Y sobre todo las fantasías sobre las hadas y «la gente menuda» que nos habían enseñado nuestras niñeras y que —aunque sólo creíamos a medias— enriquecían y glorificaban la vida. Todo esto estaba perdido para mí. Mi cabeza, en especial, estaba llena de historias de hechiceras, reinas de hadas y héroes, debidas en parte a la memoria y en parte a mi propio fabular, que hacían de mí un compañero querido para los muchachos irlandeses, pero atraían la burla de los ingleses.

—Ojalá hubiera sabido que te estaban maltratando —dijo Stackpole cuando lo hubo escuchado todo—. Puedo remediarlo fácilmente —y fue conmigo a un aula, donde borró mi nombre de la lista de los servicios y lo escribió en la primera fila de matemáticas.

—Ya está —dijo con una sonrisa—, ahora estás en la escuela superior, que es el lugar que te corresponde, creo —agregó—. Es mejor que vaya a ver al Director y le digas lo que he hecho. No te deprimas, Harris. Todo saldrá bien.

Al día siguiente, el sexto curso no hizo nada, salvo quitar mi nombre de la lista de los once. Me dijeron que Jones iba a azotarme, pero sorprendí a mi informante diciéndole:

—Lo acuchillaré si me pone la mano encima; puedes decírselo así.

De hecho, me hicieron el vacío, y lo que más me hirió fue que los más fríos conmigo, fueran los menores, los mismos por quienes había estado peleando. Esto me dio un amargo anticipo de lo que Iba a sucederme una y otra vez a lo largo de mi vida.

El boicot parcial que me hicieron no me afectó mucho. Daba largos paseos por el hermoso parque de Sir W. W…, cerca de la escuela.

He sido aquí muy severo con la vida escolar en Inglaterra, pero para mí tuvo dos aspectos favorables. Uno fue la biblioteca, que estaba abierta para todos, y otra el entrenamiento físico de los

campos de juego, los diversos ejercicios atléticos y el gimnasio. Durante unos meses, la biblioteca significó para mí Walter Scott. ¡Cuánta razón tenía George Eliot al decir de él que «hace la alegría de mucha gente joven»! Ciertas escenas suyas me dejaron una imborrable impresión, aunque por desgracia no siempre pertenecían a sus mejores trabajos. El combate entre el puritano Balfour de Burleigh[11] y el soldado, era uno de mis pasajes favoritos. Otra de mis páginas preferidas sigue, a mi juicio de hombre maduro, gustándome mucho: el valeroso suicidio del pequeño boticario ateo en *The Fair Maid of Perth*. Pero la mejor obra de Scott, como por ejemplo el retrato de caracteres de los viejos servidores escoceses, me dejaba frío. A Dickens jamás pude tragarlo, ni de niño ni después. Su *Historia en dos ciudades* y *Nicholas Nickleby*, me parecían lo mejor de su producción, y desde entonces jamás tuve deseos de revisar mi juicio, sobre todo después de leer *David Copperfield* en mis días de estudiante y ver cómo describía a los hombres por un nombre, una frase o un gesto, a las mujeres por su modestia y a las almas por alguna estúpida palabra sensiblera. «Mero talento de caricaturista —me dije—; en el mejor de los casos, otro Hogarth».

Naturalmente, me tragué todas las novelas y relatos de aventuras; pero pocos me afectaron de manera vital. *The Chase of the White Horse*, de Mayne Reid, sigue vivo en mí a causa de las escenas de amor con la heroína española, y también *Pedro Simple*, de Marryat, que leí cien veces y podría volver a leer mañana, porque hay una descripción de carácter en Chucks, el contramaestre, mucho mejor que en todo Dickens, según mi humilde opinión. Recuerdo que diez años más tarde quedé atónito, cuando Carlyle habló despreciativamente de Marryat. Sabía que era injusto, como probablemente lo soy yo mismo con Dickens. Después de todo, hasta Hogarth tiene una o dos buenas pinturas en su haber, y nadie que no tenga algún mérito sobrevive a tres generaciones.

Durante los dos años que estuve allí, leí todos los libros de la biblioteca, y hay media docena de ellos que todavía amo.

También aproveché los juegos y ejercicios. No era bueno en el *cricket*. Era miope y recibí algunos golpes tontos a causa de un astigmatismo insospechado; pero tenía una habilidad extraordinaria para el lanzamiento, lo que, como he dicho, me puso entre los primeros once. Me gustaba el fútbol y era bueno. Obtenía el mayor

deleite de toda forma de ejercicio. Podía saltar y correr mejor que casi cualquier muchacho de mi edad y en la lucha, así como más tarde en el boxeo, estaba entre los mejores de la escuela. También practicaba asiduamente en el gimnasio. Estaba tan ansioso por destacarme, que el maestro tenía que recomendarme continuamente que fuera más despacio. A los catorce años podía levantarme con una sola mano hasta que mi mentón sobrepasaba la barra.

En todos los juegos, los ingleses tienen un gran ideal de juego limpio y cortesía. Jamás se tomó nadie una ventaja injusta y la cortesía era ley. Si otra escuela mandaba un equipo para desafiarnos en el *cricket* o en el fútbol, los ganadores saludaban siempre a los vencidos cuando terminaba el juego, y era regla establecida que el capitán agradeciera al capitán de los visitantes por su amabilidad al venir y el buen juego que nos habían ofrecido. Esta costumbre se mantenía también en las Escuelas Reales de Irlanda, fundadas para la guarnición inglesa, pero no pude evitar observar que en las escuelas irlandesas comunes no se practicaban estas cortesías. Durante años, esta fue la única superioridad que tuve que reconocerle a John Bull.

El ideal de un caballero no es muy elevado. Emerson dice en alguna parte que la evolución del caballero es el principal producto espiritual de las últimas dos o tres centurias. Pero a mí me parece que el concepto distorsiona el ideal. Para mí, un «caballero» es una cosa con algunas partes pero sin magnitud. Habría que ser un caballero y mucho más: un pensador, un líder o un artista.

Las costumbres deportivas inglesas me enseñaron el valor y la necesidad de la cortesía, y el atletismo practicado con asiduidad hizo mucho por templar y fortalecer el control de mis deseos corporales. Dieron a mi mente y mi razón el dominio sobre mí. Al mismo tiempo, me enseñaron las leyes de la salud y la necesidad de su observancia.

Descubrí que bebiendo poco durante las comidas podía reducir velozmente mi peso, siendo por lo tanto capaz de saltar más alto que nunca. Pero cuando seguí bajando de peso, aprendí que había un límite más allá del cual, si persistía, comenzaba a perder fuerzas. El atletismo me enseñó lo que los franceses llaman el *juste milieu*, el camino intermedio de la moderación.

Cuando tenía alrededor de catorce años, descubrí que pensar en

el amor antes de ir a dormir, significaba soñar con él durante la noche. Y esta experiencia me enseñó otra cosa: si repetía cualquier lección antes de dormir, la sabía perfectamente a la mañana siguiente. Parece que el cerebro trabaja también durante la inconsciencia. Desde entonces, he resuelto frecuentemente durante el sueño problemas de matemáticas o de ajedrez que me habían desconcertado durante el día.

Días escolares en Inglaterra

Durante mi decimotercer año se produjo Ja experiencia más importante de mi vida de estudiante. Caminando un día en compañía de un muchacho de las Indias occidentales, de unos dieciséis años, admití que iba a ser «confirmado» en la Iglesia de Inglaterra. En ese momento, era intensamente religioso y me tomaba todo el rito con sorprendente seriedad. El «Cree y serás salvado» sonaba todo el día en mis oídos, pero no tenía ninguna certeza feliz. ¿Creer en qué? «Cree en mí, Jesús». Por supuesto que creo. Entonces tenía que ser feliz, y no lo era.

De allí se seguía el «No creo» y la tortura y la condenación eterna. Mi alma se rebelaba ante la iniquidad de la espantosa condena. ¿Qué era de los millones de personas que nunca habían oído hablar de Jesús? Era para mí un rompecabezas horrible. Pero la figura radiante y la dulce enseñanza de Jesús me permitían creer y decidirme a vivir como él había vivido: generosamente, con pureza. Nunca me gustó la palabra «pureza», y acostumbraba a relegarla a lo más oscuro de mi pensamiento. Pero trataría de ser bueno… ¡por lo menos trataría!

—¿Crees en todos los cuentos de hadas de la Biblia? —preguntó mi compañero.

—Por supuesto que sí —contesté—. Es la Palabra de Dios, ¿no?

—¿Quién es Dios? —preguntó el muchacho.

—Él hizo el mundo —agregué—, toda esta maravilla —y con un gesto incluí los cielos y la tierra.

—¿Quién hizo a Dios? —preguntó mi compañero.

Me aparté, conmovido. En un relámpago, vi que había estado construyendo sobre una palabra enseñada. «¿Quién hizo a Dios?». Me alejé solo, ascendiendo el largo prado junto al arroyuelo, con mis pensamientos dando vueltas en mi cabeza. Una tras otra, las historias que había aceptado eran ahora para mí «cuentos de hadas». Jonás no había vivido tres días en el vientre de una ballena. Un hombre no podía pasar por la garganta de una ballena. El

Evangelio de Mateo comenzaba con la ascendencia de Jesús, demostrando que había nacido de la semilla de David, a través de José, su padre, y en el capítulo siguiente se nos dice que José no era su padre, y que su padre era el Espíritu Santo. Una hora después, el edificio de mis creencias espirituales yacía en ruinas alrededor de mí. No creía en nada, ni un punto, ni un ápice: me sentía como si me hubieran desnudado en medio del frío.

De pronto, sentí una gran alegría. Si el cristianismo era una mentira y un cuento de hadas, como el mahometanismo, entonces sus prohibiciones eran ridículas y yo podía besar y poseer a cualquier chica que cediera a mis deseos. De inmediato quedé parcialmente reconciliado con mi desnudez espiritual. Había compensaciones.

La pérdida de mi fe fue durante mucho tiempo muy dolorosa para mí. Un día le hablé a Stackpole de mi infidelidad y me recomendó que leyera *Analogy* de Butler[12] y mantuviera una actitud abierta. Butler terminó lo que había empezado el muchacho de las Indias occidentales y, en mi necesidad de alguna convicción, tomé un camino de profundización mediante la lectura. Un día encontré en las habitaciones de Stackpole un volumen de los *Ensayos* de Huxley[13]; en una hora los había leído y me proclamaba «agnóstico». Sí, eso es lo que era. No estaba seguro de nada, pero deseaba aprender.

En los seis meses siguientes, maduré mentalmente diez años. Siempre estaba a la busca de libros que me convencieran y finalmente me encontré con el ensayo de Hume contra los milagros[14]. Eso puso fin a todas mis dudas; me satisfizo, finalmente. Doce años después, estudiando filosofía en Goettingen, comprendí que el razonamiento de Hume no era concluyente, pero por el momento estaba curado. A mediados del verano, me negué a ser confirmado. Durante las semanas anteriores había estado buscando en la Biblia las historias más increíbles y también más escabrosas, que relataba por la noche para deleite de los chicos del dormitorio grande.

Ese año pasé, como de costumbre, mis vacaciones de verano en Irlanda. Mi padre vivía con mi hermana Nita allí donde Vernon había sido enviado por su banco. Ese verano lo pasamos, creo, en Ballybay, en el condado de Monaghan. Recuerdo poco o nada del

pueblo, salvo que había una serie de lagos rodeados de juncos que proveían a Vernon, durante el otoño, de buenos patos y agachadizas.

Estas vacaciones fueron memorables para mí, por varias razones. Un día, durante la cena, mi hermana y mi hermano mayor iniciaron una conversación sobre el cortejo y la conquista de las jóvenes. Observé con sorpresa que mi hermano Vernon era muy deferente para con las opiniones de mi hermana, de modo que, inmediatamente después de la comida, me apoderé de Nita y le rogué que me explicara lo que quería decir por «halagos».

—Dices que a todas las chicas les gustan los halagos. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Quiero decir —contestó ella— que a todas les gusta que les digan que son bonitas, que tienen hermosos ojos o buenos dientes o bonito cabello, según sea el caso, o que son altas y tienen un cuerpo hermoso. A todas les gusta que observen sus puntos buenos y los elogien.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—¡Oh, no! —dijo ella—, también les gusta que noten su vestido y en especial su sombrero. Si les sienta bien a la cara, si es muy hermoso, y así. Las chicas piensan que si observas sus ropas es porque realmente gustas de ellas, porque la mayor parte de los hombres no las advierten.

«Número dos» —dije para mis adentros.

—¿Hay algo más?

—Por supuesto —respondió ella—, debes decir que la chica con la que estás es la más bonita de la habitación o de la ciudad… que, en realidad, es totalmente distinta a cualquier otra, superior al resto, y para ti la única chica del mundo. A todas las mujeres les gusta ser la única chica del mundo para tantos hombres como sea posible.

«Número tres» —me dije.

—¿No les gusta ser besadas? —pregunté.

—Eso viene después —dijo mi hermana—. Montones de hombres comienzan a besarte y toquetearte antes de que hayas comenzado a gustar de ellos. Eso te aparta. Primero, alabanza de aspecto y ropas; después, devoción y, después, los besos llegan naturalmente.

«¡Número cuatro!».

Me repetí una y otra vez estas cuatro cosas y comencé a experimentarlas con las chicas mayores y las mujeres que había a mi alrededor, y descubrí pronto que casi de inmediato todas tenían mejor opinión de mí.

Recuerdo que comencé a practicar mi nuevo conocimiento con la más joven de las señoritas Raleigh, que le gustaba a Vernon, según pensé. Me limité a elogiarla siguiendo los consejos de mi hermana. Primero sus ojos y su cabello (tenía hermosos ojos azules). Para sorpresa mía, me sonrió al punto. En consecuencia, seguí diciendo que era la chica más bonita de la ciudad y de pronto cogió mi cabeza entre sus manos y me besó, diciendo:

¡Eres un chico encantador!

Pero todavía me faltaba lo más importante. Había un hombre muy apuesto a quien vi dos o tres veces en reuniones. Creo que su nombre era Tom Connolly. No estoy seguro, aunque no debería haberlo olvidado, porque lo veo con tanta claridad como si estuviera ahora frente a mí: cinco pies y diez u once pulgadas, muy apuesto, con sombreados ojos color violeta. Todo el mundo contaba sobre él una historia que había tenido lugar durante su visita al Virrey en Dublín. Parece que la virreina tenía una hermosa doncella francesa y Tom Connolly la sedujo. Una noche, la virreina se sintió enferma y envió a su marido escaleras arriba en busca de la doncella. Cuando el marido golpeó la puerta diciendo que su esposa la necesitaba, Tom Connolly replicó en voz muy alta:

—Es muy poco cortés de su parte interrumpir a un hombre en un momento como este.

Por supuesto, el virrey se disculpó inmediatamente y se alejó de prisa, pero como un tonto relató la historia a su esposa, que estaba muy indignada, y al día siguiente, durante el desayuno, puso a su derecha a un *aide-de-camp* y designó a Tom Connolly un lugar alejado. Como de costumbre, Connolly llegó tarde a la mesa y, cuando vio el arreglo de lugares, se dirigió hacia el *aide-de-camp*.

—Ahora, joven —dijo—, tendrá muchas oportunidades más tarde, de modo que deme mi lugar —y acto seguido lo sacó de su sitio y se sentó junto a la virreina, aunque esta apenas le dirigía la palabra.

Finalmente, Tom Connolly le dijo:

—No lo hubiera creído de usted, que es tan gentil. ¡Qué idea, culpar a una pobre chica la primera vez que cede a un hombre!

Esta frase hizo reír a toda la mesa y estableció en toda Irlanda la fama de impudicia de Connolly.

Todos hablaron de él y yo lo seguía por los jardines y, cada vez que hablaba, tendía mis grandes orejas para escuchar cualquier palabra de sabiduría que se desprendiera de sus labios. Por fin, me notó y me preguntó por qué lo seguía por todas partes.

—Todos dicen que puede usted seducir a cualquier mujer que le guste, señor Connolly —dije, algo avergonzado—. Quiero saber cómo lo hace, qué les dice.

—De verdad que no lo sé —contestó—, pero eres un jovencito gracioso. ¿Qué edad tienes, para andar haciendo semejantes preguntas?

—Catorce años —dije audazmente.

—No te hubiera dado catorce años, pero aun así son muy pocos. Debes esperar.

De modo que me retiré, pero manteniendo siempre la distancia necesaria para escuchar.

Lo escuché reír con mi hermano mayor de mi pregunta, de modo que imaginé que había sido perdonado, y al día siguiente o dos días después, viéndome tan asiduo como siempre, me dijo:

—Sabes, tu pregunta me ha divertido, y he pensado que podía intentar darte una respuesta. Aquí va. Si puedes ponerle en la mano un pene erecto y llorar profusamente al mismo tiempo, estarás cerca del corazón de cualquier mujer. Pero no olvides las lágrimas.

Descubrí que era un consejo perfecto. Era incapaz de llorar en momentos como esos, pero jamás olvidé las palabras.

En Ballybay había un gran cuartel de policía irlandesa y el subinspector era un tipo guapo de cinco pies y nueve o diez pulgadas, llamado Walter Raleigh. Acostumbraba a decir que era descendiente del famoso cortesano de la Reina Elizabeth, y pronunciaba su apellido «Rolly», asegurándonos que su ilustre tocayo lo había deletreado así a menudo, lo que demostraba que debía haberlo pronunciado como si se escribiera con una o. Menciono a Raleigh porque sus hermanas y las mías eran grandes amigas y él entraba y salía de la casa como si fuera la suya.

Todas las tardes, cuando Vernon y Raleigh no tenían nada mejor

que hacer, apartaban las sillas de la sala trasera, se ponían los guantes de boxeo y hacían uno o dos *rounds*. Mi padre tenía por costumbre sentarse en un rincón para observarlos. Vernon era más ligero y más pequeño, pero más rápido; sin embargo, yo pensaba que Raleigh no empleaba contra él toda su fuerza.

Una de las primeras tardes en que Vernon se quejó de que Raleigh no había venido ni lo había mandado llamar, mi padre dijo:

—¿Por qué no pruebas con Joe?

(¡Era mi apodo!). En un instante, tuve puestos los guantes y Vernon me dio mi primera lección. Me enseñó al menos cómo golpear en línea recta y después cómo cubrirme y apartarme de costado. Yo era muy veloz y fuerte para mi tamaño, pronto le resultó difícil llegar a pegarme y entonces, a veces, recibía yo un golpe que me levantaba del suelo. Pero mediante la práctica constante, mejoré rápidamente y después de una quincena me puse los guantes para pelear con Raleigh. Sus golpes eran mucho más pesados y hasta evitarlos me hacía trastabillar, de modo que me acostumbré a retroceder o echarme hacia el costado o fintear todo golpe dirigido a mí, al tiempo que respondía con todas mis fuerzas. Una noche en que Vernon y Raleigh me elogiaban, les hablé de Jones y cómo me tiranizaba; realmente, había transformado mi vida en una pura miseria. Jamás me encontraba fuera de la escuela sin golpearme o patearme y el apodo favorito con que me adornaba era «pies de caca». Su actitud influía también sobre toda la escuela. Yo había llegado a odiarlo tanto como lo temía.

Ambos pensaron que podía derrotarlo, pero yo lo describía como muy fuerte y finalmente Raleigh decidió pedir dos pares de guantes de cuatro onzas, o guantes de pelea, y los utilizó conmigo para darme confianza. Durante la primera media hora con los nuevos guantes, Vernon no consiguió pegarme ni una vez y tuve que reconocer que era más fuerte y más rápido que Jones. Al terminar las vacaciones, ambos me hicieron prometer que abofetearía a Jones la primera vez que lo viera en la escuela.

Al regresar a la escuela, siempre nos reuníamos en el aula principal. Cuando entré, hubo un silencio. Yo estaba espantosamente excitado y asustado. No sé por qué, pero estaba totalmente decidido. «No puede matarme», me repetía mil veces. No obstante, estaba interiormente aterrorizado, aunque mi aspecto

exterior era lo bastante compuesto. Jones y otros dos de sexto estaban de pie frente al hogar vacío. Yo me acerqué a ellos. James movió la cabeza.

—¿Cómo te va, Pat?

—Muy bien —dije—, ¿pero por qué ocupas toda la habitación? —y lo empujé a un lado. Inmediatamente, me empujó con fuerza y yo lo abofeteé, tal como había prometido. Los muchachos mayores lo sujetaron, porque de otro modo la pelea hubiera tenido lugar en ese mismo momento y lugar.

—¿Vas a luchar? —ladró.

—¡Tanto como desees, fanfarrón! —repliqué.

Se convino que la pelea tendría lugar la tarde siguiente, que resultó ser miércoles, día medio festivo. De tres a seis de la tarde tendríamos tiempo suficiente. Esa noche Stackpole me llamó a su habitación y me dijo que, si yo lo deseaba, conseguiría que el Doctor impidiera la pelea. Le aseguré que tenía que producirse y que prefería arreglar las cosas de esa forma.

—Me temo que es demasiado grande y fuerte para ti —dijo Stackpole.

Me limité a sonreír.

Al día siguiente se armó el círculo en un extremo del campo de juegos, detrás del almiar, de modo que no pudieran vernos desde la escuela. Todo el sexto curso y casi toda la escuela estaban del lado de Jones. Pero Stackpole, aunque ostensiblemente daba vueltas por todas partes, estaba siempre cerca de mí. Me sentí muy agradecido. No sé por qué, pero su presencia eliminaba mi soledad. Al comienzo, la pelea fue casi un *match* de boxeo. Jones adelantó un golpe con la izquierda, yo lo evité y contesté con un derechazo a su cara. Un momento después, se me echó encima, pero yo retrocedí, saltando hacia un costado y lo golpeé duramente en el mentón. En el silencio mortal, percibí la estupefacción de la escuela.

—¡Bien, bien! —gritó Stackpole detrás de mí—. Esa es la manera.

Y sí que fue la «manera» de toda la pelea, excepto en un *round*. Ya hacía ocho o diez minutos que estábamos golpeando duro, cuando sentí que Jones se debilitaba o perdía el aliento. De inmediato, intensifiqué el ataque con todas mis fuerzas cuando de pronto, por azar, recibí un derechazo justo bajo la oreja izquierda y

perdí pie. Podía golpear fuerte, esta era la verdad. Cuando me adelanté hacia el centro para el siguiente *round*, Jones me miró.

—Eso dolió, ¿eh, Pat?

—Sí —contesté—, pero te pondré de azul y oro por eso —y continuó la pelea.

Mientras yacía en el suelo, había tomado la resolución de golpearlo sólo en la cara. Era bajo y fuerte y los golpes en el cuerpo no parecían hacerle ninguna impresión; pero si podía marcarle la cara, los maestros, y especialmente el Doctor, comprenderían lo que había pasado.

Jones golpeó una y otra vez, primero con la derecha, después con la izquierda, con la esperanza de derribarme de nuevo, pero mi entrenamiento había sido demasiado variado y completo, y el golpe me había enseñado la prudencia necesaria. Evité sus golpes o me aparté de costado y lo golpeé con la derecha y la izquierda en la cara, hasta que de pronto su nariz comenzó a sangrar y detrás de mí Stackpole gritó excitadísimo:

—Esa. es la manera, esa es la manera. Sigue acribillándolo.

Cuando me volví a sonreírle, descubrí que muchos novatos, antes camaradas míos, se habían acercado a mi rincón y todos, me sonreían animosamente con audaces exhortaciones de «darle fuerte».

Entonces comprendí que sólo tenía que seguir y ser cuidadoso y la victoria sería mía. Una exultación fría y dura ocupó el lugar de la excitación nerviosa y, cuando golpeé, traté de cortar con los nudillos, como me había enseñado Raleigh.

La hemorragia nasal de Jones requirió cierto tiempo para detenerse y, cuando volvió al centro, la reanudé con otro derechazo. Después de este *round*, sus segundos y partidarios lo mantuvieron tanto tiempo en su rincón que finalmente, siguiendo el consejo susurrado por Stackpole, me adelanté y le dije:

—Pelea o ríndete. Estoy tomando frío.

Salió en seguida y se lanzó hacia mí lleno de brío, pero su rostro estaba magullado y el ojo izquierdo casi cerrado. Aproveché todas las oportunidades que tuve para golpearlo en el ojo derecho, hasta que estuvo en condiciones aún peores que el otro.

Desde entonces, me ha parecido extraño el hecho de que en ningún momento sentí compasión u ofrecí detenerme. La verdad es

que me había acosado tan incesantemente, había herido mi orgullo en público con tanta frecuencia, que hasta en el final de la pelea estaba embargado por una cólera fría. Observaba todo. Vi que un par de muchachos de sexto se alejaban en dirección a la escuela y regresaban después con Shaddy, el segundo maestro. Cuando dieron la vuelta al almiar, Jones salió al círculo. Cuando estuve a la distancia justa, golpeó salvajemente con la derecha y la izquierda, pero yo me hice a un lado por su lado izquierdo, más débil, y lo golpeé tan fuerte como pude, primero con la derecha, después con la izquierda, en el mentón, y cayó de espaldas al suelo.

De inmediato se oyeron chillidos de aplauso de los chicos de mi rincón y vi que Stackpole se había reunido con Shaddy cerca del rincón de Jones. De pronto, Shaddy entró al círculo y, para sorpresa mía, habló con cierta dignidad.

—Esta pelea debe detenerse ahora —dijo en voz alta—. Si se da otro golpe o se dice otra palabra, informaré de la desobediencia al Doctor.

Sin una palabra, me retiré y me puse el chaleco, la chaqueta y el cuello, mientras sus amigos de sexto acompañaban a Jones a la escuela.

Jamás tuve tantos amigos y admiradores como los que se acercaron entonces a felicitarme y testimoniar su admiración y buena voluntad. Todos los cursos inferiores estaban de mi lado, según parecía, y lo habían estado desde el principio, y uno o dos del sexto curso, en especial Herbert, se acercaron a mí y me elogiaron cálidamente.

—Una gran pelea —dijo Herbert— y ahora tal vez tendremos menos torturadores. En todo caso —agregó con humor—, nadie querrá torturarte a ti. Eres un profesional. ¿Dónde aprendiste a boxear?

Tuve suficiente sentido común como para sonreír y reservármelo. Esa noche, Jones no apareció en la escuela. De hecho, lo mantuvieron arriba, en la enfermería, durante varios días. Los «sirvientes» y chicos de cursos inferiores me contaron montones de historias sobre el doctor, quien según ellos había dicho que «temía las erisipelas, porque los magullones eran muy grandes y Jones debía quedarse en cama y en la oscuridad» y multitud de otros detalles.

Había una cosa clara: mi posición en la escuela había cambiado radicalmente. Stackpole habló con el doctor y conseguí un pupitre para mí solo en su clase, y sólo iba con el profesor de gramática para que me diera lecciones especiales. Stackpole se transformó, más que nunca, en mi maestro y amigo.

La primera vez que Jones apareció en la escuela, nos encontramos en el aula sexta, mientras esperábamos que llegara el Doctor. Yo estaba hablando con Herbert. Jones entró y me hizo una inclinación de cabeza. Yo me acerqué a él y le tendí las manos sin decir nada. La sonrisa y el gesto de aprobación de Herbert, me demostraron que había hecho bien.

—Olvidemos lo pasado —dijo, a la manera inglesa.

Esa noche le escribí a Vernon contándole toda la historia y por supuesto agradeciéndoles a él y a Raleigh el entrenamiento y el ánimo que me habían dado.

Toda mi visión de la vida se había alterado permanentemente. Yo estaba orgulloso y feliz. Una noche comencé a pensar en E… y por primera vez en meses practiqué el onanismo. Pero al día siguiente me sentí pesado y resolví que creencia o no creencia, el autocontrol era una buena cosa para la salud. Las siguientes vacaciones de Navidad las pasé enteras en Rhyl y traté de intimar con alguna chica, pero fracasé. Tan pronto como procuraba tocar siquiera sus senos, se apartaban. Me gustaban las chicas rellenitas y supongo que todas pensaban que era demasiado joven y pequeño. ¡Si hubieran sabido!

Hay otro incidente de este decimotercer año que tal vez valga la pena recordar. Liberado de la tiranía e insensata crueldad de los muchachos mayores que, en su mayor parte, seguían estando del lado de Jones y me dejaban muy solo, comenzaron a irritarme las restricciones de la vida escolar.

«Si fuera libre —me decía—, buscaría a E… o a alguna otra chica, y pasaría un buen rato; tal como son las cosas, no puedo hacer nada, no espero nada».

La vida me parecía inmóvil, chata y poco beneficiosa. Además, había leído casi todos los libros que me parecía que merecían leerse de la biblioteca del colegio y el tiempo me pesaba entre las manos; comencé a anhelar la libertad como un pájaro enjaulado.

¿Cuál era la manera más rápida de salir? Yo sabía que mi padre,

como capitán de la marina, podía darme o conseguirme un nombramiento para transformarme en contramaestre. Por supuesto, tendría que dar un examen antes de los catorce años, pero yo sabía que podía conseguir un puesto destacado en cualquier prueba.

Pasé las vacaciones de verano, después de haber cumplido trece años el catorce de febrero, en Irlanda, en casa, como ya he dicho, y de vez en cuando pedía a mi padre que me consiguiera la nominación. Prometió que lo haría y yo le creí. Durante el otoño estudié cuidadosamente las materias en las que me examinarían, y de vez en cuando escribía a mi padre, recordándole su promesa. Pero no parecía dispuesto a tocar el tema en sus cartas, que estaban en su mayor parte llenas de exhortaciones bíblicas que me enfermaban de desprecio por su estúpida credulidad. Mi incredulidad me hacía sentir inconmensurablemente superior a él.

Llegó Navidad y le escribí una carta seria. Lo halagué, diciéndole que sabía que su palabra era sagrada. Pero llegábamos al límite de tiempo y yo me estaba poniendo nervioso, por miedo a que alguna demora burocrática me hiciera pasar el límite de edad exigido. No recibí respuesta. Le escribí a Vernon, quien me dijo que haría lo que pudiera con el gobernador. Pasaron los días, el catorce de febrero llegó y se fue: tenía catorce años. Ese modo de huida hacia el ancho mundo me había sido negado por mi padre. Me sentí hervir de odio.

¿Cómo iba a liberarme? ¿Dónde podía ir? ¿Qué podía hacer? Un día del año 1898, leí en un periódico ilustrado que se habían descubierto diamantes en el Cabo y se habían abierto campos de diamantes. Esta perspectiva me tentó y leí todo lo que pude sobre Sudáfrica, pero un día leí que el pasaje más barato para el Cabo costaba quince libras y me desesperé. Poco después, leí que por cinco libras se podía conseguir un pasaje de tercera para New York. Me parecía posible obtener esa cantidad, porque en el verano había un premio de diez libras para comprar libros que se le entregaría al que quedara segundo en el examen de conocimientos matemáticos. Pensé que podía ganarlo y me puse a estudiar matemáticas con más entusiasmo que nunca.

El resultado fue… pero lo diré en el momento adecuado. Mientras tanto, comencé a leer sobre América y pronto supe de la existencia del búfalo y los indios de las Grandes Praderas y se

abrieron a mi imaginación infantil una multitud de arrebatadores cuadros románticos. Quería conocer el mundo y había llegado a detestar Inglaterra. Su esnobismo me parecía espantoso, pese a que había cogido la enfermedad, y lo que es peor, su espíritu me parecía invadido por el interés sórdido. Los muchachos ricos eran favorecidos por todos los maestros, incluido Stackpole; estaba disgustado con la vida inglesa, tal como la veía. Sin embargo, había en ella buenos elementos que no podía dejar de ver y que procuraré indicar más tarde.

Hacia mediados del invierno se anunció que a mediados de verano, además de representarse en latín una escena de una obra de Plauto, se representaría también la escena del juicio de *El mercader de Venecia*. Por supuesto, sólo participarían muchachos del quinto y sexto cursos y los ensayos comenzaron de inmediato. Naturalmente, saqué de la biblioteca *El mercader de Venecia* y en un día lo aprendí de memoria. Podía aprender buena poesía con una sola lectura cuidadosa; la mala poesía o la prosa me resultaban mucho más difíciles.

No había nada en la pieza que me atrajera, excepto Shylock, y la primera vez que escuché a Fawcett, de sexto, recitar su parte, no pude evitar una sonrisa. Repetía los discursos más apasionados como una lección, en una voz monótona y canturreada. Durante días me paseé profiriendo el desafío de Shylock y un día, por azar, Stackpole me oyó. Nos habíamos hecho grandes amigos. Había hecho con él toda el álgebra y ahora devoraba la trigonometría, resuelto a hacer después las secciones cónicas y luego el cálculo. En ese momento había ya un solo chico que era superior a mí y era capitán de sexto, Gordon, un tipo grande de unos diecisiete años, que tenía intención de ir a Cambridge con la beca de matemáticas de ochenta libras que darían ese verano.

Stackpole le dijo al director que yo sería un buen Shylock; para mi sorpresa, resultó que Fawcett no deseaba representar al judío. Le resultaba difícil incluso aprenderse el papel y finalmente me lo dieron. Estaba particularmente entusiasmado, porque sentía que podía resultar un gran éxito.

Un día, mi simpatía por los torturados me deparó un amigo. El hijo del vicario, Edwards, era un chico agradable de catorce años que había crecido de prisa y no era fuerte. Un bruto de dieciséis

años del quinto superior le estaba retorciendo el brazo y golpeándolo en el músculo atormentado y Edwards estaba haciendo grandes esfuerzos para no llorar.

—Déjalo solo, Johnson —dije—. ¿Por qué lo atacas?

—Deberías probarlo un poco —gritó, dejando sin embargo libre a Edwards.

—No lo intentes conmigo, si eres prudente —respondí.

—A Pat le gustaría que le hablásemos —se burló y se alejó.

Yo me encogí de hombros.

Edwards me agradeció cálidamente su rescate y yo le pedí que viniera conmigo a dar un paseo. Él aceptó y así empezó nuestra amistad, una amistad memorable porque me deparó una experiencia nueva y hermosa.

La vicaría era una casa grande con bastante terreno alrededor. Edwards tenía algunas hermanas pero eran todas demasiado jóvenes como para interesarme. Por otra parte, la gobernanta francesa, Mile. Lucille, era muy atractiva, con sus ojos y cabellos negros y modales vivaces y graciosos. Era de estatura media y no tenía más de dieciocho años. Yo traté de conquistarla inmediatamente y procuré desde el principio hablar en francés con ella. Era muy amable conmigo y en seguida nos llevamos bien. Se sentía sola, supongo, y yo empecé bien, diciéndole que era la muchacha más bonita de todo el lugar, y la más fina. Ella lo tradujo, recuerdo, como *la plus chic*.

El siguiente medio día libre, Edwards entró a la casa por alguna razón. Yo le dije que deseaba un beso, y ella contestó:

—Eres sólo un muchacho, *mais gentil* —y me besó.

Cuando mis labios se demoraron en los suyos, tomó mi cabeza entre sus manos, la apartó y me miró con sorpresa.

—Eres un chico extraño —musitó.

La siguiente vacación que pasé en la vicaría, le di una pequeña carta de amor en francés que había copiado de un libro que había en la biblioteca de la escuela, y quedé encantado cuando la leyó y me hizo un gesto de asentimiento, sonriendo y guardándola en su corpiño. «Junto a su corazón», me dije, pero no tenía siquiera la posibilidad de darle un beso, porque Edwards siempre estaba dando vueltas por allí. Pero una tarde lo llamó su madre para algo y llegó mi oportunidad.

Por lo general nos sentábamos en una especie de pabellón rústico en el jardín. Esa tarde, Lucille estaba sentada, recostada en un sillón justo frente a la puerta porque el día era bochornoso, y cuando Edwards se fue, me eché a sus pies sobre el umbral. Su vestido se ajustaba sobre su cuerpo, revelando seductoramente las líneas de sus muslos y senos. Yo estaba loco de excitación. De pronto, observé que tenía las piernas separadas; podía ver sus tobillos delgados. En mi frente y mi garganta comenzaron a latir los pulsos. Supliqué un beso y me puse de rodillas para recibirlo. Ella me lo dio, pero al ver que persistía, me rechazó diciendo:

—*Non, non! Sois sage!*

Cuando regresé reacio a mi sitio, se me ocurrió una idea: «Métele la mano en la ropa». Estaba seguro de que podría alcanzar su sexo. Ella estaba sentada al borde de la silla y reclinada. La simple idea me sacudió y asustó. ¿Pero qué puede hacer?, pensé. Sólo enojarse. Pensé una vez más en las consecuencias posibles. El ejemplo de E… me animó y me dio coraje. Me incliné y me arrodillé frente a ella, sonriendo, suplicando un beso, y cuando ella me respondió con una sonrisa, puse audazmente la mano bajo sus ropas, sobre su sexo. En un éxtasis jadeante, percibí los pelos suaves y la forma, pero apenas lo había tomado, cuando ella saltó sobre sus pies.

—¿Cómo te atreves? —gritó, tratando de quitarme la mano.

Mis sensaciones eran demasiado poderosas para las palabras o los actos. Mi vida estaba en mis dedos; los mantuve en su coño. Un instante después, traté de tocarla suavemente con mi dedo medio, como había tocado a E… Fue un error. Su sexo se me escapó y de inmediato Lucille dio una vuelta y se liberó.

—Tengo intención de castigarte —gritó—. Se lo diré a la señora Edwards —balbuceó indignada—. Eres un muchacho muy malo y yo pensé que eras encantador. Nunca volveré a ser amable contigo. ¡Te odio! —y dio un enérgico taconazo de rabia.

Me acerqué a ella, todo mi ser transformado en una plegaria.

—No lo estropees todo —supliqué—. Haces mucho daño cuando te enfadas, querida.

Se volvió hacia mí, furiosa.

—Estoy realmente enojada, enojada —jadeó— y tú eres un odioso muchacho rudo y ya no me gustas —y volvió a apartarse,

arreglándose el vestido.

—Oh, ¿cómo hubiera podido evitarlo? —comencé—. Eres tan bonita, oh, eres hermosa, Lucille.

—¡Hermosa! —repitió, bufando desdeñosamente, pero vi que estaba aplacada.

—Bésame —rogué— y no te enfades.

—Jamás te volveré a besar —replicó rápidamente—, puedes estar seguro de eso.

Seguí suplicando, halagando, rogando durante mucho tiempo, hasta que finalmente tomó mi cabeza entre sus manos, diciendo:

—Si me prometes que nunca, nunca volverás a hacer eso, te daré un beso y trataré de perdonarte.

—No puedo prometerlo —dije— porque era demasiado dulce; pero bésame y trataré de ser bueno.

Ella me dio un rápido beso y me apartó de un empujón.

—¿No te gustó? —susurré—. A mí sí, terriblemente. Me es imposible explicarte cómo me estremeció. ¡Oh, gracias, Lucille, gracias, eres la chica más dulce del mundo y siempre te estaré agradecido, querida!

Ella me miró pensativa; sentí que estaba ganando terreno.

—Eres adorable ahí —osé decir en un murmullo—. Por favor, querida, ¿cómo lo llamas? Una vez vi la palabra *chat*; ¿está bien decirle «gatito»?

—No hables de eso —gritó impaciente—. Odio pensar…

—Sé buena, Lucille —supliqué—; nunca volverás a ser la misma para mí. Antes eras bonita, *chic* y provocativa, pero ahora eres sagrada. ¡No te amo, te adoro, te reverencio, querida! ¿Puedo decirte «gatito»?

—Eres un chico extraño —dijo por fin—, pero nunca debes volver a hacerlo. Es desagradable y no me gusta. Yo…

—¡No digas esas cosas! —grité, fingiendo indignación—. ¡No sabes lo que estás diciendo… desagradable! Mira, besaré los dedos que han tocado tu gatito —y uní la acción a la palabra.

—¡Oh, no lo hagas —gritó y me tomó la mano—, no lo hagas!

Pero de algún modo, al mismo tiempo que hablaba se apoyó contra mí y me abandonó los labios. Poco a poco, mi mano derecha volvió a apoyarse en su sexo, esta vez por encima del vestido, pero en seguida se apartó y no me dejó acercarme otra vez. Mi deseo

insano había vuelto a jugarme una mala pasada. Y sin embargo, se había rendido a medias, lo sabía, y la conciencia de esto me hizo estremecer de triunfo y esperanza, pero ¡ay!, en ese momento escuchamos a Edwards llamándonos a gritos al salir de la casa para reunirse con nosotros.

Esta experiencia tuvo dos consecuencias inmediatas e inesperadas: primero, esa noche no pude dormir pensando en el sexo de Lucille. Cuando me quedé dormido, soñé con ella, soñé que había cedido y yo estaba metiendo mi sexo en el suyo; pero había algún obstáculo y mientras empujaba y empujaba, mi semilla se derramó en un orgasmo de placer… y en seguida me desperté y tocándome, descubrí que todavía me estaba corriendo. El esperma pegajoso, caliente y lechoso cubría mi pelo y mi polla.

Me levanté, me lavé y regresé a la cama. El agua fría me había serenado, pero pronto, al pensar en Lucille y su «gatito» suave, caliente y peludo, volví a ponerme cachondo y en ese estado me dormí. Otra vez soñé con Lucille y una vez más trataba en vano de introducirme en ella, cuando el espasmo de placer me invadió; derramé mi semilla caliente… y desperté.

Pero vaya, cuando bajé la mano, no había esperma, sino sólo un poco de humedad en la cabeza de mi sexo… nada más. ¿Quería eso decir que sólo podía eyacular una vez? Me probé de inmediato. Mientras imaginaba el sexo de Lucille, su suave redondez caliente y los pelos, me acaricié el sexo, moviendo la mano rápidamente hacia arriba y hacia abajo, hasta que pronto conseguí un orgasmo y sentí de manera definida los calientes estremecimientos, como si mi semen se estuviera derramando, pero no salió nada, apenas una humedad.

Al día siguiente, me probé en el salto en alto y descubrí que no podía salvar la barra, porque saltaba una pulgada menos que lo habitual. No sabía qué hacer. ¿Por qué había cedido tan tontamente?

Pero la siguiente noche, retornó el sueño de Lucille y otra vez me desperté después de un agudo espasmo de placer, mojado con mi propio semen. ¿Qué iba a hacer? Me levanté, me lavé y puse agua fría en una esponja, que coloqué sobre mis testículos. Helado, regresé a la cama. Pero la imaginación me dominaba. Una y otra vez, el sueño regresaba y me despertaba. Por la mañana me sentía

exhausto, me lavé y no necesité hacer prueba alguna para saber que estaba físicamente por debajo de mis posibilidades.

Esa misma tarde, por casualidad, encontré un trozo de cuerda de látigo y se me ocurrió de inmediato que si ataba esta cuerda dura alrededor de mi pene, tan pronto como el órgano comenzara a hincharse y endurecerse por la excitación, la cuerda se ajustaría y me despertaría el dolor.

Esa noche até a Tommy y me entregué a fantaseos sobre las partes privadas de Lucille. Tan pronto como mi sexo se irguió y endureció, la tralla me hizo doler espantosamente y tuve que ponerme agua fría para reducir mi miembro rebelde a sus proporciones ordinarias. Regresé a la cama y me puse a dormir. Tuve un corto y dulce sueño sobre las dulzuras de Lucille, pero me desperté en una agonía. Me levanté rápidamente y me senté sobre la fría losa de mármol del lavabo. Actuó a mayor velocidad aún que el agua fría. ¿Por qué? No aprendí esta lección hasta años después.

La cuerda era eficaz, hacía todo lo que deseaba. Después de esta experiencia, la utilicé con regularidad y una semana después podía otra vez colocarme bajo la barra y saltarla e izarme con una sola mano hasta que mi mentón quedaba por encima. Había conquistado la tentación y una vez más era el capitán de mi propio cuerpo.

La segunda experiencia inesperada fue también, me pareció, un resultado directo de mi despertar sexual con Lucille y de la intensa excitación. En todo caso, sucedió precisamente después de las escenas amorosas que acabo de describir y con frecuencia *post hoc* es *propter hoc*.

Hasta entonces no había notado todavía las bellezas de la naturaleza. En realidad, cada vez que durante mis lecturas me topaba con descripciones de paisajes, me las salteaba por fatigosas. Ahora, de pronto, en un instante, mis ojos quedaron abiertos a las bellezas naturales. Recuerdo la escena y mi arrebato como si hubiera sucedido ayer. Era un puente sobre el Dee, cerca de Overton, bajo el pleno sol. A mi derecha, el río hacía una larga curva, deslizándose bajo una elevación boscosa, dejando justo frente a mí un pequeño banco de arena tostada, medio desnudo. A mi izquierda, ambas orillas, muy arboladas, se unían y daban vuelta a una curva que se perdía a lo lejos. Yo estaba extasiado y mudo, encantado por la pura belleza de color de la escena: allá, agua

iluminada por el sol; aquí, agua en sombras, reflejando la espléndida vestidura de la elevación boscosa. Y cuando me fui del lugar y miré los campos de trigo que lo rodeaban, dorado contra el verde de los setos, y los árboles dispersos, los colores adquirieron un encanto que jamás había observado. No podía comprender qué me había sucedido.

Creo que fue el despertar de la vida sexual quien me reveló la belleza de la naturaleza inanimada.

Una o dos noches después, quedé fascinado por una luna casi llena que barría con radiaciones de marfil nuestro campo de juegos, haciendo del almiar que había en Un rincón una cosa de belleza sobrenatural.

¿Por qué no había visto antes la maravilla del mundo, el puro encanto de la naturaleza que me rodeaba? Desde ese momento comencé a disfrutar de las descripciones de paisaje que encontraba en los libros y también a amar las pinturas de paisajes.

¡Gracias a Dios, el milagro estaba cumplido, finalmente, y mi vida enriquecida, ennoblecida, transfigurada como por la generosidad de Dios! Desde ese día comencé a vivir una vida encantada, porque de inmediato traté de ver la belleza en todas partes, y en todo momento del día y de la noche veía fugazmente cosas que me llenaban de deleite y transformaron mi ser en un himno de alabanza y júbilo.

La fe me había abandonado, y junto con la fe, la esperanza en el cielo y de hecho en cualquier clase de existencia futura. Entristecido y temeroso, era como aquel que está en prisión cumpliendo una sentencia indeterminada. Pero ahora, en un momento, la prisión se había transformado en un paraíso, los muros de lo real se habían derrumbado y devenido marcos de cuadros deleitosos. Vagamente, me hice consciente de que si esta vida era sórdida y mezquina, vil y desagradable, la falta estaba en mí mismo y mi ceguera. ¡Comencé entonces a comprender que yo mismo era un mago y podía crear mi propia tierra de hadas, sí, y mi propio cielo, transformando este mundo en la sala del trono de un dios!

Son esta alegría y esta convicción las que deseo transmitir a otros más que cualquier otra cosa, porque han sido para mí un nuevo Evangelio de coraje y resolución y cierta recompensa, porque el credo del hombre enseña que a medida que se crece en sabiduría,

valor y gentileza, las cosas buenas vienen por añadidura.

Advierto que me desvío de mi historia y transcribo aquí un estadio de pensamiento y fe que sólo fue mío mucho más tarde. Pero el comienzo de la vida individual de mi alma fue esta experiencia: que había estado ciego a las bellezas de la naturaleza y ahora veía. Esto fue la raíz y el germen, por decirlo así, de la fe posterior que gobernó mi vida madura, llenándome de coraje y produciendo esperanzas y júbilo inefables.

Muy pronto, el primer mandamiento de este credo estuvo en mis labios casi cada hora: «¡Culpa a tu ceguera! ¡Cúlpate siempre a ti mismo!».

De la escuela a América

A comienzos de enero hubo un ensayo de vestuario de la escena del juicio de *El mercader de Venecia*. Fueron invitados el grande de la vecindad, que poseía el parque, Sir W. W. W., un miembro del parlamento, en especial un tal señor Whalley, que tenía una bonita hija y vivía en las inmediaciones, el vicario y su familia y otros a quienes no conocía. Pero entre la gente de la vicaría vino Lucille.

El aula principal había sido arreglada como una especie de teatro, y el estrado que había en un extremo, que el director usaba para pararse en las ocasiones oficiales, fue transformado en un escenario improvisado y adornado con una gran cortina que podía descorrerse a voluntad.

Porcia estaba representada por un muchacho muy guapo de dieciséis años llamado Herbert, gentil y amable aunque rescatado del afeminamiento por el hecho de que era el corredor más veloz del colegio y podía hacer las cien yardas en once segundos y medio. Por supuesto, el Duque era Jones; y el mercador, Antonio, un tipo grande llamado Vernon. Yo le había conseguido a Edwards el papel de Bassanio. Como Nerissa, eligieron a un bonito chico del cuarto curso. En lo que se refiere a aspecto físico, el elenco era aceptable, pero el Duque recitaba sus líneas como si las hubiera aprendido mal, de modo que la escena del juicio no tenía un buen comienzo. Pero el papel de Shylock me venía realmente bien y yo había aprendido a recitar. Ahora, por E… y Lucille, me propuse hacerlo lo mejor posible. Cuando llegó mi entrada, me incliné profundamente delante del Duque y luego otra vez a izquierda y derecha, en silencio y formalmente, como si yo, el judío proscrito, estuviera saludando a toda la corte. Luego, con una voz que al principio procuré que fuera simplemente lenta y clara, comencé la famosa réplica:

> He hecho partícipe a su Gracia de mis intenciones;
> Y por el santo Sabat he jurado
> Obtener lo debido y perdido de mi compromiso.

No espero que me crean y sin embargo estoy diciendo la pura verdad cuando afirmo que en mi representación de Shylock conseguí el tono propio del «asunto» que quince años más tarde hizo «eternamente memorable» la representación de Shylock hecha por Henry Irving[15], según afirmaron los periódicos.

Cuando al final, burlado y vencido, Shylock cede:

> Os ruego, dadme la venia para salir de aquí,
> No estoy bien; enviad la escritura
> Y la firmaré,

el Duque dice, «Vete, pero hazlo» y Graciano insulta al judío, creo que es la única ocasión en la que Shakespeare permite que un caballero insulte al vencido.

En mi camino hacia la puerta, como Shylock, me detuve, me incliné profundamente ante el Duque; pero al ser insultado por Graciano, me volví lentamente mientras me erguía en toda mi estatura, examinándolo de pies a cabeza.

Irving acostumbraba a volver a cruzar el escenario y, cruzándose de brazos, mirarlo con medido desprecio.

Cuando quince años más tarde Irving me preguntó una noche después de cenar, en el Garrick Club, qué pensaba yo de este nuevo asunto, le contesté que si Shylock hubiera hecho lo mismo que él, probablemente Graciano le hubiera escupido a la cara, sacándolo del escenario de una patada. Shylock se quejaba de que los cristianos escupían su gabardina.

Sin embargo, mi lectura infantil y romántica era en esencia la misma que hizo Irving, y la lectura de Irving fue aplaudida en Londres porque era una rehabilitación del judío; y hoy, en todas las ciudades de Europa, el judío lleva la voz cantante.

Ante mis primeras palabras, percibí que los miembros más jóvenes de la audiencia miraban a su alrededor para ver si ese tipo de recitación era adecuado y estaba permitido; luego, uno tras otro se entregaron a la corriente de la pasión. Cuando terminé, todos aplaudieron: Whalley y *lady* W… con entusiasmo y también Lucille, para deleite mío.

Después del ensayo, todos me rodearon: ¿Dónde aprendiste? ¿Quién te enseñó? Finalmente llegó Lucille.

—Sabía que eras alguien —dijo, con su agradable manera (

quelqu'un
)—, ¡pero fue extraordinario! Serás un gran actor, estoy segura.

—Y sin embargo me niegas un beso —susurré, cuidando de que nadie escuchara.

—No te niego nada —replicó, alejándose y dejándome transfigurado por la esperanza y la seguridad del deleite.

«Nada —me dije—, nada quiere decir todo».

Me lo repetí mil veces, en éxtasis.

Esa fue la primera noche feliz que pasé en Inglaterra. El señor Whalley me felicitó y me presentó a su hija, que me elogió con entusiasmo, y lo mejor de todo fue que el Doctor dijo:

—Tenemos que hacer de usted un director de escena, Harris, y espero que infundirá algo de su fuego en los otros actores.

Para sorpresa mía, mi triunfo me perjudicó con los muchachos. Algunos se burlaron y todos estuvieron de acuerdo en que lo había hecho para exhibirme. Jones y los de sexto recomenzaron el boicot. No me importó mucho, porque tenía mayores desencantos y esperanzas más dulces.

Lo peor fue que me resultó difícil ver a Lucille mientras duró el mal tiempo. De hecho, apenas la vi durante todo el invierno. Edwards me invitaba frecuentemente a la vicaría. Ella hubiera podido arreglar media docena de entrevistas, pero no quería, y yo estaba enfermo de decepción y de pesar por el deseo insatisfecho. No fue antes de marzo o abril que pude estar a solas con ella en su sala de clase de la vicaría. Yo estaba demasiado enojado como para ser algo más que cortés. De pronto, ella dijo:

—*Vous me boudez.*

Me encogí de hombros.

—No te gusto —comencé—, de modo que ¿qué sentido tiene preocuparme?

—Me gustas mucho —dijo—, pero…

—No, no —dije, sacudiendo la cabeza—. Si realmente te gustara, no me evitarías y…

—Tal vez sea porque me gustas demasiado…

—Entonces me harías feliz —interrumpí.

—Feliz —repitió ella—. ¿Y cómo?

—Dejando que te bese y…

—Sí, y… —repitió significativamente.

—¿Qué daño puede hacerte? —pregunté.

¿Qué daño? —repitió ella—. ¿No sabes que está mal? Una sólo debería hacerlo con su esposo. Ya sabes.

—No sé nada parecido —grité—. Es una estupidez. Hoy no pensamos así.

—Yo lo pienso —dijo ella con gravedad.

—Pero si no lo pensaras, ¿me dejarías? —grité—. Di eso, Lucille. Sería casi tan bueno, porque me demostraría que te gusto un poco.

—Sabes que me gustas muchísimo —replicó ella.

—Entonces bésame —dije—. Eso no tiene nada de malo.

Y cuando me besó puse mis manos sobre sus senos. Me hicieron estremecer, eran firmes y elásticos. Y un momento después, mi mano se deslizó hacia abajo por su cuerpo, pero ella se apartó de inmediato, tranquila pero resuelta.

—No, no —dijo, sonriendo levemente.

—Por favor —supliqué.

—No puedo —dijo, sacudiendo la cabeza—. No debo. Hablemos de otras cosas. ¿Cómo va la obra?

Pero yo no podía hablar de la obra teniéndola de pie frente a mí. Por primera vez, adiviné a través de sus ropas casi todas las bellezas de su forma. Las curvas de las caderas y los senos me atormentaban, y su rostro era expresivo y desafiante.

¿Cómo era que no había notado antes todos los detalles? ¿Había estado ciego? ¿O Lucille se había vestido como para exhibir su figura? En verdad sus vestidos estaban hechos como para exhibir más las formas que los vestidos ingleses, pero yo también me había vuelto más curioso, más observador. ¿Seguiría la vida mostrándome bellezas que ni siquiera había imaginado?

Mi experiencia con E… y Lucille hizo casi intolerable para mí la rutina de la vida escolar. Sólo podía forzarme a estudiar recordándome la necesidad de ganar el segundo premio de la beca de matemáticas, que me daría diez libras. Diez libras me llevarían a América.

Poco después de las vacaciones de Navidad había dado el paso decisivo. El examen del invierno no era tan importante como el que terminaba el período de verano, pero para mí había marcado una época. Como mis castigos me habían obligado a aprender de memoria dos o tres libros de Virgilio y capítulos enteros de César y

Livio, había llegado a tener ciertos conocimientos de latín. En el examen, había derrotado no sólo a mi clase, sino también, gracias a la trigonometría, el latín y la historia, a las dos clases siguientes. Me pusieron en el quinto superior. Todos los muchachos eran dos o tres años mayores que yo y hacían observaciones cortantes sobre mí, evitando hablarle a «Pat». Todo esto fortaleció mi resolución de ir a América tan pronto como pudiera.

Mientras tanto, trabajé como no había trabajado nunca en latín y griego, así como en matemáticas, pero principalmente en griego, porque estaba atrasado. Hacia Pascua, dominaba la gramática, con verbos irregulares y todo, y estaba entre los primeros de la clase. También mi mente había crecido de manera sorprendente, a través de mis dudas religiosas y la lectura de los pensadores. Una mañana interpreté un pasaje de latín que había desconcertado a los mejores de la clase y el Doctor me hizo un gesto de aprobación. Luego llegó el momento que llamo decisivo.

Una mañana glacial, apenas terminadas las plegarias el Doctor se puso de pie y explicó las condiciones del examen para la obtención de la beca, que tendría lugar mediado el período de verano. El ganador obtendría ochenta libras al año durante tres años, para asistir a Cambridge, y el segundo diez libras para comprar libros.

—Todos los muchachos que deseen optar a esta beca —agregó—, deben ponerse de pie y decirme sus nombres.

Yo pensé que sólo Gordon se pondría de pie, pero cuando vi que también lo hacía Johnson, Fawcett y dos o tres otros, me levanté. Una especie de gruñido burlón recorrió a la escuela, pero Stackpole me sonrió e hizo un gesto de asentimiento como diciendo «ya verán». Yo me sentí animado y dije mi nombre con toda claridad. Sentí que, de algún modo, se trataba de un paso decisivo.

Me gustaba Stackpole y durante este período me incitó a visitarlo en sus habitaciones para charlar toda vez que tuviera deseo de hacerlo, y como yo había decidido utilizar los medios días libres para estudiar, esta asociación me hizo mucho bien y su ayuda fue invalorable.

Un día, cuando él acababa de entrar en su habitación, le hice una pregunta y él se detuvo, se acercó a mí y mientras contestaba puso su mano en mi hombro. No sé cómo lo supe, pero por algún

instinto percibí una caricia en la acción aparentemente inocente. No deseaba apartarme o demostrarle que lo rechazaba, pero me dediqué febrilmente a la trigonometría y pronto se apartó.

Cuando lo pensé después, recordé que su marcada preferencia por mí comenzó después de mi pelea con Jones. A menudo había estado a punto de hablarle de mis experiencias amorosas, pero ahora estaba contento de haberlas guardado estrictamente para mí mismo, porque a medida que pasaban los días observaba que crecía su afición por mí o más bien que aumentaban sus atenciones y elogios. Apenas sabía qué hacer. Para mí, trabajar con él y en sus habitaciones era un don del cielo; y sin embargo, al mismo tiempo, no me gustaba mucho ni lo admiraba realmente.

En algunos aspectos era curiosamente torpe. Hablaba de la vida escolar como la más feliz y la más sana. Aquí hay un buen tono moral, decía, no hay mentira, engaño o escándalo, y es mucho mejor que la vida afuera. Me resultaba difícil no reírme en su cara. ¡Tono moral! Cuando el Doctor llegaba de mal genio, era cosa aceptada entre los muchachos que durante la noche había poseído a su esposa y estaba, por lo tanto, un tanto bajo físicamente.

Aunque era realmente un gran matemático y un maestro de primer orden, paciente y esmerado, con el don de la exposición clara, Stackpole me parecía estúpido y de miras estrechas y pronto descubrí que riéndome de sus atenciones, podía refrenar su deseo de dedicarme sus desagradables caricias.

Una vez me besó, pero mi sonrisa divertida lo hizo ruborizar, mientras murmuraba avergonzado:

—Eres un chico peculiar.

Al mismo tiempo, yo sabía muy bien que si lo animaba se tomaría otras libertades.

Un día habló de Jones y de Henry H… Evidentemente, había oído algo de lo que había sucedido en nuestro dormitorio. Pero yo fingí no saber lo que quería decir y, cuando me preguntó si ninguno de los muchachos mayores se había acercado a mí, ignoré las sucias incursiones del gran Fawcett y dije «no», agregando que estaba interesado en las chicas y no en los sucios muchachos. Por una u otra razón, Stackpole me parecía menor que yo y no doce años mayor, y no tuve verdaderas dificultades en mantenerlo dentro de los límites de la corrección hasta que llegó el examen de

matemáticas.

Una vez me preguntaron si pensaba que «Shaddy», como llamábamos al director, había tenido alguna vez una mujer. La idea de que «Shaddy» fuese virgen nos hacía reír, pero cuando alguien habló de él como un amante, resultó todavía más gracioso. Era un hombre de unos cuarenta años, alto y bastante fuerte. Tenía un título de alguna universidad de Manchester, pero para nosotros, pequeños esnobs, era un hortera, porque no había estado ni en Oxford ni en Cambridge. Sin embargo, era bastante capaz.

Pero por alguna razón me tenía antipatía y yo llegué a odiarlo y estaba siempre pensando cómo podía herirlo. Mi nuevo hábito de obligarme a vigilar y observarlo todo vino en mi ayuda. Había cinco o seis escalones de roble pulido que daban al gran dormitorio donde dormíamos catorce de nosotros. «Shaddy» acostumbraba a darnos media hora para meternos en la cama y luego subía y deteniéndose justo en la puerta, bajo la luz de gas, nos preguntaba:

—¿Han dicho todos sus oraciones?

—Sí señor —contestábamos.

Luego venía su: Buenas noches, muchachos.

Y nuestra estereotipada respuesta:

—Buenas noches, señor.

Entonces apagaba la luz y bajaba a su habitación. Los escalones de roble estaban gastados en la parte media y yo había observado que cuando se desciende una escalera se pisa el borde de cada escalón.

Un día, «Shaddy» me enfureció dándome para aprender cien versos de Virgilio por un pecadillo insignificante. Esa noche, habiéndome provisto de una pastilla de jabón Windsor, corrí escaleras arriba antes que los otros y froté con jabón el borde de los dos escalones superiores. Luego entré a desnudarme.

Cuando «Shaddy» apagó la luz y bajaba el segundo escalón, hubo un resbalón y luego un gran ruido mientras se deslizaba o caía. Un momento después, porque mi cama estaba cerca de la puerta, yo me había puesto de pie y había abierto la puerta, emitiendo incoherentes expresiones de simpatía mientras lo ayudaba a levantarse.

—Me he lastimado la cadera —dijo, tocándose. No podía comprender cómo había caído.

Al volver, sonriendo para mis adentros, saqué con el pañuelo el jabón que quedaba en el escalón superior y volví a meterme en la cama, donde me felicité riendo del éxito de mi estratagema. Había conseguido lo que se merecía, me dije.

Finalmente, llegó a su término el largo período. Se hizo el examen y después de consultar a Stackpole estaba muy seguro del segundo premio.

—Creo —dijo un día—, que preferirías ganar el segundo premio que el primero.

—Por supuesto —repliqué sin pensar.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué?

Me contuve a tiempo o le hubiera dado la verdadera razón.

—Te acercarás más a la beca que lo que muchos de ellos piensan —dijo por fin.

Después de los exámenes vinieron los juegos atléticos, mucho más interesantes que las infernales lecciones. Yo gané dos primeros premios y Jones cuatro, pero yo gané quince «segundos», lo que es un récord, creo, ya que según mi edad estaba todavía en la escuela inferior.

Yo era totalmente consciente del secreto de mi éxito y por extraño que parezca, este no aumentó sino que más bien disminuyó mi presunción. Gané, no por ventajas naturales, sino mediante la fuerza de voluntad y la práctica. Si hubiera ganado por mis dones naturales, hubiera estado mucho más orgulloso. Por ejemplo, había un muchacho llamado Reggie Miller, que a los dieciséis años tenía cinco pies y diez pulgadas de estatura, mientras que yo medía menos de cinco pies. Hiciera lo que hiciese, él podía saltar más alto que yo, aunque sólo saltaba a la altura de su mentón, mientras que yo podía pasar la barra con la cabeza. Yo creía que Reggie podía practicar fácilmente y sobrepasarme. Me faltaba aprender que la voluntad decidida de ganar es más importante que las ventajas naturales. Pero esta lección la aprendí más tarde. Desde el principio, había emprendido el camino del éxito, fortaleciendo mi voluntad aún más que mi cuerpo. Y así, para el alma valerosa, toda desventaja o deficiencia naturales resultan ser una ventaja en la vida, mientras que todo don natural es una desventaja. Demóstenes tenía problemas para hablar, practicar para superarlos lo transformó en el mayor de los oradores.

Llegó finalmente el último día y a las once toda la escuela, y una considerable cantidad de invitados y amigos, se reunieron en el aula principal para escuchar los resultados de los exámenes y especialmente de la beca. Aunque la mayoría de los muchachos se colocó temprano junto a la gran pizarra donde se exhibían las notas, yo ni siquiera me acerqué hasta que un niñito me dijo tímidamente:

—Estás a la cabeza de tu curso, de modo que pasas seguro.

Descubrí que era cierto, pero ni siquiera me sentí regocijado. Según parecía había llegado un profesor de Cambridge para anunciar el resultado de la beca de matemáticas.

Hizo un discurso más bien largo, diciéndonos que la dificultad para decidir había sido inusualmente grande, porque había prácticamente paridad entre dos muchachos. En realidad, hubiera podido conceder la beca al Número Nueve (mi número) y no al Número Uno, atendiendo al mérito del trabajo, pero cuando descubrió que uno de los muchachos tenía menos de quince años mientras que el otro tenía dieciocho y estaba preparado para la universidad, sintió que era justo compartir la opinión del director y darle la beca al mayor, porque era seguro que el más joven la ganaría al año siguiente y aun entonces seguiría siendo demasiado joven para la vida universitaria. En consecuencia, concedió la beca a Gordon y el segundo premio de diez libras a Harris. Gordon se puso de pie y se inclinó en agradecimiento, mientras la escuela lo vitoreaba una y otra vez; luego, el examinador me llamó a mí. Yo ya me había dado cuenta de la situación. Quería irme con todo el dinero que pudiera, tan pronto como pudiera. Mi idea era hacerme desagradable. De modo que me puse de pie y agradecí al examinador, diciendo que no tenía dudas de su buen deseo de ser justo.

—Pero —agregué—, si yo hubiera sabido que el asunto iba a quedar determinado por mi edad, no hubiera participado. Ahora sólo puedo decir que nunca más volveré a participar —y me senté.

La sensación causada por mi pequeño discurso fue mil veces mayor de lo que había sospechado. Hubo un silencio mortal y una expectativa muda. El profesor de Cambridge se volvió hacia el director de la escuela y habló con él muy seriamente, con visible fastidio, y luego volvió a ponerse de pie.

—Debo decir —comenzó—, tengo que decir —repitiéndose—

que tengo la mayor simpatía por Harris. Jamás me encontré en una posición tan incómoda. Debo dejar toda la responsabilidad al director. ¡Por desdicha, no puedo hacer ninguna otra cosa! —y se sentó, visiblemente molesto.

El Doctor se puso de pie e hizo un largo discurso hipócrita. Se trataba dé una de esas decisiones difíciles que a veces nos es preciso tomar en la vida; estaba seguro de que todos estarían de acuerdo en que él había tratado de actuar imparcialmente y en la medida en que hubiera podido favorecer al menor, lo hubiera hecho; esperaba que al año siguiente le daría a él la beca con tanto entusiasmo como ahora le entregaba su cheque; y lo sacudió en el aire.

Todos los maestros me llamaron y yo subí a la plataforma y acepté el cheque, sonriendo encantado, y cuando el profesor de Cambridge me estrechó la mano y volvió a excusarse, yo susurré tímidamente:

—Está bien, señor. Me alegro de que lo haya decidido así.

Él rio lleno de alegría, me pasó el brazo por el hombro y dijo:

—Estoy en deuda con usted. Es usted en verdad un buen perdedor o ganador, hubiera debido decir tal vez, en general un muchacho notable. ¿Es verdad que tiene menos de diecisiete años?

Yo asentí sonriendo y el resto de la entrega de premios se desarrolló sin incidentes, salvo que cuando aparecí en la plataforma para recoger el premio de Libros de mi curso, me sonrió agradablemente y condujo el vitoreo.

He descrito todo el incidente porque ilustra, para mí, el deseo inglés, de ser justo. En ellos es realmente un impulso rector, en el cual se puede confiar, y en la medida de mi experiencia, podría decir que es tal vez más fuerte en ellos que en cualquier otra nacionalidad. Si no fuera por su hipocresía religiosa, sus convenciones infantiles y, sobre todo, por su increíble esnobismo, su amor al juego limpio haría de ellos los líderes más meritorios de la humanidad. Todo esto lo sentí siendo niño con tanta claridad como lo veo ahora.

Sabía que se había abierto para mí el camino de mi deseo. A la mañana siguiente, pedí ver al rector. Fue muy amable, pero yo fingí sentirme herido y desilusionado.

—Mi padre —dije— cuenta, según creo, con mi éxito, y me gustaría verlo antes de que escuche las malas noticias de boca de

cualquier otro. ¿Sería tan amable de darme el dinero para el viaje y dejarme ir hoy? Ahora no me resulta muy agradable estar aquí.

—Lo siento —dijo el Doctor (y creo que lo sentía)—, por supuesto haré todo lo que pueda por disminuir su desilusión. Es muy desdichado, pero no debe sentirse deprimido. El profesor S… dice que su trabajó le asegura el éxito para el año próximo y yo… bueno, yo haré todo lo que pueda para ayudarlo.

Me incliné.

—Gracias, señor. ¿Puedo ir hoy? Al mediodía hay un tren para Liverpool.

—Ciertamente, ciertamente, si lo desea —dijo—. Daré las órdenes de inmediato —y también me hizo efectivo el cheque, con sólo una recomendación de que debía usarse para comprar libros, pero pensaba que no importaba realmente.

Al mediodía estaba en el tren para Liverpool con quince libras en el bolsillo, de las cuales cinco me habían dado para el viaje a Irlanda. Estaba temblando de excitación y deleite. Finalmente iba a entrar al mundo real y a vivir como deseaba vivir. No tenía remordimientos ni pesares. Estaba lleno de animadas esperanzas y presentimientos felices.

Tan pronto como llegué a Liverpool, me fui al Hotel Adelphi, busqué los vapores y pronto encontré uno que cobraba sólo cuatro libras por un pasaje de tercera clase a Nueva York y que, para alegría mía, salía al día siguiente a las dos de la tarde. A las cuatro de la tarde había reservado y pagado mi pasaje. El dependiente dijo algo sobre ropa de cama, pero no le presté atención. Porque precisamente al entrar a la oficina había visto una publicidad de *The Two Roses*[16], un drama romántico que se representaría esa noche y estaba decidido a conseguir un asiento y verlo. ¿Saben cuánto coraje requería ese acto? Más del que necesitaba para romper los lazos con los que amaba e irme a América, porque mi padre era puritano entre los puritanos y a menudo había hablado del teatro como la «puerta abierta al infierno».

Yo había perdido toda fe en el infierno o en el cielo, pero cuando compré mi entrada me sacudió un estremecimimento helado y una y otra vez en las cuatro horas que siguieron estuve a punto de perder el billete y no ver la obra. ¿Qué pasaría si mi padre tenía razón? No podía evitar el miedo que me invadía como un vapor.

Cuando se levantó el telón, estaba en mi asiento y me quedé allí tres horas, maravillado. Era sólo una romántica historia de amor, pero la heroína era encantadora y afectuosa y sincera, y me enamoré de ella a primera vista. Cuando terminó la obra, salí a la calle resuelto a mantenerme puro para alguna chica como esa heroína. Ninguna lección moral que hubiera recibido antes o que haya recibido después, puede compararse con la impartida por esta primera noche de teatro. El efecto duró muchos meses y me hizo prácticamente imposible para siempre la masturbación. Los predicadores pueden digerir esto como más les guste.

A la mañana siguiente tomé un buen desayuno en el Adelphi y antes de las diez estaba a bordo del vapor, había guardado mi baúl y ocupado mi lugar para dormir, marcado con tiza en la cubierta. Hacia el mediodía, llegó el doctor, un hombre joven de buena presencia, con modales negligentes, cabello rojizo, nariz romana y aire poco convencional.

—¿De quién es esta litera? —preguntó, señalando la mía.

—Mía, señor —repliqué.

—Di a tu padre y a tu madre —dijo brevemente— que debes tener un colchón como este —y señaló uno— y dos mantas.

—Gracias, señor —dije y me encogí de hombros ante su interferencia.

Una hora después regresó.

—Todavía no tienes el colchón —ladró.

—No quiero un colchón —repliqué.

—¿Dónde están tu padre y tu madre? —preguntó.

—No tengo —respondí.

—¿Dejan ir a chicos como tú a América? —gritó—. ¿Qué edad tienes?

Yo estaba furioso con él por descubrir mi juventud en público, allí, delante de todos.

—¿Y a usted qué le importa? —pregunté desdeñosamente—. No es usted responsable de mí, gracias a Dios.

—Sin embargo lo soy —dijo—, al menos hasta cierto punto. ¿Realmente vas solo a América?

—Sí —contesté con aire rudo e indiferente.

—¿Para hacer qué? —fue su siguiente pregunta.

—Lo que pueda —repliqué.

—Ajá —murmuró—, debo ocuparme de esto.

Diez minutos después estaba de vuelta.

—Ven conmigo —dijo, y lo seguí hasta su cabina, un camarote confortable con una buena litera a la derecha de la puerta y un buen sofá enfrente.

—¿Estás realmente solo?

Yo asentí con un gesto, porque tenía un poco de miedo de que tuviera poder para prohibirme ir y resolví decir lo menos posible.

—¿Qué edad tienes? —fue su siguiente pregunta.

—Dieciséis años —mentí audazmente.

¡Dieciséis! —repitió—. No los representas, pero hablas como si estuvieras bien educado.

Sonreí; ya había advertido la crasa ignorancia de los campesinos de tercera clase.

—¿Tienes amigos en América? —preguntó.

—¿Para qué me interroga? —demandé—. He pagado mi pasaje y no estoy haciendo nada malo.

—Quiero ayudarte —dijo—. ¿Querrías quedarte aquí hasta que zarpemos y yo tenga un poco de tiempo?

—Ciertamente —dije—. Prefiero estar aquí que con esos patanes y si pudiera leer sus libros…

Había observado que había dos pequeñas estanterías de roble, una a cada lado del lavabo y otros libros y pinturas diseminados por allí.

—Por supuesto que puedes —contestó y abrió la puerta de la librería. Desde allí me miraba un Macaulay.

—Conozco su poesía —dije, viendo que el libro contenía los ensayos y estaba escrito en prosa—. Me gustaría leer este.

—Adelante —dijo sonriendo—. Regresaré en un par de horas.

Cuando volvió me encontró enrollado en su sofá, perdido en la tierra del ensueño. Acababa de llegar al final del ensayo sobre Clive y estaba sin resuello.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Creo que sí —repliqué—. Es todavía mejor que su poesía —y repentinamente cerré el libro y comencé a recitar:

> Con todas sus faltas, que no eran pocas ni pequeñas, sólo había un cementerio digno de recoger sus restos. En la gran Abadía[17]…

El doctor me sacó el libro.

—¿Estás citando del Clive? —preguntó.

—Sí —dije—, pero el ensayo sobre Warren Hastings es igualmente bueno —y recomencé:

> Parecía un gran hombre y no malo. Una persona pequeña y enaciada y no obstante de digno empaque que, si bien indicaba deferencia para con la Corte, indicaba también autocontrol y autorespeto habituales. Una frente alta e intelectual, un ceño pensativo, pero no melancólico, una boca de decisión inflexible, un rostro en el cual estaba escrito con tanta claridad como bajo la gran pintura de la Cámara del Concejo de Calcuta, *Mens aequa in arduis*. Este era el aspecto con el que el gran procónsul se presentaba ante sus jueces.

—¿Has aprendido todo esto de memoria? —gritó el doctor, riendo.

—No necesito aprender cosas como esta —repliqué—. Una lectura me basta.

Él me miró.

—Tuve razón al traerte aquí —comenzó—. Traté de conseguirte una litera, pero no hay espacio. Si pudieras arreglártelas con ese sofá, haría que el camarero te preparara una cama.

—Oh, ¿de verdad? —grité—. Qué amabilidad la suya. ¿Y me dejará leer sus libros?

—Todos —contestó, agregando—: Sólo desearía poder hacer tan buen uso de ellos como tú.

El resultado de esto fue que una hora después me había sacado parte de mi historia y éramos grandes amigos. Su nombre era Keogh.

«Por supuesto, es irlandés —me dije cuando me disponía a dormir esa noche—, ningún otro hubiera sido tan amable».

El hombre ordinario pensará que alardeo aquí de mi memoria. Se equivoca. La memoria de Swinburne, en especial en lo que se refiere a la poesía, era mucho, mucho mejor que la mía, y siempre he lamentado el hecho de que con frecuencia una buena memoria impide pensar por sí mismo. Volveré a esta creencia mía cuando explique más tarde cómo la falta de libros me dio todo lo que de original poseo. Una buena memoria y libros al alcance de la mano son dos de los grandes peligros de la juventud y son en sí mismos una terrible desventaja, pero como todos los dones, una buena

memoria es pasible de brindar amigos entre los no pensantes, en especial cuando se es muy joven.

En realidad, el doctor Keogh anduvo por ahí alardeando de mi memoria y capacidad de recitar hasta que algunos de los pasajeros de los camarotes se sintieron interesados por el extraordinario escolar. El resultado fue que una noche me invitaron a recitar en la primera cabina y más tarde se hizo una colecta para mí y también tomaron para mí un pasaje de primera clase, y me dieron veinte dólares. Además, un anciano caballero se ofreció a adoptarme y ser para mí un segundo padre, pero yo no me había librado de un padre para adquirir otro, de modo que me mantuve tan alejado de él como lo aconsejaba la decencia.

Vuelvo a adelantarme, sin embargo. La segunda noche del viaje, el mar se encrespó un poco y hubo muchos enfermos. Llamaron al doctor Keogh y mientras estaba fuera, alguien golpeó a la puerta. La abrí y encontré una bonita chica.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó, y yo le dije que había sido llamado al camarote de un pasajero.

—Por favor, dígale cuando regrese —dijo— que Jessie Kerr, la hija del ingeniero jefe, desearía verlo.

—Lo buscaré ahora si lo desea, señorita Jessie —dije—. Sé dónde está.

—No es importante —replicó ella—, pero me siento mareada y dijo que podía curarme.

—Subir a cubierta es la mejor cura —declaré—. El aire fresco pronto eliminará el mareo. Dormirá como un lirón y mañana por la mañana estará bien. ¿Quiere venir?

Ella consintió rápidamente y diez minutos después admitió que la ligera náusea había desaparecido con la brisa fresca. Mientras caminábamos a uno y otro lado de la cubierta débilmente iluminada, tuve que sostenerla de vez en cuando, porque el barco se movía un poco bajo un viento del sudoeste. Jessie me contó algunas cosas de sí misma, de cómo iba a Nueva York a pasar unos meses con una hermana mayor, casada, y qué estricto era su padre. A su vez, escuchó toda mi historia y apenas podía creer que sólo tuviera dieciséis años. Ella tenía más de diecisiete años y nunca hubiera podido ponerse de pie para recitar fragmento tras fragmento, como había hecho yo en el camarote. Pensaba que era «maravilloso».

Antes de bajar, le dije que era la chica más linda de a bordo y ella me besó y prometió volver la noche siguiente para dar otro paseo.

—Si no tiene nada mejor que hacer —me dijo al partir—, puede venir a la pequeña cubierta de paseo de la segunda clase y yo haré que uno de los hombres nos prepare un asiento en uno de los botes.

—Por supuesto —prometí alegremente y pasé la tarde siguiente con Jessie en la popa sombría del barco, donde estábamos ocultos a la vista de todos y tampoco podían oírnos.

Allí estábamos, abrigados con dos alfombrillas y mecidos, por decirlo así, entre el mar y el cielo, mientras el silbido del aire, al pasar, acrecentaba nuestra sensación de soledad. Jessie, aunque algo baja, era una chica muy bonita, con grandes ojos almendrados y de rasgos regulares.

Pronto pasé mi brazo a su alrededor y la besé hasta que me dijo que nunca había conocido a un hombre tan ávido de besos como yo. A mí me resultaba un halago delicioso que hablasen de mí como de un hombre y en compensación deliré sobre sus ojos y su boca y su cuerpo. Acariciando su seno izquierdo, le dije que podía adivinar el resto y sabía que tenía un cuerpo hermoso. Pero cuando pasé mi mano bajo sus vestidos, me detuvo al llegar encima de la rodilla y dijo:

—Tendríamos que prometernos antes de que te dejara hacer eso. ¿Me amas de verdad?

Por supuesto le juré que sí, pero cuando ella dijo que tendría que decirle a su padre que estábamos prometidos e íbamos a casarnos, corrieron por mi espalda escalofríos.

—No puedo casarme por mucho tiempo todavía —dije—. Primero tendré que ganarme la vida y no estoy muy seguro de por dónde voy a empezar.

Pero ella había escuchado que un anciano deseaba adoptarme y todo el mundo decía que era muy rico y hasta su padre decía que yo estaría «bien protegido».

Mientras tanto, mi mano derecha seguía ocupada. Había conseguido llegar a la carne cálida entre las medias y las bragas, y estaba loco de deseo. Pronto, mi boca en la suya, toqué su sexo.

¡Qué tarde jubilosa pasamos! Ahora ya había aprendido lo bastante como para ir despacio y obedecer a sus deseos. Dulce,

dulcemente, acaricié su sexo con los dedos hasta que se abrió y ella se apoyó contra mí y me besó por propia iniciativa, mientras sus ojos se ponían en blanco y todo su ser se perdía en estremecimientos de éxtasis. Cuando me pidió que me detuviera y sacara la mano, hice de inmediato lo que me rogaba y fui recompensado diciéndome que era un «muchacho encantador», «dulce», y pronto volvieron a comenzar los abrazos y besos. Ahora ella se movía en respuesta a mi contacto lascivo y cuando llegó el éxtasis, me apretó contra sí y me besó apasionadamente con los labios calientes. Después, en mis brazos, lloró un poco y luego hizo pucheros y dijo que estaba enojada conmigo por ser tan malo. Pero sus ojos se entregaban a los míos aun mientras trataba de regañarme.

Sonó la campana de la cena y ella dijo que tenía que irse e hicimos una cita para después, en la cubierta superior. ¡Pero cuando se estaba levantando volvió a entregarse a mi mano con un pequeño suspiro y descubrí que su sexo estaba húmedo, húmedo!

Bajó del bote por la jarcia principal y yo esperé unos momentos antes de seguirla. Al comienzo, parecía que nuestra prudencia quedaría recompensada, sobre todo, pensé, porque todos me creían demasiado joven y pequeño como para ser tomado en serio. Pero todo se sabe rápidamente a bordo, o por lo menos lo saben los marineros.

Bajé al camarote del doctor Keogh, una vez más alegre y agradecido, como lo había estado con E… Mis dedos eran como ojos que satisfacían mi curiosidad, y mi curiosidad era insaciable. Los muslos de Jessie eran suaves, firmes y redondos. Me deleitaba recordando su tacto, y su culo era como mármol cálido. Quería verla desnuda y estudiar sus bellezas una después de otra. Su sexo también era hermoso, más lleno incluso que el de Lucille, y sus ojos eran más hermosos. Oh, la vida era mil veces mejor que en la escuela. Yo temblaba de alegría y esperanzas apasionadas y salvajes. Tal vez Jessie me dejaría, tal vez… estaba sin aliento.

Nuestro paseo por cubierta, esa noche, no fue tan satisfactorio. El viento había disminuido y había muchas otras parejas y todos los hombres parecían conocer a Jessie. Todo era señorita Kerr por aquí y señorita Kerr por allá, hasta que estuve de mal humor y desilusionado. No pude tenerla para mí más que por momentos,

pero entonces tenía que admitir que era tan dulce como siempre y hasta su acento de Aberdeen me resultaba pintoresco y encantador.

Conseguí algunos besos largos en momentos inesperados y justo antes de que se fuera la empujé detrás de un bote, en el pescante, y pude acariciar sus pequeños senos. Y cuando me dio la espalda para irse, puse mis brazos alrededor de sus caderas y la atraje hacia mí. Ella apoyó la cabeza sobre el hombro y me dio su boca y sus ojos desmayados. ¡Querida! Jessie era apta para todas las lecciones amorosas.

El día siguiente fue nuboso y amenazaba lluvia, pero a las dos de la tarde estábamos arrellanados en el bote, a salvo, y esperábamos que nadie nos hubiese visto. Pasó una hora entre caricias y abrazos, palabras y promesas de amor. Había conseguido que Jessie acariciara mi sexo y sus ojos parecían hacerse más profundos mientras lo hacía.

—Te amo, Jessie. ¿No dejarás que toque el tuyo?

Ella sacudió la cabeza.

—Aquí no; no al aire libre —susurró, y luego—: Espera un poco hasta que lleguemos a Nueva York, querido —y nuestras bocas sellaron el pacto.

Luego le pregunté cosas sobre Nueva York y la casa de su hermana, y estábamos hablando de dónde nos encontraríamos, cuando una gran cabeza y una barba se asomaron por encima del borde del bote y una profunda voz escocesa dijo:

—Te necesito, Jessie, te he estado buscando por todas partes.

—Muy bien, padre —contestó ella—. Bajaré en un minuto.

—Ven de prisa —dijo la voz mientras la cabeza desaparecía.

—Le diré que nos amamos y no estará enojado mucho tiempo —susurró Jessie.

Pero yo tenía mis dudas. Cuando se levantó para irse, mi mano desobediente se metió bajo su vestido, por detrás, y sentí las nalgas calientes y suaves. Ah, la intensidad de las sensaciones inefables. Sus ojos me sonrieron por sobre su hombro y se fue… y con ella la luz del sol.

Todavía recuerdo la decepción enfermiza mientras estaba solo en el bote. Entonces la vida, como en la escuela, tenía sus dolores, y si bien los placeres eran más vivos, los obstáculos y frustraciones eran más amargos. Por primera vez en mi vida, sentí vagos recelos,

una sospecha conmovedora de que era preciso pagar por todo lo deleitoso y alegre de la vida. Pero no tendría miedo. Si tenía que pagar, pagaría. Después de todo, el recuerdo del éxtasis era algo que no podían sacarme, mientras que los pesares eran fugaces. Y sigo manteniendo esa fe.

Al día siguiente, el camarero jefe me consiguió una litera en el camarote de un contramaestre inglés de diecisiete años, que iba a reunirse con su barco en las Indias occidentales. William Ponsonby no era un mal tipo, pero no hablaba más que de chicas de la mañana a la noche, e insistía en que las negras eran mejores que las blancas. Eran más apasionadas, según decía.

Me mostró su sexo y se excitó delante de mí, asegurándome que tenía intención de poseer a una tal señorita Le Bretón, una gobernanta, que iba a ocupar un puesto en Pittsburgh.

—¿Pero supón que la embarazas? —pregunté.

—Ese no es mi funeral —fue su respuesta, y viendo que su cinismo me chocaba, siguió diciendo que no había peligro si uno se retiraba a tiempo. Ponsonby jamás abría un libro y era increíblemente ignorante. Aparentemente, no le importaba aprender nada que no tuviera que ver con el sexo. Esa misma tarde me presentó a la señorita Le Bretón. Era más bien alta, con cabello rubio y ojos azules y elogió mi recitado. Para mi sorpresa, era una mujer y una mujer bonita, y por la manera en que miraba a Ponsonby vi que estaba muy enamorada de él. Él era más alto que la media, fuerte y jovial, y eso era todo lo que veía en él.

La señorita Jessie se mantuvo alejada de mí toda la tarde y cuando, vi a su padre en la «cubierta superior», me lanzó una mirada furiosa y pasó sin decir una palabra. Esa noche le conté a Ponsonby mi historia, o parte de ella, y este declaró que si escribía una nota se la haría llegar a Jessie a la mañana siguiente, por uno de los marineros.

Además, propuso que debíamos ocupar el camarote en tardes alternas. Por ejemplo, él se tomaría el día siguiente y yo no debía acercarme, y si en algún momento uno de nosotros encontraba la puerta cerrada, debía respetar la intimidad de su camarada. Yo acepté con entusiasmo y me acosté en una fiebre de esperanza. ¿Se arriesgaría Jessie a despertar las iras de su padre reuniéndose conmigo? Tal vez lo haría. En todo caso, le escribiría pidiéndoselo,

y lo hice. Una hora después, el mismo marinero regresó con su respuesta. Ponía lo siguiente: «Querido amor, papá está furioso, tendremos que tener mucho cuidado durante dos o tres días. Tan pronto como pueda hacerlo segura, iré. Tu amante Jess», con una docena de cruces a modo de besos.

Esa tarde, sin recordar mi pacto con Ponsonby, fui a nuestro camarote y encontré la puerta cerrada. En seguida recordé lo hablado y me retiré a toda prisa. ¿Había triunfado tan rápidamente? ¿Y estaba ella en la cama con él? La casi certeza me hacía latir el corazón.

Esa noche, Ponsonby no pudo ocultar su éxito, pero como lo usó en parte para elogiar a su amante, lo perdoné.

—Tiene la figura más hermosa que hayas visto —declaró—, y es realmente un tesoro. Cuando te acercaste a la puerta, recién terminábamos. Dije que se trataba de algún error y me creyó. Quiere que me case con ella, pero no puedo casarme. Si fuera rico, me casaría en seguida. Es mejor que arriesgarse a atrapar alguna inmunda enfermedad —y continuó hablando de uno de sus colegas, John Lawrence, quien se había contagiado la viruela negra, como llamaba a la sífilis, de una negra.

—No se dio cuenta durante tres meses —continuó Ponsonby— y se metió en su sistema. Su nariz se puso mal y tuvo que recluirse en su casa, pobre diablo. Esas chicas negras son inmundas —dijo—, le contagian a todos la blenorragia y eso ya es bastante malo, puedes creerme. Son diablos sucios.

Sus trillados pesares no me interesaron mucho, porque había decidido que nunca, en ninguna circunstancia, iría con una prostituta.

A bordo de ese barco tomé las resoluciones más peculiares y puedo indicar brevemente aquí las principales de entre ellas. En primer lugar, resolví que cada trabajo que me dieran lo haría tan bien como pudiera, de modo que el que viniera detrás de mí no pudiera hacerlo mejor. En el último período escolar había descubierto que si uno se entrega en cuerpo y alma a cualquier cosa, se la aprende rápidamente y por completo. Aun antes de probar, estaba seguro de que mi primer trabajo me conduciría directamente a la fortuna. Había visto hombres trabajando y sabía que me sería fácil superarlos. Sólo anhelaba probar.

Recuerdo que una noche esperaba a Jessie, que no apareció, y antes de irme a la cama subí a la proa del barco, donde uno está solo con el mar y el cielo, y me hice este juramento, como lo llamó mi fantasía romántica: cualquier cosa que emprendiera, pondría en ella lo mejor de mí.

Si he cosechado éxitos en la vida o hecho algún buen trabajo, se debe en gran parte a esta resolución.

No podía dejar de pensar en Jessie. Si trataba de sacármela de la cabeza, recibía una pequeña nota de ella o venía Ponsonby, rogándome que le dejara el camarote todo el día. Finalmente, desesperado, le rogué que me diera su dirección en Nueva York, porque temía perderla para siempre en ese torbellino. Agregué que siempre estaría solo en el camarote desde la una a la una y media pasadas, si podía venir alguna vez.

Ese día no vino y el viejo caballero que dijo que me adoptaría, me atrapó, me dijo que era un banquero y que me enviaría a Harvard, la universidad cercana a Boston; según lo que el doctor había dicho de mí, esperaba que haría grandes cosas. Era realmente amable y trataba de ser simpático, pero no tenía idea de que lo que yo quería por sobre todo era probarme a mí mismo, justificar la alta opinión que tenía de mis capacidades en la abierta lucha por la vida. No deseaba ayuda y me disgustaban sus aires protectores.

Al día siguiente, en el camarote, hubo un golpe en la puerta y Jessie, toda sofocada, estuvo en mis brazos.

—Sólo puedo quedarme un minuto —lloró—. Papá es espantoso, dice que eres sólo un niño y que no me permitirá prometerme y me vigila de la mañana a la noche. Pude escaparme ahora porque tuvo que bajar a la sala de máquinas.

Antes de que hubiera terminado, pasé el cerrojo a la puerta.

—Oh, debo irme —lloró—. Realmente, debo. Sólo vine para darte mi dirección en Nueva York. Aquí está —y me dio el papel que puse de inmediato en mi bolsillo. Luego puse ambos brazos por debajo de su vestido y mis manos se apoyaron en sus caderas cálidas. Estaba mudo de placer. Un momento después, mi mano derecha pasó a su sexo y cuando lo toqué se juntaron nuestros labios y su sexo se abrió en seguida y mi dedo comenzó a acariciarla y nos besamos y volvimos a besarnos. De pronto, sus labios se pusieron calientes, y mientras yo me preguntaba todavía

por qué, su sexo se humedeció y sus ojos comenzaron a parpadear y girar. Un instante después, trató de librarse de mi abrazo.

—Realmente, querido, estoy asustada. Podría venir y armar un escándalo y yo me moriría. Por favor, deja que me vaya ahora. Tendremos mucho tiempo en Nueva York.

Pero yo no podía soportar que se fuera.

—Nunca vendría aquí, donde hay dos hombres —dije—, nunca. Podría encontrarse con el otro —y la atraje hacia mí, pero viendo que sólo estaba tranquila a medias, dije, mientras le levantaba el vestido—: Deja que toque tu sexo con el mío y te dejaré ir —y al momento siguiente mi sexo estaba contra el suyo y casi a pesar de sí misma, cedió a la pulsante calidez. Pero cuando yo empujé, se apartó y vi ansiedad en sus ojos, que se habían vuelto muy queridos para mí.

En seguida me detuve y saqué mi sexo, dejando caer sus ropas.

—Eres un tesoro, Jess —dije—, ¿quién podría negarte nada? En Nueva York, entonces, pero ahora dame un largo beso.

Me dio su boca en seguida y sus labios estaban calientes. Esa mañana aprendí que cuando los labios de una chica se ponen calientes, su sexo se ha calentado antes y está preparada para entregarse y madura para el abrazo.

El gran Nuevo Mundo

Durante el resto del viaje, un beso robado y caricias fugaces fueron todo lo que conseguí de Jessie. Una tarde, las luces de tierra que parpadeaban a la distancia reunieron multitudes en cubierta. El barco comenzó a disminuir la velocidad. Los pasajeros que viajaban en camarote bajaron como de costumbre, pero cientos de inmigrantes, como yo, se sentaron y contemplaron las estrellas descender por el cielo hasta que por fin llegó el amanecer, con luces de plata y revelaciones sorprendentes.

Todavía recuerdo los estremecimientos que hicieron presa de mí cuando vi las grandes vías fluviales de ese puerto abrigado y vi Long Island estirándose por un lado, como un mar, y del otro lado el magnífico Hudson con sus empalizadas, mientras que frente a mí estaba el East River, de casi una milla de ancho. ¡Qué entrada a un mundo nuevo! Un puerto oceánico magnífico y seguro, que es también el lugar de reunión de grandes caminos acuáticos que penetran en el continente.

No podía imaginarse mejor lugar para una capital del mundo. Yo estaba fascinado por la espaciosa grandeza, el destino manifiesta de esta ciudad reina de las aguas.

La Vieja Batería apuntaba en mi dirección y también *Island Governor's* y la prisión y el lugar donde se construía el puente de Brooklyn; De pronto, Jessie pasó del brazo de su padre y me lanzó una mirada radiante, insistente, de amor y promesa.

No recuerdo nada más, hasta que desembarcamos y el viejo banquero se acercó para decirme que había hecho sacar mi pequeña caja de donde estaba, para ponerla junto con su equipaje.

—Vamos al Hotel Quinta Avenida —agregó—, en Madison Square. Allí estaremos cómodos —y sonrió complacido de sí mismo.

Yo también sonreí y le di las gracias, pero no tenía intención de ir en su compañía. Regresé al barco y agradecí al doctor Keogh con todo mi corazón su gran bondad hacia mí. Me dio su dirección en

Nueva York e incidentalmente me enteré de que si yo guardaba la llave de mi baúl nadie podía abrirlo o llevárselo. Lo dejarían a cargo de la aduana hasta que yo lo reclamara.

Un minuto después, estaba de regreso en el gran cobertizo del muelle y me había acercado a un extremo cuando advertí las escaleras.

—¿Por allí se va a la ciudad? —pregunté, y un hombre contestó —: Claro.

Lancé una rápida mirada alrededor de mí para asegurarme de que no era observado y un instante después había bajado las escaleras y estaba en la calle. Corrí adelante dos o tres manzanas y luego pregunté y me dijeron que justamente enfrente estaba la Quinta Avenida. Cuando giré Quinta Avenida arriba, comencé a respirar con libertad: «No más padres para mí». El anciano que me había molestado fue arrojado al olvido sin pena. Por supuesto, ahora sé que merecía mejor trato. Tal vez incluso me hubiera ido mejor si hubiera aceptado su ayuda amable y generosa, pero estoy tratando de establecer la verdad desnuda y sin adornos, y debo decir aquí que los efectos de los niños son mucho menos intensos de lo que muchos padres creen. Jamás dediqué un pensamiento a mi padre. Ni siquiera lamenté a mi hermano Vernon, quien siempre había sido bueno conmigo, alimentando mi desorbitada vanidad. La nueva vida me llamaba; estaba agitado por expectativas y esperanzas.

En un determinado lugar de la Quinta Avenida, llegué a la gran plaza y vi el hotel, pero sólo sonreí y seguí adelante hasta que llegué a Central Park. Cerca de allí —no recuerdo exactamente dónde, pero creo que en el lugar en el que hoy se levanta el hotel Plaza—, había una pequeña casa de madera, con un retrete del otro lado del terreno. Mientras miraba, salió una mujer con un cubo y cruzó hacia el retrete. Unos minutos después, regresó y me vio mirando por encima de la cerca.

—¿Podría darme algo para beber, por favor? —pregunté.

—Seguro —replicó con fuerte acento irlandés—, entra.

Y la seguí a la cocina.

—Usted es irlandesa —dije sonriéndole.

—Lo soy —respondió—, ¿cómo te diste cuenta?

—Porque yo también nací en Irlanda —respondí.

—¡No es verdad! —gritó enfáticamente, más por placer que por deseo de contradicción.

—Nací en Galway —proseguí, y de inmediato se puso muy amable y me dio un poco de leche recién ordeñada. Y cuando supo que no había desayunado y vio que estaba hambriento, me obligó a comer y se sentó conmigo y pronto supo toda mi historia, o al menos lo suficiente como para expresar su sorpresa una y otra vez.

A su vez, me contó cómo se había casado con Mike Mulligan, un estibador que ganaba buenos salarios y era un buen marido, pero de vez en cuando se pasaba en las copas, como hace un hombre cuando es tentado por una de esas «malditas tabernas». Supe que las tabernas eran la ruina de los mejores irlandeses y que «de todos modos eran los mejores hombres, y… y…», y la charla amable y familiar continuó, encantándome.

Cuando el desayuno terminó y lavamos las cosas, me levanté para irme dando las gracias, pero la señora Mulligan no quiso oír hablar de ello.

—Eres un niño —dijo— y no conoces Nueva York. Es un lugar terrible y debes esperar a que Mike vuelva a casa y…

—Pero debo encontrar un lugar para dormir —dije—. Tengo dinero.

—Dormirás aquí —me interrumpió con decisión— y Mike te ayudará a ponerte sobre tus pies, porque conoce Nueva York como su bolsillo y tú eres bienvenido como las flores de mayo y…

¿Qué otra cosa podía hacer sino quedarme y hablar mientras escuchaba toda clase de historias sobre Nueva York y «rudos» que eran «casos difíciles» y «pistoleros» y «mujeres que eran peor… malas pécoras todas ellas»?

A su debido tiempo, la señora Mulligan y yo almorzamos y después me dio permiso para ir al Parque a dar un paseo, pero «cuidado y vuelve a casa a las seis o mandaré a Mike detrás de ti», agregó, riendo.

Caminé un poco por el parque y luego volví hacia el centro, hacia la dirección que me había dado Jessie cerca del Puente de Brooklyn. Era una calle pobre, pensé, pero pronto encontré la casa de la hermana de Jessie, fui a un restaurante contiguo y escribí una pequeña nota a mi amor, que podría mostrar si era necesario, diciéndole que me proponía visitarla el dieciocho, o sea dos días

después que el barco en el que habíamos llegado zarpara de regreso a Liverpool. Después de cumplir con este deber, que me parecía posible esperar toda clase de cosas para el dieciocho, el diecinueve o el veinte, deambulé otra vez por la Quinta Avenida y volví sobre mis pasos. Después de todo, en mi actual alojamiento no gastaba nada.

Al regresar esa noche, fui presentado a Mike. Descubrí que era un irlandés grande y apuesto, que pensaba que su esposa era una maravilla y todo lo que hacía era perfecto.

—Mary —dijo, guiñándome un ojo— es una de las mejores cocineras del mundo y si no fuera porque se enoja con un hombre cuando él tiene unas copas de más, sería la mejor muchacha en esta tierra de Dios. Así como es, me casé con ella, y nunca me he arrepentido, ¿eh, Mary?

—No has tenido motivos, Mike Mulligan.

Mike no tenía nada especial que hacer la mañana siguiente, así que me prometió ir a buscar mi pequeño baúl a la aduana. Le di la llave. Insistió tan afectuosamente como su esposa en que debía quedarme con ellos hasta que consiguiera trabajo. Le dije lo ansioso que estaba por empezar y Mike prometió hablar con su jefe y algunos amigos para ver lo que se podía hacer.

A la mañana siguiente, me levanté a las cinco y media, tan pronto como escuché moverse a Mike, y fui con él Séptima Avenida abajo, hasta que subió al tranvía de caballos y me dejó. Entre siete y media y ocho, una cantidad de gente pasó rumbo al centro, hacia sus oficinas. En varias esquinas había lustrabotas. Uno de ellos tenía en su caseta tres clientes y sólo un limpiabotas.

—¿Me dejará ayudarlo a limpiar uno o dos pares? —pregunté.

El tipo me miró.

—No me importa —dijo, y yo cogí los cepillos y me puse a trabajar.

Había lustrado los zapatos de dos tipos cuando él terminaba con el primero. Cuando entraba el siguiente, me susurró «vamos a medias» y me enseñó a usar el paño de lustrar. Me saqué la chaqueta y el chaleco y me puse a trabajar con entusiasmo. Durante la hora y media siguiente, trabajamos a manos llenas. Luego, comenzó a disminuir la afluencia, pero yo había ganado más de un dólar y medio. Después charlamos y Allison, el limpiabotas, me dijo

que estaría encantado de trabajar cualquier mañana en los mismos términos. Le aseguré que estaría allí y haría lo mejor que pudiera hasta que consiguiera otro trabajo. Había ganado tres chelines y me había enterado de que era posible conseguir una buena pensión por tres dólares a la semana, de modo que en un par de horas me había ganado el sustento. Me abandonó la última preocupación.

Mike tenía el día libre, de modo que al mediodía fue a casa a almorzar y con buenas noticias. Necesitaban hombres para trabajar bajo el agua en las campanas de hierro del Puente de Brooklyn y pagaban de cinco a diez dólares diarios.

—Cinco dólares —gritó la señora Mulligan—. Debe ser peligroso o insalubre o algo… seguro, nunca deberías poner a trabajar así al chico.

Mike se disculpó, pero el peligro, si es que lo había, me atraía por lo menos tanto como la paga. Mi único temor era que me consideraran demasiado pequeño o joven. Le dije a la señora Mulligan que tenía dieciséis años, porque no deseaba que me trataran como a un niño y ahora le mostré los ochenta centavos que había ganado esa mañana lustrando botas. Ella me aconsejó que insistiera con eso y no fuera a trabajar bajo el agua, pero los cinco dólares diarios prometidos me entusiasmaban.

A la mañana siguiente, poco después de las cinco, Mike me llevó al Puente de Brooklyn a ver al contratista. Deseaba emplear a Mike en seguida, pero sacudió la cabeza en lo que se refería a mí.

—Déjeme probar —le supliqué—, verá como lo hago bien.

—OK —dijo después de una pausa—, ya han bajado cuatro tandas bajo cuerda. Puedes probar.

He hablado del trabajo y sus peligros en mi novela *The Bomb*[18], pero puedo agregar algunos detalles sólo para demostrar lo que la clase obrera tiene que soportar.

En el cobertizo desnudo donde nos preparábamos los hombres me dijeron que nadie podía hacer ese trabajo durante mucho tiempo sin coger los «nudos». Los «nudos» eran una especie de ataque convulsivo que retorcía el cuerpo como una cuerda y que con frecuencia lo dejaba a uno inválido para siempre. Pronto me explicaron todo el procedimiento. Parecía que trabajábamos en una inmensa campana de hierro que bajaba hasta el fondo del río y estaba llena de aire comprimido para evitar que entrara el agua por

debajo. La parte de arriba de la campana es un recinto llamado la «cámara material», dentro del cual se introduce lo que se saca del río, para descartarlo. A un costado de la campana hay otro recinto, llamado el «seguro de aire» en el cual debíamos entrar para ser «comprimidos». A medida que se introduce el aire comprimido, la sangre va absorbiendo los gases del aire hasta que la tensión de los gases en la sangre es igual a la del aire. Cuando se ha alcanzado este equilibrio, los hombres pueden trabajar en la campana durante horas sin demasiadas molestias si se introduce todo el tiempo suficiente aire puro. Parecía que era el aire viciado lo que hacía daño.

Si introdujeran aire bueno, todo estaría bien, pero eso costaría un poco de tiempo y trabajo y las vidas de los hombres son más baratas.

Vi que los hombres trataban de advertirme, pensando que era demasiado joven y en consecuencia fingí prestarles atención.

Cuando entramos en el «seguro de aire» y abrieron uno a uno los grifos de aire comprimido, los hombres se llevaron las manos a los oídos y pronto los imité, porque el dolor era muy agudo. En realidad, los tímpanos estallan con frecuencia si se introduce demasiado rápidamente el aire comprimido. Descubrí que la mejor manera de enfrentar la presión era tragar aire todo el tiempo, llevándolo al oído medio, donde actuaba como un colchón auxiliar en la parte interna del tímpano, disminuyendo así la presión del exterior.

Les llevó media hora más o menos «comprimirnos», y esa media hora me dio muchas cosas en las que pensar. Cuando el aire estuvo bien comprimido, la puerta del seguro se abrió con sólo tocarla y todos bajamos a trabajar con picos y palas en el fondo de grava. Mi dolor de cabeza se hizo muy pronto agudo. Los seis trabajábamos desnudos hasta la cintura en una pequeña cámara de hierro a una temperatura de unos 180° Fahrenheit[19]. A los cinco minutos, sudábamos y todo el tiempo estábamos de pie en el agua helada que no subía sólo a causa de la aterradora presión del aire. No es sorprendente que los dolores de cabeza fueran cegadores. Los hombres no trabajaban durante más de diez minutos seguidos, pero yo perseveré, resuelto a probarme y

conseguir empleo permanente; tan sólo otro hombre, un sueco al que llamaban Anderson, trabajaba tan duramente como yo. Yo estaba entusiasmado al ver que, juntos, hacíamos mucho más que los otros cuatro.

Me dijo que la cantidad de trabajo realizada cada semana era evaluada por un inspector. El contratista conocía a Anderson y este recibía un salario extra por semana como jefe del grupo. Me aseguró que podía quedarme tanto como quisiera, pero aconsejándome que me fuera a fin de mes. Era demasiado insalubre. Sobre todo, me dijo que no debía beber y sí pasar todo mi tiempo libre en el exterior. Fue para conmigo la amabilidad misma, así como todos los otros. Después de dos horas de trabajo, subimos al recinto de seguro de aire para ser «descomprimidos» gradualmente. Era necesario bajar la presión del aire en nuestras venas hasta llegar a la presión normal. Los hombres comenzaron a ponerse la ropa y se pasaron una botella de *schnapps*. Pero aunque muy pronto estuve tan frío como una rana y me sentía deprimido y débil, no quise tocar el licor. Arriba, en el cobertizo, tomé junto con Anderson una taza de cacao caliente que detuvo los escalofríos, y pronto estuve listo para enfrentar la ordalía de la tarde.

No tenía idea de que era posible sentirse tan mal cuando se le «descomprimía» a uno en el seguro de aire, pero tuve en cuenta el consejo de Anderson y salí al aire Ubre tan pronto como pude, y cuando hube vuelto a casa al atardecer, cambiándome de ropas, me sentí fuerte otra vez. Pero el dolor de cabeza no desapareció por entero y el dolor de oídos siguió molestándome de vez en cuando; todavía hoy, una ligera sordera me recuerda esa temporada de trabajo submarino.

Fui al Central Park por media hora; la primera chica bonita con la que me crucé me recordó a Jessie. Una semana más y estaría libre para verla y decirle que estaba trabajando. Ella cumpliría su promesa, de eso estaba seguro, y la simple esperanza me hacía sentir en una tierra encantada. Mientras tanto, nada podía difuminar mi consciencia de que con mis cinco dólares me había ganado en un día dos semanas de vida; un mes de trabajo me aseguraría un año.

Cuando regresé, les dije a los Mulligan que debía pagar por mi alojamiento, diciendo: —Me sentiría mejor si me lo permitieran—, y

finalmente consintieron, aunque a la señora Mulligan le parecieron mucho tres dólares semanales. Me alegré cuando estuvo todo arreglado y me acosté temprano para descabezar un buen sueño. Durante tres o cuatro días, las cosas me fueron bastante bien, pero al quinto o sexto día llegamos a un salto de agua o «alcantarilla» y antes de que se pudiera aumentar la presión del agua, estábamos con el agua hasta la cintura. Como consecuencia, sufrí un espantoso dolor repentino en ambos oídos. Me los apreté un poco con las manos y me senté tranquilo un momento. Afortunadamente, el turno estaba a punto de terminar y Anderson me acompañó al tranvía de caballos.

—Sería mejor que lo dejara —dijo—. Conozco algunos que se han quedado sordos.

El dolor había sido terrible, pero estaba disminuyendo lentamente y yo estaba decidido a no ceder.

—¿Podría tomarme un día libre? —pregunté a Anderson.

Él asintió.

—Por supuesto, eres el mejor de la cuadrilla, el mejor que he visto, un gran poni.

La señora Mulligan comprendió de inmediato que algo andaba mal y me hizo probar su remedio casero: una cebolla asada cortada en dos y sujetada a las orejas con una franela. Resultó mágico. Diez minutos después había desaparecido el dolor; luego vertió un poco de aceite de oliva, caliente y una hora después yo caminaba por el parque como de costumbre. Sin embargo, persistía el temor a la sordera y me alegré mucho cuando Anderson me dijo que se había quejado al jefe y nos iban a dar mil pies más de aire puro. Anderson dijo que supondría una gran diferencia y tenía razón, pero no fue bastante[20].

Un día, cuando terminaba el período de hora y media de la «descompresión», un italiano llamado Manfredi cayó al suelo, revolcándose y golpeándose la cara hasta que comenzó a salirle sangre de la nariz y la boca. Cuando lo llevamos al cobertizo, sus piernas estaban retorcidas como trenzas. El cirujano hizo que lo llevaran al hospital. Decidí que un mes sería suficiente para mí.

A fines de la primera semana, recibí una nota de Jessie diciéndome que su padre se embarcaba esa tarde y podría verme la noche siguiente. Fui y me presentó a su hermana que, para mi

sorpresa, era alta y grande, pero sin rastros de la belleza de Jessie.

—Es más joven que tú, Jess —exclamó riendo.

Una semana antes, yo habría sido profundamente herido, pero me había probado a mí mismo, de modo que dije simplemente:

—Estoy ganando cinco dólares diarios, señora Plummer, y el dinero habla.

Su boca se abrió por la sorpresa.

—Cinco dólares —repitió—. Lo siento. Yo… yo…

—Ahí tienes, Maggie —interrumpió Jessie—. Te dije que nunca habías visto a nadie como él. Seréis grandes amigos. Ahora ven y daremos un paseo —agregó, y salimos.

Simplemente estar con ella en la calle era delicioso y yo tenía muchas cosas que decirle, pero hacer el amor en una calle de Nueva York un atardecer de verano es difícil y yo anhelaba besarla y acariciarla con libertad. Sin embargo, Jessie había pensado la manera: si su hermana y su marido conseguían entradas para el teatro, saldrían y nos quedaríamos solos en el apartamento. No obstante, eso costaría dos dólares y le parecía mucho. Yo estaba encantado. Le di los billetes y acordé estar con ella la noche siguiente antes de las ocho. ¿Sabía Jessie lo que iba a suceder? Aún ahora no lo sé, aunque pienso que lo suponía.

La noche siguiente esperé a que no hubiera moros en la costa y luego me precipité hacia la puerta. Tan pronto como estuvimos solos en la salita y la hube besado, dije:

—Jessie, quiero que te desnudes. Estoy seguro de que tu cuerpo es adorable, pero quiero verlo.

—No tan rápido, ¿eh? —dijo ella haciendo un mohín—. Primero háblame. Quiero saber cómo estás.

La arrastré al gran sillón y me senté con ella en mis brazos.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunté, mientras mi mano se movía bajo su vestido hasta sus muslos y su sexo cálido. Ella frunció el ceño, pero la besé y con uno o dos movimientos la estiré sobre mí para poder usar mi dedo con facilidad. En seguida se le calentaron los labios y yo seguí besándola y acariciándola hasta que sus ojos se cerraron y se entregó al placer. Súbitamente, se acurrucó sobre mí y me dio un gran beso.

—No hablas —dijo.

—No puedo —exclamé, decidiéndome—. Ven —y la puse de pie,

llevándola al dormitorio—. Estoy loco por ti —dije—; quítate la ropa, por favor.

Se resistió un poco, pero cuando empecé a desabotonar su vestido, me ayudó y se lo quitó. Observé que sus bragas eran nuevas. Pronto cayeron y se quedó de pie en camisa y medias negras.

—Es bastante, ¿no, señor Curioso? —dijo y se ajustó la camisa en torno al cuerpo.

—¡No —grité—, la belleza debe descubrirse, por favor!

Un instante después, la camisa, deslizándose, se detuvo un momento en sus caderas y cayó a sus pies.

Su desnudez hizo detener mi corazón. El deseo me cegaba. Mis brazos la rodearon, apretando contra mí su forma suave. En un instante, la puse sobre la cama, apartando las mantas al mismo tiempo. La tonta frase de «estar juntos en la cama» me confundía. No tenía idea de que estaría más en mi poder yaciendo al borde del lecho. En un instante, me había arrancado las ropas y las botas y me acostaba a su lado. Nuestros cuerpos cálidos yacían juntos, con mil latidos. Pronto le separé las piernas y, colocándome sobre ella, traté de introducir mi sexo en el suyo, pero se apartó casi en seguida.

—¡Ohhh, duele! —exclamó, y cada vez que yo intentaba penetrarla, sus exclamaciones de dolor me detenían.

Mi salvaje excitación me hacía temblar. Hubiera podido pegarle por apartarse, pero pronto observé que permitía con placer que mi sexo tocara su clítoris y comencé a usar mi polla como un dedo, acariciándola con ella. Poco después comencé a moverla más rápido, y a medida que mi excitación llegaba a su clímax, volví a tratar de meterla en su conejito y entonces, al mismo tiempo que surgía su rocío amoroso, introduje un poco mi sexo, lo que me produjo un placer inenarrable; pero cuando empujé para penetrar más, ella volvió a apartarse con un agudo grito de dolor. En ese momento, llegó mi orgasmo y de mi sexo surgió el semen como leche. El estremecimiento de placer fue casi insoportablemente agudo. Hubiera podido gritar, pero Jessie exclamó:

—Oh, me estás mojando —y se apartó asustada—. ¡Mira, mira!

Y allí, por supuesto, sobre sus muslos blancos y redondos, había manchas de sangre carmesí.

—¡Oh, estoy sangrando! —gritó—. ¿Qué has hecho?

—Nada —contesté, un poco resentido, me temo, por la interrupción de mi indescriptible placer—. Nada —y un momento después me había levantado y tomando mi pañuelo limpié todas las señales comprometedoras:

Pero cuando quise volver a empezar, Jessie no quiso oír hablar de ello, al principio.

—No, no —dijo—. Realmente me has hecho daño, Jim (yo le había dicho que mi nombre era James) y estoy asustada; por favor, sé bueno.

Sólo pude hacer lo que me pedía hasta que tuve una nueva idea. Por lo menos, ahora podía verla y estudiar sus bellezas una por una, de modo que todavía junto a ella, comencé a besar su seno izquierdo y pronto el pezón comenzó a ponerse algo rígido en mi boca. Cómo, yo no lo sabía y Jessie dijo que ella tampoco, pero le gustó cuando le dije que sus senos eran hermosos, y de verdad lo eran, pequeños y duros, con los pezones salientes. De pronto, tuve una idea sorprendente: hubiera sido mucho más bello si los círculos que rodeaban a los pezones hubieran sido rosados en lugar de ser simplemente ambarinos. La sola idea me estremeció. Pero sus flancos y su vientre eran hermosos. El ombligo era como una concha marina, pensé, y el triángulo de sedosos pelos castaños del monte de Venus me parecía encantador. Pero Jessie insistía en cubrir su belleza.

—Es feo —decía—. Por favor, nene.

Pero yo seguía acariciándolo y pronto intentaba otra vez penetrarla, aunque los ¡oh!, de dolor de Jessie recomenzaron y me suplicó que me detuviera.

—Debemos levantarnos y vestirnos —dijo—; pronto estarán de regreso.

De modo que tuve que contentarme simplemente con yacer en sus brazos, con mi sexo tocando el suyo. Pronto comenzó a moverse contra mi sexo y a besarme y cuando mi sexo volvió a entrar en el suyo, me mordió los labios. Lo dejó adentro un momento muy largo y luego dijo, mientras sus labios se calentaban:

—Es tan grande, pero tú eres un encanto. —Al momento siguiente, gritó—: ¡Debemos levantarnos, nene! ¡Si nos descubren, moriría de vergüenza! —y cuando traté de distraer su atención besando sus pezones, hizo un mohín—. Eso también duele. Por

favor, nene, déjalo y no mires —agregó mientras trataba de levantarse, cubriéndose al mismo tiempo el sexo con una mano y frunciendo la cara.

Aunque le dije que se equivocaba y su sexo era hermoso, insistió en ocultarlo, y la verdad es que sus senos y sus muslos me excitaban más, tal vez porque eran en sí mismos más hermosos.

Puse la mano en su cadera. Ella sonrió: «por favor, nene», y cuando me aparté para hacerle lugar, se levantó y quedó de pie junto a la cama, una figurita perfecta de silueta rosada y cálida. Yo estaba maravillado, pero se había despertado la maldita facultad crítica. Cuando se volvió, vi que era demasiado ancha para su altura. Sus piernas resultaban demasiado cortas, las caderas excesivamente sólidas. Todo esto me enfrió un poco. ¿Encontraría la perfección alguna vez?

Diez minutos más tarde, ella había arreglado la cama y estábamos sentados en la sala, pero para mi sorpresa Jessie no deseaba hablar de nuestra experiencia.

—¿Qué te dio más placer? —pregunté.

—Todo, querido tontito —dijo—, pero no hablemos de eso.

Le conté que iba a trabajar un mes, pero no podía hablarle. Pronto mi mano estuvo otra vez bajo su vestido, jugando con su sexo y acariciándolo, y tuvimos que separarnos apresuradamente cuando escuchamos a su hermana que regresaba.

Durante algún tiempo, no tuve otra noche a solas con Jessie. La solicité con frecuencia, pero Jessie inventaba excusas y su hermana era muy fría conmigo. Pronto descubrí que era por consejo suyo que Jessie se controlaba. Jessie confesó que su hermana la había acusado de dejarme «actuar como un esposo». Debe haber visto una mancha en mi camisa —agregó Jessie— de cuando me hiciste sangrar, malo. De algún modo, algo le sugirió la idea y ahora debes ser bueno.

Ese fue el final del asunto. Si entonces hubiera sabido tanto como supe diez años después, ni el dolor ni las advertencias de su hermana hubieran convencido a Jessie. Aun en ese momento, sentí que un poco más de conocimiento hubiera hecho de mí el árbitro.

El deseo de volver a tener a Jessie totalmente para mí fue una de las razones por las cuales, al terminar el mes, renuncié al trabajo del puente. Tenía en el bolsillo más de ciento cincuenta dólares y

había observado que aunque los dolores de oídos habían cesado pronto, me había vuelto un poco sordo. La primera mañana deseaba quedarme en cama y pasar un buen día de ociosidad, pero me desperté a las cinco, como de costumbre, y de pronto se me ocurrió que debía ir a ver a Allison, el lustrabotas. Lo encontré más ocupado que nunca y pronto me había quitado la chaqueta, poniéndome a trabajar. Alrededor de las diez de la mañana ya no teníamos nada que hacer, de modo que le hablé de mi trabajo bajo el agua; él alardeó de que su «parada» le producía unos cuatro dólares diarios. Por la tarde no había mucho que hacer, pero por lo general, de seis a siete ganaba algo más.

Yo era bienvenido a trabajar con él cualquier mañana, al cincuenta por ciento, y me pareció bien aceptar su oferta.

Esa misma tarde llevé a Jessie a dar un paseo por el parque, pero cuando encontramos un asiento en sombras confesó que su hermana pensaba que debíamos prometernos y casarnos tan pronto yo tuviera trabajo fijo.

—Una mujer desea tener su casa —dijo— y ¡oh, nene!, lo pondría tan bonito. E iríamos a los teatros y pasaríamos alegremente el tiempo.

Yo estaba horrorizado. ¡Casarme a mi edad, no, señor! Me parecía absurdo. ¡Y con Jessie! Veía que era bonita y brillante, pero no sabía nada, jamás había leído nada; no podía casarme con ella. La idea me hacía resoplar. Pero ella estaba mortalmente seria, de modo que me mostré de acuerdo con todo lo que me dijo, sólo insistiendo en que primero tenía que conseguir un trabajo fijo; también compraría el anillo de compromiso; pero primero debíamos pasar otra maravillosa noche juntos. Jessie no sabía si su hermana saldría, pero ya vería. Mientras tanto, nos besamos una y otra vez y sus labios se calentaron y mi mano estuvo muy ocupada, y después volvimos a caminar, sin detenernos, hasta que entramos en el gran museo.

Allí recibí una de las grandes impresiones de mi vida. De pronto, Jessie se detuvo frente a un cuadro que representaba, creo, a Paris eligiendo la diosa de la belleza. París era una figura ideal de virilidad juvenil.

—¡Oh, no es espléndido! —gritó Jessie—. Como tú —agregó con ingenio femenino, frunciendo los labios como para besarme.

Si no hubiera hecho la alusión personal, tal vez no hubiera comprendido lo absurdo de la comparación. Pero Paris tenía piernas largas y esbeltas, mientras que las mías eran cortas y musculosas, y su rostro era oval y su nariz recta, mientras que la mía sobresalía con narinas anchas, olfateantes.

En un relámpago tuve una convicción: yo era feo, de rasgos irregulares, ojos penetrantes y una figura breve y achaparrada. La certeza me invadió. Antes había comprendido que era demasiado pequeño como para ser un gran atleta; ahora veía que era enteramente feo. No puedo describir mi desilusión y mi disgusto.

Jessie preguntó qué me sucedía y finalmente se lo dije. No quería aceptarlo.

—Tienes una hermosa piel blanca —gritó— y eres rápido y fuerte. ¡Nadie podría llamarte feo! ¡Qué idea!

Pero este conocimiento era para mí indiscutible y ya no me dejaría nunca. Incluso me llevó, de vez en cuando, a hacer algunas inferencias erróneas. Por ejemplo, me parecía claro que si yo hubiera sido alto y apuesto como Paris, Jessie se me hubiera entregado a pesar de su hermana, aunque el posterior conocimiento de las mujeres me hace dudarlo. Naturalmente, tienen un ojo codicioso de la apostura en el hombre, pero otras cualidades, como la fuerza y la autoconfianza dominantes, tienen aún mayor atractivo para la mayoría, especialmente para aquellas que están muy bien dotadas sexualmente. Me inclino a pensar que fueron las advertencias de su hermana y su propia vacilación normal ante lo irrevocable lo que indujeron a Jessie a abstenerse sexualmente. Pero el placer que había experimentado con ella me hizo más insistente y emprendedor que nunca. La convicción de mi fealdad, además, me hizo tomar la resolución de desarrollar mi mente y otras facultades tanto como pudiera.

Finalmente, acompañé a Jessie a su casa, le di un gran abrazo y un largo beso, mientras ella decía que había tenido una tarde terrible, y concertamos otra cita.

Trabajaba como lustrabotas todas las mañanas y pronto tuve clientes regulares, entre los que se destacaba un hombre joven y bien vestido al que parecía gustarle. No sé si fue Allison o él mismo quien me dijo que su nombre era Kendrick y era de Chicago. Una mañana, estaba muy silencioso y absorto.

—Listo —dije por fin.

—Listo —repitió después de mí—. Estaba pensando en otra cosa —explicó.

—Absorto —dije sonriendo.

—Un asunto de negocios —explicó—, ¿pero por qué dices absorto?

—Me vino a la cabeza la frase latina —repliqué sin pensar—. *Intentique ore tenebant*, dice Virgilio.

—¡Buen Dios! —gritó—. Imagina un lustrabotas citando a Virgilio. Eres un chico extraño. ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años —repliqué.

—No los representas —dijo—, pero ahora debo apresurarme. Uno de estos días hablaremos.

Yo sonreí.

—Gracias, señor.

Y se fue de prisa.

Al día siguiente estaba todavía más apresurado.

—Debo ir al centro —dijo—. Ya se me ha hecho tarde. Dame sólo uno o dos golpes —gritó, impaciente—, debo coger ese tren —y buscó torpemente algunos billetes.

—Está bien —dije, y agregué sonriendo—: ¡Apresúrese! Mañana estaré aquí.

Él sonrió y se fue sin pagar, tomándome la palabra.

Al día siguiente fui temprano al centro, porque Allison había descubierto que se vendía una parada y cobertizo en la esquina de la calle Trece con la Séptima Avenida y quería que yo fuese a ver qué negocio se hacía de siete a nueve. El italiano que deseaba vender y volver a Dalmacia quería trescientos dólares, asegurando que el negocio producía cuatro dólares diarios. Descubrí que no había exagerado demasiado y Allison estaba entusiasmado con la idea de que lo compráramos y fuéramos a medias.

—Si el italiano hace cuatro dólares, tú harás cinco o seis dólares al día. Es un buen lugar y con tres dólares diarios que entren, pronto tendrás parada propia.

Mientras lo estábamos discutiendo, llegó Kendrick y se sentó en el lugar de costumbre.

—¿A qué venía tanto entusiasmo? —preguntó y yo se lo conté mientras Allison sonreía.

—Tres dólares diarios parece una buena cosa —dijo—, pero lustrar botas no es tu negocio. ¿Qué te parecería venir a Chicago y ocupar un puesto de conserje nocturno en mi hotel? Tengo uno en sociedad con mi tío —agregó— y creo que podrías hacerlo bien.

—Haré lo mejor que pueda —repliqué arrastrado por la mera idea de Chicago y el Gran Oeste—. ¿Me dejará que lo piense?

—¡Seguro, seguro! —contestó—. No regresaré hasta el viernes. Eso te da tres días para decidir.

Allison se aferró a su opinión de que una buena parada produciría más dinero, pero cuando lo hablé con los Mulligan, ambos estuvieron a favor del hotel. Esa misma tarde vi a Jessie y le conté lo de la «parada», rogándole otra noche a solas, pero ella insistió en que su hermana tenía sospechas y estaba disgustada conmigo y no volvería a dejarnos solos. En consecuencia, no le mencioné lo de Chicago.

Siempre había observado que el placer sexual es por naturaleza egoísta. En la medida en que Jessie se entregaba a mí y me procuraba goce, me sentía atraído por ella; pero tan pronto como se me negó, quedé hastiado y empecé a soñar con bellezas más complacientes. Estaba más bien contento de dejarla sin una palabra.

—¡Eso le enseñará! —susurraba mi vanidad herida—. Se merece sufrir un poco por haberme decepcionado.

Pero separarme de los Mulligan fue realmente doloroso. La señora Mulligan era una mujer querible y amable que si hubiera podido hubiera protegido a toda la raza humana; una de esas dulces mujeres irlandesas, cuyos actos y pensamientos generosos son las flores de la sórdida vida humana. Su marido no era indigno de ella: muy simple y recto y trabajador, sin un solo pensamiento mezquino, presa natural del compañerismo, las canciones y el *whisky* irlandés de destilación casera.

El viernes a la tarde, abandoné Nueva York en dirección a Chicago, en compañía del señor Kendrick. El campo me pareció muy desnudo, áspero e informe, pero las grandes distancias me maravillaron; era realmente una tierra de la que era posible estar orgulloso; cada acre hablaba del futuro y sugería esperanza.

Había terminado mi primer *round* con la vida americana, por decirlo así. Lo que había aprendido en su transcurso sigue conmigo. No hay pueblo más amable con los niños ni vida más fácil para los

obreros; los leñadores y aguateros viven mejor en Estados Unidos que en cualquier otro sitio de la tierra. Para con esta clase, que es con mucho la más numerosa, la democracia americana cumple con creces sus promesas. Eleva a los humildes de la manera más sorprendente. Creía entonces con todo mi corazón lo que tantos creen hoy: que hechas todas las restas, era en general la mejor civilización hasta entonces conocida por los hombres.

Con el tiempo, un conocimiento más profundo me hizo modificar esta opinión más y más radicalmente. Cinco años más tarde iba a ver a Walt Whitman, el más noble de los americanos, viviendo en la mayor miseria en Camden, dependiendo de sus admiradores ingleses para obtener una muda de ropa o alimento suficiente; y Poe había sufrido de la misma manera.

Poco a poco, se me impuso la convicción de que si la democracia americana hace mucho por elevar a la clase más baja, obtiene todavía mayores éxitos en el proceso de rebajar a la más alta y mejor. No hay país sobre la tierra más amistoso con los obreros analfabetos; no hay país sobre la tierra más desdeñoso y frío para con los pensadores y artistas, los guías de la humanidad. ¿Qué ayuda hay aquí para los hombres de letras y los artistas, los videntes y los profetas? Los ricos ociosos no quieren estos guías y las masas los ignoran, y después de todo, el bienestar mental es aún más importante que el del cuerpo y los pies.

¿Qué será de aquellos que apedrean a los profetas y persiguen a los maestros? La maldición está escrita con letras de fuego en todas las páginas de la historia.

La vida en Chicago

El Fremont House, el hotel de Kendrick, estaba cerca del depósito de la calle Michigan. En aquellos días en que Chicago tenía sólo 300 000 habitantes, era un hotel de segunda categoría. El señor Kendrick me había dicho que su tío, un tal señor Cotton, era el dueño real del Fremont pero que le dejaba la parte más importante del manejo, agregando:

—Lo que dice el tío, siempre funciona bien.

Con el transcurso del tiempo, comprendí la lealtad del sobrino, porque el señor Cotton era realmente agradable y un hombre de negocios capaz. Mis deberes de conserje nocturno eran sencillos: desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana, era el dueño de la oficina y tenía que proporcionar habitaciones a los huéspedes que llegaban y entregar las cuentas y cobrar el dinero de los que se iban. De inmediato me puse a aprender cuáles eran los puntos buenos y los malos de cada una de las cien habitaciones de la casa y los horarios de partida y llegada de todos los trenes nocturnos. Cuando llegaban los huéspedes, los recibía en la entrada, me enteraba de lo que deseaban y decía a uno u otro de los porteros o botones que los llevaran a sus habitaciones. Por ásperos e irritables que estuvieran, siempre trataba de ablandarlos y pronto descubrí que tenía éxito. Una semana después, el señor Kendrick me dijo que había escuchado a docenas de visitantes manifestar su buena opinión de mí.

—Tiene un conserje *dandy* —le dijeron—. No se para ante molestias… tiene modales agradables… lo sabe todo… buen conserje, ¡sí señor!

Mi experiencia en Chicago me dio la certeza de que si uno hace lo mejor que puede, triunfa en los negocios en un tiempo comparativamente corto; hay tan pocos que hacen todo lo que pueden. Acostándome a las seis, me levantaba todos los días a la una para la comida, como la llamaban, después de lo cual había tomado la costumbre de entrar en la sala de billares, en uno de

cuyos extremos había un gran bar. Hacia las cinco, la sala de billares estaba atestada y no había nadie que supervisara las cosas, De modo que le hablé de eso al señor Kendrick y asumí yo mismo el trabajo. Tenía poco que hacer, excepto inducir a los recién llegados a esperar pacientemente su turno y ablandar a los clientes habituales que esperaban encontrar mesas aguardándolos. El resultado de un poco de cortesía y sonrientes promesas fue tan notable, que a fin de mes el contable me dijo con una mueca que iba a cobrar sesenta dólares por mes y no cuarenta, como yo había supuesto. Es innecesario decir que la paga extra avivó mi deseo de hacerme útil. Pero entonces encontré en mi camino dos obstáculos: uno era el contable y el otro el mayordomo, un tipo del oeste, seco y taciturno llamado Payne. Payne compraba todo y tenía el control del comedor y los camareros, mientras que Curtis mandaba en la oficina y los botones. En realidad, mi jefe era Curtis, pero mi control de la sala de billares me daba una especie de posición independiente.

Pronto me hice amigo de Curtis, tomé la costumbre de comer con él, y cuando descubrió que tenía buena letra, me dio el Libro diario y en un par de meses me había enseñado la teneduría de libros, confiándome buena parte de esa tarea. No era haragán, pero a la mayor parte de los hombres de cuarenta años les agrada tener un asistente capaz. Hacia las Navidades de ese año, yo llevaba todos los libros excepto el libro mayor y conocía, tal como había planeado, el negocio del hotel.

Me parecía que el comedor estaba muy mal manejado; pero el azar quiso que me hiciera primero con el control de las oficinas. Tan pronto como Curtis descubrió que podía confiarme su trabajo, comenzó a salir a la hora de la comida y a veces se quedaba fuera todo el día. Hacia Año Nuevo se fue por cinco días y cuando regresó me confesó que había estado en una «juerga». No era feliz con su esposa, parecía, y acostumbraba a beber para ahogar su mal humor. En febrero se fue por diez días, pero como me había dado la llave de la caja, mantuve el funcionamiento de todo. Un día Kendrick me encontró trabajando en la oficina y quiso saber dónde estaba Curtis.

—¿Cuánto tiempo hace que no está?

—Uno o dos días —repliqué.

Kendrick me miró y preguntó por el libro mayor.

—¡Está al día! —exclamó—. ¿Lo hiciste tú?

Tuve que decir que sí, pero de inmediato mandé a un botones en busca de Curtis. El chico no lo encontró en su casa y al día siguiente me llevaron a presencia del señor Cotton. No pude negar que había llevado los libros y Cotton comprendió que estaba tapando a Curtis por lealtad. Cuando Curtis llegó al día siguiente, hizo una gran exhibición: todavía estaba medio borracho y además grosero. No había estado bien, dijo, pero su trabajo estaba en orden. Allí mismo fue «despedido» por el señor Cotton, y esa tarde Kendrick me pidió que siguiera llevando las cosas hasta que pudiera convencer a su tío de que yo era digno de confianza y mayor de lo que parecía.

Un par de días después, vi al señor Cotton y al señor Kendrick juntos.

—¿Puede llevar los libros y ser conserje nocturno y cuidar de la sala de billares? —preguntó bruscamente el señor Cotton.

—Creo que sí —respondí—. Haré todo lo posible.

—¡Hmmm! —gruñó—. ¿Y cuánto piensa que debería ganar?

—Se lo dejo a usted, señor —dije—. Estaré satisfecho con lo que me dé.

—Al diablo con ese cuento —dijo malhumorado—. ¿Suponga que le digo que le mantengo el sueldo actual?

Yo sonreí.

—Muy bien, señor.

—¿Por qué sonríe? —preguntó.

—¡Porque, señor, el sueldo, como el agua, tiende a encontrar su nivel!

—¿Qué demonios quiere decir con «su nivel»?

—El nivel —continué— es indudablemente el precio de mercado; más pronto o más tarde llegará a eso y yo puedo esperar.

Súbitamente, sus agudos ojos grises me examinaron con atención.

—Comienzo a creer que es usted mucho mayor de lo que parece, como me dice mi sobrino aquí presente —dijo—. Confórmese con cien al mes por el momento y dentro de un tiempo encontraremos tal vez el «nivel» —y sonrió.

Le di las gracias y me fui a trabajar.

Parecía que mi vida estaba destinada a una acumulación de incidentes. Uno o dos días después de esto, el mayordomo, Payne,

se acercó a mí y me preguntó si querría salir a cenar y luego a algún teatro. Hacía cinco o seis meses que no tenía un día libre, de modo que dije que sí. Me ofreció una gran cena en un famoso restaurante francés (no recuerdo su nombre) y quiso que bebiera champan. Pero yo ya había decidido no tocar ningún licor intoxicante hasta los veintiún años, de modo que le dije simplemente que había hecho una promesa. Habló mucho tiempo de bueyes perdidos, pero finalmente me dijo que ya que yo era ahora contable en lugar de Curtis, esperaba que seguiríamos haciendo las cosas como él y Curtis las habían hecho. Le pregunté qué quería decir, pero no quiso hablar claramente, lo que despertó mis sospechas. Uno o dos días después, entré en conversación con un carnicero de otro barrio y le pregunté cuánto cobraría por vender diariamente a un hotel setenta libras de ternera y cincuenta de cordero. Me dio un precio tan por debajo de lo que estaba pagando Payne, que mis sospechas quedaron confirmadas. Estaba tremendamente excitado. A mi vez, invité a Payne a cenar y toqué el tema.

—Por supuesto que hay «sisa» —dijo de inmediato—, y tú estarás en eso conmigo. Te daré un tercio, como le daba a Curtis. La «sisa» no perjudica a nadie —continuó—, porque compro por debajo del precio de mercado.

Por supuesto, yo era todo oídos y expectación cuando admitió que la «sisa» se realizaba en todo lo que compraba y llegaba a un veinte por ciento del costo. Mediante este expediente, transformaba su sueldo de doscientos dólares por mes en algo así como doscientos dólares por semana.

Tan pronto como lo tuve todo claro, pedí al sobrino que cenara conmigo y le expuse la situación. Yo tenía sólo una lealtad: la que le debía a mis empleadores y al buen funcionamiento del buque. Para mi estupefacción, al comienzo pareció disgustado.

—Más problemas —comenzó—. ¿Por qué no puedes limitarte a hacer tu trabajo y dejas tranquilos a los demás? ¿Qué tiene de malo una comisión, después de todo?

Cuando comprendió a cuánto ascendía la comisión y también que él mismo podía hacer las compras en media hora diaria, cambió de tono.

—¿Qué dirá mi tío ahora? —gritó, y se fue a contarle la historia al dueño.

Dos días más tarde hubo una terrible trifulca, porque el señor Cotton era un hombre de negocios y fue a ver al carnicero que nos proveía y se aseguró de la importancia real de la «sisa». Cuando me llamaron a la habitación del tío, Payne trató de pegarme. Pero descubrió que era más sencillo recibir golpes que darlos y que «el maldito chico» no le tenía miedo.

Es curioso, pero pronto observé que la «sisa» había tenido la consecuencia secundaria de darnos una calidad inferior de carne. Cada vez que el carnicero se encontraba con un asado que no podía vender, acostumbraba a enviárnoslo, confiado en que Payne no discutiría. El cocinero negro declaró que ahora la carne era mucho mejor, todo lo que podía desearse, en realidad, y nuestros clientes tampoco tardaron en demostrar su entusiasmo.

Otro cambio producido por el despido de Payne fue que el comedor quedó a mi cargo. Pronto elegí un camarero inteligente y lo nombré jefe de los otros y juntos mejoramos el servicio y la disciplina. Durante más de un año, trabajé dieciocho horas diarias, ganando ciento cincuenta dólares mensuales y ahorrando casi todo.

Algunas experiencias de este largo y helado invierno de Chicago ampliaron mi conocimiento de la vida americana y en particular de la vida de las clases más bajas. Hacía unos tres meses que estaba en el hotel, cuando salí alrededor de las siete, como todos los días, a dar un rápido paseo. Hacía mucho frío. Un vendaval del oeste barría las calles con sus helados dientes y el termómetro marcaba menos de diez grados bajo cero. Nunca había imaginado un frío semejante. De pronto fui abordado por un extraño, un hombre pequeño con un bigote rojo y una barba desprolija.

—Diga, compañero, ¿puede darme para comer?

El tipo era evidentemente un vagabundo. Sus ropas estaban sucias y raídas; sus modales eran serviles y algo truculentos. Yo era amable y poco crítico. Sin pensarlo, saqué del bolsillo mi rollo de billetes. Tenía intención de darle un dólar. Cuando vio el dinero, el vagabundo, de un salto, lo cogió, pero agarró también mi mano. Instintivamente, mantuve apretado el dinero con la fuerza de la implacable Muerte, pero mientras yo seguía bajo el choque de la sorpresa, el vago me golpeó viciosamente en la cara y volvió a intentar apoderarse del dinero. Yo lo cogí con más fuerza aún, enojado ahora, y golpeé al hombre en la cara con mi puño

izquierdo. Un instante después, nos habíamos trabado en lucha y estábamos en el suelo. Por azar de la suerte y la juventud, yo caí arriba. De inmediato, empleé toda mi fuerza, lo golpeé fuerte en la cara y al mismo tiempo le arranqué los billetes. Al momento, estaba de pie, con el dinero en el bolsillo y ambos puños preparados para el siguiente asalto. Para mi sorpresa, el vago se levantó y dijo en confianza:

—Tengo hambre, estoy débil; de otro modo, no hubiera vencido tan fácilmente —y continuó con lo que me parecía una impudicia increíble. Al menos debería darme un dólar para compensarme por el golpe, y se frotó el mentón como para aliviar el dolor.

—Tengo intención de hacerlo detener —dije, súbitamente consciente de que la ley estaba de mi parte.

—Si no se calla —ladró el tipo—, llamaré a la poli y diré que me ha robado el fajo.

—Llame —grité—. Veremos a quién le creen.

Pero el vagabundo conocía un truco mejor. Con voz zalamera, recomenzó:

—Vamos, muchacho, un dólar no es nada para ti y yo te pondré al tanto de muchas cosas que pasan aquí en Chicago. No tenías ninguna razón para sacar un fajo así en un lugar solitario y tentar a un hombre hambriento.

—Iba a ayudarlo —dije vacilante.

—Ya lo sé —contestó mi peculiar conocido—, pero prefiero ayudarme a mí mismo —y sonrió—. Llévame a comer un bocado y te pondré al tanto de muchas cosas. Eres un novato y se te nota.

Era evidente que el vagabundo era el dueño de la situación y de alguna manera su actitud despertó mi curiosidad.

—¿Dónde iremos? —pregunté—. No conozco ningún restaurante por aquí cerca, como no sea el de Fremont House.

—¡Demonios! —gritó el tipo—, sólo los millonarios y los tontos van a los hoteles. Yo sigo a mi nariz —y giró sobre sus talones y sin agregar palabra me llevó por una calle lateral hasta una tasca alemana, con mesas de madera y el suelo enarenado.

Allí ordenó algo para picar y una taza de café y cuando fui a pagar, quedé agradablemente sorprendido al descubrir que la cuenta ascendía sólo a cuarenta centavos y podíamos hablar en nuestro rincón todo lo que quisiéramos, sin ser molestados.

Con diez minutos de charla, el vagabundo había conmovido todas mis ideas preconcebidas, dándome una cantidad de otras, nuevas e interesantes. Era hombre de algunas lecturas, si no educado, y la violencia de su lenguaje me atrajo casi tanto como la novedad de sus puntos de vista.

Todos los hombres ricos eran ladrones; los obreros, ovejas y tontos: este era su credo. Los obreros hacían el trabajo, producían la riqueza y los empleadores les robaban la novena parte del producto de su trabajo, haciéndose ricos. Todo parecía sencillo. El vagabundo no tenía ninguna intención de trabajar. Vivía de la limosna e iba adonde quería.

—¿Pero cómo se traslada? —grité.

—Aquí en el medio oeste —replicó— viajo todavía en los trenes de mercancías y encima de vagones de carbón. En el verdadero oeste y en el sur, me meto en los vagones y viajo, y cuando el conductor me echa espero el siguiente tren. La vida está llena de acontecimientos… algunos dolorosos —agregó, frotándose pensativamente el mentón.

Parecía ser un rudo hombrecito cuya única meta en la vida era evitar el trabajo, y, a pesar de sí mismo, trabajaba duramente con el objeto de no hacer nada.

La experiencia tuvo sobre mí un efecto inmediato de advertencia. Resolví ahorrar todo lo que pudiera.

Cuando me puse de pie, el tipo sonrió amigablemente.

—¿Supongo que me habré ganado ese dólar?

No pude evitar reír.

—Supongo que sí —contesté, pero tomé la precaución de volverme para sacar el billete.

—Hasta pronto —dijo el vagabundo cuando nos separamos en la puerta y en eso consistió su agradecimiento.

Otra experiencia de la misma época me habló de una historia más triste. Una noche, una chica me interpeló. Estaba bastante bien vestida y cuando llegamos bajo una luz de gas vi que era guapa, con un matiz de ansiedad nerviosa en su expresión.

—No compro amor —le advertí—, ¿pero cuánto te pagan por lo general?

—De uno a cinco dólares —contestó—, pero esta noche quiero tanto como pueda conseguir.

—Te daré cinco —dije—, pero antes debes decirme todo lo que quiero saber.

—Muy bien —dijo rápidamente—. Te diré todo lo que sé. No es mucho —agregó con amargura—. Todavía no he cumplido los veinte, pero me hubieras dado más, ¿no?

—No —contestó—, pareces de dieciocho.

Pocos minutos después estábamos subiendo las escaleras de una casa de inquilinato. La habitación de la chica estaba pobremente amueblada y era estrecha. Una especie de *hall* del ancho del corredor. Tal vez unos seis pies por ocho. Tan pronto como se hubo sacado su grueso abrigo y el sombrero, salió apresuradamente de la habitación, diciendo que estaría de regreso en un minuto. En el silencio me pareció oírla correr escaleras arriba. Cerca de allí lloró un bebé, y luego volvió a hacerse el silencio hasta que abrió la puerta, atrajo mi cabeza hacia la suya y me besó:

—Me gustas —dijo—, aunque eres extraño.

—¿Por qué extraño? —pregunté.

—Es una locura —dijo— darle cinco dólares a una chica y no tocarla, pero me alegro, porque esta noche estaba cansada y ansiosa.

—¿Por qué ansiosa? —inquirí—. ¿Y por qué saliste si estabas cansada?

—Tenía que hacerlo —replicó a través de los labios apretados—. ¿No te importa que vuelva a salir un momento? —agregó, y antes de que pudiera contestar se había ido.

Cuando regresó cinco minutos después, yo estaba impaciente, y me había puesto el abrigo y el sombrero.

—¿Te vas? —preguntó sorprendida.

—Sí —repliqué—, no me gusta esta jaula vacía mientras vas a ver a algún otro.

—Algún otro —repitió; y después, como si estuviera desesperada, agregó—: Es mi bebé, si quieres saberlo. Una amiga me lo cuida cuando estoy fuera o trabajando.

—Oh, pobrecita —grité—. Con un niño en esta vida.

—Yo quería un bebé —gritó desafiante—. ¡No me separaría de ella por nada en el mundo! Siempre quise un bebé. Hay muchas chicas así.

—¿De veras? —grité sorprendido—. ¿Sabes quién es su padre?

—continué.

—Por supuesto que sí —respondió—. Trabaja en los corrales de ganado. Es rudo y jamás está sobrio.

—Supongo que te casarías con él si anduviera derecho —dije.

—Cualquier chica se casaría con un tipo decente —contestó.

—Eres bonita —dije.

—¿Te parece? —preguntó ansiosamente, echándose el cabello hacia atrás. Lo era, pero ahora… esta vida…, y se encogió expresivamente de hombros.

—¿No te gusta? —pregunté.

—No —gritó—, aunque cuando consigues un tipo agradable, no es tan mala. Pero son escasos —continuó, amargamente—, y por lo general, cuando son agradables no tienen dólares. Los tipos buenos son todos pobres o viejos —agregó, reflexivamente.

Me había concedido la mayor parte de su sabiduría, de modo que saqué un billete de cinco dólares y se lo di.

—Gracias —dijo—, eres un tesoro y si quieres venir a verme en algún momento, ven y trataré de hacerte pasar un buen rato.

Me fui. ¡Había tenido mi primera conversación con una prostituta y en su habitación! La idea de que una chica podía desear un bebé era totalmente nueva para mí. ¡Sus tentaciones eran muy distintas de las de un muchacho!

Durante la mayor parte de mi primer año en Chicago, no saboreé el amor. Con frecuencia me sentía tentado por una u otra camarera, pero sabía que si cedía perdería prestigio, y simplemente me lo saqué de la cabeza con resolución, como había hecho con la bebida. Pero hacia el comienzo del verano, la tentación llegó con un nuevo disfraz. Una familia española, de apellido Vidal, llegó al Fremont House.

El señor Vidal parecía un oficial francés, de estatura media, atildado, muy moreno y con bigotes grises que se levantaban en las puntas. Su esposa, maternal pero fornida, de grandes ojos oscuros y rasgos pequeños; un primo, hombre de alrededor de treinta años, más bien alto, con un pequeño bigote negro parecido a un cepillo de dientes, pensé, y modales bruscos e imperiosos. Al comienzo no vi a la chica, que hablaba con su doncella india. Comprendí de inmediato que los Vidal eran ricos y les di las mejores habitaciones.

—Todas se comunican… excepto la suya —agregué,

volviéndome hacia el joven—. Está del otro lado del corredor, pero es grande y tranquila.

Un gesto desdeñoso fue todo lo que el señor Arriga dedicó a mis trabajos. Cuando tendí las llaves al botones, la chica se quitó la mantilla negra.

—¿Hay cartas para nosotros? —preguntó discretamente.

Durante un minuto me quedé estupefacto, maravillado.

—Iré a ver —murmuré después, y fui hasta el archivador, pero sólo para tranquilizarme. Sabía que no había ninguna.

—Ninguna, lo lamento —dije sonriendo y observando a la chica mientras se alejaba.

—¿Qué me pasa? —me pregunté enojado—. No es hermosa esta señorita Vidal. Bonita sí, y morena, con hermosos ojos oscuros, pero nada extraordinario.

No dio resultado. Estaba conmovido de una manera nueva y no quería admitirlo. En realidad, la conmoción fue tan grande que mi cabeza se puso de inmediato en contra de mi corazón y mi temperamento, como alarmada.

«Todos los españoles son morenos me dije, tratando de menospreciar a la chica y recobrar el autocontrol. Además, su nariz se parece un poco a un pico».

Pero no había convicción en mi crítica. Tan pronto como recordé la gracia orgullosa de su apostura y la magia de su mirada, volvió a sacudirme la fiebre. Por primera vez, habían tocado mi corazón.

Al día siguiente supe que los Vidal venían de España y se dirigían a su hacienda cerca de Chihuahua, en el norte de México. Tenían intención de quedarse en Chicago tres o cuatro días, porque la señora Vidal tenía problemas cardíacos y no podía soportar muchas fatigas. Además descubrí que el señor Arriga cortejaba a su prima o bien estaba prometido a ella, y de inmediato procuré hacerme agradable al hombre. El señor Arriga era un estupendo billarista y yo tomé el camino más fácil hacia su corazón reservándole la mejor mesa, consiguiéndole un adversario parejo y felicitándolo por su habilidad. Al día siguiente, Arriga me abrió su corazón.

¿Qué se podía hacer en este aburrido agujero? ¿Sabía yo de alguna diversión? ¿Mujeres bonitas?

No podía hacer otra cosa que no fuera mostrarme comprensivo y tratar de sonsacarlo, cosa que logré fácilmente, porque al señor Arriga le gustaba alardear de su nombre y posición en México y de sus conquistas.

—¡Ah, debería haberla visto cuando la saqué en el *baile*[21] …un ángel! —y se besó galantemente los dedos.

—¿Tan bonita como su prima? —aventuré.

El señor Arriga me disparó una aguda mirada de sospecha, pero aparentemente tranquilizado por mi franqueza, continuó:

—En México jamás hablamos de los miembros de nuestra familia. La señorita es bonita, por supuesto, pero muy joven. No tiene el encanto de la experiencia, la caricia de… conozco tan mal el americano, que me resulta difícil explicarme.

Pero yo estaba satisfecho.

«No la ama —me dije—; no ama a nadie, como no sea a sí mismo».

Con mil pequeñas atenciones encontré la manera de hacerme notar por los Vidal. Salían todas las tardes y tuve cuidado de que tuvieran el mejor coche y el mejor conductor y me tomaba trabajos para encontrarles recorridos nuevos y agradables, aunque Dios sabe que la elección era limitada. La belleza de la chica creció en mi interior de manera extraordinaria. Sin embargo, eran el orgullo y la reserva de su rostro los que me fascinaban aún más que sus grandes ojos oscuros o sus rasgos finos o su espléndido color. Su silueta y su paso eran hermosos, pensé. Jamás me atreví a buscar epítetos para sus ojos, su boca o su cuello. Su primera aparición en traje de noche fue una revelación para mí; era mi ídolo, entronizado y sagrado.

Debo presumir que la chica veía lo que me sucedía y estaba complacida. No hizo ninguna señal, no se traicionó de ninguna manera, pero su madre observó que siempre estaba dispuesta a bajar al vestíbulo y no perdía la oportunidad de hacer alguna averiguación en la conserjería.

—Quiero practicar mi inglés —dijo una vez la chica, y su madre sonrió.

—*Los ojos*[22], quieres decir tus ojos, querida mía —y agregó para sí—. ¿Y por qué no? La juventud… —y suspiró por su propia juventud ahora perdida y los pétalos ya marchitos.

Conseguí una pequeña conversación con mi diosa. Vino a la

oficina a pedir reservas en el Pullman para El Paso. Yo me puse en seguida a ello, y cuando la exquisita damita agregó con su gracioso acento: —Tenemos tanto equipaje; veintiséis bultos—, yo dije tan seriamente como si mi vida dependiera de ello—:

—Por favor, confíe en mí. Yo me ocuparé de todo. Sólo desearía —agregué—, poder hacer más por usted.

—Es muy amable —dijo la coqueta—, muy amable —y me miró de lleno.

Animado por la desesperación que me producía su próxima partida, agregué:

—Lamento tanto que se vaya. Nunca la olvidaré, nunca.

Sorprendida por mi franqueza, la chica rio con picardía.

—«Nunca» quiere decir una semana, me imagino.

—Verá —continué de prisa, como arrastrado por algo, como de hecho lo estaba—. Si pensara que no voy a verla otra vez, y pronto, no desearía vivir.

—Una declaración —rio alegremente, mirándome todavía a la cara.

—No de independencia —grité— sino de…

Mientras yo vacilaba entre las palabras «afecto» y «amor», la chica se llevó un dedo a los labios.

—Chist —dijo gravemente—, es usted demasiado joven para hacer un juramento y yo no debo escucharlo —pero al ver que mi rostro se ensombrecía, agregó—: Ha sido usted muy amable. Recordaré con placer mi estancia en Chicago —y me tendió la mano.

Yo la tomé y la sostuve, atesorando su contacto.

Guardé en mi corazón, como el más puro de los tesoros, su mirada y el calor de sus dedos.

Tan pronto como se hubo ido, llevándose con ella el esplendor, me devané los sesos para encontrar algún pretexto para otra charla.

La frase «se va mañana» martilleaba en mi cerebro y el dolor de mi corazón me ahogaba, impidiéndome casi pensar. De pronto, se me ocurrió la idea de las flores. Compraría montones. No. Todo el mundo lo notaría y hablaría del asunto. Sería mejor unas pocas. ¿Cuántas? Pensé y pensé.

Cuando bajaron al vestíbulo al día siguiente, listos para partir, yo acechaba mi oportunidad, pero ella me dio una mejor que

cualquiera que hubiera podido escoger yo. Esperó a que su padre y Arriga salieran y luego vino hacia el escritorio.

—¿Tiene los cheques? —preguntó.

—Se lo darán todo en el tren —dije—, pero tengo esto para usted. ¡Por favor, acéptelas! —y le di tres espléndidos capullos de rosas rojas, elegantemente adornados con helechos.

—Qué amable —dijo, ruborizándose— y qué bonitas son —agregó, migando las rosas—. ¿Sólo tres?

—Una por su cabello —dije con ingenio amoroso—, otra por sus ojos y otra por su corazón… ¿Lo recordará? —agregué intensamente en voz baja.

Ella sintió y luego me miró con picardía.

—Tanto como… duren las flores —dijo riendo y volvió junto a su madre.

Los acompañé al ómnibus y todos me dedicaron palabras amables, incluso el señor Arriga, pero atesoré sobre todo su mirada y sus palabras al atravesar la puerta.

Manteniéndola abierta para ella, murmuré cuando pasó, porque los otros podían oírme:

—Iré pronto.

Ella se detuvo de inmediato, fingiendo mirar la manija de un baúl que se llevaba el portero.

—El Paso está muy lejos —suspiró— y la hacienda diez leguas más allá. ¿Cuándo llegaremos… cuándo? —agregó, echándome una mirada. Durante muchos meses, la palabra «cuando» fue significativa para mí. Ella la había llenado de significados.

He contado en detalle este encuentro con la señorita Vidal, porque marcó una época de mi vida. Era la primera vez que el amor había proyectado su encanto sobre mí, haciendo suprema e intoxicante la belleza. La pasión me facilitó la resistencia a la tentación ordinaria, porque me enseñó que en el reino del amor hay todo un mundo deslumbrante que no había imaginado y mucho menos explorado. Apenas tuve pensamientos obscenos sobre Gloria. No fue hasta que la vi con su vestido de noche cuando la desnudé en mi imaginación y estuve a punto de volverme loco de deseo descontrolado. ¿Me besaría alguna vez? ¿Cómo era sin ropas? Mi imaginación todavía era torpe. Podía imaginar sus senos mucho mejor que su sexo, y decidí examinar con mucha más atención a la

próxima chica que tuviese la suerte de ver desnuda.

En mi interior, latía la firme resolución de ir a Chihuahua de una manera u otra en el futuro próximo y volver a ver a la encantadora, y a su debido tiempo esa resolución volvió a dar nueva forma a mi vida.

A comienzos de junio de ese año, llegaron al hotel tres desconocidos, todos ganaderos de un nuevo tipo, según me dijeron. Se llamaban Reece, Dell y Ford, el «Jefe», como lo llamaban. Reece era un inglés o más bien un galés alto y moreno, siempre calzado con botas de montar de cuero marrón y vestido con *breeches* Bedford y chaqueta oscura de *tweed*. Parecía un próspero caballero granjero. Dell era casi una copia suya en lo que se refiere a las ropas, de altura mediana y más fornido. Un inglés ordinario, en suma. El Jefe tenía seis pies de altura, más alto aún que Reece, con una cara bronceada y afilada como un hacha y perfil de águila. Era evidentemente un ganadero del este, de la cabeza a los pies. El camarero jefe me habló de ellos y tan pronto como los vi los hice pasar a una mesa fresca y cuidé de que fueran bien atendidos.

Uno o dos días después nos habíamos hecho amigos y un poco más tarde Reece me hizo tomar las medidas para hacerme dos pares de *breeches* de pana, y había prometido enseñarme a montar. Eran vaqueros, dijo con su fuerte acento inglés e iban a Río Grande a comprar ganado para llevarlo al mercado de Kansas. Parece que en el sur de Texas se podía comprar ganado por un dólar por cabeza o menos, vendiéndolo luego en Chicago entre diez y quince dólares por cabeza.

—Por supuesto que no siempre salimos sin daño —observó Reece—. Los indios —Cherokes, Pies negros y Sioux— se cuidan bien de ello, pero un rebaño de cada dos pasa, y eso significa mucho dinero.

Me enteré de que habían traído mil cabezas de ganado de su rancho cerca de Eureka, en Kansas, y un par de cientos de cabezas de caballos.

Para abreviar: Reece consiguió fascinarme. Me dijo que Chihuahua era una provincia mexicana que estaba exactamente del otro lado de Río Grande, en Texas, e inmediatamente decidí partir con estos vaqueros, si deseaban llevarme. Dos o tres días después, Reece me dijo que estaba mejor dotado para cabalgar que nadie que

hubiera visto hasta entonces, aunque agregó:

—Cuando vi sus piernas cortas y gruesas, pensé que nunca podría adquirir demasiada destreza.

Pero yo era fuerte y había crecido casi seis pulgadas en el año transcurrido en los Estados Unidos. Además, metía los dedos de los pies hacia adentro, como me había ordenado Reece y me sostenía en la silla inglesa sólo con las rodillas, hasta que estaba fatigado y dolorido. Una quincena después, Reece me hizo poner monedas de cinco céntimos entre mis rodillas y la silla, haciendo que las mantuviera allí mientras galopaba o trotaba.

Esta práctica pronto hizo de mí un jinete en lo que concernía a la silla y yo sabía ya que Reece era un maestro en los misterios del arte, porque me dijo que en Inglaterra acostumbraba a montar potros en los cotos de caza.

—Así es como se aprende a conocer a los caballos —agregó significativamente.

Un día descubrí que Dell sabía algo de poesía, Literatura y economía y eso terminó de ganarme. Cuando les pregunté si me llevarían con ellos como vaquero, me dijeron que tendrían que preguntarle al Jefe, pero que no había duda de que aceptaría. Y aceptó, después de una aguda mirada.

Entonces vino la tarea más difícil: tenía que decirle al señor Kendrick y al señor Cotton que debía irme. Quedaron más que sorprendidos. Al comienzo pensaron que era un pequeño ardid para conseguir un aumento de sueldo. Cuando comprendieron que era puro afán juvenil de aventuras, discutieron, pero finalmente cedieron. Les prometí volver tan pronto como volviera a Chicago o me cansara de ser vaquero. Tenía ahorrados casi ochocientos dólares que, por consejo del señor Cotton, transferí a un banco de Kansas que él conocía bien.

La vida en el camino

El diez de junio tomamos un tren para Kansas, que en ese momento era la puerta de entrada al «salvaje oeste». En Kansas conocí a otros tres hombres que pertenecían al grupo: Bent, Charlie y Bob, el mexicano. Charlie, para empezar con el menos importante,

era un guapo joven americano, de ojos azules y cabello rubio, de más de seis pies de altura, muy fuerte, despreocupado y frívolo. Siempre pensé en él como en un Terranova grande, amable, más bien torpe, pero siempre bienintencionado. Bent era diez años mayor: era un veterano de la guerra, moreno, saturnino, resuelto. Tenía cinco pies nueve pulgadas de altura, con músculos como cuerdas y una mentalidad curiosamente difícil de aprehender. Bob, el más peculiar y original que yo hubiera conocido hasta entonces, era un pequeño mejicano reseco, de apenas cinco pies y tres pulgadas, medio español y medio indio, me parece, que podía tener entre treinta y cincuenta años y que rara vez abría la boca, como no fuera para maldecir en castellano a los americanos. Hasta Reece admitía que Bob cabalgaba «mejor que la media» y sabía más sobre ganado que cualquier persona en el mundo. La admiración de Reece dirigió mi curiosidad hacia el hombrecito y aproveché todas las oportunidades de hablarle y darle cigarros, cortesía tan poco habitual que al comienzo más bien le producía cierto resentimiento.

Parece que estos tres hombres se habían quedado en Kansas para vender otro rebaño y comprar suministros que se necesitaban en el rancho. Lo habían hecho, así que al día siguiente salimos de la ciudad de Kansas alrededor de las cuatro de la mañana, tomando un rumbo sudoeste. Para mí todo era hermoso y nuevo. Tres días después se terminaron los caminos y las granjas y estábamos en la pradera; dos o tres días más y la pradera se transformó en las grandes planicies, que se extendían cuatro o cinco mil millas de norte a sur en un ancho de varios cientos de millas. Las planicies tenían por vestido pasturas y artemisa. Y poco más, salvo en los valles de los ríos, donde había algarrobos. Por todas partes abundaban los conejos, los pollos de las praderas, el ciervo y el búfalo.

Cubríamos unas treinta millas en un día. Bob se sentaba en la carreta y manejaba las cuatro mulas, mientras Bent y Charlie nos hacían café y bizcochos por la mañana y guisaban entrañas y cualquier pieza de caza que consiguiéramos para el almuerzo o la cena. En la carreta había un barrilito de *whisky* de centeno, pero lo guardábamos para las picaduras de serpiente o alguna emergencia.

Me transformé en el cazador del grupo, porque pronto descubrieron que mediante algún sexto sentido, siempre podía

encontrar el camino de regreso a donde estaba la carreta, en línea recta, y de todo el equipo sólo Bob poseía ese instinto. Bob lo explicó murmurando: ¡No americano! El instinto en sí, que me ha servido más veces de las que puedo contar, es en esencia inexplicable. Siento la dirección. El vago sentimiento se fortalece mediante la observación del camino recorrido por el sol y por la manera en que se inclinan las hojas de hierba y crecen los arbustos. Pero me transformé en un miembro valioso del grupo en lugar de un simple parásito a medio camino entre maestro y hombre, y fue el primer paso para lograr el aprecio de Bob, que me enseñó más que todas las otras casualidades de los comienzos de mi vida. En Kansas había comprado una escopeta, un rifle y un revólver Winchester, y Reece me había enseñado cómo conseguir armas que me convinieran. Esto me ayudó a convertirme casi de inmediato en un buen tirador. Pronto, para mi dolor, descubrí que nunca sería un gran tirador, porque Bob, Charlie y hasta Dell veían cosas mucho más apartadas de mi radio visual. En realidad, yo era miope por astigmatismo y según descubrí más tarde, ni siquiera las gafas aclaraban mi vista borrosa.

Fue la segunda o tercera desilusión de mi vida. Las otras fueron la certeza de mi fealdad y el hecho de que siempre sería demasiado bajo y pequeño como para ser un gran luchador o un atleta.

A medida que fui avanzando en la vida, descubrí incapacidades más serias, pero sólo sirvieron para fortalecer mi absoluta resolución de hacer todo lo que pudiera con las cualidades que poseía. Mientras tanto, mi vida era divinamente nueva, extraña y placentera.

Después del desayuno, alrededor de las cinco de la mañana, me alejaba de la carreta hasta que la perdía de vista y luego me abandonaba al júbilo de la soledad, sin límites entre la planicie y el cielo. El aire era vivo y seco, tan excitante como el champán, y hasta cuando el sol llegaba al cénit y hacía un calor ardiente, seguía siendo ligero y vigorizante. Kansas está a dos mil pies sobre el nivel del mar y el aire es tan seco que un animal, cuando muere, se seca sin heder. En pocos meses, el pellejo está lleno de polvo. Había mucha caza. Difícilmente pasaba una hora cuando ya tenía media docena de palomas moñudas o un ciervo y entonces regresaba con mi poni al campamento, tal vez con una nueva flor silvestre en la

mano, cuyo nombre deseaba aprender.

Después del almuerzo, acostumbraba a reunirme con Bob en la carreta y aprender palabras o frases en castellano o interrogarlo sobre sus conocimientos del ganado. En la primera semana nos hicimos grandes amigos. Descubrí con estupefacción que en castellano Bob era tan voluble como parco en inglés, y su conocimiento de juramentos, amonestaciones e indecencias en castellano era sorprendente. Bob despreciaba todo lo americano con increíble ferocidad y esto me interesaba por su aparente irracionalidad.

Una o dos veces, durante el camino, hicimos una carrera. Pero Reece, montado en un gran pura sangre de Kentucky, llamado Shiloh, ganó con facilidad. Sin embargo, me dijo que en el rancho había una joven yegua llamada Blue Devil, que era tan rápida como Shiloh, de rara planta y energía.

—Puedes tenerla si eres capaz de manejarla —dijo con aire casual, y yo decidí ganarme a Devil, si podía.

En unos diez días llegamos al rancho contiguo a Eureka. Estaba en medio de cinco mil acres de pradera y era una gran construcción de madera que podía albergar a veinte hombres. Pero no estaba tan bien construido como el gran establo de ladrillos, orgullo de Reece, que albergaba cuarenta caballos y podía además cobijar otra media docena en cómodos *boxes*, al mejor estilo inglés.

La casa y el establo estaban situados en una larga elevación ondulante, a unas trescientas yardas de un riachuelo de buen tamaño que pronto bauticé como el Riachuelo de las Víboras, porque en los arbustos y árboles de las riberas pululaban las serpientes de todos los tamaños. La gran sala del rancho estaba decorada con revólveres y rifles de doce clases diferentes y también cuadros, por extraño que parezca, sacados de periódicos ilustrados. El suelo estaba cubierto con pieles de búfalo y oso y otras más raras, de visón y castor, colgaban aquí y allá de las paredes de madera. Llegamos al rancho una noche tarde y comí en una habitación con Dell. Él tomó la cama y yo me envolví en una alfombra sobre el sillón. Dormí como un lirón y a la mañana siguiente estaba levantado antes que el sol para hacer el inventario, por decirlo así. Un muchacho indio me mostró el establo y también, por azar, a Blue Devil, en un *box* confortable, todo para ella. Estaba

muy intranquila.

—¿Qué le pasa? —pregunté, y el indio me explicó que se había hecho una rozadura en la oreja, cerca de la cabeza, y las moscas no la dejaban en paz. Fui a la casa y conseguí que Peggy, el cocinero mulato, llenara un cubo de agua caliente, y regresé con él y una esponja al *box*. Blue Devil vino hacia mí y me mordió el hombro, pero tan pronto como apoyé en su oreja la esponja con agua caliente, dejó de morderme y pronto nos hicimos amigos. Esa misma tarde, la llevé frente al rancho, ensillada y embridada, la monté y salí con ella que estaba tranquila como un cordero.

—Es tuya —dijo Reece—, ¡pero si alguna vez te atrapa un pie con la boca, sabrás lo que es el dolor!

Parece que era un truquillo que practicaba: tironeaba y tironeaba de las riendas hasta que el jinete las aflojaba; entonces, daba vuelta la cabeza, atrapaba los dedos de los pies del tipo y mordía como un demonio. No podía montarla nadie que le desagradase, porque peleaba como un hombre con sus patas delanteras, pero nunca tuve dificultades con ella y me salvó la vida más de una vez. Como la mayor parte de las criaturas femeninas, respondía inmediatamente a la gentileza y era fiel al afecto.

Me veo obligado a observar que si relato todos los otros acontecimientos de este año memorable con tanta extensión como he relatado los incidentes de la quincena en que pasé de Chicago a Eureka, tendré que dedicarles por lo menos un volumen. De modo que prefiero asegurar a mis lectores que uno de estos días, si vivo, publicaré mi novela *On the Trail*[23], que relata toda la historia con muchos detalles. Ahora me contentaré con decir que dos días después de nuestra llegada al rancho, salimos —diez hombres fuertes y dos carretas llenas de ropas y provisiones, arrastradas por cuatro mulas cada una— con intención de cubrir las mil doscientas millas hasta el sur de Texas o Nuevo México, donde esperábamos poder comprar quinientas o seiscientas cabezas de ganado a un dólar por cabeza, para conducirlas a Kansas City, la estación de ferrocarril más cercana.

Cuando llegamos al gran camino, cien millas más allá de Fort Dodge, los días comenzaron a transcurrir con absoluta monotonía. Después de la puesta del sol, solía levantarse una brisa ligera que hacía la noche agradablemente fresca y podíamos sentarnos y

conversar alrededor del fuego del campamento durante una o dos horas. Por extraño que parezca, la conversación giraba siempre hacia la alcahuetería, la religión o las relaciones entre capital y trabajo. Era curioso ver con cuánta ansiedad discutían estos vaqueros los misterios de este mundo incomprensible y yo, como escéptico militante, pronto me hice de una reputación entre ellos, porque por lo general Dell me respaldaba y su conocimiento de libros y pensadores nos parecía extraordinario.

Estas permanentes discusiones nocturnas, esta argumentación perpetua, tuvieron sobre mí consecuencias inimaginables. No tenía libros conmigo y con frecuencia me enfrentaba cada noche con dos o tres teorías distintas. Tenía que resolver los problemas por mí mismo y por lo general reflexionaba cuando salía a cazar solo durante el día. Fue siendo vaquero cuando me enseñé a pensar: un arte poco común entre los hombres y raramente practicado. Cualquier originalidad que posea proviene del hecho de que en la juventud, mientras mi mente estaba en proceso de crecimiento, me enfrenté con importantes problemas modernos y me vi obligado a pensarlos solo y encontrar alguna respuesta razonable a los interrogantes de media docena de cerebros distintos.

Por ejemplo, una noche Bent preguntó cuál debería ser el salario adecuado para el obrero común. Sólo pude contestar que el salario del obrero debería aumentar al menos en la medida en que aumentaba la productividad, pero en ese momento no pude descubrir cómo acercarse a este arreglo ideal. Cuando diez años más tarde, en Alemania, leí a Herbert Spencer, quedé encantado al descubrir que había adivinado la mejor parte de su sociología, haciéndole agregados. Sabía que su idea de que la magnitud de la libertad individual en un país depende de «la presión del exterior», era cierta sólo a medias. La presión del exterior es un factor, pero no es ni siquiera el más importante: la fuerza centrípeta de la propia sociedad es, con frecuencia, mucho más poderosa. ¿Cómo explicar, si no, que durante la primera guerra mundial, la libertad haya casi desaparecido en estos Estados, pese a la Primera Enmienda de la Constitución? De hecho, en todo momento hay aquí mucho menos interés por la libertad que en Inglaterra o hasta Alemania o Francia. Basta pensar en la prohibición para admitirlo. La tensión hacia el centro en cada país está en proporción directa a las masas, y en

consecuencia el sentimiento de rebaño es en América irracionalmente fuerte.

Si no estábamos discutiendo o contando chistes obscenos, era seguro que Bent sacaba las cartas y el instinto del juego mantenía ocupados a los muchachos hasta que las estrellas palidecían en el oeste.

Hay un incidente que debo relatar aquí, porque rompió la monotonía de la rutina de una manera curiosa.

Nuestro fuego nocturno se hacía con «astillas» de búfalo, como llamaban al excremento seco, y Peggy me había pedido que ya que era el primero en levantarme, alimentara el fuego antes de salir a caballo. Una mañana, levanté una astilla con la mano izquierda y quiso la suerte que molestara a un crótalo de las planicies que probablemente había sido atraído por el calor del campamento. Al levantar la astilla, la serpiente me golpeó el dorso del pulgar, luego se enrolló en un instante y comenzó a hacer sonar el cascabel. Enojado, la pisé con el pie derecho y la maté mientras mordía al mismo tiempo el lugar del pulgar donde me había picado. Después, todavía descontento, froté mi pulgar sobre las ascuas, especialmente sobre la herida. Presté poca atención al asunto. Me parecía que la serpiente era demasiado pequeña como para ser muy ponzoñosa, pero al regresar a la carreta para despertar a Peggy, este gritó y llamó al Jefe, a Reece y a Dell, evidentemente muy nervioso y hasta ansioso. Reece estuvo de acuerdo con él en que la mordedura del pequeño crótalo de la planicie era tan venenosa como la de su hermana mayor de los bosques.

El Jefe sacó un vaso de *whisky* y me dijo que lo bebiera. Yo no quería, pero insistió y lo bebí.

—¿Quemó? —preguntó.

—¡No, fue como agua! —contesté y observé que el Jefe y Reece cambiaban una mirada intencionada.

En seguida el Jefe dijo que debía caminar y, tomándome cada uno por un brazo, me hicieron caminar solemnemente en redondo durante media hora. Para entonces yo estaba medio dormido. El Jefe se detuvo y me dio otra jarra de *whisky*. Me despertó por un momento, pero luego comencé otra vez a sentirme atontado y sordo. Otra vez me dieron *whisky*. Reviví, pero cinco minutos después, caí al suelo y les rogué que me dejaran dormir.

—¡Maldito sea el sueño! —gritó el Jefe—. No despertarías más. Fuerza —y otra vez me dieron *whisky*.

Entonces, comencé a comprender vagamente que debía utilizar mi fuerza de voluntad, de modo que empecé a saltar y sacudirme la creciente somnolencia. Otros dos o tres tragos de *whisky* y mucho movimiento ocuparon las dos horas siguientes, y de pronto me hice consciente de un dolor agudo, intenso en mi pulgar izquierdo.

—Ahora puedes dormir —gritó el Jefe—, si quieres. ¡Supongo que el *whisky* ha vencido al crótalo!

El dolor en mi pulgar quemado era agudo. Descubrí también que por primera vez en mi vida me dolía la cabeza. Peggy me dio agua caliente para beber y el dolor de cabeza desapareció pronto. En uno o dos días estaba tan bien como siempre, gracias al régimen vigoroso del Jefe. En el transcurso de un solo año, perdimos dos jóvenes a causa de las pequeñas serpientes de las praderas que parecían tan insignificantes.

Los días pasaron rápidamente, hasta que llegamos cerca de los primeros pueblos del sur de Texas. Entonces todos los hombres pidieron las pagas atrasadas al Jefe y procedieron a afeitarse y acicalarse con salvaje excitación. Charlie parecía un loco. Media hora después de llegar a la principal taberna del pueblo, todos, excepto Bent, estaban borrachos como cubas y buscaban alguna chica con la que pasar la noche. Yo ni siquiera fui con ellos a la taberna y rogué en vano a Charlie que no hiciera el tonto.

—¡Para eso vivo! —gritó, y salió corriendo.

Yo me había acostumbrado a pasar todo mi tiempo libre con Reece, Dell, Bob o el Jefe, y aprendí mucho de todos ellos. En poco tiempo había agotado al Jefe y a Reece; pero Dell y Bob, cada uno a su manera, estaban mejor equipados y mientras Dell me introducía en la literatura y la economía, Bob me enseñaba algunos de los misterios del oficio de vaquero y la moral especial del ganado texano. Según parece, cada pequeño rebaño de esos animales semisalvajes tenía su propio líder al cual seguía fanáticamente. Cuando juntábamos en el corral varios grupos distintos, había confusión y desconcierto, hasta que después de mucha amenaza y un poco de lucha, se elegía un nuevo líder al que todos obedecían. Pero a veces perdíamos cinco o seis animales en el conflicto. Descubrí que Bob podía meterse entre los brutos con su poni y

elegirles el líder en su lugar. De hecho, en el gran rodeo que se hizo cerca de Taos, entró a pie a un corral donde había muchos rebaños y eligió el líder entre los vítores de sus compatriotas, que desafiaban a *los americanos*[24] a emular la hazaña. El conocimiento que tenía Bob del ganado era incalculable y todo lo que sé lo aprendí de él.

Durante la primera semana, más o menos, Reece y el Jefe estuvieron fuera todo el día, comprando ganado. Por lo general, Reece elegía a Charlie y a Jack Freeman, jóvenes americanos, para conducir la compra al gran corral, mientras que el Jefe elegía indiferentemente a uno u otro. Charlie fue el primero en retirarse. La primera noche había cogido una enfermedad venérea y tuvo que guardar cama durante más de un mes. Uno tras otro, los más jóvenes cayeron víctimas de la misma plaga. Yo fui a la ciudad más próxima, consulté médicos e hice todo lo que pude por ellos. Con frecuencia, la curación era lenta, porque volvían a beber para ahogar las preocupaciones y de esta manera transformaban su enfermedad en crónica. Yo nunca pude comprender la tentación. Emborracharse era bastante malo, pero ir en ese estado con alguna mujer sucia o una especie de prostituta, me resultaba incomprensible.

Naturalmente, pregunté por los Vidal, pero nadie parecía saber de ellos y aunque hice todo lo que pude, pasaron las semanas sin encontrar rastro de ellos. Sin embargo, escribí a la dirección que me había dado Gloria antes de abandonar Chicago, para que pudiera enviarles sus cartas; pero antes de saber de ella había dejado Texas. De hecho, su carta me llegó al Fremont House, donde la encontré al regresar a Chicago. Me decía simplemente que habían cruzado el Río Grande y se habían instalado en su hacienda, donde tal vez, agregaba tímidamente, yo les haría una visita algún día. Le escribí agradeciéndole y asegurándole que para mí, su recuerdo transfiguraba el mundo… lo que era cierto. Me tomé infinitos trabajos para poner esta carta en buen castellano, aunque me temo que a pesar de la ayuda de Bob, tenía una docena de faltas. Pero me adelanto.

Rápidamente, reunimos el rebaño. A comienzos de julio partimos hacia el norte, llevando delante de nosotros unas seis mil cabezas de ganado que por cierto no habían costado cinco mil dólares. Ese primer año todo nos fue bien. Sólo vimos pequeñas

bandas de indios de las planicies y éramos demasiado fuertes para ellos. El Jefe me había permitido poner quinientas cabezas en mi cuenta. Deseaba recompensarme, dijo, por mi incesante y duro trabajo, pero yo estaba seguro de que habían sido Reece y Dell quienes se lo habían sugerido.

El hecho de que parte del ganado era mía, me transformó en el más vigilante e infatigable vaquero. Más de una vez mi vigilancia, aguzada por el instinto de Bob, cambió nuestra fortuna. Cuando comenzamos a bordear territorio indio, Bob me advirtió que una banda pequeña o incluso un indio solo podrían tratar de espantar el rebaño por la noche. Alrededor de una semana más tarde, observé que el rebaño estaba inquieto.

—¡Indios! —dijo Bob cuando le hablé de las señales.

Esa noche estaba libre, pero como de costumbre daba una vuelta a caballo, cuando alrededor de la medianoche vi una figura blanca surgiendo de la tierra como un alarido fantasmagórico. El rebaño comenzó a correr, de modo que levanté el rifle y le disparé al indio, y aunque no le di, le pareció mejor abandonar el campo. Cinco minutos después habíamos tranquilizado al ganado y no pasó nada desagradable esa noche o más bien hasta que llegamos a Wichita, que era por entonces la avanzada de la civilización. Diez días después estábamos en Kansas, metiendo al ganado en un tren, aunque vendimos allí la cuarta parte del ganado a unos quince dólares por cabeza. Llegamos a Chicago a primeros de octubre y pusimos el ganado en los corrales que rodeaban al depósito de la calle Michigan. Al día siguiente vendimos más de la mitad del rebaño y yo tuve la suerte de encontrar un comprador que pagó quince dólares por cabeza por trescientas de mis bestias. Si no hubiera sido por el Jefe, que quería vender a tres céntimos la libra, hubiera vendido todo lo que tenía. Tal como fueron las cosas, terminé con más de cinco mil dólares en el banco y me sentí un nuevo Creso. Sin embargo, mi alegría tuvo poca duración.

Por supuesto me alojé en el Fremont y fui muy bien recibido. La dirección había empeorado mucho, pensé, pero estaba contento de no ser ya responsable y poder estar allí a mis anchas. Mis seis meses en el camino me habían marcado profundamente. Hicieron de mí un trabajador y, sobre todo, me enseñaron que la resolución tensa, la fuerza de voluntad, eran el factor más importante de la vida.

Decidí entrenar mi voluntad mediante el ejercicio, de la misma manera que entrenaría un músculo, y cada día me proponía una nueva prueba. Por ejemplo, me gustaban las patatas, de modo que decidí no comer ninguna durante una semana. Otra vez renuncié al café, que adoraba, durante un mes, y tuve mucho cuidado de respetar mi determinación. Había descubierto un refrán francés que fortaleció mi decisión: *Celui qui veut, celuilà peut*. «Querer es poder». Decidí que sería mi mente, y no mis apetitos, lo que me gobernaría.

El gran incendio de Chicago

Desearía poder convencerme de que soy capaz de describir los acontecimientos de la semana posterior a nuestra llegada a Chicago.

Si recuerdo bien, llegamos un miércoles y pusimos el ganado y los caballos en los corrales cercanos al depósito de la calle Michigan. Como ya he dicho, el jueves y el viernes vendimos las tres quintas partes del ganado. Yo quería vender todo, pero cedí a la opinión del Jefe y vendí trescientas cabezas, poniendo algo más de cinco mil dólares en mi cuenta bancaria.

El sábado por la noche me despertaron las campanas de alarma. Me enfundé en mis *breeches*, mi camisa y las botas y con mi curiosidad juvenil despierta corrí escaleras abajo, saqué a Blue Devil del establo y fui en busca del fuego. Estaba muy impresionado por la rapidez con que actuaban los bomberos y la maravillosa eficiencia del servicio. En un caso en que en Inglaterra hubiera habido tal vez una docena de carros, los americanos enviaron cincuenta, pero todos encontraron trabajo y lo hicieron estupendamente bien. A la una de la mañana el fuego estaba apagado y, regresé al hotel recorriendo dos o tres millas de calles intactas. Por supuesto, al día siguiente le conté todo a Reece y Ford. Para mi sorpresa, nadie pareció prestarme atención. Un incendio era algo tan común en las casuchas de madera de los suburbios de las ciudades americanas, que nadie se molestó en escuchar el relato de mi epopeya.

La noche siguiente, el domingo, la alarma comenzó a sonar a las once. Yo tenía todavía mis mejores ropas. Me puse la ropa de trabajo sin saber por qué lo hacía, me coloqué el cinturón con el revólver y volví a coger la yegua para acercarme al incendio. Cuando me hallaba todavía a un cuarto de milla de distancia, comprendí que este incendio era mucho más serio que el de la noche precedente. En primer lugar, en la ciudad soplaba viento. Después, mientras me preguntaba por qué había tan pocos carros de bomberos, me dijeron que había otros dos incendios y el hombre

con quien hablé no vaciló en atribuirlos a un complot para incendiar la ciudad.

—En el fondo de todo esto están los malditos anarquistas —dijo —. No estallan tres incendios en los suburbios, una noche de viento, sin un motivo.

Y en realidad parecía como si tuviera razón. Pese a los esfuerzos de los bomberos, el incendio se propagaba con increíble rapidez. Media hora después, ya sabía que no iban a dominarlo ni rápida ni fácilmente, y regresé a buscar a Reece, quien me había dicho que la noche anterior hubiera venido conmigo si hubiera sabido dónde estaba el fuego. Cuando regresé al hotel, Reece había salido por su cuenta, igual que Dell y el Jefe. Regresé al incendio. Había prendido de la manera más extraordinaria. Todas las calles de madera ardían. El fuego se tragaba manzana tras manzana, y el calor era tan espantoso que los carros de bomberos no podían acercarse a doscientas yardas. El rugido del fuego era fantasmagórico.

Casi inmediatamente observé otra cosa: el calor era tan aterrador que el agua se descomponía en sus elementos y el oxígeno ardía con vehemencia por sí solo. De hecho, el agua agregaba combustible a las llamas. Tan pronto como me aseguré de esto, vi que la ciudad estaba condenada y retrocedí una o dos manzanas con mi poni, para evitar las chispas.

Esto debe haber sucedido alrededor de las tres o cuatro de la mañana. Había retrocedido unas tres manzanas, cuando llegué junto a un hombre que hablaba con un grupo en una esquina. Era el hombre de intuición y sensatez que había encontrado esa noche. Me parecía un yanqui típico, del este. Hablaba como si lo fuera. La esencia de su discurso era la siguiente:

—Quiero que ustedes vengan conmigo ahora a ver al alcalde para pedirle que dé órdenes de volar por lo menos dos manzanas de este lado de la ciudad; después, si mojamos bien las casas del otro lado, pararemos las llamas. No hay otra manera.

—Eso tiene sentido —grité—, es lo que habría que hacer de inmediato. No hay otra salvación posible, porque el calor está desintegrando el agua, y el oxígeno arde furiosamente, agregando combustible al fuego.

—¡Caramba! Es lo que he estado diciendo durante la última hora —gritó él.

Algo más tarde, cincuenta o sesenta ciudadanos acudieron al alcalde, pero él protestó, diciendo que no tenía atribuciones para volar casas y evidentemente rehuyó la responsabilidad. Sin embargo, decidió convocar a algunos de los concejales para ver qué se podía hacer. Mientras tanto, yo me fui y vagabundeé en dirección al puente de la calle Randolph, donde vi una escena que me espantó.

Algunos hombres habían atrapado a un ladrón, según decían, saqueando una de las casas, y procedían a colgar al miserable de un poste de alumbrado.

Supliqué en vano por su vida, declaré que debía ser juzgado, que era mejor dejar escapar a diez culpables que colgar a un inocente, pero creo que mi acento extranjero me restaba persuasión y colgaron al hombre frente a mis ojos. Esto me llenó de ira. Parecía una cosa espantosa; la crueldad de los ejecutores, su dura deliberación, me apartaron de ellos. Más tarde, vería a estos hombres desde una perspectiva más favorable.

A las primeras horas de la mañana, el fuego había destruido una milla de ciudad, y rugía con furia increíble. Justo antes del amanecer, fui a la orilla del lago. La escena era de indescriptible magnificencia. Había probablemente ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños sin hogar, agrupados a lo largo de la ribera. Detrás de nosotros rugía el fuego. Se extendía como una sábana roja hasta el cénit, por encima de nuestras cabezas, y desde allí cruzaba el cielo frente a nosotros en largas corrientes de fuego parecidas a cohetes. Los veleros anclados a cuatrocientas yardas, en la bahía, ardían con furia, y estábamos cubiertos y emparedados por el fuego, por decirlo así. El peligro y el ruido eran aterradores y el calor casi insoportable, aun en esa noche de octubre.

Caminé por la orilla del lago, observando la gentileza con la que los hombres cuidaban de las mujeres y los niños. Casi todos los hombres se las arreglaban para construir una especie de refugio para su mujer y sus hijos, y todos ayudaban de buen grado al vecino. Mientras trabajaba en un refugio, le dije al hombre que me gustaría conseguir un trago.

—Puede —dijo—, allí —y señaló una especie de casucha sobre la playa. Me acerqué y descubrí que un tabernero se las había arreglado para llevar cuatro barriles a la playa, erigiendo sobre ellos

una especie de tienda baja. Había fijado su muestra a uno de los barriles, pintando en ella las siguientes palabras: «¿Qué piensa de nuestro infierno? ¡No hay tragos por menos de un dólar!». El humor salvaje de la cosa me divirtió infinitamente y por cierto el hombre hizo un negocio brillante.

Algo más tarde se me ocurrió que probablemente nuestro ganado ardería, de modo que volví de prisa a los corrales de la calle Michigan. Un viejo irlandés estaba a cargo del corral, pero aunque me conocía perfectamente bien, se negó a dejarme sacar ni un solo novillo. El ganado se agitaba locamente, obviamente presa de una gran excitación. Razoné con el hombre y le supliqué, y finalmente até mi yegua al poste del alumbrado, regresé y me metí en el corral sin que me viera. Dejé caer dos o tres postes y comencé a sacar el ganado por la abertura. Estaba enloquecido y embistió la cerca. A los cinco minutos, había diez o doce novillos muertos a la entrada y el resto se veía obligado a pisarlos. De pronto, cuando acababa de pasar por la abertura, las bestias enloquecidas hicieron una estampida, arrastrando la cerca a ambos lados de la puerta. Un instante después, fui arrojado al suelo y tuve el tiempo justo para pasar del otro lado, evitando así la multitud de pezuñas.

Minutos después, había montado a Blue Devil y trataba de sacar el ganado de la ciudad y llevarlo a la pradera. El rebaño se desbandaba casi en cada esquina, pero me las arreglé para llevar al campo unas seiscientas cabezas.

Huimos sin rumbo durante algunas millas. Para entonces, era el amanecer y en la segunda o tercera granja por la que pasé, encontré a un granjero dispuesto a guardar el ganado. Regateé un poco con él y finalmente le dije que le daría un dólar por cabeza si lo guardaba por una semana o así, que sería el tiempo que querríamos dejarlo con él. Dos minutos después, llamó a su hijo y a un ayudante irlandés y metió el ganado en sus pasturas. Había seiscientas setenta y seis cabezas, por lo que pude contar, que era lo que quedaba de unas dos mil.

Para cuando había terminado el negocio y regresado al hotel, era casi mediodía y como no pude conseguir nada para comer, volví a salir para ver el progreso del fuego. Ya entonces vi que desde las ciudades vecinas estaban enviando trenes de socorro con alimentos y durante la semana que siguió así fueron las cosas en la

hambrienta Chicago.

Resulta extraño, pero por entonces se aceptaba generalmente la idea de que un hombre o una mujer sólo pueden vivir tres días sin alimentos. Esto sucedió años antes de que el doctor Tanner demostrara al mundo que un hombre puede ayunar durante cuarenta días o más. Todas las personas que encontré actuaban como si creyeran que de estar tres días completos sin comida, morirían irremediablemente. Yo me reí del asunto, que me parecía absurdo, pero era tan poderosa la opinión universal y la influencia del sentimiento gregario, que al tercer día yo me sentí también particularmente vacío y me pareció mejor hacer la cola del pan. Había tal vez cinco mil personas delante de mí y pronto hubieron cincuenta o sesenta mil detrás. Íbamos de a cinco en fondo acercándonos al depósito, donde descargaban los trenes, uno después de otro. Cuando estaba ya bastante cerca de los vagones de alimentos, observé que el suministro estaba casi agotado, y de inmediato vi otra cosa.

Una y otra vez, se acercaban a la cola mujeres y jovencitas y atravesaban las filas de hombres que, no hay que olvidarlo, creían realmente que iban a morir esa noche si no conseguían comida. Pero en lugar de objetar, todos abrían paso a las mujeres y las chicas y las animaban.

—Siga adelante, señora, tome todo lo que desee. Por aquí, señorita, no podrá llevarse mucho, me temo…

Y esto me pareció una prueba de coraje, buen humor y altruismo. Me puse en esa cola como un muchacho irlandés y salí de ella como un orgulloso americano, pero no conseguí pan ni esa noche ni la siguiente. De hecho, obtuve mi primera comida cuando me encontré con Reece el viernes o sábado siguiente. Como de costumbre, Reece había caído sobre sus pies, encontrando un hotel donde tenían provisiones… aunque a precios exorbitantes.

Insistió en que lo acompañase y pronto me consiguió mi primera comida. A mi vez, les conté a él y a Ford sobre el ganado que había salvado. Por supuesto, estaban encantados y decididos a ir al día siguiente a recuperarlo.

—Una cosa es segura —dijo Ford—; hoy, en Chicago, seiscientas cabezas de ganado valen tanto como quince mil de antes del incendio, de modo que no hemos perdido mucho.

Al día siguiente llevé a Reece y al Jefe a la granja, pero para mi sorpresa el granjero me dijo que yo había acordado darle dos dólares por cabeza, mientras que yo había negociado sólo uno. El hijo apoyó la declaración del padre y el ayudante irlandés declaró que lamentaba estar en desacuerdo conmigo, pero que estaba equivocado. Yo había dicho dos dólares. Conocían poco a la clase de hombre con la que tenían que tratar.

—¿Dónde está el ganado? —preguntó Ford y fuimos al campo donde los habían encerrado.

—Cuéntalos, Harris —dijo Ford, y yo conté seiscientas veinte cabezas.

Habían desaparecido cincuenta, pero el granjero trataba de convencerme de que había contado mal.

Ford recorrió el lugar y pronto encontró un establo primitivo donde había otras treinta cabezas de ganado texano. Las mezcló con las otras y pronto se habían hecho irreconocibles. Reece y yo comenzamos a remontarlos hacia la entrada. El granjero declaró que no nos dejaría ir, pero Ford lo miró unos minutos y luego dijo tranquilamente.

—Ha robado bastante ganado como para quedar pagado. Si se mete con nosotros, lo haré picadillo… ve… picadillo frío.

El granjero se apartó y se quedó quieto.

Esa noche tuvimos un festín y al día siguiente Ford anunció que había vendido todo el ganado a dos propietarios de hoteles, consiguiendo casi tanto dinero como si no hubiéramos perdido nada.

Mis cinco mil dólares se transformaron en seis mil quinientos.

El coraje demostrado por la gente común, el humor extravagante junto con la consideración por las mujeres, habían ganado mi corazón. Este es el pueblo más grande del mundo, me dije. Y estaba orgulloso de ser uno de ellos.

De vuelta al camino

Por incitación de Dell, antes de dejar Chicago compré algunos libros para las noches de invierno. Los principales de entre ellos eran la *Political Economy* de Mili; *Heroes and Hero Worship* y *Latter Day Pamphlets*, de Carlyle; la antología de Hay de *Dialect Poems*, y también tres libros de medicina, que llevé conmigo al rancho. Tuvimos seis semanas de buen tiempo, durante las cuales domé caballos bajo la supervisión de Reece y descubrí que la dulzura, las zanahorias y los trozos de azúcar son el camino más directo al corazón del animal. Descubrí también que el mal temperamento y la obstinación de un caballo estaban relacionados con el miedo. Una observación hecha por Dell en el sentido de que el ojo del caballo magnifica y que las pobres y tímidas criaturas ven a los hombres como si fuesen árboles, me dio la clave, y pronto Reece me gratificó diciéndome que podía «dulcificar» caballos mejor que cualquier otra persona del rancho, con la excepción de Bob.

Cuando llegó el invierno y las ásperas heladas, cesó casi por completo el trabajo exterior. Yo leía de la mañana a la noche, y no sólo devoré a Mili, sino que advertí la falacia de su teoría basada en el salario. Sabía por propia experiencia que los salarios dependen de la productividad del trabajo. Me gustaba Mili por su humanitaria simpatía para con los pobres, pero comprendía claramente que tenía una inteligencia de segunda categoría, así como me sentía seguro de que Carlyle era un inmortal. Tomé a Carlyle en pequeñas dosis; deseaba reflexionar por mí mismo. Después de los primeros capítulos, traté de anotar todo lo que sabía sobre los temas tratados y sigo pensando que es una buena manera de leer con el objeto de apreciar lo que el autor le ha enseñado a uno.

Carlyle fue la primera influencia dominante en mi vida, y una de las más importantes. Saqué más de él que de cualquier otro escritor. Sus dos o tres libros, aprendidos casi de memoria, me enseñaron que el conocimiento de Dell era escaso y superficial, y pronto me transformé en el Señor Oráculo para los hombres, en lo referente a

temas profundos. Porque también los libros de medicina resultaron ser excelentes y me proporcionaron prácticamente los últimos conocimientos del momento en materia sexual. Yo estaba encantado de poner mi conocimiento a disposición de los muchachos o más bien de demostrarles cuánto sabía.

Ese otoño resultó duro para mí. A comienzos de octubre fui víctima de la malaria, «fiebres y escalofríos», como la llamaban. Padecí muchas miserias y aunque Reece me indujo a cabalgar de todas maneras y me pasé casi todo el tiempo al aire libre, perdí peso hasta que me enteré de que el arsénico era un específico incluso mejor que la quinina. Entonces comencé a mejorar, pero una y otra vez, cada otoño y primavera que pasé en América, tuve que tomar quinina y arsénico para mantener a raya los ataques debilitantes.

De hecho, estaba muy débil cuando nos pusimos otra vez en camino. El Jefe había dicho que estaba decidido a conducir dos rebaños ese verano. A comienzos de mayo partió hacia el norte desde las cercanías de San Antonio con unas cinco mil cabezas, dejándonos allí a Reece, Dell, Bob, Peggy el cocinero, Bent, Charlie y yo mismo, para recoger otro rebaño. Nunca volví a ver al Jefe. Comprendí, sin embargo, por las maldiciones de Reece, que había podido cruzar, había vendido el ganado a buen precio y escapado con todo, aunque debía a Reece y Dell más de la mitad.

La última aventura de Charlie, que tan mal terminó, no lo apaciguó por mucho tiempo. En nuestra búsqueda de ganado barato habíamos llegado cerca de Río Grande y allí, en un pequeño pueblo medio mexicano, Charlie se enfrentó con su destino.

Tal como sucedieron las cosas, yo lo había acompañado a la taberna después de hacerle prometer que sólo bebería un vaso, y aunque este estaría lleno de *whisky* fortísimo, yo sabía que sólo ejercería un efecto pasajero sobre su soberbia fortaleza. Pero lo excitó lo bastante como para hacerlo invitar a las chicas a un trago; todas se abalanzaron riendo sobre el mostrador. Todas salvo una. Como es natural, Charlie se acercó a ella y encontró una rubia muy bonita quien, según se decía, tenía un poco de sangre india. Al comienzo no quiso aceptar la invitación de Charlie, de modo que él se apartó enojado, diciendo:

—Probablemente no quieres beber porque deseas curarte o porque eres fea allí donde las mujeres son hermosas.

Contestando al desafío, la chica saltó sobre sus pies, se quitó la chaqueta y un momento después estaba desnuda, incluidas las botas y las medias.

—¿Soy fea? —gritó, destacando sus senos—. ¿O parezco enferma, tonto? —y dio una vuelta para ofrecernos una visión completa.

Realmente tenía una figura preciosa, con senos jóvenes y un trasero especialmente lleno, y parecía la imagen de la salud. Las nalgas llenas me excitaron intensamente, no sabía por qué. Por lo tanto, cuando Charlie, dando un grito inarticulado de admiración, la tomó en sus brazos y se la llevó de la habitación, no me sorprendí.

Cuando lo amonesté más tarde, me dijo que tenía un medio seguro de saber si la chica, Sue, estaba enferma o no.

Yo lo contradije y descubrí que su prueba infalible era la siguiente: tan pronto como se quedaba solo con una chica, sacaba diez o veinte dólares, según fuera el caso, y le decía que se guardara el dinero.

—No te daré más en ningún caso —agregaba—. Ahora, querida, dime si estás enferma y tomaremos un último trago y me iré. ¡Si está enferma, seguro que te lo dice… ya ves! —y rio triunfante.

—Supón que no lo sabe —dije.

—Siempre lo saben —replicó— y si no están dominadas por la avaricia, te lo dicen.

Durante algún tiempo pareció como si Charlie hubiera disfrutado de su belleza sin malas consecuencias, pero alrededor de un mes después observó una mancha en la ingle derecha y, poco después, una herida sifilítica bajo la cabeza del pene. Ya habíamos partido hacia el norte, pero tenía que decirle la verdad a Charlie.

—¡Entonces es serio! —gritó sorprendido.

—Eso me temo —repliqué— pero no si lo tomas a tiempo y te sometes a un régimen riguroso.

Charlie hizo todo lo que le dijeron y siempre alardeó de que la gonorrea era mucho peor, ya que de hecho es más dolorosa que la sífilis. Pero con el tiempo la enfermedad se tomó su venganza.

A medida que comenzó a mejorar por el camino, gracias al buen aire, el ejercicio regular y la abstinencia de bebida, se volvió revoltoso de vez en cuando y en todo caso yo olvidé su trastorno.

La deserción del Jefe estableció una diferencia importante. Reece y Dell, con tres o cuatro mexicanos y Peggy, se adelantaron lentamente, comprando ganado. Pero Bob y Bent me metieron en la cabeza una nueva idea. Bent se la pasaba diciendo que la deserción del Jefe había arruinado a Reece y que si yo podía poner cinco mil dólares, por ejemplo, podía ser socio de Reece y hacer con él una fortuna. El propio Bob insistía en esto e incidentalmente me dijo que podía conseguir ganado de los mexicanos por nada. Tuve una conversación con Reece, quien me dijo que tendría que contentarse con comprar tres mil cabezas, porque el precio del ganado se había duplicado y la estafa del Jefe lo había arruinado. Si yo podía pagar los salarios de Bent, Charlie y Bob, él estaría encantado, dijo, de unir sus fuerzas con las mías. Por consejo de Bob, consentí y con su ayuda me las arreglé para asegurar tres mil cabezas por poco más de tres mil dólares. Lo arreglamos así.

Por una u otra razón, tal vez porque había aprendido algunas palabras de castellano, Bob me tenía simpatía y siempre estaba dispuesto a ayudarme, excepto cuando estaba enloquecido por la bebida. Ahora me aseguró que si bajaba con él por el Río Grande unas cien millas, me conseguiría mil cabezas por nada. Yo acepté, porque Bent y Charlie también estaban de su lado.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, partimos hacia el sureste. Llevábamos comida suficiente para dos o tres días. Bob se ocupaba de eso, pero por lo general hacia la noche nos había llevado cerca de alguna casa donde podíamos obtener alimento y refugio. Su conocimiento de la frontera era tan misterioso como su conocimiento del ganado.

Al cuarto o quinto día, hacia las nueve de la mañana, nos hizo detenernos junto a una elevación arbolada sobre una garganta del río. Hacia la izquierda, el río se abría hasta constituir casi un lago poco profundo, y no era necesario que nos dijeran que un poco más abajo debía haber uno o dos vados por donde el ganado pasaría casi sin mojarse.

Bob bajó del caballo junto a un grupo de algarrobos, diciendo que era un buen lugar para acampar sin ser vistos. Le pregunté dónde estaba el ganado y me dijo que «al otro lado del río». Según parecía, a dos o tres millas había una famosa hacienda con grandes rebaños. Tan pronto como oscureció, propuso pasar el río, averiguar

todo y volver con las novedades. Teníamos que tener cuidado de que no nos vieran y esperaba que no encendiéramos siquiera un fuego, sino que lo esperáramos allí reunidos.

Estábamos más que dispuestos y, cuando nos cansamos de charlar, Bent sacó un viejo mazo de cartas y jugamos al póker, al *euchre* o al casino durante dos o tres horas. La primera noche pasó bastante rápido. Habíamos estado sobre la silla diez horas diarias durante cuatro o cinco días, de modo que dormimos un sueño sin sueños. Bob no regresó ni ese día ni el siguiente, y al tercer día Bent comenzó a maldecirlo, pero yo estaba seguro de que había una buena razón para la tardanza y esperé con toda la paciencia de que era capaz. La tercera noche, apareció súbitamente junto a nosotros, como si hubiera surgido de la tierra.

—¡Bienvenido! —grité—. ¿Todo bien?

—Todo —dijo—. No tenía sentido venir antes; han traído algún ganado a cuatro millas del río; las órdenes son mantenerlos a siete u ocho millas, de modo que no se podían hacer pasar sin despertar a todo el país, pero don José es muy rico y negligente y hay un rebaño de mil quinientas cabezas que nos vendrá bien a menos de tres millas del río, en un repliegue de la pradera, y está vigilado sólo por dos hombres a los que emborracharé tanto que no se enterarán de nada hasta la mañana siguiente. Un par de botellas de aguardiente bastarán y mañana por la noche, hacia las ocho o las nueve, vendré a buscaros.

Todo resultó tal como Bob lo había planeado. A la noche siguiente vino a buscarnos tan pronto como oscureció. Cabalgamos unas dos millas río abajo hasta llegar a un vado, pasamos por los arroyos y salimos del lado mexicano. De a uno en fondo y en completo silencio, seguimos a Bob a paso largo durante unos veinte minutos, hasta que levantó la mano y disminuimos la velocidad. Debajo de nosotros, entre dos ondulaciones de la pradera, estaba el ganado.

En pocas palabras, Bob le dijo a Bent y a Charlie lo que tenían que hacer. Bent tenía que quedarse detrás y disparar en caso de que los siguieran… lo que no era probable, pero sí posible. Charlie y yo teníamos que llevar el ganado hacia el vado, siempre en silencio, si podíamos, pero si nos seguían, a tanta velocidad como pudiéramos.

Durante la primera media hora, todo salió según lo programado.

Charlie y yo reunimos el ganado y lo llevamos por encima de las ondulaciones de la pradera, en dirección al río. ¡Todo parecía tan sencillo como comer, y habíamos comenzado a apresurar al ganado, cuando de pronto se oyó un tiro al frente y hubo una especie de estampida!

De inmediato, Charlie disparó a su izquierda y yo a mi derecha y utilizando nuestros látigos, volvimos a hacer mover el ganado, con los que iban detrás forzando a correr a los otros. Pronto el ganado estuvo marchando a un trote lento y parecía que habíamos superado la dificultad. En ese momento vi dos o tres llamas brillantes a media milla, del otro lado de Charlie, y de pronto escuché el zumbido de una bala que pasaba sobre mi cabeza y al darme vuelta vi claramente a un hombre que cabalgaba a unas cincuenta yardas de distancia. Apunté cuidadosamente a su caballo, disparé y quedé encantado de verlos desaparecer a ambos. No le presté más atención y seguí apresurando el paso del ganado. Pero Charlie estuvo muy ocupado durante dos o tres minutos, porque los tiros se mantuvieron desde atrás, hasta que se le reunió Bent y poco después Bob. Ahora estábamos todos llevando el ganado, lo más rápido que podíamos, hacia el vado. Continuaron los disparos detrás de nosotros e incluso se hicieron más frecuentes, pero no nos molestaron hasta tres cuartos de hora más tarde cuando llegamos al Río Grande y comenzamos a arrear el ganado a través del vado. Allí el progreso era necesariamente lento. Difícilmente hubiéramos podido pasar, si no fuera porque en la mitad Bob se adelantó y transformó su látigo y su voz en un perfecto terror para las bestias que estaban en la retaguardia.

Cuando los pasamos al otro lado, comencé a girar hacia el oeste, en dirección a nuestro montículo arbolado. Un momento después, Bob estaba a mi lado, gritando:

—Derecho, derecho; nos están siguiendo y tendremos que pelear. Tú vete con el rebaño siempre hacia el norte y yo volveré a la orilla con Charlie para mantenerlos a raya.

Como un niño, dije que prefería ir y pelear, pero él respondió:

—Tú sigue adelante. Si matan a Charlie, no importa. Yo te quiero a ti.

Y me vi obligado a hacer lo que quería el pequeño demonio.

Una vez que se ha reunido el ganado tejano, se puede conducir

el rebaño más grande como si se tratara de un puñado de animales. Tienen su líder y lo siguen religiosamente, de modo que un hombre solo puede arrear mil cabezas con pocos problemas.

Durante dos o tres millas los mantuve al trote y después, gradualmente, fui dejándolos ir al paso. No quería perder ninguno más. Algunas vacas gordas habían muerto a causa de la velocidad.

Hacia las dos de la mañana pasé junto a una casa de troncos y pronto apareció a mi lado un americano que quería saber quién era yo, de dónde traía el ganado y dónde iba. Le dije que el dueño estaba detrás de mí y que los muchachos y yo nos adelantábamos, porque algunos «grasas» habían estado molestándonos.

—Esos son los disparos que oí —dijo—. Los pasaron por el río, ¿no?

—Los traigo del río —repliqué—; estaban bebiendo.

Pude sentirlo sonreír, aunque no lo miraba.

—Supongo que veré muy pronto a sus amigos —dijo—, pero estas correrías son un mal negocio. Los grasas cruzarán y me traerán problemas. ¡A nosotros, la gente de la frontera, no nos gustan los problemas que traen ustedes, los forasteros!

Lo aplaqué como pude. Al principio no tuve éxito. No decía mucho, pero evidentemente tenía intención de ir conmigo hasta el final, porque fuese donde fuera, lo encontraba detrás del rebaño al regresar.

Ya era de día cuando finalmente detuve al ganado por primera vez. Supuse que había recorrido unas veinte millas y las bestias sufrían dolores de patas y estaban muy cansadas. Cada vez eran más las que necesitaban del látigo para mantenerse al paso. Las reuní y regresé a mi saturnino compañero.

—Usted es joven para andar en este juego —dijo—. ¿Quién es su jefe?

—No tengo jefe —respondí, mirándolo con hostilidad. Era un hombre de alrededor de cuarenta años, alto y delgado, con una enorme mascada de tabaco en la mejilla izquierda. Un texano típico.

Su bronco me interesaba. En lugar de ser un poni indio de unos trece palmos, tenía tal vez una alzada de quince palmos y medio y parecía joven.

—Buen caballo el que tiene —dije.

—El mejor del maldito país —replicó—. Fácil.

—Vanidad suya —respondí—. La yegua que monto puede sacarle cien yardas en una milla.

—No querrá arriesgar dinero, ¿no? —observó.

—Oh, sí —sonreí yo.

—Bueno, podemos probar uno de estos días. Pero ahí viene su gente.

Y en verdad, aunque no los esperaba, cinco minutos después llegaron Bent, Bob y Charlie.

—Haz caminar al ganado —gritó Bob cuando llegó al alcance del oído—. Tenemos que seguir. Los mexicanos se han vuelto, pero volverán a perseguirnos. ¿Quién es este? —agregó, deteniéndose junto al texano.

—Mi nombre es Locker —dijo mi conocido—, y supongo que sus incursiones harán arder la frontera. ¿No pueden comprar decentemente el ganado, como hacemos todos?

—¿Cómo sabe como lo pagamos? —gritó Bent, adelantando la cara morena como la de una comadreja y mostrando los dientes perrunos.

—Supongo que el señor Locker tiene razón —grité, riendo—. Propongo que nos ayude y tome doscientas o trescientas cabezas como pago. O su valor en dinero…

—Así se habla —dijo Locker—. A eso lo llamo sentido común. Una milla más adelante hay un rebaño mío. Si 200 o 300 de los novillos de José se mezclan con ellos, no puedo impedirlo, pero prefiero los dólares. ¡El dinero es más escaso!

—¿Forman rebaño? —preguntó Bob.

—¡Seguro! —replicó Locker—. Estoy demasiado cerca del río como para dejar que el ganado ande suelto, aunque nadie me ha molestado en los últimos diez años.

Bob y yo comenzamos a arrear el ganado, dejando a Bent con Locker para concluir las negociaciones. Una hora después, habíamos encontrado el rebaño de Locker que debía tener por lo menos seiscientas cabezas y estaba guardado por tres vaqueros.

Locker y Bent habían llegado en seguida a un acuerdo de colaboración. Parece que Locker tenía otro rebaño en algún lugar hacia el este, del cual podía sacar tres o cuatro vaqueros. También tenía un par de chicos, hijos suyos, a los que podía enviar a levantar

a los granjeros vecinos, si había una necesidad urgente. Resultó que habíamos hecho bien en ser generosos con él, porque conocía el país como un libro y fue un buen amigo en nuestra hora de necesidad.

A últimas horas de la tarde, uno de sus hijos, un joven de unos dieciséis años, informó a Locker que veinte mexicanos habían cruzado el río y estarían sobre nosotros en poco tiempo. Locker lo envió detrás del más joven para reunir tantos texanos como pudiera, pero antes de que consiguieran reunirse, un grupo de grasas, alrededor de veinte, llegó y exigió la devolución del ganado. Bent y Locker los enfrentaron y quiso la suerte que mientras discutían llegaran tres o cuatro texanos y uno de ellos, un hombre de unos cuarenta años llamado Rossiter, controlara la disputa. Explicó al jefe mexicano, que dijo ser don Luis, hijo de don José, que si se quedaba más tiempo, probablemente sería arrebatado y encerrado en prisión por merodear por territorio americano y amenazar a la gente.

El mexicano parecía tener muchas agallas, y declaró que no sólo amenazaría sino que llevaría adelante las amenazas. Rossiter le dijo que se limitara a volver a vadear el río. Recomenzó la discusión y llegaron otros dos texanos y el líder mexicano, comprendiendo que a menos que hiciera algo en seguida, sería demasiado tarde, comenzó a hacer un círculo en torno al ganado, pensando sin duda que su superioridad numérica nos asustaría.

Cinco minutos después, había comenzado la lucha. En otros diez, estaba terminada. Nadie podía soportar los disparos mortales de la gente del oeste. En cinco minutos, habían muerto uno o dos mexicanos y había varios heridos; habían caído media docena de caballos; era perfectamente evidente que ocho o diez de nosotros constituíamos más que una amenaza para los veinte mexicanos, porque exceptuando a don Luis, nadie parecía tener estómago para ese tipo de trabajo, y en los primeros cinco minutos Luis recibió un disparo en el brazo. Finalmente se retiraron aullando y profiriendo amenazas y no los vimos más.

Después de la batalla, todos nos reunimos en la casa de Locker y tomamos un buen trago. Nadie se tomó en serio la pelea: azotar grasas no era nada por lo que valiera la pena alardear. Pero Rossiter pensó que era necesario hacer una reclamación al gobierno

mexicano por invadir territorio de los Estados Unidos. Dijo que iba a preparar los papeles y enviarlos al fiscal del distrito en Austin. La propuesta fue recibida con hurras y aplausos. La idea de castigar a los mexicanos por recibir tiros al tratar de recuperar su propio ganado, nos parecía, a los americanos, profundamente divertida. Solemnemente, todos los texanos dieron sus nombres como testigos y Rossiter juró que prepararía el documento. Años más tarde, Bent, a quien encontré por casualidad, me dijo que Rossiter había obtenido cuarenta mil dólares por esa demanda.

Tres días más tarde comenzamos a avanzar hacia el este para reunimos con Reece y Dell. Yo di cien dólares de recompensa a los hijos de Locker, quienes nos habían ayudado con gran entusiasmo desde el principio al fin.

Alrededor de una semana más tarde, llegamos al campamento principal. Reece y Dell tenían su rebaño preparado y gordo. Después de una conversación, decidimos ir cada uno por su lado y reunimos después, para pasar el otoño y el invierno en el rancho, si lo deseábamos. Nos tomamos tres semanas para poner en condiciones nuestro ganado y en julio nos dirigimos hacia el norte. Yo pasé en la silla toda la noche y la mayor parte del día, pese a que estaba sacudido por la maldita fiebre.

Todo marchó bien al principio. Yo prometí a mis tres tenientes un tercio de los beneficios, además de un pequeño salario; estaban bien aceitados e hicieron todo lo posible. Nuestros problemas comenzaron tan pronto como llegamos a territorio indio. Una noche, indios que se cubrían con sábanas y se habían embadurnado las manos con fósforo, espantaron el ganado, y aunque los muchachos hicieron maravillas, perdimos cerca de un millar de cabezas y algunos, cien tos de caballos, todos domados cuidadosamente.

Era una pérdida seria, pero no irreparable. Sin embargo, ese verano los indios eran tan persistentes como mosquitos. No perseguí a las presas, pero trataron de detenerme, y por lo menos en una ocasión sólo la velocidad y la energía de Blue Devil me salvaron. Tuve que renunciar a los disparos y esperar que la suerte nos acercara la caza. Gradualmente, los indios que nos seguían fueron haciéndose más numerosos y audaces. Fuimos atacados durante tres o cuatro días al atardecer y al amanecer y el ganado medio salvaje

comenzó a asustarse mucho.

Bob no ocultaba su ansiedad.

—¡Indios malos! ¡Indios muy viles!

Una tarde nos siguieron abiertamente. En un determinado momento, había más de cien a la vista; era evidente que se estaban preparando para un ataque serio. El genio de Bob nos consiguió un respiro. Mientras Charlie aconsejaba una batalla campal, Bob recordó de pronto que a unas cinco millas a nuestra derecha había un monte bajo de robles que nos ofrecería refugio. Charlie y Bent, los mejores tiradores, se echaron al suelo y comenzaron a disparar, obligando a los indios a ocultarse. Tres horas después llegamos al monte y la especie de bahía o ensenada en la cual Bob dijo que el ganado estaría a salvo. Porque nada puede atravesar ese tipo de maleza y tan pronto como internamos el ganado en el refugio y llevamos la carreta al centro, sobre el arco de la entrante, por decirlo así, los indios no podrían espantar el ganado sin liquidarnos primero a nosotros. Estábamos a salvo por el momento, y el azar quiso que el agua de un pequeño arroyo cercano fuera potable. Sin embargo, estábamos sitiados por más de cien indios y la diferencia era grande, como admitió el mismo Bob.

Pasaron los días y continuaba el sitio. Evidentemente, los indios deseaban cansarnos y quedarse con el rebaño, y nuestro humor no mejoró con el ocio y la vigilancia forzados. Una noche, Charlie se tendió junto al fuego, tomando más sitio del que le correspondía, cuando llegó Bent, que había estado vigilando al ganado.

—Encoge las piernas, Charlie —dijo con rudeza—, no necesitas todo el fuego.

Charlie no escuchó o no le prestó atención. Bent se arrojó sobre sus piernas. Con una maldición, Charlie se lo sacudió. Un instante después, Bent se había abalanzado sobre él y le había metido la cabeza en el fuego. Después de una corta lucha, Charlie se liberó, y pese a todo lo que intenté hacer, golpeó a Bent.

Bent tanteó su revólver en seguida, pero Charlie se le había tirado encima golpeando y pateando como un loco y Bent tuvo que enfrentar el ataque.

Hasta que llegó el momento, todos hubieran dicho que Charlie era con mucho el mejor hombre; más joven, además, y sorprendentemente fuerte. Pero evidentemente Bent no era un

novato. Se apartó hacia un costado ante el ataque de Charlie y golpeó fuerte en línea recta. Charlie cayó, pero se levantó como un relámpago y se abalanzó sobre su hombre como un salvaje. Pronto estaba otra vez en el suelo y todos comprendimos que más pronto o más tarde ganaría Bent. Sin embargo, la lucha tiene en sí misma un buen elemento de suerte, y quiso el azar que cuando Bent estaba más seguro de ganar, uno de los locos golpes de Charlie le diera en la mandíbula y para nuestra estupefacción cayó como un leño y no volvió en sí hasta diez minutos después. Era la primera vez que yo veía este golpe, y como es natural todos exageramos la fuerza con que había sido dado, sin saber que un golpe ligero contra el mentón sacude la espina dorsal y desmaya a cualquier hombre. De hecho, en muchos casos un golpe como este produce una parálisis parcial y una debilidad permanente.

Charlie se inclinaba a alardear de esta victoria, pero Bob le dijo la verdad. Y pensándolo bien, la deliberación y la capacidad luchadora de Bent fueron lo que más nos impresionaron y al día siguiente él mismo se tomó la molestia de advertir a Charlie.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino —le dijo secamente— o te haré picadillo.

La terrible amenaza resultaba convincente en su cara ruda.

—¡Al demonio! —replicó Charlie—. ¿Quién quiere cruzarse en tu camino?

La reflexión me ha enseñado que los duros que pululaban por la frontera en mi tiempo eran exsoldados. Fue la guerra civil la que acostumbró a estos hombres a la violencia y al uso del revólver; fue la guerra civil la que indujo (y los «Bill el loco» y los Bent quienes obligaron[25]) a los alegres hombres del Oeste a vender la vida barata y usar sus revólveres en lugar de sus puños.

Una noche, observamos un gran aumento en las fuerzas de los indios que nos sitiaban. Había un jefe también, que montaba un mustang pío y parecía incitarlos al ataque inmediato, y pronto encontramos a algunos de los «bravos» que se deslizaban por el arroyo para rodearnos, mientras un centenar de otros pasaban frente a nosotros a la carrera, disparando sin cesar. Bob y yo bajamos a las orillas del arroyo para detener a los que nos rodeaban, mientras Bent, Charlie y Jo bajaron a más de un caballo con su hombre y enseñaron a la banda de indios que un ataque

directo les costaría sin duda muchas vidas.

Sin embargo, sólo éramos cinco y una o dos balas perdidas podían volver desesperada nuestra situación.

Al volver a hablarlo, llegamos a la conclusión de que un hombre debía ir a Fort Dodge para pedir ayuda y yo fui elegido como el más liviano aparte de Bob, y en general el peor tirador, además de ser el único que podría encontrar el camino. Según esto, preparé en seguida a Blue Devil, tomé algunas libras de carne salada y un odre de agua que había comprado en Taos. Una cincha y las espuelas transformaron rápidamente una manta en una silla ligera improvisada, y estaba listo.

Fue el misterioso conocimiento que tenía Bob del camino y los hábitos de los indios, el que me dio la oportunidad. Los demás me aconsejaron que fuera hacia el norte desde nuestro refugio y luego cabalgara. Él me aconsejó ir hacia el sur, donde se había estacionado el grueso de los indios.

—Allí no te buscarán —dijo— y podrás pasar sin que te vean. Otra media hora te permitirá rodearlos; después, tienes ciento cincuenta millas hacia el norte, por el camino (puede que te encuentres con un grupo de ellos) y después ciento veinte millas hacia el oeste. En cinco días tienes que estar en Dodge y volver en otros cinco. Nos encontrarás —agregó significativamente.

El hombrecito cubrió los cascos de Blue Devil con alguna ropa vieja que cortó e insistió en guiarla alrededor de la entrante y luego hacia el sur y en verdad creo que más allá del campamento indio.

Allí quitó las almohadillas de la yegua, mientras yo apretaba la cincha y comenzaba a caminar, manteniendo al animal entre los indios y yo y atento al menor sonido. Pero no escuché ni vi nada y una hora después había hecho el rodeo y estaba en camino hacia el norte, internamente decidido a hacer como máximo en cuatro días las doscientas o trescientas millas. Al cuarto día, encontré veinte soldados de caballería del fuerte, con el teniente Winder, y los conduje en línea recta a nuestro refugio. Llegamos en seis días, pero mientras tanto los indios habían estado ocupados.

Una mañana, al amanecer, se abrieron paso por una zona de la maleza que habíamos creído impenetrable, y espantaron al ganado, y nuestros hombres sólo pudieron reunir alrededor de seiscientas o setecientas cabezas, protegiéndolas en el extremo norte del recodo.

El día anterior a mi llegada con la caballería de los Estados Unidos, los indios se habían retirado. A la mañana siguiente, comenzamos la marcha hacia el norte y no tuve dificultades para persuadir al teniente Winder de que nos escoltara durante los cuatro o cinco días siguientes.

Una semana más tarde llegamos a Wichita, donde decidimos descansar un par de días, y allí volvimos a enfrentar la mala suerte. Desde que había atrapado la sífilis, Charlie parecía haber perdido su buen humor. Se volvió melancólico y taciturno y no podíamos hacer nada para alegrarlo. La primera noche tuvimos que meterlo en cama en el salón de juegos de Wichita, donde se había emborrachado hasta perder el habla. Y al día siguiente estaba convencido de que había sido robado por el hombre que se ocupaba de la banca y empezó a dar vueltas jurando que arreglaría las cuentas con él a toda costa. Hacia el atardecer, había contagiado a Bent y Jo su loca decisión, y finalmente fui a tratar de salvarlo de un desastre, si podía.

Yo había pedido a Bob que consiguiera otro vaquero y llevara el ganado a buen paso hacia Kansas. Aceptó, y ya hacía horas que viajaba hacia el norte cuando nosotros nos dirigíamos hacia la taberna. Yo tenía intención de reunirme con él cinco o seis millas más adelante y cabalgar lentamente durante el resto de la noche. De algún modo, sentía que esa vecindad no nos resultaba saludable.

El salón de juegos estaba iluminado por tres lámparas poderosas: dos sobre la mesa de faro y otra en el bar. Jo se detuvo en el bar mientras Charlie y Bent iban hacia la mesa. Yo caminé por la habitación, tratando de hacerme el indiferente entre los veinte o treinta hombres reunidos allí. Súbitamente, alrededor de las diez, Charlie comenzó a disputar con el banquero. Ambos se pusieron de pie y el banquero sacó un revólver del cajón de la mesa, que estaba frente a él. En el mismo momento, Charlie golpeó la lámpara que estaba sobre su cabeza y, al apagarse las luces (dejándonos en la total oscuridad[26]), lo vi sacar su revólver.

Corrí hacia la puerta y fui sacado en volandas por una especie de desbandada. Un minuto después, Bent se reunió conmigo y después apareció Charlie corriendo a toda velocidad, con Jo pisándole los talones. Un instante después, estábamos en la esquina donde habíamos dejado nuestros ponis y partimos. Nos siguieron

dos o tres disparos. Pensé que nos habíamos librado, pero me equivocaba.

Habíamos corrido como demonios durante cerca de una hora, cuando Charlie, sin una razón aparente, tiró de las riendas y, balanceándose, cayó de la silla. Su poni se detuvo de pronto y todos nos reunimos alrededor del hombre herido.

—Estoy liquidado —dijo Charlie con voz débil—, pero recuperé mi dinero y quiero que se lo manden a mi madre en Pleasant Hill, Missouri. Supongo que es alrededor de mil dólares.

—¿Estás malherido? —pregunté.

—Me perforó el estómago —dijo Charlie, señalándolo—, y supongo que debo tener por lo menos dos más en los pulmones. Estoy liquidado.

—¡Qué pena, Charlie! —exclamé—, ibas a ganar más de mil dólares por tu participación en el ganado. Le dije a Bob que tenía intención de partir en partes iguales con vosotros. Este dinero se devolverá, pero los mil serán enviados a tu madre, te lo prometo.

—¡Jamás! —gritó el moribundo, apoyándose en un codo—. Es mi dinero. ¡No deben dejárselo a ese ladrón untuoso! —El esfuerzo lo había agotado; aun en la penumbra veíamos que su cara estaba demacrada y gris. Debe haberlo comprendido él también, porque pude oír sus últimas palabras: Adiós, muchachos.

Su cabeza cayó hacia atrás, su boca se abrió: el valeroso espíritu juvenil se había ido.

No pude contener las lágrimas y dije sin poder contenerme: Preferiría haber perdido un hombre mejor.

¡Porque Charlie era realmente un buen tipo!

Dejé a Bent para que devolviera el dinero y arreglara el entierro de Charlie, y a Jo para vigilar el cuerpo. Una hora después estaba otra vez con Bob y le había dicho todo. Diez días más tarde llegábamos a Kansas, donde quedé sorprendido por noticias inesperadas.

Mi segundo hermano, Willie, seis años mayor que yo, había venido a América y al enterarse de que yo estaba en Kansas, se había instalado en Lawrence como agente de bienes raíces. Me escribió pidiéndome que me reuniera con él. Esto favoreció mi decisión de abandonar el negocio del ganado. Además descubrimos que los precios habían bajado y tuvimos suerte al obtener diez

dólares por cabeza, que resultó poco, teniendo en cuenta que los indios se habían quedado con lo mejor. Había alrededor de seis mil dólares para repartir. Le dimos quinientos dólares a Jo y dividimos el resto entre Bent, Bob, la madre de Charlie y yo. Bob me dijo que era un tonto. Debía guardarlo todo y volver otra vez al sur. ¿Pero qué había ganado en mis dos años de vaquero? Había perdido dinero[27] y atrapado la malaria; había adquirido cierto conocimiento del hombre común y su modo de vida y una idea bastante buena de la economía y la medicina, pero estaba lleno de rechazo por la vida meramente física. ¿Qué iba a hacer? Vería a Willie y decidiría.

Vida y amor de estudiantes

Ese viaje en tren a Lawrence, Kansas, sigue siendo tan vivido para mí hoy como si hubiera tenido lugar ayer; y sin embargo, todo sucedió hace más de cincuenta años. Era un día terriblemente caluroso y en el asiento opuesto al mío había un hombre canoso que parecía muy molesto por el calor. Se movía inquieto, se enjugaba la frente, se quitó la chaqueta y finalmente salió, probablemente a la plataforma abierta, dejando en su sitio un par de libros. Distraído, tomé uno: era *The Life and Death of Jason*, de William Morris. Leí una o dos páginas, quedé sorprendido por el fácil fluir de los versos, pero no me interesó mucho, de modo que cogí el otro: *Laus Veneris: Poems and Ballads*, de Algernon Charles Swinburne. Se abrió en la «Ancatoria» y un momento después estaba absorto, fascinado de un modo en que no me ha fascinado ninguna otra poesía, ni antes ni después. La propia Venus hablaba en los versos:

> Ay, que ni la lluvia ni la nieve ni el rocío
> ninguna cosa fría pueda limpiarme,
> saciarme o aliviarme o apaciguarme,
> hasta que el supremo sueño me traiga tranquilidad sin sangre,
> hasta que la cera del Tiempo se haya desvanecido,
> hasta que el Destino rompa el pacto de los Dioses
> de yacer y aplacar y saciarme
> Loto y Leteo en mis labios, como el rocío,
> y disperse alrededor y por encima y por debajo de mí
> la espesa oscuridad y el mar insuperable.

Desde entonces no he vuelto a leer el poema y puede haber inexactitudes en mi versión, pero la música y la pasión de los versos me maravillaron. Y cuando llegué a «The Leper», las últimas estrofas me arrancaron ardientes lágrimas. Y, en el «Garden of Proserpine», escuché a mi propia alma hablando con seguridad divina, aunque desesperanzada. ¿Hubo alguna vez una poesía semejante? Hasta los poemas más ligeros eran encantadores:

El recuerdo puede recobrar
y el tiempo recuperar
el nombre de tu primer amante,
el timbre de mi primera rima.
Pero las hojas de las rosas de diciembre
desgastarán las tormentas de junio;
el día que recuerdas,
el día que yo olvido.

Y el alegre desafío:

Entre los dientes del alegre tiempo salado,
en la cara mojada del mar,
mientras tres hombres se mantienen juntos
sus Reinos son menos por tres.

Y las divinas canciones a Hugo y a Whitman y la soberbia «Dedicación», cuyo último verso es un milagro.

Aunque las muchas luces queden reducidas a una sola,
habrá consuelo si la tiene el Cielo;
aunque las estrellas sean desposeídas de la luz
y la tierra privada del Sol,
tienen como compensación la luna y el sueño
fresco como una novia y liberado.
Con las estrellas y los vientos del mar por vestido
la Noche se sumerge en el mar.

Estaba cautivado hasta el alma. No tenía necesidad de leerlos dos veces; no he vuelto a verlos y no los olvidaré mientras dure esta máquina. Llenaron mis ojos de lágrimas y mi corazón de admiración apasionada. Así fue como me encontró el caballero al regresar. Según todas las apariencias, un vaquero perdido, ahogado en lágrimas, leyendo a Swinburne.

—Creo que ese libro es mío —dijo, volviéndome a la insípida realidad.

—Ciertamente —repliqué, inclinándome—, pero qué poesía magnífica; nunca había oído hablar de Swinburne.

—Creo que es su primer libro —dijo el anciano caballero—, pero me alegro de que le gusten sus versos.

—¡Gustarme! —grité—. ¿Quién podría evitar adorarlos? —y me dejé ir recitando «Proserpine»:

A causa del excesivo amor a la vida,
de la esperanza y el miedo desatados,
agradecemos con breves oraciones
a los Dioses que sean
que no haya vida que viva para siempre,
que los muertos no vuelvan a levantarse,
que hasta el río más largo Se vierta seguro en el mar.

—¡Pero lo ha aprendido de memoria! —gritó el anciano, maravillado.

—Aprendido —repetí—; conozco medio libro de memoria. Si usted se hubiera quedado afuera otra media hora, lo sabría todo —y seguí recitando otros diez minutos.

—Jamás había escuchado una cosa semejante —gritó—. Parece mentira, un vaquero que aprende a Swinburne simplemente leyéndolo. ¡Es sorprendente! ¿Dónde va usted?

—A Lawrence —repliqué.

—Ya estamos llegando —agregó, y después—: Desearía que me permitiera darle el libro. Yo puedo procurarme fácilmente otro ejemplar y pienso que debería ser suyo.

Le agradecí con todo mi corazón y pocos minutos después bajé en la estación de Lawrence, que antes como ahora estaba muy lejos de la pequeña ciudad, llevando a Swinburne en la mano.

Relato esta historia, no para alardear de mi memoria, porque todos los dones tienen sus desventajas, sino para demostrar qué amables eran los americanos del oeste para con los jóvenes y también porque, que yo sepa, hasta ahora nunca se ha hablado de la atracción única que ejerce Swinburne sobre los jóvenes.

Encontré a mi hermano en una confortable habitación del Eldridge House, en la calle principal de Lawrence. Willie pareció dolorosamente sorprendido ante mi aspecto.

—Estás amarillo como una guinea, pero cómo has crecido —exclamó—. ¡Tal vez estés alto, pero pareces enfermo, muy enfermo[28]!

Él era la imagen de la salud y aún más guapo de como lo recordaba. Un hombre de unos cinco pies y diez pulgadas, con buena figura y un rostro moreno muy guapo. Tenía el cabello, el pequeño bigote y la barbita de chivo, negros como el azabache. Una nariz delgada y recta y soberbios ojos castaños con pestañas negras.

Hubiera podido posar como modelo de un dios griego, si no hubiera sido porque su frente era estrecha y sus ojos demasiado juntos.

En tres meses se había vuelto entusiastamente americano.

—América es el país más grande del mundo —me aseguró desde su ignorancia abismal—. Aquí, cualquier joven que trabaje puede hacer dinero. Si tuviera un pequeño capital, sería un hombre rico en pocos años. Es sólo algo de capital lo que necesito. Nada más.

Después de extraerme mi historia, en especial la última, el relato de mi reparto del dinero con los muchachos, declaró que debía estar loco.

—Con cinco mil dolores —exclamó—, yo podría ser rico en tres años y millonario en diez. Debes estar loco. ¿No sabes que en este mundo cada uno debe trabajar para sí mismo? ¡Dios bendito! ¡Jamás escuché una cosa más disparatada! ¡Si lo hubiera sabido!

Durante algunos días lo observé atentamente y llegué a creer que encajaba perfectamente en su entorno y estaba magníficamente dotado para triunfar en él. Descubrí que era un cristiano severo, que había sido convertido y bautizado en la iglesia Bautista. Tenía una buena voz de tenor y dirigía el coro. Se tragaba las estupideces del increíble credo, pero extraía de ellas algunas sanciones morales valiosas. Era abstemio y no fumaba. Además, era un Nazareno y estaba decidido a mantenerse casto, como llamaba al estado de abstinencia de mujeres, pero caía débilmente en la masturbación, que procuraba justificar como inevitable.

La enseñanza del propio Jesús ejercía poca o ninguna influencia sobre él. Consideraba que no era más que una serie de consejos para una perfección imposible y, como la gran mayoría de americanos, aceptaba una moralidad paulino-germana infantil, despreciando al mismo tiempo el deber del perdón y burlándose del Evangelio del Amor.

Pocos días después de nuestro encuentro, Willie me propuso que le prestara mil dólares, diciéndome que me daría el veinticinco por ciento de interés. Cuando me escandalicé por el interés usurario, ya que el doce por ciento era el límite legal, me dijo que podía prestar un millón de dólares, si los hubiera tenido, a un interés del tres al cinco mensual, sin tener ningún problema.

—De modo que ya ves —concluyó—, que puedo permitirme darte doscientos cincuenta dólares al año como interés por tus mil.

Aquí se pueden adquirir bienes raíces que te produzcan el cincuenta por ciento anual. El país apenas comienza a desarrollarse —y así sucesivamente, con el más loco entusiasmo.

El resultado fue que consiguió mis mil dólares, dejándome con apenas quinientos. Pero como podía vivir en una buena pensión por cuatro dólares a la semana, supuse que en el peor de los casos tenía por delante un año libre de preocupaciones y que si Willie cumplía su promesa, podría hacer lo que quisiera durante los años siguientes.

Estaba escrito que en Lawrence tendría otra experiencia mucho más importante que cualquier cosa que tuviera que ver con mi hermano. «Los sucesos por venir proyectan su sombra por delante de ellos». Este es un proverbio poético singularmente inexacto. Los grandes acontecimientos llegan sin anunciarse. Esto sería más cierto.

Una noche, fui a un mitin político en el Liberty Hall, cerca de mi hotel. Iba a hablar el senador Ingalls[29] y también un congresista del movimiento Granger. Era el primer intento de los granjeros del oeste por reaccionar políticamente contra la explotación de Wall Street. El salón estaba atestado. Justo detrás de mí había sentado un hombre, entre dos bonitas chicas de ojos grises. El rostro del hombre me atrajo desde el principio. Debería ser capaz de describirlo, porque aun mientras escribo, lo recuerdo tan vívidamente como si los largos años que nos separan fueran como un parpadeo. Aún hoy puedo, mentalmente, reproducir un retrato perfecto de este hombre y sólo necesito agregar el color y la expresión. Tenía grandes ojos castaños, muy separados bajo el ceño blanco, sobresaliente; el cabello y las patillas eran castaños. Pero eran sus ojos los que me atraían y fascinaban, porque eran más luminosos que cualesquiera otros que haya visto. Francos, también, y amables. Siempre amables.

Pero su ropa, una levita negra con cuello blando blanco y una estrecha corbata de seda negra, excitó mi desprecio esnob, tan inglés. Ambas muchachas, evidentemente hermanas, le dedicaban totalmente sus atenciones, o así le pareció a mi mirada biliosa y envidiosa.

El senador Ingalls hizo el discurso habitual: los granjeros tenían razón al unirse, pero los señores del dinero eran poderosos y

después de todo, tanto los granjeros como los banqueros eran americanos. Americanos en primer y último lugar; ¡americanos siempre! (¡Gran aplauso!). Siguió el congresista con el mismo tipo de tontería patriótica y luego, de todas partes de la sala llegaron gritos pidiendo al profesor Smith. Escuché detrás de mí un ansioso cuchicheo y volviéndome a medias, supuse que el joven apuesto era el profesor Smith, porque sus dos admiradoras estaban convenciéndolo de que subiera a la plataforma y fascinara al público.

Un momento después subió entre grandes aplausos. Una linda figura de hombre, más bien alto, de unos cinco pies diez pulgadas, ligero y con hombros anchos. Comenzó a hablar con una delgada voz de tenor:

—Hay un evidente conflicto de intereses —dijo—, entre los estados manufactureros del este que exigen una tarifa alta a todas las importaciones, y las granjas del oeste, que desean mercancía barata y transporte barato. En esencia, es un simple asunto de aritmética, un problema matemático que exige un compromiso, porque todo país debería establecer su propia industria manufacturera y autoabastecerse. La reforma obvia está indicada: el gobierno Federal debería hacerse cargo de los ferrocarriles y administrarlos para los granjeros, al mismo tiempo que la competencia entre los fabricantes americanos reduciría finalmente los precios.

Nadie pareció entender esta «reforma obvia», pero el discurso provocó un huracán de aplausos y llegué a la conclusión de que entre el público había una gran cantidad de estudiantes de la universidad estatal.

No sé qué me poseyó entonces, pero cuando Smith regresó a su sitio detrás de mí, entre las dos muchachas, y ellas lo pusieron por las nubes, me puse de pie y me dirigí a la plataforma. Fui saludado con una tempestad de risas y debo haber hecho una figura graciosa. Estaba vestido como un vaquero, según la versión de Reece y Dell. Usaba *breeches* Bedford de cordero y botas marrones hasta la rodilla y una especie de camisa y chaqueta de ante, metidas dentro del pantalón. Pero las lluvias y el sol habían hecho lo suyo con el ante, que había encogido en el cuello y los brazos.

Acicateado por las risas, subí los cuatro escalones de la

plataforma y me dirigí hacia el alcalde, que era el presidente.

—¿Puedo hablar? —pregunté.

—Seguro —replicó—. ¿Su nombre?

—Mi nombre es Harris —contesté, y el alcalde, considerándome a todas luces un gran chiste, anunció que un tal señor Harris deseaba dirigirse a la reunión y que esperaba que el público lo escucharía imparcialmente, aun si resultaba que sus doctrinas eran algo peculiares. Cuando los enfrenté, los espectadores chillaron de risa. La casa se estremecía. Esperé un minuto y después comencé.

—¡Qué propio de americanos y demócratas —dije— juzgar a un hombre por las ropas que usa y la cantidad de pelo que tiene en la cara o el dinero que guarda en sus pantalones!

Hubo un silencio instantáneo, el silencio de la sorpresa, al menos, y yo continué mostrando lo que había aprendido de Mili: que la competencia abierta era la ley de la vida y que se trataba de otro nombre de la lucha por la existencia; que cada país debía concentrar sus energías en la producción de aquellas cosas para las que estaba mejor preparado, y cambiarlas por productos de otras naciones; esta era la gran ley económica, la ley de la división territorial del trabajo.

Los americanos deberían producir trigo y maíz y carne para el mundo —dije— e intercambiar estos productos por la lana inglesa, más barata, las sedas francesas y el lino irlandés. Esto enriquecería al granjero americano, desarrollaría toda la tierra americana desperdiciada y sería mil veces mejor para el país que cargar con impuestos a los consumidores para enriquecer a los fabricantes del este, que fueron incapaces de enfrentar la competencia abierta de Europa. Los granjeros americanos —continué— deberían unirse con los obreros, porque sus intereses son idénticos, y luchar contra el fabricante del este, que no es nadie, sino un parásito que vive del cerebro y del trabajo de hombres mejores. Y después concluí: Este programa sensato no agradará a los senadores y congresistas, que prefieren la charla barata al pensamiento, o a sus profesores superfinos, que creen que la lucha de clases es un «simple problema aritmético» (e imité la voz delgada del profesor), pero sin embargo puede ser aceptado por el granjero americano, cansado de ser ordeñado por el fabricante yanqui y debería ser el primer capítulo del evangelio Granger.

Me incliné ante el alcalde y me fui, pero el público comenzó a aplaudir y el senador Ingalls se acercó y me estrechó la mano, diciendo que esperaba conocerme mejor, y el aplauso continuó hasta que hube regresado a mi sitio. Unos minutos después, el profesor Smith me tocó la espalda. Cuando me volví, dijo sonriendo:

—Me dio usted una buena lección. Jamás seré un buen orador y lo que dije suena sin duda inconexo y absurda Pero si aceptara hablar conmigo, creo que podría convencerlo de que mi teoría tiene asidero.

—No me cabe duda de que podría —exclamé, profundamente avergonzado de haberme burlado de un hombre al que no conocía—: No entendí lo que quiso decir, pero me gustaría tener una conversación con usted.

—¿Está libre esta noche? —continuó él. Yo asentí—. Entonces venga conmigo a mis habitaciones. Estas damas viven fuera de la ciudad, las pondremos en su coche y quedaremos libres. Esta es la señora… —agregó, presentándome a la dama más fornida—, y esta es su hermana, la señorita Stephens.

Me incliné y salimos, yo manteniéndome resueltamente apartado hasta que las hermanas se hubieron ido. Luego nos fuimos juntos a las habitaciones del profesor Smith, para conversar.

Si pudiera hacer un relato completo de esta charla, esta pobre página resplandecería de sorpresa y admiración, mezcladas con reverencia. Hablamos, o más bien Smith habló, porque pronto descubrí que sabía infinitamente más que yo y era incluso capaz de etiquetar mi credo como el de Mili, «un economista burgués inglés», como lo llamó con sonriente desdén.

Esta primera conversación con el hombre que estaba destinado a cambiar mi vida e inspirarla con su alto objetivo, sigue siendo memorable para mí, e incluso sagrada. Me habló del comunismo de Marx y Engels, convenciéndome fácilmente de que la tierra y sus productos, el carbón y el petróleo, deberían pertenecer a toda la comunidad, que también dirigiría las industrias para beneficio público.

Quedé sin aliento ante su mera exposición del asunto y me estremecí ante la pasión de su voz y sus gestos, aunque aun entonces no estaba totalmente convencido. Fuera cual fuese el tema que tocáramos, él lo iluminaba. Sabía todo, o esto me parecía.

Alemán y francés y hablaba el latín y el griego clásico con tanta soltura como el inglés. Nunca había imaginado semejante saber, y cuando recité algunos versos de Swinburne para expresar mis creencias, resultó que él también los conocía, así como su himno panteísta a Hertha. ¡Y llevaba sus conocimientos con ligereza, como simples vestidos de su espíritu luminoso! Y qué guapo era; ¡cómo un Dios del sol! Nunca había visto a nadie que se le pudiera comparar.

Ya había amanecido cuando terminamos de hablar. Me dijo que era el profesor de griego de la universidad estatal y que esperaba que fuese a estudiar con él cuando se iniciara el curso, en octubre.

—Es imposible pensar en usted como un vaquero —dijo—. ¡Qué locura, un vaquero que sabe de memoria libros de Virgilio y poemas de Swinburne! Es absurdo. Debe darle una oportunidad a su cerebro y estudiar.

—Tengo muy poco dinero —dije, comenzando a lamentar el préstamo que había hecho a mi hermano.

—Ya le dije que soy socialista —respondió Smith, sonriendo—. Tengo tres o cuatro mil dólares en el banco. Tome la mitad y venga a estudiar —y me miró con sus ojos luminosos. Era verdad, después de todo. Mi corazón se expandió, jubiloso porque hubiera almas nobles en este mundo para las cuales el dinero significaba poco y que vivían para cosas mejores que el oro.

—No tomaré su dinero —dije, con los ojos llenos de lágrimas—. En estos tiempos democráticos, cada arenque debe colgarse de su propia cabeza. Pero si su opinión de mí es lo bastante buena como para ofrecerme esa ayuda, le prometo que iré, aunque temo que se desilusionará cuando descubra lo poco que sé, lo ignorante que soy. No he estado en la escuela desde los catorce años.

—¡Vamos, pronto recuperaremos el tiempo perdido! —dijo—. Y a propósito, ¿dónde se aloja?

—En el Eldridge House —contesté.

Me acompañó a la puerta y nos separamos. Cuando me volví para irme, vi la figura alta y delgada y los ojos radiantes y me fui sintiéndome en un mundo nuevo, que era el viejo, con la sensación de estar pisando el aire.

Una vez más, como en el puente Overton, mis ojos se habían abierto a las bellezas de la naturaleza, pero en este caso se trataba de un espíritu único. ¡Qué suerte! —me dije—, ¡conocer a un

hombre así! ¡Realmente me parecía como si un dios fuera detrás de mí derramando dones!

Y luego pensé: Este hombre te ha elegido y llamado de una manera muy similar a como Jesús llamó a sus discípulos: «Venid y os haré pescadores de hombres». Ya estaba dedicado por completo al nuevo evangelio.

Pero hasta el encuentro con Smith, gracias al cual alcancé las mayores alturas de las horas doradas, quedó de lado, por decirlo así, a causa de otro suceso de esa semana maravillosa. Ya había visto una o dos veces en el comedor, en la mesa contigua a la mía, a un hombre pequeño, de mediana edad y aspecto fatigado, que frecuentemente comenzaba su desayuno con un vaso de agua hirviendo y lo continuaba con una manzana asada sumergida en nata. Para la comida, tomaba sesos o mollejas y arroz, no patatas. Cuando miré, sorprendido, me dijo que había pasado la noche en vela y tenía problemas digestivos. Su nombre era Mayhew, dijo, y explicó que si alguna vez deseaba jugar al faro, al *euchre* o a cualquier otra cosa, estaría encantado de acompañarme. Sonreí. Sabía cabalgar y disparar, le dije, pero no era bueno con las cartas.

El día siguiente a mi charla con Smith, Mayhew y yo llegamos tarde a cenar. Yo me senté frente a una buena comida y al levantarse me preguntó si no deseaba ir del otro lado de la calle para ver su «instalación». Yo fui de bastante buen grado, porque no tenía nada que hacer. El salón de juego estaba en el primer piso de un edificio casi opuesto al Eldridge House. El lugar estaba limpio y bien puesto, gracias a un barman y camarero de color y un negro para todo trabajo. Además, la gran habitación estaba confortablemente amueblada y bien iluminada. En conjunto, era un lugar atractivo.

El azar quiso que mientras él me mostraba el local entrara una dama. Después de una o dos palabras, Mayhew me la presentó como su esposa. La señora Mayhew era por entonces una mujer de unos veintiocho o treinta años, con una figura alta, flexible y ligera y un rostro más interesante que hermoso. Sus rasgos eran buenos; hasta los ojos eran grandes y de un color gris azulado. Hubiera sido adorable de tener un color más pronunciado. Si hubiera tenido cabello dorado o rojo o negro, hubiera sido una belleza. Siempre estaba vestida con gusto y tenía modales atractivos, graciosos.

Pronto descubrí que le gustaban los libros y la lectura y como Mayhew dijo que iba a estar ocupado, le pregunté si me permitía acompañarla a su casa. Ella aceptó sonriendo y allá nos fuimos. Vivía en una bonita casa de madera que era la única de la calle que corría paralela a la calle Massachusetts, casi enfrente de una iglesia grande y fea.

Cuando subió los escalones que conducían a la puerta, observé que tenía tobillos finos, bien delineados y adiviné unas piernas bien formadas. Mientras se quitaba la capa ligera y el sombrero, mostró al estirar los brazos y el pecho que sus senos eran pequeños y redondos. Ya mi sangre corría como lava y tenía la boca seca por el deseo.

—¡Me mira de una manera extraña! —dijo, volviéndose desde frente al espejo con un desafío en los labios entreabiertos.

Yo hice una observación tonta; no podía permitirme hablar con franqueza, pero había una simpatía natural que nos unía. Le dije que iba a estudiar y ella quiso saber si sabía bailar. Le dije que no y ella prometió enseñarme.

—Lily Robins, una vecina, tocará para nosotros cualquier tarde. ¿Conoce los pasos? —continuó y cuando dije que no, se levantó del sofá, alzó su vestido y me mostró los tres pasos de polka, que según me dijo eran también los del vals, aunque deslizándose.

—¡Qué tobillos tan bonitos tiene! —aventuré, pero ella pareció no oírme.

Nos sentamos y hablamos y me enteré de que se sentía muy sola, con el señor Mayhew ausente todas las noches y casi todo el día, y nada que hacer en ese pequeño lugar muerto.

—¿Me dejará venir alguna vez para conversar? —pregunté.

—Siempre que quiera —fue su respuesta.

Cuando me levanté para irme y estábamos de pie junto a la puerta, uno frente al otro, dije:

—Sabe, señora Mayhew, en Europa, cuando un hombre acompaña a su casa a una mujer bonita, ella lo recompensa con un beso.

—¿De veras? —rio burlonamente—. Aquí no es costumbre.

—¿Es usted menos generosa que ellos? —pregunté y al instante había tomado su rostro entre mis manos, besándola en los labios.

Ella puso las manos sobre mis hombros y me miró a los ojos.

—Vamos a ser amigos —dijo—. Lo sentí cuando lo vi. ¡No tarde demasiado!

—¿Me recibirá mañana por la tarde? —pregunté—. ¡Quiero esa lección de baile!

—Por supuesto —replicó—. Se lo diré a Lily por la mañana.

Una vez más, nuestras manos se encontraron. Yo traté de atraerla hacia mí para darle otro beso, pero ella retrocedió con una sonrisa.

—Dígame su nombre —supliqué—, para que pueda pensar en él.

—Lorna —replicó—, ¡muchacho extraño!

Me fui con los pulsos latiendo, la sangre en llamas y la esperanza en mi corazón.

A la mañana siguiente fui otra vez a casa de Smith, pero la bonita sirvienta (dijo que se llamaba Rose) me dijo que él estaba casi siempre en casa del juez Stephens, «a unas cinco o seis millas», creía.

—Siempre vienen a buscarlo en una calesa —agregó.

De modo que dije que escribiría para hacer una cita. Lo hice y le pedí que me recibiera a la mañana siguiente.

Esa misma mañana, Willie me recomendó una pensión llevada por una tal señora Gregory, una mujer inglesa esposa de un viejo clérigo baptista, que me cuidaría bien por cuatro dólares semanales. Inmediatamente fui con él a verla y quedé encantado al ver que vivía a sólo unas cien yardas de la casa de la señora Mayhew, del otro lado de la calle. La señora Gregory era una mujer grande, maternal, evidentemente una dama, que había abierto su pensión para mantener a un esposo más bien imprudente y dos niños: una chica grande y bonita, Kate, y un muchacho unos dos años menor. Creo que la señora Gregory estaba encantada con mi acento inglés, y en seguida me mostró un favor especial asignándome una gran habitación exterior con entrada independiente y escalones que daban al jardín.

Una hora después, había pagado mi cuenta en el Eldridge House, y me había mudado. Tuve una pizca de prudencia haciendo prometer a Willie que vendría cada sábado con los cinco dólares de mi pensión. El dólar extra era por la habitación grande.

A su debido tiempo, contaré cómo mantuvo su promesa y me pagó su deuda. Por el momento todo estaba arreglado con facilidad

y felizmente. Salí y ordené un traje decente de *tweed* común, y para visitar a la señora Mayhew después del almuerzo me puse mi mejor traje azul. El reloj parecía arrastrarse, pero cuando dieron las tres estaba frente a su puerta. Una doncella de color me hizo entrar.

—La señora Mayhew —dijo con su bonita voz cantarina— bajará en seguida. Yo iré a llamar a la señorita Lily.

Cinco minutos después apareció la señorita Lily, una chiquilla morena con cabello negro brillante, una boca amplia y sonriente, labios temperamentales, gruesos y rojos y ojos grises flanqueados por pestañas negras. Apenas había tenido tiempo de hablarme, cuando entró la señora Mayhew.

—Espero que serán grandes amigos —dijo con compostura—. Tienen más o menos la misma edad —agregó.

Pocos minutos después, la señorita Lily estaba tocando un vals en el Steinberg y yo trataba de bailar con un brazo rodeando la cintura delgada y flexible de mi *innamorata*. Pero ¡ay!, después de una o dos vueltas me sentí mareado y, pese a todas mis resoluciones, tuve que admitir que jamás podría bailar.

—Se ha puesto muy pálido —dijo la señora Mayhew—. Debe sentarse un poco en el sofá.

Lentamente, el mareo comenzó a ceder. Antes de haberme recobrado por completo, la señorita Lily, con amables palabras de simpatía, se había ido a su casa, y la señora Mayhew me dio una taza de excelente café. Lo bebí y pronto estuve bien.

—Debería tenderse un poco —dijo la señora Mayhew, todavía llena de compasión—. Ve —y abrió una puerta—, la habitación de huéspedes está preparada.

Vi mi oportunidad y me acerqué a ella.

—Si tú también vienes —susurré, y después—: El café me ha hecho bastante bien. ¿No me darías un beso, Lorna? ¡No sabes con cuánta frecuencia he pronunciado tu nombre anoche, querida! —y un instante después había vuelto a tomar su rostro, apoyando mis labios en los suyos.

Esta vez me entregó sus labios y mi beso se transformó en una caricia. Pero poco después se apartó y dijo:

—Sentémonos y hablemos. Quiero saber todo lo que haces.

De modo que me senté a su lado en el sofá y le conté mis novedades. Ella pensó que estaría cómodo con los Gregory:

—La señora Gregory es una buena mujer —agregó—, y he sabido que la chica está prometida con un primo. ¿Te parece bonita?

—Ninguna me parece bonita excepto tú, Lorna —dije, apoyando su cabeza en un brazo del sofá y besándola. Sus labios se calentaron; estaba seguro. De inmediato, puse mi mano en su sexo. Al comienzo se resistió un poco, y yo aproveché para que nuestros cuerpos se acercaran más, y cuando dejó de luchar, metí la mano bajo su vestido y empecé a acariciar su sexo. Estaba caliente y mojado, como sabía que estaría, y se abrió fácilmente.

Pero un momento después, ella tomó la iniciativa.

—Alguien podría encontrarnos aquí —susurró—. He dejado salir a la doncella. Sube a mi habitación —y me llevó escaleras arriba.

Le supliqué que se desnudara. Quería ver su cuerpo, pero ella sólo dijo:

—No llevo corsé. No lo uso mucho en casa. ¿Estás seguro de que me amas, querido?

—¡Sabes que sí! —fue mi respuesta. En seguida la puse sobre la cama, aparté las ropas, le abrí las piernas y la penetré. No hubo dificultad y uno o dos minutos después me corrí, pero seguí empujando apasionadamente. Pocos instantes después, jadeaba y sus ojos parpadeaban y salía al encuentro de mis golpes con suspiros y apretones de su sexo. Me llevó tiempo lograr mi segundo orgasmo y Lorna respondía cada vez más, hasta que repentinamente puso sus manos en mi culo y me atrajo hacia ella mientras movía su sexo arriba y abajo para encontrar mis arremetidas con una pasión que difícilmente había imaginado. Me corrí una y otra vez y cuanto más duraba el juego, más salvajes eran su excitación y su placer. Me besó ardientemente, hurgando y metiendo su lengua en mi boca. Finalmente, se levantó la camisa, para dejarme entrar aún más en ella y finalmente, con pequeños sollozos, se puso repentinamente histérica y, jadeando, rompió a llorar copiosamente.

Eso me detuvo. Me retiré, la tomé en mis brazos y la besé. Al comienzo, se agarró a mí con suspiros ahogados y ojos humedecidos, pero tan pronto como logró controlarse un poco, fui al lavabo y le traje una esponja empapada en agua fría. Le mojé la cara y le di algo de agua para beber: esto la tranquilizó. Pero no permitía que me apartara ni siquiera para arreglarme la ropa.

—Oh, tú, grande y fuerte —gritó, apretándome entre sus brazos —. ¿Quién hubiera creído posible semejante placer? Nunca sentí nada así antes. ¿Cómo pudiste durar tanto? Oh, cuánto te amo, maravilla y deleite. Soy toda tuya —agregó gravemente—. Harás lo que quieras conmigo. ¡Soy tu amante, tu esclava, tu juguete, y tú eres mi dios y mi amor! ¡Oh, querido! ¡Oh!

Hubo una pausa mientras yo sonreía ante lo extravagante de su elogio. Luego, súbitamente, se sentó y salió de la cama.

—Querías ver mi cuerpo —exclamó—, aquí está. No puedo negarte nada. Sólo espero que te guste —y un momento después estaba desnuda de la cabeza a los pies.

Como había supuesto, su figura era ligera y flexible, con caderas estrechas, pero tenía una gran mata de pelo en su monte de Venus y sus senos no eran tan redondos y firmes como los de Jessie. Sin embargo, era muy bonita y bien formada, con esos *fines attaches* (muñecas y tobillos delgados) que los franceses tienden a sobreestimar. Piensan que los huesos pequeños son indicadores de un sexo pequeño. Pero yo he descubierto que, de existir esa regla, las excepciones son muy numerosas.

Después de haber besado sus senos y su ombligo y haber elogiado su cuerpo, desapareció en el baño, pero pronto estuvo otra vez conmigo en el sofá que habíamos abandonado alrededor de una hora antes.

—¿Sabes? —comenzó— que mi esposo me aseguró que sólo el joven más fuerte podía correrse dos veces en un día. Y yo le creí. ¿No somos tontas las mujeres? ¡Debes haberte corrido una docena de veces!

—Ni siquiera la mitad de esa cifra —respondí, sonriendo.

—¿No estás cansado? —fue su siguiente pregunta—. Hasta yo tengo un pequeño dolor de cabeza —agregó—. Nunca estuve tan excitada. Al final fue tan intenso. Pero debes estar agotado.

—No —contesté—, en realidad no estoy cansado. ¡Me siento mucho mejor después de nuestro alegre paseo!

¡Pero seguramente eres una excepción! —continuó—. La mayor parte de los hombres terminan en un corto espasmo y dejan a la mujer totalmente insatisfecha; sólo excitada, nada más.

—Creo que es la juventud la que hace la diferencia —dije.

—¿Hay algún peligro de tener un niño? —continuó—. Debería

decir «esperanza» —agregó amargamente—, porque me gustaría mucho tener un niño, tu niño —y me besó.

—¿Cuándo estuviste indispuesta por última vez? —pregunté.

—Hace unos quince días —contestó—. A menudo he pensado que tenía algo que ver con eso.

—¿Por qué? —comencé—. Dime la verdad —le advertí.

—Te diría cualquier cosa —comenzó—. Pensé que el tiempo tenía algo que ver con eso, porque después que me pongo bien cada mes, mi «conejito», que así lo llamamos, con frecuencia arde y me pica intolerablemente. Pero después de una semana o así, ya no siento molestias hasta la siguiente vez. ¿Qué es eso? —preguntó.

—Hay dos cosas que debo explicarte —dije—. Tu semilla baja a tu útero con la sangre menstrual; vive allí una semana o diez días y después muere y con su muerte tu deseo disminuye y también la posibilidad de fecundación. Pero cuando se acerca el siguiente período, digamos unos tres días antes, hay otra vez un riesgo doble. Porque la excitación puede hacer descender tu semilla antes de lo normal y en cualquier caso la mía vive en tu útero unos tres días, de modo que si deseas evitar el embarazo, espera diez días después de haber terminado la regla y detente unos cuatro días antes de la próxima. De ese modo el peligro de embarazo es muy leve.

—¡Oh, tú, muchacho sabio! —rio—. ¿No ves que te saltas el momento en que más te deseo y que eso no es justo para ninguno de los dos?

—Hay aún otro modo de evitarlo —dije—; que yo me retire antes de correrme por primera vez o que te levantes de inmediato y te introduzcas un poco de agua. El agua mata mi semilla en cuanto la toca.

—¿Pero en qué puede ayudarnos eso si luego te corres media docena de veces más? —preguntó.

—Los médicos dicen que lo que sale después no es lo bastante viril como para embarazar a una mujer —dije—. Si lo deseas, te explicaré el proceso, pero puedes creerme. Es como te lo digo.

—¿Dónde aprendiste todo esto? —preguntó.

¡Ha sido mi estudio más absorbente —reí— y con mucho el más agradable!

—¡Querido, querido! —gritó—, debo besarte por eso. «¿Sabes que besas maravillosamente bien?» —prosiguió pensativa—. Con un

toque ligero de la parte interna de los labios y luego la embestida de la lengua. Eso es lo que me excitó tanto la primera vez —y suspiró, como deleitada por el recuerdo.

—No parecías excitada —le reproché—, porque cuando quise otro beso, te apartaste y dijiste ¡«mañana»! ¿Por qué las mujeres son tan coquetas y perversas? —agregué, recordando a Lucille y a Jessie.

—¡Creo que deseamos estar seguras de ser deseadas —replicó— y también, en parte, que queremos prolongar lo que tiene de gozoso, el deleite de ser deseadas, realmente deseadas! ¡Nos es tan fácil dar y tan exquisito sentir la insistencia del deseo de un hombre! ¡Ah, qué raro es —suspiró apasionadamente— y qué pronto se pierde! Pronto te cansarás de tu amante —agregó—, ahora que soy toda tuya y sólo tú me haces estremecer —y tomó mi cabeza entre sus manos besándome apasionadamente, con pesar.

—¡Tú besas mejor que yo, Lorna! ¿Dónde adquiriste el arte, señora? —pregunté—. ¡Me temo que has sido una niña muy mala!

—¡Si supieras la verdad! —exclamó—. ¡Si supieras cómo ansían las chicas un amante y arden y padecen en vano, preguntándose por qué los hombres son tan estúpidos y fríos y aburridos como para no ver nuestro deseo! ¿Acaso no empleamos toda clase de trucos? ¿No somos altivas y reticentes en un momento y afectuosas, tiernas y amantes al siguiente? ¿No ponemos acaso toda clase de carnada en el anzuelo, sólo para ver cómo el pez la huele y se retira después? ¡Ah, si supieras!, ¡me siento traidora a mi sexo sólo por decírtelo; si imaginaras cómo los buscamos y qué inteligentes somos, cuántas seducciones manejamos! Una vez escuché a mi marido utilizar una expresión que nos describía exactamente a nosotras, las mujeres, o por lo menos a nueve de cada diez. Yo quería saber cómo hacía para mantener caldeada la oficina durante la noche. Y él dijo: humedecemos la estufa, y me explicó el proceso. Eso es, dije para mis adentros. Soy una estufa humedecida. ¡Por eso me mantengo caliente tanto tiempo! ¿Acaso imaginaste —prosiguió, apartando su rostro de flor pálido de pasión— que ese primer día me quité el sombrero frente al espejo y me volví lentamente, sosteniéndolo todavía sobre la cabeza, por pura casualidad? ¡Mi querido inocente! Yo sabía que ese movimiento exhibiría mis senos y mis caderas esbeltas y lo hice deliberadamente, esperando excitarte. ¡Y cómo me

estremecí al ver que te excitaba! ¿Por qué te mostré la cama de esa habitación —agregó— y dejé la puerta entreabierta cuando volví al sofá? Fue para tentarte y cómo me alegré al sentir tu deseo en tu beso. ¡Me estaba entregando antes de que me apoyaras la cabeza sobre el brazo del sofá y me desarreglaras el cabello! —añadió, haciendo pucheros y tocándose la cabeza para asegurarse de que estaba en orden—. Fuiste sorprendentemente diestro y rápido —continuó—. ¿Cómo sabías que deseaba que me tocaras en ese momento? La mayor parte de los hombres hubiera seguido besándome y tonteando, temerosos de actuar decididamente. ¿Has tenido mucha experiencia? ¡Muchacho malo!

—¿Debo decir la verdad? —dije—. Lo haré, sólo para animarte a hacer lo mismo. Eres la primera mujer en la cual he vertido mi semilla o poseído de manera adecuada.

—Llámala inadecuada, por el amor de Dios —gritó, riendo de alegría—. ¡Mi querido virgen! ¡Oh, cómo desearía volver a tener dieciséis años y que tú fueras mi primer amante! Me has hecho creer en Dios. Y sin embargo, eres mi primer amante —añadió rápidamente—. Ha sido en tus brazos que he conocido el deleite y el éxtasis del amor.

Nuestra charla amorosa duró horas, hasta que de pronto pensé que era tarde y miré mi reloj. Eran casi las siete y media. ¡Estaba retrasado para la cena, que empezaba a las seis y media!

—Debo irme —exclamé—, o me quedaré sin cenar.

—Podría darte de cenar —dijo—. Mis labios también te desean y… y… pero ya sabes —agregó pesarosa—. Él podría venir y quiero conocerte mejor antes de veros juntos. ¡Un joven dios y un hombre… y el hombre está hecho a imagen de Dios, y sin embargo es una imitación tan pobre!

—No, no —dije—, te harás la vida más difícil…

—Más difícil —dijo, con un resoplido de desprecio—. Bésame, amor mío y vete, si debes hacerlo. ¿Te veré mañana? ¡Ya está! —exclamó, como si maldijera—. Me he entregado, no puedo evitarlo. Oh, cuánto te deseo siempre. ¡Cómo anhelaré tu presencia y contaré las horas monótonas y horribles! Vete, vete o no te dejaré nunca… —y me besó y se aferró a mí, acompañándome a la puerta.

—¡Dulzura mía… hasta mañana! —dije y me arranqué a su abrazo.

Por supuesto es evidente que mi *liaison* con la señora Mayhew tenía poco o nada que ver con el amor. En mí era una demoníaca urgencia sexual juvenil y en ella se trataba en gran parte de la misma hambre, y tan pronto como el deseo quedó satisfecho, mi juicio sobre ella fue tan imparcial y frío como si siempre me hubiera sido indiferente. Pero creo que en ella había cierto cariño y considerable ternura. Es raro en realidad que, en las relaciones íntimas entre los sexos, el hombre dé tanto como la mujer.

Un poco de estudio y más amor

Cuando entré en el comedor de los Gregory, la cena estaba a punto de terminar. Kate, su madre, su padre y Tommy, el muchacho, estaban sentados en un extremo de la mesa, comiendo. La docena de huéspedes había terminado y desaparecido. La señora Gregory se apresuró a levantarse y Kate se puse de pie para seguir a su madre a la cocina.

—¡Por favor, no se levante! —le rogué a la chica—. Nunca me perdonaré por haberlos interrumpido. Yo me serviré o los serviré a ustedes —agregué sonriendo—, si desean algo.

Me miró con ojos duros e indiferentes y bufó burlonamente.

—Si se sienta allí —dijo, señalando el otro extremo de la mesa —, le traeré la cena. ¿Toma café o té?

—Café, por favor contesté, y ocupé el sitio indicado, resolviendo de inmediato ser frío con ella, ganándome a los otros. Pronto el chico empezó a preguntarme si había visto indios alguna vez.

—Con pinturas de guerra y armados, quiero decir —agregó ansiosamente.

—Sí, y también les he disparado —repliqué sonriendo.

Los ojos de Tommy resplandecieron.

—¡Oh, cuéntenos! —barbotó, y supe que siempre podría contar con un buen oyente.

—Tengo mucho que contar, Tommy —dije—. Pero ahora debo comer mi cena a toda velocidad o tu hermana se enojará… —agregué, al ver entrar a Kate con la comida humeante.

Ella hizo una mueca y se encogió despreciativamente de hombros.

—¿Dónde predica usted? —pregunté al padre, de cabellos canos —. Mi hermano dice que es usted realmente elocuente.

—Elocuente, jamás —contestó desaprobadoramente—, pero a veces muy severo, tal vez, especialmente cuando sucede algo que señala a la historia del Evangelio.

Hablaba como hombre bastante educado y advertí que le

complacía ser puesto en primer lugar.

Después Kate me trajo café recién hecho y la señora Gregory regresó y continuó comiendo. La charla se hizo interesante gracias al señor Gregory, que no pudo evitar decir que el incendio de Chicago había despertado en sus oyentes el sentimiento cristiano, otorgándole un gran tema. Mencioné casualmente que había estado en el incendio y conté lo del puente de la calle Raldolph y el linchamiento y todo lo que vi allí y al borde del lago esa inolvidable mañana de lunes.

Al comienzo, Kate entraba y salía de la habitación, quitando fuentes como si la historia no le interesara, pero cuando hablé de las mujeres y los niños semidesnudos a orillas del lago, mientras las llamas alcanzaban el cénit como una sábana roja que arrojaba flechas de fuego e incendiaba los barcos que había frente a nosotros, ella también se detuvo a escuchar.

De inmediato tomé mi partido: ser admirado y resultar agradable para todos, pero indiferente y frío con ella. Me puse de pie, como si el hecho de que ella se hubiera detenido fascinada me hubiera interrumpido, y dije:

—Lamento entretenerlos. He hablado demasiado. ¡Perdónenme! —y me retiré a mi cuarto pese a las protestas y ruegos para que continuara hablando. Kate se ruborizó, pero no dijo nada.

Me atraía mucho. Era infinitamente deseable, muy guapa y muy joven (sólo dieciséis años, me dijo después su madre), y sus grandes ojos color avellana eran casi tan excitantes como la boca bonita y los labios grandes y su buena estatura. Me gustaba íntimamente, pero resolví ganármela y sentí que había empezado bien. En todo caso, pensaría en mí y en mi frialdad.

Pasé la tarde ordenando mi media docena de libros, sin olvidar mis tratados médicos, y después dormí el sueño profundo de la recuperación sexual.

A la mañana siguiente volví a visitar a Smith en las habitaciones que tenía en casa del reverendo Kellog, que era profesor de historia inglesa en la universidad, según me dijo. Kellog era un hombre de unos cuarenta años, fornido y bien puesto, con una desteñida esposa de aproximadamente su misma edad. Rose, la bonita sirvienta, me hizo entrar. Tuve para ella una sonrisa y una cálida palabra de agradecimiento. Era sorprendentemente bonita, la chica más

hermosa que había visto en Lawrence: ¡estatura y cuerpo medianos, con un rostro adorable y una exquisita piel de rosa! Me sonrió. Evidentemente, mi admiración le agradaba.

Descubrí que Smith me había conseguido libros: diccionarios de latín y griego y también un Tácito y la *Memorabilia* de Jenofonte, con una gramática griega. Yo insistí en pagarlos y comenzó a hablar. Alababa a Tácito sólo por sus frases soberbias y el gran retrato de Tiberio, «tal vez el mayor retrato histórico que se haya escrito». Yo tenía una especie de retrato del rey Eduardo IV en mi cabeza romántica, pero no me atreví a sacarlo a relucir. Pronto Smith pasó a Jenofonte y su retrato de Sócrates en relación con el de Platón. Escuché atentamente mientras leía un pasaje de Jenofonte en el que retrataba a Sócrates con pequeños toques humanos. Conseguí que tradujera palabra por palabra y me dio una gran lección. Resolví que cuando volviera a casa aprendería la página de memoria. Smith fue infinitamente amable conmigo. Me dijo que podría entrar al curso «júnior», quedándome así sólo dos años para la graduación. Aunque Willie sólo me devolviese quinientos dólares, podría hacerlo sin preocupaciones ni trabajo.

Luego Smith me contó que después de su universidad americana había ido a Alemania, cómo había estudiado allí y después trabajado en Atenas con el griego antiguo, hasta que pudo hablarlo con tanta fluidez como el alemán.

—Había una docena de profesores y estudiantes —dijo—, que se reunían con regularidad y hablaban sólo griego clásico. Siempre trataban de hacer que la lengua moderna se pareciera a la antigua.

Me dio una traducción de *Das Kapital* de Marx y de cien maneras distintas me incitó a un esfuerzo renovado.

Volví para cenar a casa de los Gregory y deliberé conmigo mismo sobre si iría a casa de la señora Mayhew, como había prometido, o trabajaría con el griego. Decidí trabajar e hice en ese momento el voto de preferir siempre el trabajo; voto más honrado con su violación que con su observancia, me temo. Pero al menos le escribí excusándome y prometiéndole la tarde siguiente. Me puse a estudiar de memoria esas dos páginas de la *Memorabilia*.

Esa noche me senté cerca del extremo de la mesa. ¡La cabecera estaba ocupada por el profesor de física de la universidad, un pedante aburrido!

Cada vez que Kate se me acercaba, me mostraba ceremoniosamente cortés.

—¡Muchísimas gracias! ¡Muy amable de su parte! —y ni una palabra más.

Tan pronto como pude, subí a mi habitación a trabajar.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, golpeé la puerta de la señora Mayhew. La abrió ella misma.

—¡Qué amable de su parte! —exclamé, y una vez en la habitación la atraje hacia mí y la besé una y otra vez. Parecía fría e indiferente.

Al comienzo no habló, pero después dijo:

—Me siento como si hubiese padecido la fiebre —y se pasó las manos por el pelo, levantándolo con un gesto que en los siguientes días aprendería a conocer bien—. Nunca vuelvas a prometer si no vas a venir. Pensé que me volvería loca. ¡Esperar es una tortura horrible! ¿Quién te retuvo? ¿Alguna chica? —y sus ojos buscaron los míos.

Me disculpé, pero su intensidad me enfrió. Aun a riesgo de perder mis lectoras femeninas, debo confesar que este era el efecto que me producía su pasión. Cuando la besé, sus labios estaban fríos. Pero cuando subimos, había cedido. Cerró gravemente la puerta.

—¡Mira qué preparada estoy para ti! —comenzó, y en un instante había abierto su bata y estaba de pie frente a mí, desnuda. Arrojó la ropa sobre una silla; cayó al suelo. Se inclinó para recogerla, mostrándome el trasero. Besé su culo suave y la levanté, con la mano en su sexo.

Inclinó la cabeza sobre un hombro.

Me he lavado y perfumado para usted, señor. ¿Qué le perece el perfume? ¿Y qué le parece esta mata de pelo? —y tocó su monte con una mueca—. Me avergonzaba tanto cuando niña. Acostumbraba a afeitarlo. Eso es lo que la hizo tan espesa, supongo. Un día mi madre me vio y me obligó a dejar de afeitarme. Oh, qué avergonzada estaba. Es animal, feo… ¿no lo detestas? Oh, dime la verdad —gritó—; o mejor, no. Dime que te gusta.

—¡Me gusta —exclamé—, porque es tuyo!

—¡Oh, querido amante —sonrió—, siempre encuentras la palabra justa, el bálsamo halagador para la herida!

—¿Estás Lista para recibirme —pregunté—, realmente lista o te

beso primero y acaricio el conejito?

—Lo que hagas estará bien —dijo—. ¡Sabes que estoy más que madura, suave y mojada para ti, siempre!

Durante todo ese tiempo me iba tacando la ropa. Ahora yo también estaba desnudo.

—Quiero que levantes las rodillas —dije—. Quiero ver el sagrario, el altar de mi idolatría.

Hizo de inmediato lo que le pedía. Sus piernas y su trasero estaban bien formados, sin parecer estatuescos, pero su clítoris era mucho más que el botoncito habitual. Sobresalía como media pulgada y los labios menores de su vulva colgaban un poco por debajo de los mayores. Supe que vería conejitos mejores. Estaba seguro que el de Kate estaría mejor formado, y los labios pesados, amarronados, me enfriaron un poco.

Al instante siguiente, comencé a acariciar su clítoris rojo con mi órgano duro y caliente. Lorna suspiró profundamente una o dos veces y sus ojos se dieron vuelta. Lentamente, metí del todo mi polla y volví a sacarla tocando los labios; luego volví a entrar y sentí cómo se derramaban sus jugos amorosos cuando levantó todavía más las piernas para dejarme llegar más adentro.

—Oh, es divino —suspiró—, mejor que la primera vez —y a medida que mis embestidas se hicieron más fuertes y rápidas mientras me sacudía el orgasmo, ella me oprimía la polla cuando yo me retiraba, como si quisiera agarrarla, y cuando derramé en ella mi semen, me mordió el hombro y apretó las piernas como para mantener mi sexo dentro suyo. Nos quedamos unos instantes inmóviles, disfrutando de la bendición. Luego, cuando comencé a moverme otra vez para intensificar la sensación, se levantó a medias apoyada en el brazo.

—¿Sabes —dijo— que ayer soñé con tomarte y hacértelo? ¿Te importaría que probara?

—¡No, por supuesto! —grité—. ¡Hazlo, soy tuyo!

Se incorporó sonriendo y se puso de rodillas sobre mí, metiendo mi polla en su conejito y sentándose encima con un profundo suspiró. Trató de moverse hacia arriba y abajo sobre mi órgano, y en seguida se levantó demasiado y tuvo que usar su mano para volver a meterse mi Tommy. Luego volvió a meterlo en ella tanto como pudo.

—¡Puedo sentarme bien —gritó, sonriendo ante el doble sentido[30], pero no puedo levantarme! ¡Qué tontas somos las mujeres, ni siquiera podemos dominar el acto del amor! ¡Somos tan torpes!

Sin embargo, tu torpeza me excita, dije.

—¿De veras? —gritó—. Entonces lo haré lo mejor que pueda —y durante un rato se alzó y se sentó rítmicamente, pero a medida que crecía su excitación, se dejó caer sobre mí y meneó su culo hasta que nos corrimos. Estaba ruborizada y caliente y no pude evitar hacerle una pregunta.

—¿Tu excitación te lleva a un espasmo de placer o te vas excitando cada vez más, sin parar? —pregunté.

—Cada vez me excito más —dijo— hasta que el otro día, contigo y por primera vez, el placer se hizo tan «insoportablemente» intenso que me puse histérica, mi adorado.

Desde entonces, he leído libros lascivos en media docena de lenguas, y todos ellos representan a las mujeres llegando a un orgasmo durante el acto, como los hombres, y disfrutando luego de un período de tranquilidad, lo que demuestra simplemente que los libros están escritos por hombres. Hombres ignorantes e insensibles, además. La verdad es que apenas una mujer casada entre mil llega jamás a su más alta posibilidad de placer. Por lo general, cuando comienza a sentir, su marido se duerme. Si la mayor parte de los maridos satisfaciera de vez en cuando a sus mujeres, la rebelión de estas buscaría pronto otro objeto. Las mujeres desean por sobre todo un amante que viva para excitarlas hasta el extremo de sus posibilidades. Como regla, los hombres, a causa de la situación económica, se casan tan tarde, que antes de hacerlo ya han casi agotado su potencia viril. Y cuando se casan jóvenes, son tan ignorantes y egoístas que imaginan que sus esposas deben estar satisfechas cuando ellos lo están. La señora Mayhew me dijo que su esposo nunca la había excitado realmente. Negó que hubiese obtenido alguna vez un placer agudo real en sus abrazos.

—¿Te pongo histérica otra vez? —pregunté con vanidad juvenil —. Puedo hacerlo, ¿sabes?

—¡No debes cansarte! —advirtió ella—. Hace mucho tiempo mi esposo me enseñó que, cuando una mujer cansa a un hombre, él llega a sentir disgusto por ella, y yo quiero tu amor y tu deseo,

querido, mil veces más que el deleite que me procuras…

—No temas —la interrumpí—. Eres dulce, no podrías cansarme. Ponte de costado, levanta la pierna izquierda y yo dejaré que mi sexo acaricie tu clítoris suavemente. De vez en cuando, lo dejaré entrar hasta que nuestras matas se encuentren.

Estuve en este juego tal vez una media hora, hasta que ella empezó a suspirar y suspirar y luego hizo movimientos bruscos con su conejito, que yo traté de adivinar y satisfacer como deseaba. De pronto, gritó:

—¡Oh, oh! ¡Hazme daño, por favor! ¡Hazme daño o te morderé! Oh, Dios, oh, oh —jadeando, sin aliento, hasta que volvió a llorar.

—Querido —sollozó—. ¡Cómo puedes amar! ¿Podrías seguir siempre?

Como respuesta, puse mi mano en su sexo.

—¡Tan malo como siempre! —exclamó—. ¡Y yo me estoy ahogando, sin aliento, estoy exhausta! Oh, lo siento —continuó—, pero deberíamos levantarnos, porque no quiero que mi asistenta se entere o se imagine. Las negras hablan…

Yo me levanté y fui hada la ventana. Una daba al porche, pero la otra directamente al jardín.

—¿Qué estás mirando? —preguntó, acercándose.

—Estaba buscando la mejor manera de salir por si alguna vez nos sorprenden. Dije: Si dejamos esta ventana abierta, siempre puedo saltar al jardín y escapar rápidamente.

—¿No te harías daño? —gritó.

—Ni un poquito —respondí—. Podría saltar el doble sin lastimarme. ¡El único problema es que debería tener las botas y los pantalones o esos espinos que tienes me pincharían!

—¡Niño! —exclamó, riendo—. Creo que después de tu fortaleza y tu pasión, lo que más me gusta de ti es tu juventud —y me besó una y otra vez.

—Debo trabajar —le advertí—. Smith me ha dado mucho que hacer.

—Oh, querido mío —dijo con los ojos llenos de lágrimas—, eso quiere decir que no vendrás mañana o —agregó rápidamente— tal vez tampoco pasado mañana.

—No puedo —declaré—. Tengo trabajo para una semana. ¡Pero sabes que vendré la primera tarde que tenga libre y te avisaré el día

antes, tesoro!

Me miró con los ojos húmedos y los labios temblorosos.

—¡El amor lleva en sí su propio tormento! —suspiró, mientras yo me vestía y me iba apresuradamente.

La verdad es que ya estaba saciado. Su pasión no tenía nada nuevo. Me había enseñado todo lo que podía y no tenía nada más, pensé, mientras que Kate era más hermosa, más joven y virgen. ¿Por qué no voy a confesarlo? Era la virginidad de Kate lo que me atraía irresistiblemente. Imaginé sus piernas, sus caderas y sus muslos…

Pasé los días siguientes leyendo los libros que me había prestado Smith, especialmente *Das Kapital*, cuyo libro segundo, con su sincera exposición del sistema industrial inglés, me resultó sencillamente fascinante. También leí algo de Tácito y Jenofonte, con ayuda de una traducción, y todos los días aprendía de memoria una página de griego. Cuando me sentía cansado de trabajar, asediaba a Kate. Es decir que llevé adelante mi plan de campaña. Un día, invité a su hermano a mi habitación y le conté historias reales de la caza del búfalo y luchas con indios; otro día, hablé de teología con su padre, o incité a su querida madre a hablarme de su infancia en Cornwall.

—Jamás pensé que llegaría a trabajar así en mi vejez, pero los chicos toman todo y dan poco. Recuerdo que cuando niña yo no era mejor…

¡Y me hizo un relato de su breve cortejo!

Mucho antes de decirle a Kate una palabra que no fuera de simple cortesía, me había ganado a toda la casa. Pasó más o menos una semana, hasta que un día los retuve a todos después de la cena, mientras contaba la historia de nuestras correrías por México. Por supuesto, tuve cuidado de que Kate no estuviera en la habitación. Entró cuando terminaba el relato. Me apresuré a finalizarlo abruptamente, y después de excusarme salí al jardín.

Media hora más tarde, vi que estaba en mi habitación, ordenándola. Lo pensé y subí los escalones exteriores. En cuanto la vi, fingí sorprenderme.

—Le pido perdón —dije—. Sólo tomaré un libro y me iré en seguida. ¡No se moleste! —y fingí buscar el libro.

Ella se volvió bruscamente y me miró.

—¿Por qué me trata así? —estalló, temblando de indignación.

—¿Cómo? —dije, simulando sorpresa.

—Lo sabe muy bien —siguió ella de prisa, enojada—. Al comienzo pensé que era casual, no intencionado. Ahora sé que lo hace a propósito. Cada vez que está hablando o contando una historia, se detiene y se va en cuanto entro en la habitación, como si me odiara. ¿Por qué? ¿Por qué? —gritó, con los labios temblorosos —. ¿Qué he hecho para disgustarle tanto? —y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

Sentí que había llegado el momento. Puse mis manos sobre sus hombros y miré con toda mi alma sus ojos.

—¿Nunca pensaste, Kate, que podía ser amor y no odio? — pregunté.

—¡No, no! —gritó ella, con las lágrimas rodando por su cara—. ¡El amor no actúa de esa manera!

—El miedo a no ser amado, sí, te lo aseguro —grité—. Al principio pensé que te desagradaba y ya habías empezado a importarme (mis brazos rodearon su cintura y la atraje hacia mí), había empezado a amarte y desearte. Bésame, querida —y ella me dio sus labios, mientras mi mano se ocupaba en sus senos y luego bajaba hacia su sexo.

De pronto me miró, alegre, brillantemente, lanzando un hondo suspiro de alivio.

—¡Estoy contenta, contenta! —dijo—. Si supieras lo herida que estaba y cómo me torturaba. De pronto estaba enojada, y luego triste. Ayer decidí hablar, pero hoy me dije: seré tan obstinada y fría como él y ahora… —y por propia decisión me echó los brazos al cuello y me besó—, ¡eres un tesoro, un tesoro! ¡De todos modos, te amo!

—¡No debes darme esos picoteos! —exclamé—. Esos no son besos. Quiero que tus labios se abran y se aprieten contra los míos —y la besé mientras mi lengua se introducía en su boca, apretando suavemente su sexo. Ella se ruborizó, pero no comprendió al principio. Luego, repentinamente, se puso muy roja y sus labios se calentaron y salió de la habitación casi corriendo.

Yo estaba exultante. Sabía que había ganado. Debía ser tranquilo y reservado y el pájaro vendría solo. Me sentía alegremente seguro.

Mientras tanto, pasaba todas las mañanas con Smith. ¡Horas

doradas! Antes de separarnos me mostraba siempre alguna nueva belleza o me revelaba alguna verdad inesperada. Me parecía la criatura más hermosa de este mundo extraño e iluminado por el sol. ¡Yo acostumbraba a estar pendiente de sus labios elocuentes, en trance! (¡Es extraño! Hasta los sesenta y cinco años no encontré un adorador del héroe como yo era de Smith, quien sólo tenía veinticuatro o veinticinco años). Me dio a conocer todos los dramaturgos griegos: Esquilo, Sófocles y Eurípides, y me los explicó con mayor veracidad que la que encuentro hoy en los eruditos alemanes o ingleses. Sabía que Sófocles era el más grande, y de sus labios aprendí todos los coros de *Edipo Rey* y *Edipo en Colonna*, antes de dominar por completo la gramática griega. En realidad, fue la suprema belleza de esa literatura la que me obligó a aprender la lengua. Al enseñarme los parlamentos del coro, se cuidó de señalarme que era posible respetar la métrica marcando sin embargo el acento. De hecho, hizo que el griego clásico fuera para mí una lengua viva, tan viva como el inglés. Tampoco me dejaba descuidar el latín. Durante el primer año que estudié con él, aprendí de memoria poemas de Cátulo, con tanta perfección como sabía los de Swinburne. Gracias al profesor Smith, no tuve problemas para entrar en el curso júnior de la universidad. De hecho, después de los primeros tres o cuatro meses, era el primero de la clase, mejor incluso que Ned Stephens, hermano de la enamorada de Smith. Pronto descubrí que Smith estaba locamente enamorado de Kate Stephens; herido en el corazón, como diría Mercurio, por los hermosos ojos azules de una muchacha.

No es muy sorprendente, porque Kate era adorable. Un poco más alta que la media, con un cuerpo ligero y redondeado y un rostro muy atractivo. El óvalo de la cara era un poco alargado, más que redondo, con rasgos encantadores y perfectos, iluminados por un par de ojos gris azulados estupendos; ojos que eran alternativamente deliciosos, reflexivos y atrayentes y que reflejaban una inteligencia extraordinaria. Estaba en el curso superior y más tarde ocupó durante años el puesto de Profesora de Griego en la universidad. En un volumen posterior de esta historia hablaré más de ella, porque volví a encontrarla en Nueva York casi cincuenta años después. Pero en 1872 o 73, su hermano Ned —un muchacho guapo de dieciocho años, que estaba en mi curso— me interesaba

más. El único otro miembro de la clase superior en ese momento era un tipo estupendo, Ned Bancroft, que más tarde fue conmigo a Francia, a estudiar.

Es curioso, pero en esa época Kate Stephen estaba a punto de prometerse a Ned Bancroft, aunque ya era evidente que estaba enamorada de Smith, y mi franca admiración por él la ayudó, espero, así como sé que lo ayudó a él, a llegar a un mejor entendimiento mutuo. Bancroft aceptó la situación con extraordinario altruismo y no perdió la amistad de Smith ni la de Kate. Rara vez he visto abnegación más noble. En realidad, fue su actuación en esta crisis la que ganó en primer lugar mi admiración, mostrándome sus otras estupendas cualidades.

Casi al principio, experimenté serias inquietudes. Con bastante frecuencia, Smith enfermaba y tenía que guardar cama durante uno o dos días. No había explicaciones sobre esta enfermedad, que me desconcertaba y me provocaba cierta ansiedad.

Un día de mediados de invierno ocurrió algo. Smith no sabía cómo actuar y se confió a mí. Había encontrado al profesor Kellog, en cuya casa vivía, tratando de besar a la bonita asistente, Rose, contra su voluntad. Smith subrayó el punto: la chica luchaba con fiereza para liberarse cuando él los interrumpió por casualidad.

Yo alivié un poco la solemne gravedad de Smith con rugidos de risa. La idea de un viejo profesor y clérigo tratando de ganarse una chica por la fuerza, me divertía.

—¡Qué tonto debe ser el hombre! —fue mi juicio inglés.

Al principio, Smith adoptó el alto tono moral americano.

—¡Piensa en la deslealtad hacia su esposa, que está en la misma casa —gritó—, y luego el escándalo si la chica habla, y seguramente hablará!

—Seguramente no hablará —corregí—. Las chicas tienen miedo del efecto de ese tipo de revelaciones. Además, una palabra suya pidiéndole que no ofenda a la señora Kellog, asegurará su silencio.

—Oh, no puedo aconsejarla —gritó Smith—. No me mezclaré en esto. ¡En su momento le dije a Kellog que tendría que abandonar la casa, pero no sé dónde ir! ¡Es indigno de su parte! ¡Su mujer es realmente amable!

Por primera vez, fui consciente de una diferencia básica entre Smith y yo. Su violenta condena moral sobre la base de datos

insuficientes, me parecía infantil, ¡pero sin duda muchos de mis lectores pensarán que mi tolerancia es una prueba de desvergonzado libertinaje! Sin embargo, yo salté ante la oportunidad de hablarle a Rose de asunto tan escabroso y al mismo tiempo resolví el problema de Smith proponiéndole que tomara habitación y pensión en casa de los Gregory… un buen golpe de diplomacia práctica de parte mía, o por lo menos así me pareció, porque de ese modo hacía un incalculable servicio a los Gregory, a Smith y a mí mismo. Smith se entusiasmó con la idea, me pidió que le averiguara todo en seguida y le avisara y luego llamó a Rose.

Entró medio asustada, medio enojada, a la defensiva, según pude ver, de modo que hablé primero, sonriendo.

—Oh, Rose —dije—, el profesor Smith me ha estado contando su problema, pero no debería estar enojada, porque es usted tan bonita que no es sorprendente que un hombre quiera besarla. Debe culpar a sus hermosos ojos y a su boca.

Rose rio en seguida. Había entrado esperando reproches y obtenía dulces alabanzas.

—Hay una sola cosa, Rose —continué—. La historia lastimaría a la señora Kellog si saliera a luz y ella no es muy fuerte, de modo que no debe decir nada, por su bien. Eso es lo que deseaba decirle el profesor Smith —agregué.

—Claro que no lo voy a decir —exclamó Rose—. Pronto lo habré olvidado, pero supongo que es mejor que consiga otro trabajo. Seguro que probará otra vez, aunque le di una buena bofetada —y rio alegremente.

—Me alegra tanto por el bien de la señora Kellog —dijo gravemente Smith—, y si puedo ayudarla a conseguir otra colocación, por favor acuda a mí.

—Supongo que no tendré problemas —contestó frívolamente Rose, mostrando una sombra de desagrado ante la solemnidad del profesor—. La señora Kellog me dará una buena recomendación —y la saludable y joven cabecita loca sonrió—; además, no estoy segura, pero creo que me quedaré un tiempo en casa. Estoy harta de trabajar y querría unas vacaciones, y mamá me quiere en casa…

—¿Dónde vive, Rose? —pregunté, con el ojo puesto en las oportunidades futuras.

—Del otro lado del río —contestó—, en la casa contigua a la de

Eider Conklin, donde se aloja su hermano —agregó sonriendo.

Cuando Rose se fue, le rogué a Smith que empacara, porque le conseguiría la mejor habitación de los Gregory, asegurándole que sería realmente grande y confortable, que cabrían todos sus libros, etcétera. Y me fui a cumplir mi promesa. Por el camino, me puse a pensar cómo podía transformar el favor que estaba haciendo a los Gregory en algo ventajoso para mi amor. Decidí compartir la buena acción con Kate, o por lo menos hacerla heraldo de las buenas nuevas. De modo que cuando llegué a casa, toqué la campanilla de mi habitación y, tal como esperaba, acudió Kate. Cuando escuché sus pasos estaba temblando, ardiendo de deseo, y aquí quiero describir un sentimiento que comencé a advertir por entonces. Anhelaba poseer a la chica bruscamente, por así decirlo, violarla en realidad, o por lo menos meter las dos manos bajo su vestido y sentir su culo y su sexo. Pero ya sabía lo bastante como para comprender que las muchachas prefieren los acercamientos gentiles y corteses. ¿Por qué? Estoy seguro de que es así. De modo que dije gravemente:

—Entra, Kate. Quiero preguntarte si todavía está libre la mejor habitación y si os gustaría que la ocupara el profesor Smith, si yo consiguiera hacerlo venir.

—Estoy segura de que mamá estará encantada —exclamó.

—Ya ves —continué— que estoy tratando de hacer todo lo posible por vosotros, y sin embargo tú ni siquiera me besas por tu propio impulso.

Sonrió, de modo que la atraje hacia la cama y la coloqué encima. Vi su mirada y la contesté.

—La puerta está cerrada, querida —dije, y medio tendido sobre ella, comencé a besarla apasionadamente, mientras mis manos iban hacia su sexo por debajo del vestido. Para deleite mío, no usaba bragas, pero al principio mantuvo las piernas apretadas, frunciendo el ceño.

—El amor no niega nada, Kate —dije gravemente.

Lentamente, abrió las piernas, entre llorosa y sonriente, y me dejó acariciarle el sexo. Cuando surgió su jugo amoroso, la besé y me detuve.

—Aquí es peligroso —dije—, esa puerta por la que entraste está abierta. Pero debo ver tus hermosos miembros —y levanté su

vestido. No había exagerado. Sus piernas eran como las de una estatua griega y el triángulo de pelo castaño se enrulaba sobre su vientre en pequeños rizos sedosos y después… el coñito más dulce del mundo. Me incliné y lo besé.

Un minuto después, Kate estaba de pie, arreglándose el vestido.

—Qué niño eres —exclamó—, pero en parte es por eso que te amo. Oh, espero que me ames por lo menos la mitad. ¡Di cuál es tu voluntad, Señor, y haré lo que quieras!

—Lo haré —repliqué—, pero, oh, me alegro de que desees amor. ¿Puedes venir esta noche? Quiero tener dos horas sin interrupción contigo.

—Esta tarde —dijo— diré que voy a dar un paseo y vendré, querido. A esa hora están descansando o han salido y no me echarán en falta.

Sólo podía esperar y pensar. Tenía un solo pensamiento: debo tenerla, hacerla mía antes de que venga Smith. Es demasiado fascinante, pensé, como para ser de fiar con una chica tan bonita. Pero tenía miedo de que sangrara y no deseaba lastimarla la primera vez, de modo que salí y compré una jeringa y un pote de crema que puse junto a mi cama.

¡Oh, cómo se estiraba esa comida! La señora Gregory me agradeció cálidamente mi amabilidad para con ellos (¡lo que me pareció agradablemente irónico!) y el señor Gregory hizo lo mismo. Pero por fin todos terminaron y fui a mi habitación a prepararme. Primero eché el cerrojo de la puerta que daba al exterior y bajé las persianas; luego estudié la cama, la deshice y arreglé una toalla en el borde. ¡Felizmente, tenía la altura aproximadamente correcta! Después me aflojé los pantalones, me desabotoné la bragueta y puse la camisa por encima. Poco después, Kate asomó su bonita cara por la puerta y se deslizó dentro. Eché el cerrojo y comencé a besarla. Las chicas son extraños mortales: se había quitado el corsé, de la misma manera en que yo había puesto una toalla a mano. Le levanté las ropas y toqué su sexo, acariciándolo suavemente mientras la besaba. Uno o dos minutos después, se derramó su leche.

La puse sobre la cama, me bajé los pantalones, unté mi polla con la crema y luego, separando sus piernas y haciéndole levantar las rodillas, acerqué su culo al borde de la cama. Frunció el ceño, pero

yo expliqué rápidamente.

—Al comienzo puede dolerte un poco, querida. Y quiero metértela tan poco como sea posible —y deslicé en su interior la cabeza de mi polla, suave, lentamente. Aun con la crema, su conejito era estrecho y al entrar sentí el obstáculo, su himen. Me tendí sobre ella, la besé, y dejé que ella o la madre naturaleza me ayudaran.

En cuanto comprendió que lo dejaba en sus manos, se echó audazmente hacia adelante y el obstáculo cedió.

—¡Oh, oh! —gritó y volvió a empujar y mi órgano entró en ella hasta la empuñadura y su clítoris debe haber sentido mi vientre. Resueltamente, reprimí mi deseo de entrar o salir durante un minuto o dos y después lo saqué despacio hasta sus labios, y cuando volví a meter suavemente a Tommy, ella se incorporó y me besó apasionadamente. Lentamente, con el mayor cuidado, me dominé y entré y salí con largas embestidas lentas, aunque ansiaba mucho penetrarla fuerte y apresurar los golpes tanto como fuera posible. Pero sabía por la señora Mayhew que los empujones suaves y las retiradas lentas eran lo mejor para excitar la pasión de una mujer, y estaba decidido a ganarme a Kate.

Dos o tres minutos después, había vuelto a soltar el jugo amoroso, o eso creí, y yo continué con el juego, sabiendo que la primera experiencia es inolvidable para una chica y resuelto a continuar hasta la hora de la cena, si era necesario, para que su primera justa amorosa fuera para siempre memorable. Kate tardó más que la señora Mayhew. Antes de que comenzara a moverse, me corrí muchas veces, tardando cada vez más entre orgasmo y orgasmo; pero finalmente su aliento comenzó a acortarse y me atrajo violentamente hacia ella, moviendo mientras tanto su conejito arriba y abajo contra la base de mi polla. De pronto, se aflojó y cayó hacia atrás. No había histeria, pero yo sentía claramente la boca de su útero cerrándose sobre mi polla como si quisiera chuparla. Eso me excitó furiosamente y por primera vez me permití golpes rápidos y fuertes, hasta que me sacudió un espasmo de placer intenso y mi semen surgió o pareció surgir por sexta o séptima vez.

Cuando terminé de besar y alabar a mi hermosa compañera y me aparté, me sentí horrorizado: la cama estaba cubierta de sangre

y había un poco en mis pantalones. Los muslos y piernas de Kate estaban de color carmesí, transformando el hermoso marfil de su piel en algo rojo. Pueden imaginar con cuánta suavidad utilicé una toalla para secar sus piernas y su sexo, antes de mostrarle el resultado de nuestra escena amorosa. Para mi sorpresa, no pareció afectada.

—Debes llevarte la sábana y quemarla —dijo—, o arrojarla al río. Supongo que no será la primera.

—¿Dolió mucho? —pregunté.

—Al comienzo sí —contestó—, pero pronto el placer superó al dolor y no querría siquiera olvidarlo. Te amo tanto. Tampoco tengo miedo de las consecuencias. Confío absolutamente en ti y me gusta hacerlo y correr todos los riesgos que quieras.

—¡Querida! —exclamé—. No creo que haya consecuencias, pero quiero que vayas al lavabo y uses esta jeringa. Después te diré por qué.

De inmediato, fue hacia el lavabo.

—Me siento rara, débil —dijo— como si estuviera… no puedo describirlo… sacudida hasta las piernas. Ahora me alegro de no usar bragas en verano. Se mojarían.

Después de terminadas sus abluciones y de haber sacado y envuelto en papel la sábana, descorrí el cerrojo y comenzamos a charlar. La encontré inteligente y amable, pero ignorante y mal educada. Sin embargo, no tenía prejuicios y ansiaba saberlo todo sobre los bebés y cómo se hacían. Le dije lo que le había dicho a la señora Mayhew y algo más: cómo mi semen estaba compuesto por decenas de miles de animálculos en forma de renacuajos. En ese momento, en su vagina y su útero, estas cosas infinitamente pequeñas corrían una carrera. Podían avanzar casi una pulgada en una hora y la más fuerte y rápida llegaba primero adonde su huevo estaba esperando, en la mitad de su útero. Mi pequeño renacuajo, el primero en llegar, metía la cabeza en su huevo y después de haber cumplido su trabajo de fecundación, perecía, porque el amor y la muerte eran hermanos gemelos.

Lo curioso era que este renacuajo increíblemente pequeño podía transmitir las cualidades de sus progenitores en determinadas proporciones: ningún maestro religioso había imaginado nunca un milagro semejante. Y más curioso aún era el hecho de que el feto en

el útero pasa en nueve meses por todos los estadios principales que la raza humana ha transitado en el transcurso de incontables eones, en su progreso de renacuajo a hombre. Hasta el quinto mes, el feto es prácticamente un animal de cuatro patas.

Le expliqué que en la actualidad se aceptaba que las semanas que transcurrían en el útero con esas metamorfosis correspondían exactamente a las edades que habían ocupado en la realidad. De modo que los tres últimos meses era un animal erguido, de dos piernas, mono y después hombre, y esto correspondía aproximadamente al tercio de la existencia total de un hombre sobre la tierra. Kate escuchaba arrobada, pensé, hasta que de pronto me preguntó:

—¿Pero qué hace que un niño sea varón y otro hembra?

—Lo más cerca que hemos llegado en esa materia —dije— está contenido en la llamada ley de los contrarios. Si el hombre es más fuerte que la mujer, los niños serán en su mayor parte hembras; si la mujer es mucho más joven o fuerte, la progenie estará constituida en su mayor parte por varones. Esto contradice el viejo proverbio inglés: «cualquier alfeñique puede hacer un varón, pero se necesita un hombre para hacer una hembra».

Kate rio y en ese momento golpearon la puerta.

—¡Adelante! —grité, y entró la doncella de color con una nota.

—Ha estado una dama y ha dejado esto —dijo Jenny.

Vi que era de la señora Mayhew, de modo que la metí en el bolsillo, diciendo apenado.

—Debo contestar en seguida.

Kate se excusó y después de un largo, largo beso, se fue a preparar la cena, mientras yo leía la nota de la señora Mayhew, que era breve, pero no exactamente dulce.

> «Ocho días sin Frank y sin noticias. No puedes querer matarme. Ven hoy si es posible.
>
> Lorna».

Contesté en seguida, diciendo que iría por la mañana, que estaba tan ocupado que no sabía qué hacer, pero seguramente estaría con ella al día siguiente, y firmé «Tu Frank».

Esa tarde a las cinco llegó Smith y lo ayudé a arreglar sus libros y ponerse cómodo.

A los dieciocho años

Venus toute entière à sa proie attachée

Me propuse no escribir más que la verdad en estas páginas, y sin embargo ahora soy consciente de que mi memoria me ha jugado bromas. En un artista, es lo que los pintores llamarían escorzos. Es decir, cosas que se produjeron a lo largo de meses, se amontonan en unos pocos días, pasando, por decirlo así, de cumbre en cumbre de sensación, y así el efecto de la pasión queda realzado por la eliminación parcial del tiempo. No puedo hacer otra cosa más que advertir a mis lectores que en realidad algunas escenas amorosas que describiré estuvieron separadas por semanas y a veces por meses, que las pepitas de oro fueron «descubrimientos» ocasionales en un desierto.

Después de todo, no puede importarle a mis «gentiles lectores», y los buenos lectores habrán adivinado ya que, cuando se resumen dieciocho años en nueve capítulos[31], es preciso dejar fuera algunos sucesos menores, dedicándose sobre todo a los importantes. Por fortuna, estos llevan su mensaje.

Con mi conocimiento sucedió como con mis pasiones. Trabajé febrilmente día tras día. Cada vez que encontraba un pasaje como el de la construcción del puente, en César, me negaba a cargar mi memoria con las docenas de palabras nuevas, porque pensaba, y sigo pensando, que el latín es comparativamente poco importante, y que lo más cercano a un gran hombre que han producido los latinos han sido Tácito o Lucrecio. Ninguna persona sensata se tomaría el trabajo de dominar una lengua para conocer los escritores de segunda línea. Pero las palabras griegas nuevas eran preciosas para mí, así como las palabras nuevas en inglés, y acostumbraba a memorizar cada pasaje en el que las encontraba, salvo los coros como el de las aves en Aristófanes, donde menciona pájaros que me son desconocidos en la realidad.

Descubrí que Smith conocía ese tipo de palabra en ambas

lenguas. Un día se lo pregunté y él admitió que había leído todo lo escrito en griego clásico, siguiendo el ejemplo de Hermann, el famoso erudito alemán, y creía saber casi todas las palabras.

Yo no deseaba esa perfección pedante. No tengo pretensiones de erudición de ningún tipo y en realidad el aprendizaje de cualquier índole me deja indiferente, a menos que conduzca a una mayor comprensión de la belleza o a ese ensanchamiento del espíritu por simpatía que es otra forma de la sabiduría. Pero lo que deseo subrayar aquí es que en ese primer año con Smith aprendí de memoria docenas de coros de los dramaturgos griegos y la totalidad de la *Apología* y el *Critias* de Platón, pensando entonces, cosa que aún creo, que el *Critias* es un modelo de cuento corto más importante que cualquiera de las especulaciones de Platón. ¡Platón y Sófocles! Valía la pena pasar cinco años de duro trabajo para acceder a su intimidad y hacer de ellos espíritus hermanos de mi alma. ¿Acaso Sófocles no me dio a Antígona, el prototipo de la nueva mujer en todo tiempo, en su sagrada rebelión contra las leyes obstaculizadoras y las convenciones distorsionantes, el eterno modelo de esa intrépida afirmación del amor que está más allá del sexo y por encima de él, en el verdadero corazón de lo divino?

Y el Sócrates de Platón me llevó a aquel alto lugar donde el hombre se transforma en Dios, habiendo aprendido la obediencia a la ley y la alegre aceptación de la muerte. Pero, aun ahí, necesitaba a Antígona, hermosa melliza de Bazaroff[32], por lo menos tan importante como él, comprendiendo intuitivamente que el trabajo de mi vida también sería sobre todo de rebelión y que el castigo padecido por Sócrates y arriesgado por Antígona, sería casi con seguridad el mío. Porque estaba destinado a conocer peores oponentes. ¡Después de todo, Creonte sólo era estúpido, mientras que Sir Thomas Horridge[33] era maligno y Woodrow Wilson indescriptible!

Una vez más, me adelanto cincuenta años en mi historia.

Pero en lo que he escrito de Sófocles y Platón el lector adivinará, espero, mi intenso amor y admiración por Smith, quien me condujo, como Virgilio a Dante, al mundo ideal que rodea nuestra tierra con ilimitados espacios de cielo púrpura, barrido por el viento y encendido de estrellas.

Si pudiera explicar lo que la compañía diaria de Smith hizo por

mí, apenas necesitaría escribir este libro, porque, como todo lo que he escrito, parte de lo mejor le pertenece a él tanto como a mí. Durante el primer año y medio, yo era en su presencia como una esponja, absorbiendo aquí esta verdad, allá aquella otra, apenas consciente de un impulso original. Sin embargo, como se verá, durante todo ese tiempo yo lo aconsejaba y ayudaba con mi conocimiento de la vida. ¡Nuestra relación era casi como la de un esposo pequeño y práctico con una Aspasia sabia e infinitamente culta! Quiero decir aquí que, contra todas las probabilidades, en los años que duró nuestra intimidad, viviendo juntos durante más de tres años, jamás encontré en él una falta de carácter o comprensión, salvo la que lo llevó a la muerte.

Pero ahora debo dejarlo un momento y volver a la señora Mayhew. Por supuesto, fui a verla la tarde siguiente, antes de las tres. Me recibió sin una palabra, con tanta gravedad que ni siquiera la besé. En cambio, comencé a explicarle lo que Smith significaba para mí y cómo jamás podría hacer bastante por él, que lo era todo para mi mente, así como ella (¡qué Dios me perdone!) lo era todo para mi corazón y mi cuerpo. Besé sus labios fríos mientras ella sacudía tristemente la cabeza.

—Nosotras las mujeres tenemos un sexto sentido cuando estamos enamoradas —comenzó—. Siento en ti una influencia nueva. Huelo el peligro en el aire que traes. No me pidas que lo explique. No puedo, pero mi corazón está pesado y frío como la muerte. Si me dejas, habrá una catástrofe. La caída desde semejante altura de felicidad debe ser fatal. Si puedes sentir placer lejos de mí, es que ya no me amas. ¡Yo no siento ninguno excepto al tenerte, al verte, al pensar en ti! ¡Ninguno! Oh, ¿por qué no puedes amar como una mujer? ¡No, como yo amo! Sería el cielo. Porque tú y sólo tú satisfaces a la insaciable. ¡Me dejas bañada en bendición, suspirando de satisfacción, feliz como la Reina del Cielo!

—Tengo mucho que decirte, cosas nuevas —comencé, apresuradamente—. Ven arriba —dije, interrumpiéndome—. Quiero verte cómo eres ahora, con el color en las mejillas, la luz en tus ojos, la vibración de tu voz. ¡Ven!

Y ella me siguió como una sibila pesarosa.

—¿Quién te dio el tacto —comenzó, mientras nos desvestíamos —, el tacto de alabar siempre?

Yo la cogí y me quedé desnudo contra ella, cuerpo a cuerpo.

—¿Qué cosas nuevas tienes para decirme? —pregunté, llevándola a la cama y tendiéndome a su lado, acurrucándome contra su cuerpo cálido.

—Siempre hay algo nuevo en mi amor —gritó, tomando mi rostro entre sus manos delgadas y uniendo sus labios a los míos—. Oh, cómo te deseé ayer, porque yo misma llevé la carta y te oí hablar en tu habitación, tal vez con Smith —agregó, mirándome a los ojos—. Anhelo creerlo, pero cuando escuché tu voz o imaginé escucharla, sentí que los labios de mi sexo se abrían y se cerraban y luego comenzó a arder y picarme de manera intolerable. Estaba a punto de ir a buscarte, pero en lugar de eso, me volví y me fui de prisa, furiosa contigo y conmigo…

—No te dejaré decir eso —grité, separando sus muslos blandos mientras hablaba y deslizándome entre ellos.

Un momento después mi sexo estaba en ella y éramos un solo cuerpo, mientras yo me retiraba lentamente y luego volvía a entrar, con su cuerpo desnudo estrechado contra el mío.

—Oh —gritó—, cuando te retiras mi corazón sigue a tu sexo por miedo a perderlo y cuando vuelves a entrar, se abre extasiado y te quiere todo, todo… —y me besó con los labios calientes.

—¡Aquí hay algo nuevo! —exclamó—. ¡Alimento de mi amor para tu vanidad! Aunque me vuelves loca con tus embestidas, porque en un momento estoy caliente y seca de deseo y al siguiente húmeda de pasión, bañada en amor, podría vivir contigo toda mi vida sin tenerte, si así lo desearas, o si fuera bueno para ti. ¿Me crees?

—Sí —repliqué, continuando el juego amoroso, pero retirándome ocasionalmente para frotar su clítoris con mi sexo y volviendo a enterrarlo en su coño hasta la empuñadura.

—Las mujeres no tenemos alma, sino amor —dijo débilmente, con los ojos empañados—. Me atormento pensando en un nuevo placer para ti y sin embargo me dejarás, siento que lo harás, por alguna chica tonta que no puede sentir lo que yo siento o darte lo que yo te doy… —y comenzó a jadear—. He estado pensando cómo darte más placer. Déjame probar. Querido, amo tu semen. No lo quiero en mi sexo; quiero sentirte estremecer, así que lo quiero en mi boca. Quiero beber tu esencia y lo haré… —y uniendo la acción

a la palabra, se bajó en la cama y tomó mi sexo con su boca, comenzando a frotarlo arriba y abajo hasta que mi semen salió en largos chorros, llenándola mientras ella tragaba ávidamente.

—Y ahora, ¿no te amo, señor? —exclamó, volviendo a mi lado y acurrucándose contra mí—. Espera a que alguna chica te haga esto y sabrás que te ama hasta la locura o mejor, hasta la autodestrucción[34].

—¿Por qué hablas de alguna otra chica? —bromeé—. Yo no te imagino yendo con otro hombre. ¿Por qué tienes que atormentarte sin motivo?

Ella sacudió la cabeza.

—Mis temores son proféticos —suspiró—. Deseo creer que todavía no ha sucedido, y sin embargo… ¡ah, Dios, la idea torturante! El simple espanto de que vayas con otra me vuelve loca. Podría matar a ta perra. ¿Por qué no se consigue un hombre que sea suyo? ¿Cómo se atreve a mirarte? —y me estrechó contra ella.

Nada reacio, volví a penetrarla y comencé el movimiento lento que la excitaba tan rápidamente y a mí tan gradualmente, porque aunque usaba mi habilidad para darle el mayor placer, no podía evitar la comparación y comprendí que el conejito de Kate era más pequeño y más firme y me daba infinitamente más placer. Sin embargo, seguí para su deleite. Y ahora comenzó otra vez a jadear y ahogarse y, mientras yo continuaba trabajando su cuerpo y tocando el útero con cada lento empujón, comenzó a gritar inarticuladamente con pequeños gritos cortos que fueron creciendo en intensidad, hasta que de pronto chilló como un conejo herido y luego rio, terminando con una tormenta de suspiros y sollozos y ríos de lágrimas.

Como de costumbre, su intensidad me enfrió un poco, porque su paroxismo no despertaba en mí un ardor similar, incluso impedía mi placer con los movimientos graciosos e irregulares que hacía.

De pronto, escuché pasos que se alejaban de la puerta. Pasos ligeros, furtivos. ¿Quién podía ser? ¿La sirvienta o…?

Lorna también los había escuchado y aunque todavía jadeaba y tragaba convulsivamente, escuchó con atención, mientras sus grandes ojos vagaban. Supe que podía dejarle las riendas. Mi tarea era tranquilizarla y acariciarla.

Me levanté y fui hacia la ventana abierta para respirar, un poco

de aire, y de pronto vi a Lily corriendo velozmente por el césped y desapareciendo en la casa contigua. ¡De modo que ella era la oyente! Cuando recordé los gritos jadeantes de Lorna, sonreí para mis adentros. Supuse que si Lily trataba de explicárselos, pasaría una hora incómoda.

Cuando Lorna se hubo vestido —y se vistió a toda prisa y bajó rápidamente las escaleras para convencerse, creo, de que su negra no la había espiado— la esperé en la sala. Debía advertirla que mis «estudios» sólo me permitían dedicar un día a la semana a nuestros placeres.

—¡Oh! —exclamó, palideciendo mientras se lo explicaba—. ¡No me había equivocado!

—Pero Lorna —supliqué—, ¿no dijiste que podías pasarte sin mí si era por mi bien?

—¡No, no, no, mil veces no! —gritó—. Dije que si estuvieras conmigo siempre, podría arreglármelas sin pasión. ¡Pero esta ración de hambre de una vez por semana! Vete, vete —gritó—, o diré algo de lo que me arrepentiré después. ¡Vete! —y me empujó fuera. Pensándolo mejor en vista del futuro, me fui.

La verdad es que estaba contento. La novedad es el alma de la pasión. Hay un viejo proverbio inglés que dice: «Coño nuevo, vigor nuevo». Mientras volvía a casa, pensé más a menudo en la figura esbelta y oscura de Lily que en la mujer de cuyo cuerpo conocía cada valle y colina. Mientras que Lily, con sus caderas estrechas y sus flancos derechos, debía tener un sexo diminuto. «Maldita Lily», pensé, y me apresuré a reunirme con Smith.

Bajamos a cenar juntos y presenté Smith a Kate. Fueron corteses, pero cuando ella se volvió hacia mí me escrutó con curiosidad, con las cejas alzadas en un gesto de «Sé lo que sé», que pronto iba a serme familiar.

Después de la comida, tuve una larga charla con Smith en su habitación. Una conversación de corazón a corazón que alteró nuestras relaciones.

Ya he dicho que más o menos cada quince días, Smith se enfermaba. Yo no tenía idea de la causa ni noción de la magnitud de la enfermedad. Esa noche se sintió nostálgico y me lo contó todo.

Parece que siempre había pensado que era muy fuerte, hasta que se fue a estudiar a Atenas. Allí trabajó prodigiosamente y, casi al

principio de su estancia, conoció a una chica griega de la clase alta que hablaba griego con él y finalmente se le entregó apasionadamente. Lleno de vigor juvenil siempre despierto por vivas fantasías, me dijo que por lo general la primera vez se corría tan pronto como la penetraba y que, con el objeto de darle placer, se veía obligado a correrse dos o tres veces y que esto lo agotaba. Admitió que se había abandonado a este frenético juego amoroso día tras día. Cuando regresó a los Estados Unidos, trató de sacarse de la cabeza a esta chica griega. Pero pese a todo lo que hizo, tenía sueños de amor que terminaban en orgasmo y poluciones más o menos una vez cada quince días. Y después de un año, estas poluciones quincenales comenzaron a provocarle dolores intensos en la parte inferior de la espalda, que duraban unas veinticuatro horas, evidentemente hasta haber secretado más semen. Yo no podía imaginar cómo una polución quincenal podía debilitar y molestar a un hombre joven del vigor y la salud de Smith, pero en cuanto presencié sus sufrimientos, empleé mi ingenio y le conté el truco mediante el cual había terminado con mis sueños húmedos en la escuela de Inglaterra.

De inmediato, Smith aceptó probar mi remedio y, como se acercaba el fin de la quincena, fui en seguida en busca de una cuerda y noche tras noche até su miembro rebelde. El remedio funcionó durante algunos días; luego salió y pasó la tarde y la noche en casa del juez Stephen, y volvió a enfermar. Por supuesto, no había habido ninguna conexión. De hecho, en mi opinión hubiera sido mucho mejor para Smith si la hubiera habido, pero la proximidad de la muchacha que amaba y, por supuesto, los besos que se permiten a las parejas de prometidos según la costumbre americana, se produjeron sin ningún tipo de control, y cuando se fue a dormir, su sueño terminó en un orgasmo. Lo peor de todo fue que como mi remedio había evitado que soñara con un clímax durante dieciocho o veinte días, soñó una segunda vez y tuvo otra polución que lo redujo a un estado de miseria y de dolor aún más intenso que lo habitual.

Combatí el mal con todo el ingenio que poseía. Conseguí que Ned Stephens prestara un caballo al profesor. Yo tenía a Blue Devil, y salíamos a cabalgar dos o tres veces por semana. También conseguí guantes de boxeo y pronto Ned o yo teníamos un combate

con Smith todos los días. Gradualmente, estos ejercicios mejoraron su salud general y cuando hube atado la cuerda todas las noches durante más o menos un mes, aumentó de peso y ganó fortaleza de manera sorprendente.

Lo peor de esto es que la mejora de su salud siempre llevaba a uno o dos días pasados con su prometida, que lo desbarataban todo. Le aconsejé casarse y después controlarse enérgicamente. Pero él deseaba ponerse bien primero y ser otra vez vigoroso como antes. Hice todo lo que pude para ayudarlo, pero durante mucho tiempo no sospeché que *unta* polución ocasional podía tener consecuencias serias. Cuando éramos escolares, solíamos hacer bromas con eso. ¿Cómo podía imaginar…? Pero como son las naturalezas mejores y más ajustadas las que son pasibles de sufrir de esta manera, diré lo que sucedió paso a paso. Baste decir que mientras estuvo conmigo en casa de los Gregory, estuvo más saludable que en ningún otro momento anterior y que yo esperaba continuamente una mejoría permanente.

Después de esa primera charla nuestra en casa de los Gregory, bajé al comedor con la esperanza de encontrar a Kate sola. Fui afortunado. Había convencido a su madre, que estaba cansada, de que se fuera a la cama, y es taba terminando la limpieza.

—Quiero verte, Kate —dije, tratando de besarla.

Ella apartó la cabeza.

—Será por eso que has estado fuera toda la tarde, supongo —y me echó una mirada de soslayo.

Se me ocurrió una idea.

—¡Kate —exclamé—, debía hacerme tomar las medidas para mi ropa nueva!

—¡Perdóname! —exclamó en seguida, porque la excusa le pareció válida—. Pensé, temía… oh, sospecho sin razón, lo sé… estoy celosa sin motivos. ¡Vaya! ¡Confieso! —y los grandes ojos color avellana me miraron llenos de amor.

Yo jugué con sus senos, murmurando:

—¿Cuándo voy a verte desnuda, Kate? Lo deseo. ¿Cuándo?

—¡Has visto la mayor parte de mí! —y rio gozosamente.

—Muy bien —dije, volviéndome—. Si estás decidida a reírte de mí y ser mezquina conmigo…

—¡Mezquina contigo! —gritó, cogiéndome y haciéndome dar la

vuelta—. Me resultaría más fácil serlo conmigo. Estoy contenta de que quieras verme, contenta y orgullosa y esta noche, si dejas tu puerta abierta, iré. ¡Mezquina! Oh… —y me entregó su alma con un beso.

—¿No es arriesgado? —pregunté.

—Hoy por la tarde probé las escaleras —dijo, resplandeciente—. No crujen. Nadie oirá, de modo que no te duermas o te sorprenderé.

Para sellar el pacto, puse la mano bajo sus ropas y acaricié su sexo. Estaba caliente y pronto se abrió para mí.

—¡Bueno, señor, vete —dijo sonriendo— o me obligarás a ser muy mala y tengo mucho que hacer!

—¿Qué quieres decir con «mala»? —pregunté—. ¡Dime lo que sientes, por favor!

—Siento latir mi corazón —dijo— y, y… oh, espera hasta la noche y trataré de decírtelo, querido —y me alejó de un empujón.

Por primera vez en mi vida, observo aquí que el arte del escritor no sólo es inferior a la realidad en cuanto a intensidad de sensación y emoción, sino también más igual, incluso monótono, en lo que se refiere a mostrar las mínimas diferencias que la personalidad expresa. Al describir el amor de Kate después del de la señora Mayhew, parezco estar repitiéndome, haciendo del sentimiento de la muchacha una réplica más desvaída del de la mujer. En realidad, ambas eran completamente diferentes. Los sentimientos de la señora Mayhew, reprimidos durante largo tiempo, se inflamaban con el calor de una tarde de julio o agosto, mientras que en los de Kate se sentía la novedad y frescura de una mañana de verano, atravesada por la insinuación del calor por venir. Y hasta esta comparación es inepta, porque deja fuera el efecto de la belleza de Kate, los grandes ojos de avellana, la piel sonrosada, el cuerpo soberbio. Además, en Kate había el encanto del espíritu. Lorna Mayhew jamás tocaría una cuerda que no surgiese de la pasión. En Kate yo sentía una personalidad espiritual y el estremecimiento de las posibilidades no desarrolladas. Y sin embargo, esforzándome al máximo, no he mostrado al lector la enorme superioridad de la muchacha y su amor menos egoísta. Pero todavía no he terminado.

Smith me había prestado *The Mill on the Floss*. Yo no había leído a George Elliot y descubrí que este libro casi merecía su alabanza. Había leído casi hasta la una de la mañana, cuando mi corazón la

escuchó. ¿O era un estremecimiento de expectación? Al minuto siguiente, se abrió la puerta y ella entró con el cabello sobre los hombros y una larga bata que le cubría hasta los pies enfundados en medias. Me levanté como un relámpago, pero ella ya había cerrado la puerta y pasado el cerrojo. La llevé a la cama y le impedí que se quitara la bata.

—Déjame que te quite las medias primero —susurré—. ¡Quiero tenerte totalmente grabada en mí!

Un momento después estaba desnuda y la oscilante llama de la bujía proyectaba singulares arabescos de luz en su cuerpo de marfil. Miré y miré. Desde el ombligo para abajo era perfecta; la hice volverse, y también la espalda y el trasero lo eran, aunque algo grandes. ¡Pero, ay, los senos eran demasiado grandes para ser bellos, demasiado blandos como para excitar! Debo pensar sólo en la curva audaz de sus caderas, reflexioné, en el esplendor de los muslos firmes, cuya carne tiene el contorno duro del mármol, y en su… sexo. La puse sobre la cama y le abrí los muslos. Su conejito era perfecto.

En seguida quise penetrarla, pero ella suplicó.

—Por favor, querido, ven a la cama. Tengo frío y te necesito.

De modo que me acosté y empecé a besarla.

Pronto se calentó y yo me saqué el camisón mientras acariciaba su sexo con el dedo medio. Se abrió rápidamente.

—¡Eh, eh! —dijo, reteniendo el aliento—. Todavía duele.

Puse suavemente mi sexo contra el suyo, moviéndolo despacio arriba y abajo, hasta que levantó las rodillas para dejarme entrar. Pero en cuanto entró la cabeza, su cara se retorció un poco por el dolor y como yo había tenido una larga tarde, estaba más que inclinado a perdonar, de modo que me retiré y me acomodé a su lado.

—No puedo soportar hacerte daño —dije—. El placer del amor debe ser natural.

—¡Eres dulce! —susurró—. Estoy contenta de que te hayas detenido, porque eso demuestra que realmente te importo, y no sólo por el placer —y me besó amorosamente.

—Kate, recompénsame —dije—, diciéndome qué sentiste cuando te poseí por primera vez —y puse su mano sobre mi sexo caliente y rígido para estimularla.

—Es imposible —dijo, ruborizándose un poco—. Había tantos sentimientos nuevos. Bueno, esta noche, mientras estaba en cama esperando que pasara el tiempo y pensando en ti, sentí una extraña sensación de picazón en la parte interior de los muslos que nunca había sentido y ahora —y escondió su rostro luminoso contra mi cuello— ¡la siento otra vez! El amor es curioso, ¿no es cierto? —susurró un momento después—. Ahora esa sensación se ha ido y la parte delantera de mi sexo quema y pica. ¡Oh, debo tocármelo!

—¡Déjame a mí! —grité, y un instante después estaba sobre ella, pasando mi órgano arriba y abajo por su clítoris, la entrada, por llamarla así, del templo del Amor. Un poco después, ella misma metió la cabeza dentro de su conejito caliente y seco y después cerró los ojos como si le doliera, para evitar que fuese más adelante. Pero yo empecé a frotar mi sexo arriba y abajo sobre su botoncito, dejándolo deslizarse dentro de vez en cuando, hasta que gimió y sus jugos se vertieron y mi arma se deslizó en ella de manera natural. Pronto comencé los suaves y lentos movimientos de entrada y salida que aumentaron enormemente su excitación, dándole más y más placer, hasta que me corrí e inmediatamente ella apartó mi torso de sus senos con ambas manos, mostrando su rostro resplandeciente.

—¡Para, nene —barbotó—. Por favor, mi corazón está a punto de reventar! Yo también me corrí, sabes, contigo —y en verdad la sentí temblar convulsivamente.

Me retiré y para estar seguros la hice usar la jeringa, cuya eficacia ya le había explicado. Estuvo adorablemente torpe y cuando terminó, volví a llevarla a la cama y la apreté contra mí, besándola.

—¡De modo que me amas de verdad, Kate!

—De verdad —dijo—. ¡No sabes cuánto! Trataré de no volver a sospechar nada ni estar celosa otra vez —y continuó—: Es una cosa odiosa, ¿no es verdad? Pero quiero ir a tu clase. ¿Me llevarías una vez a la universidad?

—Pero por supuesto —exclamé—. Me alegraría muchísimo. Te llevaré mañana por la tarde. O mejor —agregué—, sube a la colina a las cuatro y nos encontraremos en la entrada.

De modo que lo arreglamos así y Kate regresó a su habitación tan sigilosamente como había venido.

A la tarde siguiente la encontré esperando en el *hall* de la

universidad diez minutos antes de la hora, porque como nuestras clases comenzaban a la hora exacta, terminaban cuarenta y cinco minutos después, para darnos tiempo a llegar a cualquier otra clase. Después de mostrarle todo lo que podía interesarle, regresábamos a casa riendo y hablando cuando, a cien yardas de la casa de la señora Mayhew, nos encontramos cara a cara con esta dama. No sé cuál era mi aspecto, porque como era algo miope, no la reconocí hasta que estuvo a diez yardas de mí. Pero su mirada me traspasó. Se inclinó con una mirada que nos incluía a ambos. Yo levanté mi sombrero y pasé.

—¿Quién es esa? —exclamó Kate—. ¡Nos miró de una manera tan extraña!

—Es la esposa de un jugador —repliqué tan indiferentemente como pude—. Él me da trabajo de vez en cuando —continué, prediciendo extrañamente el futuro.

Kate me miró, sondeándome, y luego dijo:

—No me importa. ¡Me alegro de que sea bastante vieja!

—¡Tan vieja como nosotros dos juntos! —contesté traidoramente, y continuamos.

Estas escenas amorosas con la señora Mayhew y Kate, más mis lecciones y charlas con Smith, son bastante representativas de mi vida durante el año que transcurrió entre mis diecisiete y dieciocho años, con la sola excepción de que mis tardes con Lorna fueron resultándome cada vez menos agradables. Pero ahora debo relatar circunstancias que volvieron a afectar mi vida.

No habían pasado cuatro meses aún desde que me había mudado a casa de los Gregory, cuando Kate me dijo que hacía quince días mi hermano había dejado de pagar mi pensión.

—No importa, querido —agregó dulcemente—, pero pensé que debías saberlo y odiaría que alguien te ofendiera, de modo que decidí pagarlo yo misma.

La besé, dije que era muy tierno de su parte y partí en busca de Willie. Se excusó, de manera voluble pero no convincente, y terminó por darme un cheque, pidiéndome al mismo tiempo que le dijera a la señora Gregory que él también se alojaría en su casa.

El incidente me hizo pensar. Hice prometer a Kate que me avisaría si él dejaba de pagar lo que se debía y utilicé el suceso para excusarme con Lorna. Fui a verla y le dije que debía pensar de

inmediato en ganarme la vida. Todavía tenía unos quinientos dólares, pero quería adelantarme a la necesidad. Además, me proporcionó una buena excusa para no visitarla ni siquiera semanalmente.

—¡Debo trabajar! —repetía, aunque estaba avergonzado de la mentira.

—¡No me atormentes, querido! —rogó ella—. Ya es bastante dolorosa mi imposibilidad de ayudarte. Dame tiempo para pensar. Sé que Mayhew está en una situación bastante buena. Dame uno o dos días, pero ven cuando puedas. Ya ves, no tengo orgullo cuando se trata de ti. Me limito a rogar como un perro un trato amable, en bien de mi amor. Nunca hubiera creído que podía transformarme así. Siempre fui tan orgullosa. Mi esposo me llama «orgullosa y fría». ¡Yo fría! Es verdad que tiemblo cuando escucho tu voz, pero es el temblor de la fiebre. Cuando entraste ahora inesperadamente y me besaste, sentí oleadas de calor por todo el cuerpo. Mi útero se mueve dentro de mí. Nunca sentí eso hasta que te amé y ahora, por supuesto, mi sexo arde… desearía ser fría. Una mujer fría podría gobernar el mundo. ¡Pero no! No querría cambiar, así como tampoco quise ser nunca un hombre, nunca. ¡Aunque había otras chicas que decían que les hubiera gustado cambiar de sexo, yo nunca! Y desde que me casé, menos que nunca. ¿Qué es un hombre? Su amor ha terminado antes de que el nuestro empiece.

—¿De veras? —la interrumpí, sonriendo.

—¡Tú no, mi amor! —exclamó—. ¡Oh, tú no, pero tú eres más que un hombre! Ven, no perdamos tiempo hablando. Ahora te tengo; llévame a nuestro Cielo. Estoy lista, «madura», como dices tú. Voy a nuestra cama como si fuera a un altar. Si voy a tenerte aún menos que una vez por semana, no vuelvas durante diez días. Entonces estaré bien otra vez y seguramente podrás darme la leche de varios días. Quiero alcanzar las alturas y asir la ilusión, llenando una cálida semana con esta bendición, y después, la muerte durante quince días. ¡Qué desdichadas somos las mujeres! Ven, querido, yo seré tu vaina y tú serás la espada que me penetra. ¡Pero te ayudaré! —gritó de pronto—. ¿Qué es lo que te dijo esa chica? ¿Qué debías el dinero de la comida?

Yo asentí y ella resplandeció.

—¡Oh, te ayudaré, no temas! Nunca me gustó esa muchacha. Es

descarada y presuntuosa y… ¡oh! ¿Por qué paseabas con ella?

—Quería ver la universidad —dije— y no podía rehusarme.

—Oh, págala —exclamó— pero no pasees con ella; es vulgar. ¡Imagínate, mencionarte el dinero a ti, querido!

Esa misma noche recibí una nota de Lorna, diciéndome que su marido deseaba verme.

Encontré al hombrecito en la sala y me propuso que fuera a su local todas las noches después de la cena y me sentara a leer junto a la puerta, pero con un Colt a mano, de modo que nadie pudiera robarle y escapar con el botín.

—Me sentiría más seguro —terminó—, y mi esposa me dice que es usted un tirador seguro y acostumbrado a la vida salvaje. ¿Qué me contesta? Le daría sesenta dólares al mes y más de la mitad del tiempo estaría usted libre antes de la medianoche.

—Es muy amable de su parte —exclamé, con las mejillas ardiendo—, y también de parte de la señora Mayhew. Lo haré y le ruego que crea que nadie lo molestará y se irá con la piel entera —y así quedó acordado.

¿No son maravillosas las mujeres? En medio día había resuelto mi problema y descubrí que las horas que pasaba en el salón de juego de Mayhew eran más valiosas de lo que había imaginado. El hombre medio se revela más en el juego que en el amor o la bebida, y quedé estupefacto al comprobar que muchos de los llamados mejores ciudadanos apostaban con Mayhew de vez en cuando. No creo que hubiera juego limpio. Él ganaba demasiado constantemente para que así fuera. Pero en la medida en que los clientes aceptaran los resultados, no era asunto mío. Y con frecuencia, después de haber despojado a un hombre de todo lo que poseía, mostraba su amabilidad devolviéndole algunos dólares.

Como es natural, el hecho de estar trabajando para su marido me introdujo más en la sociedad de la señora Mayhew. Unas dos veces por semana tenía que pasar la tarde con ella, y la obligación me fastidiaba. Kate también ponía objeciones a mis visitas. Me había visto entrar en casa de la señora Mayhew y supongo que adivinó el resto, porque al comienzo se mostró fría conmigo y evitaba hasta mis besos.

—Me has enfriado —exclamó—. Creo que nunca podré volver a amarte por completo.

Pero cuando entré en ella… y realmente la excité, me besó de pronto con fervor y sus ojos gloriosos estaban llenos de grandes lágrimas.

—¿Por qué lloras, querida? —pregunté.

—Porque no puedo poseerte como tú me posees —gritó—. ¡Oh —continuó, apretándome contra ella—, creo que el placer aumenta con el miedo espantoso y el odio… oh, ámame a mí y sólo a mí, amor mío!

Por supuesto, prometí fidelidad, pero me sorprendió advertir que también mi deseo por Kate comenzaba a disminuir.

El arreglo con los Mayhew tuvo un final inesperado y prematuro. De vez en cuando, Mayhew hacía un torneo con otro jugador, y apenas habían pasado tres meses desde que había comenzado a trabajar con él, cuando un jugador de Denver hizo con él una gran competición y le propuso que unieran sus fuerzas y Mayhew se trasladara a Denver.

—Allí se hace más dinero en una semana —dijo— que en un mes en Lawrence.

Finalmente convenció a Mayhew, que tuvo la prudencia de no decirle nada a su esposa hasta que estuvo todo arreglado. Ella enloqueció, pero no pudo hacer otra cosa que ceder y tuvimos que separarnos. Mayhew me dio cien dólares como indemnización, y Lorna una tarde inolvidable, sorprendente, que debo tratar de describir ahora.

Al día siguiente de este regalo, no fui a casa de los Mayhew, dejando a Lorna suponer que lo daba todo por terminado. Pero al otro día recibí un mensaje suyo, un imperioso: «Ven en seguida. Debo verte».

Por supuesto, fui, aunque reacio.

Tan pronto como entré en la habitación, ella se levantó del sofá y se acercó a mí.

—Si te consigo trabajo en Denver, ¿vendrás?

—¿Cómo? —pregunté, totalmente estupefacto—. Sabes que estoy atado aquí por la universidad y también quiero entrar en un despacho de abogado. Además, no podría dejar a Smith; jamás he conocido un maestro igual. Creo que nunca podría encontrar otro igual en ninguna parte.

Ella asintió.

—Ya veo —suspiró—. Supongo que es imposible. Pero debo verte —exclamó—. Si no tuviera la esperanza… qué digo… la certeza de volverte a ver, no me iré. ¡Prefiero matarme! ¡Me emplearé como sirvienta y me quedaré contigo, querido, y te cuidaré! No me importa hacer cualquier cosa, con tal de que estemos juntos. Estoy casi loca de miedo de perderte.

—Todo es una cuestión de dinero —dije tranquilamente, porque la idea de que se quedara me aterrorizaba—. Si puedo ganar dinero, me encantaría ir a Denver para las vacaciones. En verano debe ser estupendo, a seis mil metros por encima del nivel del mar. Me encantaría.

—Si te envío el dinero, ¿vendrás?

Hice una mueca.

—No puedo tomar dinero de… un amor (dije «amor» en lugar de decir «mujer»; no era tan feo) —pero Smith dice que puede conseguirme trabajo y todavía me queda un poco. Iré en las vacaciones.

—¡Serán días santos para mí[35]! —dijo solemnemente, y después, con un rápido cambio de humor—: Prepararé una hermosa habitación para nuestro amor en Denver. Pero debes venir para Navidad. No podría esperar hasta el verano. Oh, cómo sufriré por ti… sufriré.

—Sube —la incité, y vino y nos metimos en la cama. La encontré loca de deseo, pero después de haberla llevado a la histeria en una hora, cuando yacía llorando en mis brazos, dijo de pronto—: Prometió venir temprano esta tarde y dije que le tendría preparada una sorpresa. Cuando nos encuentre juntos, así, será una sorpresa, ¿no te parece?

—¡Pero tú estás loca! —grité, levantándome como un rayo—. ¡Nunca podré visitarte en Denver si tenemos una pelea aquí!

—Es verdad —dijo, como si estuviera soñando—, es verdad. Es una lástima. Me hubiera gustado ver su estúpida cara estirándose de asombro, pero tienes razón. ¡Apresúrate! —gritó, y salió de la habitación en un instante.

Cuando regresó, yo ya estaba vestido.

—Baja y espérame —ordenó—, en nuestro sofá. Si golpea, ábrele la puerta. Será una sorpresa, aunque no tan grande como la que había planeado —agregó riendo con estridencia.

—¿Te vas sin besarme? —dijo cuando yo estaba en la puerta—. Bueno, ve, está bien, ve, porque si vuelvo a sentir tus labios, podría retenerte.

Bajé y ella me siguió minutos después.

—¡No puedo soportar que te vayas! —dijo—. ¡Cómo duelen las despedidas! —susurró—. ¿Por qué deberíamos separarnos otra vez, querido mío? —y me miró con ojos arrobados—. En esta vida nada que no sea el amor vale la pena. Hagamos inmortal al amor, tú y yo, yendo juntos a la muerte. ¿Qué perdemos? ¡Nada! ¡Este mundo es una cáscara vacía! ¡Ven conmigo, amor, y buscaremos juntos la muerte!

—Oh, quiero hacer tantas cosas antes —exclamé—. El imperio de la muerte es eterno, pero esta breve tarea de la vida, su aventura, sus cambios, sus inmensas posibilidades, me atraen. No puedo dejarla.

—¡El cambio! —gritó con las narices dilatadas, mientras sus ojos se ensombrecían—. ¡El cambio!

—Estás decidida a malinterpretarme —exclamé—. ¿Acaso cada día no es un cambio?

—Estoy fatigada —lloró— y vencida. Sólo puedo rogarte que no olvides tu promesa de venir… ¡ah! —y me besó en la boca—. Moriré con tu nombre en los labios —dijo y se volvió para esconder la cara en el cojín del sofá.

Yo me fui. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los fui a despedir a la estación. Lorna me había hecho prometer que escribiría a menudo, y juró escribir todos los días. De hecho, me envió cortas notas todos los días durante una quincena. Luego vinieron intervalos cada vez más largos.

La sociedad de Denver era agradable y un tal señor Wilson, un estudiante, era asiduo. «Viene todos los días», escribió. Finalmente, excusas, notas apresuradas, y dos meses después sus cartas eran formales, frías. A los tres meses habían cesado.

La ruptura no me sorprendió. Yo le había enseñado que la juventud era el primer requisito en un amante para una mujer de su tipo. Sin duda, había puesto en práctica mis preceptos. El señor Wilson era probablemente tan ideal como yo y estaba mucho más cerca.

Las pasiones de los sentidos exigen proximidad y satisfacción, y

no hay nada más olvidable que los placeres de la carne. Si la señora Mayhew me había dado poco, yo le había dado todavía menos de mi verdadero ser.

Tiempos difíciles y nuevos amores

Hasta ese momento había tenido más suerte que la habitual en la mayor parte de los jóvenes que inician su camino en la vida. Ahora iba a conocer la mala suerte y a ser probado. Tan ocupado estaba con mis cosas que apenas había dedicado un pensamiento a los asuntos públicos. Me vi forzado a hacerlo.

Un día Kate me dijo que Willie estaba muy atrasado en los pagos. Había vuelto a casa del diácono Conklin, a vivir del otro lado del río Kaw y naturalmente yo había supuesto que antes de irse había pagado. Descubrí que debía a los Gregory sesenta dólares suyos y una cantidad mayor mía.

Fui a verlo realmente enojado. Si me hubiera advertido, no me hubiera importado tanto, pero que hubiera esperado a dejar a los Gregory para avisarme me producía un terrible desagrado y por entonces no conocía todavía la magnitud de su egoísmo. Años más tarde mi hermana me contó que había escrito una y otra vez a mi padre pidiéndole dinero, afirmando que era para mí y que yo estaba estudiando y no ganaba nada.

—Willie nos mantuvo en la pobreza, Frank —me dijo y yo sólo pude bajar la cabeza. Pero si en ese momento lo hubiera sabido, habría cambiado mi relación con él.

Tal como sucedieron las cosas, lo encontré en la miseria. Arrastrado por su optimismo, había comprado bienes raíces en 1871 y 1872, hipotecándolos por más de lo que daban, y mientras continuaba el *boom*, había repetido una y otra vez este juego sobre papel, suponiendo —una vez más sobre el papel— que había hecho cien mil dólares. Esto me lo dijo y yo me alegré por él sinceramente.

Era fácil comprender que el *boom* y el período de inflación se habían basado al principio en el crecimiento extraordinario del país a raíz de la inmigración y el comercio que sucedieron a la guerra civil. Pero la guerra franco-alemana había agotado prodigiosamente las riquezas, arruinando también el comercio, dirigiéndolo hacia

otros canales. Francia primero’ e Inglaterra después sintieron el golpe. Londres tuvo que pedir la devolución de préstamos hechos a los ferrocarriles americanos y otras empresas. Poco a poco, hasta el optimismo americano quedó seriamente dañado, porque en 1871-72 la inmigración disminuyó mucho y las demandas extranjeras de efectivo vaciaron nuestros bancos. La quiebra se produjo en 1873. No se vio nada igual en estos estados hasta la depresión de 1907, que llevó a la fundación del Banco de Reserva Federal.

La fortuna de Willie se desvaneció en un instante. Había que pagar esta hipoteca y aquella otra y sólo podía hacerlo mediante ventas forzosas, encontrando compradores sólo a precios irrisorios. Cuando hablé con él estaba casi desesperado: no tenía dinero, no tenía propiedades. Todo estaba perdido. Había desaparecido el producto de tres años de duro trabajo y especulación exitosa. ¿Podía ayudarlo? Si no, estaba arruinado. Me dijo que había pedido a mi padre todo lo que pudiera darle. Naturalmente, prometí ayudarlo, pero primero tenía que pagar a los Gregory, y para estupefacción mía, me suplicó que en lugar de eso le diera el dinero a él.

—Le gustas a la señora Gregory y a todos —suplicó—. Ellos pueden esperar; yo no. ¡Sé de una compra que podría hacer que volvería a hacerme rico!

Comprendí entonces que era totalmente egoísta, inconsciente a causa de su egotista avidez. Abandoné la débil esperanza de que me devolviera el dinero alguna vez. De allí en adelante, era para mí un extraño, y un extraño que ni siquiera podía respetar, aunque tenía algunas buenas cualidades.

Lo dejé para atravesar el río y unas manzanas después encontré a Rose. Se veía más bonita que nunca y yo me volví y caminé con ella, poniendo su belleza por los cielos. En realidad, se lo merecía. Recuerdo que los cortos puños verdes de su vestido destacaban sus brazos blancos, torneados, exquisitos. Le prometí algunos libros y le hice afirmar que los leería. A decir verdad, yo estaba sorprendido por lo entusiasta de su gratitud. Me dijo que era encantador de mi parte, me miró a los ojos y nos separamos como los mejores amigos, con una insinuación de relaciones más cálidas para el futuro.

Esa noche pagué a los Gregory la deuda de Willie y la mía y no

le envié el saldo de lo que poseía, tal como había prometido, sino una carta diciéndole que había preferido cancelar su deuda.

Al día siguiente vino y me dijo que basándose en mi promesa había prometido dinero a su vez; que también había comprado cien cajones de pollos para enviar a Denver y tenía ya una oferta del alcalde por el doble de lo que había pagado. Leí las cartas y el cable que me mostró y le presté cuatrocientos dólares, lo que me dejó sin nada durante varios meses; en realidad, hasta que hice el arreglo con Dingwall, que voy a relatar y que volvió a ponerme en una situación boyante.

Debería contar la mala suerte de Willie con su carga de pollos. Baste decir que fue engañado por el comprador y que jamás vi un dólar de lo que le había prestado.

Volviendo la mirada al pasado, comprendo que fue probablemente la depresión de 1873 la que indujo a los Mayhew a ir a Denver; pero después de que se fueron, estuve en situación extrema durante algunos meses. No podía conseguir trabajo, pese a que lo intenté todo. En todas partes me daban la misma excusa: ¡Tiempos difíciles! ¡Tiempos difíciles! Finalmente, conseguí un puesto de camarero en el Eldridge House, único trabajo que pude hallar que me dejaba libres las mañanas para ir a la universidad. A Smith le desagradaba esta nueva actividad mía y me dijo que pronto me encontraría un puesto mejor, y la señora Gregory estaba disgustada y resentida… en parte por esnobismo, supongo. Desde ese momento, la sentí en contra mía y gradualmente minó mi influencia sobre Kate. Pronto comprendí que había descendido en la estima pública, pero no fue por mucho tiempo.

Un día de otoño, Smith me presentó a un tal señor Rankin, cajero del First National Bank, quien pronto me ofreció la taquilla del Liberty Hall, el único salón de la ciudad lo bastante grande como para contener a unas mil personas. Tenía escenario también, de modo que podía usarse para espectáculos teatrales. Dejé mi trabajo en Eldridge House y acostumbraba a sentarme en la oficinita desde las dos a las siete de la tarde, haciendo todo lo que podía por arrendarlo ventajosamente a los agentes de los diversos espectáculos o conferenciantes. Me pagaban sesenta dólares mensuales por este trabajo y un día tuve una experiencia que cambió mi vida, porque me enseñó cómo se hace el dinero en este

mundo y cómo cualquier hombre inteligente puede conseguirlo.

Una tarde, el agente de los Músicos de Hatherly entró en la oficina y me arrojó su tarjeta.

—Esta ciudad piojosa debería usar ropas de enterrador —gritó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Qué pasa! —repitió burlonamente—. ¡Creo que no hay lugar en esta maldita ciudad que sea lo bastante grande como para exhibir nuestros programas! Ni uno. Ni un lugar. Tenía intención de gastar diez mil dólares en publicidad para los Músicos de Hatherly, el mejor espectáculo del mundo. Estarán aquí una maldita quincena y por Dios que no obtendrá mi dinero. ¡En este agujero muerto no les interesa el dinero!

El tipo me divirtió. Estaba tan convencido de lo que decía y era tan franco, que sentía simpatía cor él. El azar quiso que ese día hubiera estado en la universidad hasta tarde y no hubiera ido a comer a casa de los Gregory. Estaba saludablemente hambriento. Le pregunté al señor Dingwall si había comido.

—No, señor —fue su respuesta—. ¿Se puede comer en este lugar?

—Supongo que sí —contesté—. Si me hace el honor de aceptar mi invitación, comerá por lo menos un bistec de solomillo —y lo llevé al Eldridge House, que estaba cerca, dejando en mi lugar a Will Thomson, un joven amigo hijo de un médico a quien conocía.

Ofrecí a Dingwall la mejor comida posible y salimos. Era realmente un «cable energético», como decía, y de pronto, inspirado por su optimismo, pensé que si conseguía que depositara esos diez mil de los que había hablado, yo podría poner vallas en los terrenos vacíos de la calle Massachusetts para exhibir los programas de los distintos espectáculos en gira que visitaban Lawrence. No era la primera vez que me habían pedido ayuda para publicitar una u otra cosa. Expuse tímidamente mi idea y Dingwall la aceptó en seguida.

—Si puede conseguir apoyo o una buena garantía —dijo—, le dejaré cinco mil dólares. No estoy autorizado a hacerlo, pero usted me gusta y me arriesgaré.

Lo llevé a ver al señor Rankin, el banquero, que me escuchó con benevolencia y finalmente dijo que sería mi fiador para que durante una quincena yo exhibiera en las calles principales mil programas a ser fijados en vallas que debían comenzar a construirse de

inmediato, con la condición de que el señor Dingwall pagara cinco mil dólares por adelantado; y le dio una carta a ese efecto, diciéndome luego amablemente que ponía a mi disposición cinco mil dólares y un poco más.

Dingwall tomó el primer tren hacia el oeste, dejándome para que durante el mes siguiente pusiera las vallas después de conseguir permiso de los dueños de los lotes. Para abreviar, conseguí el permiso de cien propietarios en una semana por intermedio de mi hermano Willie, que como agente de bienes raíces los conocía a todos. Después firmé contrato con un pequeño carpintero inglés, puse las vallas e hice fijar los anuncios tres días antes de la fecha fijada. Los Músicos de Hatherly tuvieron una quincena de gloria y yo conseguí cincuenta dólares semanales de beneficio mediante el alquiler de las vallas, pese a la depresión.

De pronto, Smith cayó en cama con un resfriado serio. Lawrence está a unos mil pies sobre el nivel del mar y en invierno puede ser tan helado como el Polo. Comenzó a toser. Una tos pequeña, desagradable, seca. Lo convencí de que viera a un médico e hiciera una consulta y el resultado fue que todos los especialistas diagnosticaron una tuberculosis y recomendaron un inmediato cambio de aires en el medio este. Por una u otra razón, creo que fue porque le ofrecieron un puesto en el *Press* de Filadelfia, dejó apresuradamente Lawrence y se instaló en la ciudad cuáquera.

Su partida produjo en mí efectos notables. En primer lugar, la consecuencia espiritual me sorprendió. Tan pronto como se hubo ido, comencé a repasar todo lo que me había enseñado, especialmente lo referido a economía y metafísica. Poco a poco llegué a la conclusión de que su comunismo marxista era sólo la mitad de la verdad y probablemente la mitad menos importante. También su hegelianismo, que creo no haber mencionado, era en mi opinión como un rayo de luna; extremadamente bello por momentos, como la luna cuando platea las nubes purpúreas. «La historia es el desarrollo del espíritu en el tiempo; la naturaleza es la proyección de la idea en el espacio». Suena maravilloso, pero es luz de luna y no alumbra demasiado.

En los primeros tres meses de ausencia de Smith, mi individualidad se alzó como un árbol joven que durante mucho tiempo ha estado doblegado hasta casi romperse, por decirlo así,

bajo un peso excesivo, y comencé a crecer con una especie de juventud renovada. Fue la primera vez, alrededor de los diecinueve años, que comencé a relacionarme con la vida a mi manera y con este nombre: Frank.

En cuanto regresé del Eldridge House a casa de los Gregory, para volver a alojarme allí, Kate se mostró tan amable como siempre. Venía a mi dormitorio dos o tres veces por semana y siempre era bienvenida, pero una y otra vez sentí que su madre procuraba mantenemos separados tanto como era posible, y finalmente dispuso que Kate debía hacer una visita a ciertos amigos ingleses instalados en Kansas. Kate pospuso varias veces esta visita, pero finalmente tuvo que ceder a las instancias y consejos de su madre. Para entonces, mis vallas me producían buen dinero, de modo que prometí acompañar a Kate y pasar la noche con ella en algún hotel de Kansas.

Llegamos al hotel alrededor de las diez y con total descaro nos registramos como el señor William Wallace y señora, y subí a nuestra habitación con el equipaje de Kate y el corazón latiendo en mi garganta. También Kate «estaba toda temblorosa», según confesó poco después, ¡pero qué noche pasamos! Kate decidió darme todo su amor y se entregó apasionadamente, aunque observé que nunca tomaba la iniciativa, coma acostumbraba a hacer la señora Mayhew.

Al comienzo la besé y hablamos un poco, pero en cuanto arregló sus cosas comencé a desnudarla. Cuando cayó su camisa, preguntó, resplandeciente bajo mis caricias:

—¿Realmente te gusta eso? —y puso su mano sobre su sexo, quedándose allí de pie como una Venus griega.

—Naturalmente —exclamé— y esto también —y besé y chupé sus pezones hasta que enrojecieron.

—¿Es posible hacerlo… de pie? —preguntó, algo turbada.

—¡Por supuesto! —contesté—. ¡Probemos! ¿Pero cómo se te ocurrió?

—Una vez vi a un hombre y una chica detrás de la iglesia, cerca de casa —susurró— y me pregunté cómo… —y enrojeció.

Cuando la penetré, tuve dificultades. Su conejito era realmente pequeño y esta vez parecía caliente y seco. La sentí dar un respingo y me retiré en seguida.

—¿Todavía te duele, Kate? —pregunté.

—Un poco al principio —contestó—. Pero no me importa —se apresuró a agregar—. Me gusta el dolor.

Como respuesta, la rodeé con mis brazos, pasándolos bajo su trasero, y la llevé a la cama.

—Esta noche no te haré daño —dije—. Primero te haré derramar tu jugo y después ya no te dolerá.

Unos besos y suspiró.

—Estoy mojada ahora —dijo, y yo me metí en la cama y apoyé mi sexo contra el suyo.

—Voy a dejarte la iniciativa —dije—, pero por favor no te hagas daño.

Ella tomó mi sexo y lo guio a su interior, gimiendo un poco de satisfacción a medida que entraba.

Después del primer éxtasis, la obligué a usar la jeringa mientras la observaba con curiosidad.

—¡No hay peligro ahora! —grité cuando regresó a la cama—. No hay peligro. ¡Mi amor es rey!

—¡Querido mío! —exclamó con los ojos abiertos como si estuviera maravillada—. Mi sexo late y pica y ¡oh!, siento ese hormigueo en el interior de los muslos. Te deseo terriblemente, Frank —y mientras hablaba se estiró, levantando las rodillas.

Me puse encima de ella y suave, lentamente, dejé que mi sexo se introdujera en el suyo. Entonces comenzó el juego amoroso. Cuando tuve el segundo orgasmo, me permití golpes rápidos y cortos, aunque sabía que ella prefería los largos movimientos lentos, porque esa noche dorada estaba decidido a producirle todas las sensaciones. Cuando sintió que recomenzaban los movimientos que amaba, suspiró dos o tres veces y me acercó a ella tomándome por las nalgas, pero por lo demás dio pocas señales de sentir nada en la media hora siguiente. Yo seguí. En ese momento los movimientos lentos me daban poco placer. Eran más bien una tarea que un goce. Pero estaba decidido a ofrecerle una verdadera fiesta. No sé cuánto tiempo duró el encuentro, pero una vez me retiré y comencé a frotar su clítoris y la parte delantera de su sexo y ella, jadeando, bajó la cabeza y se frotó extasiada contra mí. Después volví a los movimientos lentos.

—¡Por favor, Frank —jadeó—. No puedo más. Me vuelvo loca…

me ahogo!

Por extraño que resulte, sus palabras me excitaron más que el acto. Sentí que iba a correrme y al mismo tiempo la penetré ruda y salvajemente, arrodillándome entre sus piernas para poder también frotar su botoncito.

—¡Voy a violarte! —grité y me entregué al agudo deleite. Cuando surgió mi semen no habló; permaneció allí quieta y pálida. Yo salté de la cama, tomé una esponja con agua fría y la puse sobre su frente.

Para mi alegría, abrió los ojos de inmediato.

—Lo siento —barbotó, y tomó un sorbo de agua—, pero estaba tan cansada que debo haberme dormido. ¡Corazón mío!

Cuando dejé la esponja y el vaso, volví a introducirme en ella y poco después se puso histérica.

—No puedo evitar llorar, Frank, mi amor —suspiró—. Soy tan feliz, querido. ¿Me amarás siempre? ¿Sí? ¡Tesoro!

Naturalmente, la tranquilicé con promesas de afecto duradero y muchos besos. Finalmente, pasé mi brazo izquierdo alrededor de su cuello y me quedé dormido así, con la cabeza sobre su blando seno.

Por la mañana volvimos a hacerlo, aunque, innecesario es decirlo, Kate estuvo más curiosa que apasionada.

—¡Quiero estudiarte! —dijo, y tomó mi sexo entre sus manos y después mis huevos—. ¿Para qué son? —preguntó y tuve que explicarle que de allí salía mi semen. Hizo una mueca, de modo que agregué—: Tú tienes una cosa similar, querida mía, sólo que dentro de ti, y se llaman ovarios y les lleva un mes hacer un huevo, mientras que mis pelotas hacen millones por hora. A menudo me pregunto por qué.

Después de ofrecerle a Kate un excelente desayuno, la puse en un cabriolé y llegó a casa de sus amigos en el momento previsto, aunque su amiga jamás acertó a comprender cómo era posible que no se hubieran visto en la estación.

Regresé a Lawrence el mismo día, preguntándome qué me reservaba la suerte. Pronto descubriría que la vida puede ser desagradable.

La universidad de Kansas había sido fundada por los primeros viajeros del oeste, que como la mayor parte de los pioneros, tenían cerebro y coraje. Por lo tanto, precisaron en los estatutos que en la

universidad no habría enseñanza religiosa de ningún tipo y que la religión no debía utilizarse como prueba o calificación.

Pero a su debido tiempo llegaron los yanquis de Nueva Inglaterra para evitar que Kansas se transformara en un estado esclavista, y estos yanquis eran fanáticos de todas las sectas conocidas de las llamadas cristianas, y todos distinguidos o más bien deformados por una pecatería intolerante en asuntos de religión y sexo. Su honestidad no era de ningún modo tan notable. Cada secta necesitaba su propio profesor. De modo que la historia quedó a cargo de un clérigo episcopaliano que no sabía nada de historia; y el latín a cargo de un baptista que, cuando Smith lo saludó en latín, sólo pudo ruborizarse y rogarle que no expusiera su vergonzosa ignorancia; la dama que enseñaba francés era un chiste, pero buena metodista, creo, y así sucesivamente. La educación fue degradándose por competencias sectarias.

En cuanto el profesor Smith abandonó la universidad, la facultad hizo pública la resolución de establecer una «capilla universitaria» a imitación de la costumbre inglesa. De inmediato escribí protestando y citando los estatutos de los fundadores. La facultad no contestó mi carta y en lugar de a capilla llamó a lista. Cuando tuvieron a todos los estudiantes reunidos para pasar lista, hicieron cerrar las puertas y comenzaron las plegarias, finalizando con un himno.

Después de esto, me puse de pie, fui hacia la puerta y traté de abrirla en vano. Por fortuna, la puerta de ese lado del *hall* era sólo una estructura frágil de planchas de madera delgadas. Retrocedí uno o dos pasos y volví a recurrir a los profesores sentados en la plataforma. Al ver que no me prestaban atención, tomé carrerilla y salté contra la puerta, dándole una patada. Saltó y la puerta se abrió con un crujido.

Al día siguiente, por voto unánime de la facultad, fui expulsado de la universidad y quedé libre para dedicar toda mi atención a las leyes. El juez Stephens me dijo que iniciaría contra la facultad una acción a mi favor, si yo lo deseaba, porque estaba seguro de que conseguiría mi reingreso, aduciendo daños y perjuicios. Pero la universidad sin Smith significaba para mí menos que nada, ¿y por qué iba a perder el tiempo luchando contra fanáticos sin cerebro? Por entonces no sospechaba que ese sería el principal trabajo de mi vida. Pero por esta vez dejé la victoria y el campo en manos de mis

enemigos, como probablemente haga a la larga.

Me decidí a estudiar leyes y para comenzar convencí a Barker, de Barker & Sommerfeld, de que me dejara estudiar en su despacho. No recuerdo cómo los conocí, pero Barker, un hombre inmensamente gordo, era un famoso abogado y muy amable conmigo, sin razón aparente. Sommerfeld era un judío alto, rubio, de aspecto alemán, particularmente incoherente, casi mudo en inglés. Pero era un excelente abogado y un hombre honesto y gentil a quien respetaban todos los judíos y alemanes del condado Douglas, en parte porque su pequeño y obeso padre había sido uno de los primeros pobladores de Lawrence, además de uno de los comerciantes más exitosos. Tenía un almacén de artículos generales y había sido amable con sus compatriotas en sus primeros días de dificultades.

Era una sociedad admirable. Sommerfeld atendía a los clientes y preparaba los expedientes, y Barker hablaba en la corte con una especie de buen humor invencible para el cual nunca encontré rival, salvo el famoso periodista y financiero inglés Bottomley. Frente al jurado, Barker exudaba bondad y sentido común, ganando incluso los casos difíciles. De Sommerfeld hablaré a su debido tiempo.

Poco después recibí deprimentes noticias de Smith. Su tos no había disminuido y extrañaba nuestra amistad. Había en la carta una desesperanza que me llegó al alma, ¿pero qué podía hacer? Sólo seguir trabajando fuerte en el despacho de los abogados, utilizando mis momentos libres para aumentar mis ingresos mediante el asunto de las vallas.

Una noche me encontré con Lily por la calle. Kate estaba todavía en Kansas, de modo que me detuve deseoso de charlar, porque Lily siempre me había interesado. Después de saludarnos, me dijo que iba a su casa.

—No hay nadie, me parece —agregó.

De inmediato me ofrecí a acompañarla y aceptó. Era a comienzos del verano, pero ya hacía calor, y cuando entramos en la sala y Lily se sentó en el sofá, su fino vestido blanco delineaba seductoramente el cuerpo esbelto.

—¿Y qué haces —preguntó con malicia— ahora que la señora Mayhew se ha ido? ¡Debes extrañarla! —agregó insinuante.

—Sí —confesé con audacia—. Me pregunto si habrás reunido

bastante como para decirme la verdad —continué.

—¿Reunido qué? —y frunció el ceño, haciendo un mohín.

—Valor, quiero decir —dije.

—Oh, tengo valor —contestó.

—¿Alguna vez subiste a la habitación de la señora Mayhew cuando yo había ido a buscar un libro? —pregunté.

Los ojos negros brillaron y rio.

—La señora Mayhew dijo que te había llevado arriba para mojar tu pobre cabeza después del baile —respondió, desdeñosa—, pero no me importa. ¡Lo que tú hagas no tiene nada que ver conmigo!

—Y sin embargo, sí tiene que ver —dije, llevando la lucha a su propio terreno.

—¿De qué manera? —preguntó.

—Bueno, el primer día te fuiste y me dejaste, aunque estaba realmente indispuesto —dije—, de modo que naturalmente pensé que te desagradaba, aunque a mí me pareciste preciosa.

—No soy preciosa —dijo—. Tengo la boca demasiado grande y soy delgada.

—No te maltrates —repliqué con seriedad—. Es precisamente por eso que eres seductora y excitas a los hombres.

—¿De veras? —gritó, y así continuó la charla, mientras yo me devanaba los sesos buscando una oportunidad sin hallarla, temiendo que llegaran su padre y su madre. Finalmente, enojado conmigo mismo, me puse de pie para irme, con algún pretexto, y ella me acompañó al rellano. Dije adiós desde el primer escalón y después salté por el costado, rogando para que bajara uno o dos escalones, cosa que hizo. Allí estaba, con las caderas a la altura de mi boca. Un instante después, mis manos se deslizaron bajo su vestido: la derecha hacia su sexo y la izquierda hacia el trasero, para sujetarla. Cuando toqué el plumón nuevo de su sexo, el estremecimiento que me produjo fue casi doloroso por su intensidad. Al primer movimiento que hizo quedó sentada en el escalón y de inmediato mi dedo comenzó a explorar su raja.

—¡Cómo te atreves! —gritó, pero no estaba enojada—. ¡Saca la mano!

—¡Oh, qué adorable es tu sexo! —exclamé, como si estuviera sorprendido—. Oh, debo verlo y tenerte, milagro de belleza —y con la mano izquierda atraje hacia mí su cabeza para darle un largo

beso, mientras mi dedo medio continuaba acariciándola. De pronto sus labios se calentaron y yo susurré:

—¿No me amarás, querida? Te deseo tanto. Estoy ardiendo de deseo. (¡Sabía que ella lo estaba!). Por favor, no te lastimaré y tendré cuidado. Por favor, amor, nadie se enterará —y el resultado fue que allí mismo, en el porche, la traje hacia mí y puse mi sexo contra el suyo, comenzando a frotar su botoncito y la parte frontal de su sexo, sabiendo que eso la excitaría. Un instante después, se corrió y su rocío humedeció mi miembro, excitándome terriblemente. Pero seguí frotándola con mi arma y pensando en otras cosas, para evitar correrme, hasta que me besó por propia iniciativa y echándose hacia adelante repentinamente, se metió mi polla en su conejito.

Quedé estupefacto, porque no hubo obstáculo ni himen que romper, aunque su sexo era sorprendentemente pequeño y estrecho. Entonces no tuve escrúpulos en correrme, sólo que retirándome hacia los labios y frotándole el clítoris al mismo tiempo, y tan pronto como mi semen dejó de brotar, volví a deslizarme dentro de ella y continué el lento movimiento de entrada y salida, hasta que jadeó con la cabeza apoyada en mi hombro y me pidió que me detuviera. Hice lo que deseaba, porque sabía que acababa de ganarme otra hermosa amante.

Volvimos a entrar en la casa, porque insistió en que debía conocer a su padre y su madre, y mientras esperábamos me mostró sus pechos pequeños y encantadores, apenas más grandes que manzanas pequeñas, y yo fui consciente de algo infantil en su mentalidad que coincidía con los trazos aniñados de sus caderas y su conejito a medio desarrollar, adorables.

—Pensé que estabas enamorado de la señora Mayhew —confesó— y no conseguía comprender por qué hacía esos ruidos graciosos. Pero ahora lo sé, muchacho malo —agregó—, porque sentía palpitar mi corazón y estaba casi ahogada.

No sé por qué, pero esa especie de violación de Lily me la hizo muy querida. Decidí verla desnuda y hacerla estremecer de éxtasis tan pronto como fuera posible y convinimos encontrarnos del otro lado de la iglesia, desde donde sabía que podría introducirla sin problemas en mi habitación en casa de los Gregory. Y después me fui, porque era tarde y no estaba especialmente deseoso de conocer

a sus padres.

La noche siguiente encontré a Lily junto a la iglesia y la llevé a mi habitación. Cuando entramos, rio llena de deleite, porque en realidad era casi como un muchachito de espíritu audaz y aventurero. Me confesó que mi desafío a su coraje le había gustado mucho.

—¡Nunca acepté un reto! —gritó en su argot americano, sacudiendo la cabeza.

—Yo te lanzaré dos ahora mismo —susurré—. El primero es que te desafío a desnudarte como voy a hacerlo yo, y el otro te lo diré cuando estemos en la cama.

Volvió a menear su cabecita negro-azulada.

—Bah —exclamó—, me desnudaré la primera.

Y lo hizo. Su belleza hizo latir mis pulsos y me secó la boca. Era imposible no admirarla. Era muy delgada, con senos pequeños, como ya he dicho, vientre chato y flancos y caderas derechos. Su mata estaba apenas delineada, por decirlo así, con pelos suaves y esponjosos, y cuando atraje hacia mí su cuerpo desnudo, su aspecto y su contacto exasperaron mi deseo. Seguía admirando las líneas más maduras, más ricas y lascivas de Kate: su figura se acercaba más a mi ideal juvenil. Pero Lily representaba un tipo de adolescencia que estaba destinado a ser muy importante para mí. En realidad, a medida que disminuía mi virilidad juvenil, disminuyó también mi amor por los opulentos encantos femeninos y amé cada vez más las líneas esbeltas, jóvenes, con las características sexuales más insinuadas que pronunciadas. ¡Qué apetito devorador confiesa Rubens con los senos grandes y colgantes y los traseros gordos y rosados de sus Venus!

Puse a Lily sobre la cama y le separé las piernas para estudiar su conejito. Me hizo una mueca, pero, cuando froté mi sexo caliente contra el botoncito que apenas podía ver, sonrió y se tendió satisfecha. Uno o dos minutos después, estaba húmeda y yo me metí en el lecho y deslicé mi miembro en su coño pequeño. Aun con los labios totalmente abiertos, parecía cerrado, y esto y su esbelta desnudez me excitaron furiosamente. Continué con los movimientos lentos durante unos minutos, pero una vez ella movió su sexo rápidamente hada el mío cuando yo me retiraba hacia los labios, dándome un placer intenso. Sentí que me corría y me dejé ir en

empujones cortos y rápidos que pronto me procuraron el espasmo de placer. Levanté su cuerpo pequeño, apretándolo contra el mío, y la besé en los labios. Era extrañamente incitante, excitante como un licor.

La saqué de la cama y usé la jeringa, explicándole su objeto. ¡Después volvimos a la cama y le hice pasar el mejor momento de su vida! Una hora después, yaciendo entre sus piernas, pero de costado la desafié a que me dijera cómo había perdido la virginidad. Primero tuve que explicarle lo que era. Insistió tercamente en que «ningún tipo» la había tocado nunca, excepto yo, y la creí, porque admitió haberse acariciado a sí misma desde que tenía diez años. Me dijo que al comienzo ni siquiera podía meterse el dedo en el conejito.

—¿Y cuántos años tienes ahora? —pregunté.

—En abril cumpliré dieciséis —fue su respuesta.

Hacia las once se vistió y se fue a su casa, después de concretar otra cita conmigo.

El ritmo apresurado de esta narración tiene muchas desventajas no previstas: produce la impresión de que yo hacía conquista tras conquista, con poca o ninguna dificultad. En realidad, mi media docena de victorias estuvo dispersa casi en la misma cantidad de años y una y otra vez me encontré con rechazos suficientes como para mantener dentro de los límites de la discreción incluso a mi vanidad. Pero quiero subrayar el hecho de que el éxito en el amor, así como el éxito en cualquier aspecto de la vida, corresponde por lo general al hombre fuerte que no ceja en su empeño. Chaucer tenía razón cuando hace confesar a su Vieja esposa de Bath:

> Y para decir más o menos la verdad,
> es por la espera y la atención esmeradas que nos atrapan.

El hombre que tiene más éxito con las mujeres no es el más guapo o el más viril, aunque ambas cualidades facilitan el camino, sino el que emprende la persecución más asidua, el que las halaga con mayor constancia e insiste siempre en tomar el «no» como un «sí», sus reproches como caricias y hasta el enojo como un encanto nuevo.

Después de todo, después de cada rechazo es necesario seguir adelante, porque tan pronto como una muchacha dice que no,

comienza a arrepentirse y puede conceder entonces lo que negó expresamente un momento antes. Sin embargo, podría mencionar docenas de casos en los que la asiduidad y los halagos, los libros amorosos y las palabras fueron ineficaces, tanto que no podría decir con Shakespeare: «No es un hombre que no pueda ganarse a una mujer». También descubrí que, por lo general, las que me resultaron más fáciles de ganar eran también las más apropiadas, porque las mujeres poseen un instinto más fino que los hombres para descubrir la afinidad amorosa.

Y ahora mencionaré un ejemplo de entre mis muchos fracasos, que tuvo lugar cuando era todavía un estudiante y tenía buenas oportunidades de éxito.

En la universidad era costumbre que cada clase durara cuarenta y cinco minutos, dejando así al estudiante quince minutos por lo menos para volver a su aula privada a preparar la lección siguiente. Todos los estudiantes se turnaban para utilizar estas aulas para su placer. Por ejemplo, se suponía que todos los días entre doce menos cuarto y doce, yo estaba trabajando en el aula de primer curso y ningún estudiante se asomaba o me molestaba de ninguna manera.

Un día, una novata de nombre Grace Weldon, hija del dueño de la mayor tienda de Lawrence, se acercó a Smith cuando estábamos con él la señorita Stephens y yo, para interrogarlo sobre la traducción de una o dos frases de Jenofonte.

—¡Explícaselo a la señorita Weldon, Frank! —dijo Smith, y minutos más tarde le había aclarado el pasaje. Me agradeció con mucha fineza.

—Si alguna vez necesita algo en que pueda ayudarla, señorita Weldon —dije—, estaré encantado. Siempre estoy en el aula de primer curso desde las doce menos cuarto a las doce.

Me dio las gracias y uno o dos días después se me acercó con otro problema. Así fue creciendo nuestra relación. Me dejó besarla casi en seguida, pero en cuanto intenté pasar la mano bajo su vestido, me detuvo. Durante casi un año fuimos amigos, amigos íntimos, y recuerdo que un sábado intenté todo lo que sabía y no pude conseguir que se rindiera, pese a que estuvimos todo el día solos en el estudio, hasta el crepúsculo.

Lo curioso fue que ni siquiera podía acariciar mi herida vanidad con la presunción de que era físicamente fría. Era muy apasionada,

por el contrario; simplemente, había decidido no hacerlo y no iba a cambiar de idea.

Ese sábado, en el aula, me dijo que si cedía me odiaría. No le encontré sentido, pese a que después iba a descubrir qué arma terrible es el confesionario en manos de un sacerdote católico irlandés. Cometer el pecado es fácil, pero la idea de tener que confesárselo al sacerdote es para muchas mujeres un freno eficaz.

Creo que fue unos días después cuando recibí una carta de Smith que me decidió a ir a Filadelfia tan pronto como mis vallas publicitarias me dieran dinero suficiente. Le escribí diciéndole que iría y animándolo. No tuve que esperar mucho.

A comienzos de ese otoño, Charles Bradlaugh[36] fue al Liberty Hall a dar una conferencia sobre la revolución francesa. Era un gigante de gran cabeza, de rasgos duros e irregulares y voz estentórea. Imposible imaginar figura más apropiada para un rebelde. Yo sabía que había sido soldado raso en Inglaterra durante doce años, pero pronto descubrí que pese a su apasionada rebelión contra la religión cristiana y sus convenciones morales baratas, era un individualista convencido y no veía nada malo en el despotismo del dinero que ya se había establecido en Gran Bretaña, condenado por Carlyle en la última parte de su *Revolución francesa*, como la más vil de las tiranías.

El discurso de Bradlaugh me enseñó que un hombre notorio y popular, serio, dotado e intelectualmente honesto además, podía estar cincuenta años adelantado a su tiempo en un aspecto y con otros cincuenta de retraso con respecto a la mejor opinión de su época, en otro. En nuestro gran conflicto actual entre los «pudientes» y los «no pudientes», Bradlaugh no desempeñaba ningún papel. Malgastaba sus inmensos poderes en un ataque vano contra las raíces podridas del árbol del cristianismo, mientras podría haber asimilado el espíritu de Jesús, utilizándolo para dar brillo a su amor por la verdad.

Más o menos para esa época, Kate me escribió diciéndome que no regresaría en varias semanas. Declaró que se sentía otra mujer. Estuve tentado de escribir: «Yo también, quédate tanto como quieras», pero en lugar de eso escribí una carta afectuosa y tentadora, porque descubrí que sentía verdadero cariño por ella.

Cuando regresó semanas después, la vi como si fuera nueva y

desconocida y tuve que volver a ganármela. Pero en cuanto mi mano tocó su sexo, desapareció la extrañeza y se entregó con renovado ardor.

La provoqué para que me explicara lo que sentía y finalmente aceptó.

—Comienza con la primera vez —le rogué— y luego sigue hasta la noche de Kansas.

—Será muy difícil —dijo—. Prefiero escribirlo.

—Esto servirá —contesté, y aquí está la historia que me envió al día siguiente.

«Creo que la primera vez que me poseíste —comenzaba—, sentía más curiosidad que deseo. ¡Tantas veces había intentado imaginarlo! Cuando vi tu sexo quedé estupefacta, porque me parecía muy grande y me pregunté si podrías meterlo en el mío, porque sabía que era apenas lo bastante grande como para meter mi dedo. Pero quería sentirlo dentro de mí y tus besos y el contacto de tu mano en mi sexo me pusieron aún más ansiosa. Cuando deslizaste la cabeza de tu sexo dentro del mío, me dolió terriblemente. Era como un cuchillo, pero por alguna razón el dolor me excitaba y empujé hacia adelante para que entraras más. Creo que fue eso lo que rompió el himen. Al comienzo estaba decepcionada porque no sentía ningún estremecimiento; sólo dolor. Pero cuando mi sexo se mojó y se abrió y el tuyo pudo entrar y salir con facilidad, comencé a sentir verdadero placer. Me gustaba más el movimiento lento. Me excitaba sentir la cabeza de tu sexo tocando los labios del mío y cuando seguiste haciéndolo despacio todo el tiempo, me produjo un deleite que me ahogaba. Cuando te retirabas, quería tenerte dentro. Y cuando más tiempo seguías, más placer me dabas. Mi sexo quedó sensibilizado durante horas. Si lo frotaba, por suavemente que fuera, comenzaba a picar y arder.

»Pero esa noche en el hotel de Kansas realmente te deseaba y el placer que me diste entonces fue más intenso que el de la primera vez. Me besaste y me acariciaste unos minutos y pronto sentí que me mojaba y el botón de mi sexo comenzó a latir. Mientras metías y sacabas tu mango, sentí un placer extraño: cada pequeño nervio del interior de mis muslos y mi vientre parecía estremecerse y retorcerse; era casi una sensación de dolor. Al comienzo no fue tan intensa, pero cuando te detuviste y me hiciste lavar, estaba

sacudida por espasmos cortos y rápidos en los muslos y mi sexo quemaba y latía. Te deseaba más que nunca.

»Cuando volviste a comenzar con esos movimientos lentos, sentí la misma sensación en los muslos y el vientre, sólo que más aguda, y, mientras continuabas, el placer se hizo tan intenso que apenas podía soportarlo. De pronto, frotaste tu sexo contra el mío y mi botón comenzó a latir; casi podía sentir cómo se movía. Luego empezaste a moverte rápido, entrando y saliendo; un instante después, estaba tan ahogada de emoción, tan desmayada y exhausta, que supongo que me quedé dormida unos minutos, porque no me enteré de nada hasta que sentí el agua fría corriendo por mi cara. Cuando recomenzaste me hiciste llorar, tal vez porque estaba bañada en sensaciones y también era demasiado feliz. Ah, el amor es divino, ¿no es verdad?».

Kate pertenecía realmente al tipo más alto de mujer: madre y amante en una. Acostumbraba a bajar y pasar la noche conmigo con más frecuencia que antes y en una de esas ocasiones encontró una palabra nueva para su pasión. Declaró que sentía movérsele el útero de deseo por mí cuando yo estaba en vena de conversación o recitaba poesía en lo que había bautizado su semana santa. Fue Kate quien me enseñó que las mujeres pueden conmoverse más por las palabras que por los hechos. Recuerdo que una vez, mientras hablaba románticamente, me abrazó impulsivamente y nos poseímos con los ojos húmedos.

Otro efecto de la ausencia de Smith fue que me acercó mucho a la señorita Stephens. Pronto descubrí que había heredado lo mejor del cerebro de su padre y mucho de su fortaleza de carácter. Si se hubiera casado con Smith, hubiera hecho algo notable; tal como era, resultaba muy atractiva y culta y estoy seguro de que hubiera sido para él una excelente esposa.

Sólo una vez traté de insinuarle que su dulzura para con él podía dañarlo físicamente, pero la sospecha del reproche la hubiera enojado y evidentemente no podía o no quería comprender lo que quería decirle sin darle una explicación física que seguramente hubiera resentido. Tuve que dejarla con lo que ella hubiera llamado su *daimon*, porque era tan afectadamente pedante como la Princesa de Tennyson o cualquier otra heroína victoriana.

También llegué a conocer bastante bien a su hermano Ned. Era

un joven alto y guapo con hermosos ojos grises. Buen atleta, pero un cerebro vulgar.

El padre era el más interesante de toda la familia, aunque sólo fuera por su prodigiosa vanidad. Tenía noble aspecto: una cabeza grande y hermosa con cabellos de plata, coronando una figura corpulenta bastante más alta que la media. Pese a sus pretensiones de superioridad, encontré limitado su pensamiento, porque aceptaba todas las convenciones familiares americanas, creyendo, o más bien sabiendo, que el pueblo americano, «en especial la buena gente de Nueva Inglaterra, era la sal de la tierra, la mejor gente *que* podía encontrarse».

Su inteligencia queda demostrada por el hecho de que procurara encontrar una razón a este convencimiento.

—El roble inglés es bueno —dijo sentenciosamente un día—, pero el nogal americano es más duro. Esta certeza mía es razonable —agregó—, porque el último período glacial barrió el suelo fértil de Nueva Inglaterra y lo hizo duro de pelar. Y los ingleses que vinieron aquí por problemas de conciencia, eran lo más selecto del viejo país, y durante generaciones se vieron obligados a ganarse la vida con el suelo más pobre y en el peor clima del mundo, rodeados por indios hostiles que aguzaron su combatividad y eliminaron a los débiles y a los inútiles.

Había cierto grado de verdad en lo que decía, pero esto fue lo más cercano a un pensamiento original que jamás le haya escuchado expresar: y su intenso fervor patriótico me hacía dudar de su inteligencia.

Me deleitó descubrir que Smith lo juzgaba de la misma manera.

—Un abogado de primera categoría, creo —fue su juicio—, un hombre amable y sensato.

—Un poco más alto que la media —fue mi interpretación.

—Y aunque está considerablemente por encima de la media en cuanto a volumen, nunca hubiera hecho nada notable en literatura o en el mundo del pensamiento —agregó sonriendo.

A medida que transcurría el año, las cartas de Smith fueron haciéndose más apremiantes y finalmente fui a reunirme con él en Filadelfia.

Nuevas experiencias: Emerson, Walt Whitman, Bret Harte

Smith fue a esperarme a la estación. Estaba más delgado que nunca y la maldita tos lo sacudía con mucha frecuencia pese a las tabletas que el médico le había recetado para que chupara. Comencé a alarmarme y pronto llegué a la conclusión de que el clima húmedo de la ciudad cuáquera era peor para él que el aire delgado y seco de Kansas. ¡Pero él creía en sus médicos!

Se alojaba con una agradable familia puritana en cuya casa me había conseguido habitación y pronto reanudamos la antigua vida. Pero ahora lo vigilaba constantemente e insistía en una rigurosa abstinencia, atando su órgano rebelde todas las noches con un cordel, que era todavía más eficiente (y doloroso) que la tralla. Pero tardaba en mejorar. Pasó un mes antes de que pudiera volver a encontrar en él parte del antiguo vigor, pero poco después la tos disminuyó y comenzó a recuperar su brillante personalidad.

En una de nuestras primeras veladas, le describí la conferencia de Bradlaugh más o menos en los términos en que lo he hecho aquí.

—¿Por qué no lo escribes? —preguntó Smith—. Deberías hacerlo; el «Press» lo publicaría. Me has hecho un extraordinario retrato de un gran hombre, ciego, por decirlo así, de un ojo, como un Cíclope. Si hubiera sido comunista, hubiera sido más grande.

Me arriesgué a disentir y pronto estábamos enredados en la discusión. Yo quería ver ambos principios realizados en la vida, el individualismo y el socialismo, la fuerza centrífuga tanto como la centrípeta, y estaba convencido de que el problema era poner ambas fuerzas en equilibrio, lo que aseguraría una aproximación a la justicia y contribuiría a la felicidad de todos.

Por otra parte, Smith discutió al principio como un comunista y partidario de Marx, pero era demasiado justo como para seguir cerrando los ojos a la evidencia. Pronto comenzó a felicitarme por mi intuición, declarando que había escrito un nuevo capítulo sobre el problema económico.

Su conversión me hizo sentir que por fin pensábamos igual. En cualquier campo en el que su erudición no le diera una ventaja demasiado grande, ya no era su alumno sino su igual, y su pronto reconocimiento del hecho aumentó, creo, nuestro cariño mutuo. Aunque era infinitamente más culto, me destacaba en cualquier reunión con la más rara generosidad, asegurando que yo había descubierto nuevas leyes sociológicas. Vivimos felices durante meses, pero su hegelianismo resistía todos mis ataques. Se correspondía demasiado íntimamente con el profundo idealismo de su carácter.

En cuanto hube escrito la historia de Bradlaugh, Smith me llevó a la oficina del «Press» y me presentó al editor jefe, un tal capitán Forney. En realidad, por lo general llamaban al periódico el «Forney Press», aunque algunos ya hablaban de él como el «Philadelphia Press». A Forney le gustó mi retrato de Bradlaugh y me empleó como periodista en su equipo y como ocasional escritor descriptivo, por cincuenta dólares a la semana, lo que me permitió ahorrar todo el dinero que me llegaba de Lawrence.

Un día Smith me habló de Emerson y confesó que se había conseguido una carta de introducción y la había enviado al filósofo, solicitándole una entrevista. Deseaba que lo acompañase a Concord. Acepté, pero sin ningún entusiasmo. Por entonces Emerson era un desconocido para mí. Smith me leyó parte de su poesía y la alabó mucho, aunque yo saqué poco o nada de ella. Ahora, cuando los jóvenes me demuestran una indiferencia similar, mi propia experiencia me facilita la excusa. ¡No saben lo que hacen! Esa es la explicación y la excusa para todos nosotros.

Un brillante día de otoño, Smith y yo fuimos a Concord, y al día siguiente visitamos a Emerson. Nos recibió de la manera más agradable y cortés, nos hizo sentar y se dispuso a escuchar. Smith comenzó a hablar, diciéndole cómo había influido en su vida y lo había ayudado con su valeroso estímulo. El viejo sonrió benevolente y asintió, exclamando de vez en cuando «¡sí, sí!». Gradualmente, Smith empezó a hablar de su obra y deseó saber por qué Emerson nunca había expresado sus opiniones sociológicas o las relaciones entre capital y trabajo. Una o dos veces, el anciano se llevó la mano a la oreja, pero todo lo que dio fue: «¡Sí, sí!» o «Eso creo», con la misma sonrisa bondadosa.

Imaginé en seguida que era sordo, pero Smith no lo había advertido, porque siguió probando, hablando, mientras Emerson contestaba con naderías agradables totalmente irrelevantes. Estudié al gran hombre con toda mi atención. Parecía tener unos cinco pies y nueve o diez pulgadas, era muy delgado, hasta emaciado, y estaba muy atildadamente vestido. Su cabeza era estrecha, aunque larga; su rostro, huesudo. Una nariz larga, alta, parecida a un pico, era el rasgo más destacado de su fisonomía. Una buena idea de sí mismo, me dije, y considerable fuerza de voluntad, porque el mentón era grande y bien definido. Pero no saqué nada más. De sus ojos grises claros y francos, obtuve una profunda impresión de gentileza y buena voluntad y ¿por qué no decirlo?, hasta de dulzura, como si se tratara de un alma que estaba mucho más allá de los cuidados y luchas de la tierra.

—Un agradable anciano —me dije—, pero sordo como una tapia.

Muchos años más tarde su sordera se transformó para mí en el símbolo y la explicación de su genio. Siempre había vivido «la vida distanciada», manteniéndose intocado por el mundo. ¡Esto explica tanto su parvedad de simpatías como las alturas que alcanzó! Cada vez que oigo mencionar su nombre, recuerdo el rostro estrecho y agradablemente sonriente.

Pero en ese momento estaba indignado con su sordera y malhumorado con Smith porque no la notaba y de alguna manera parecía rebajarse. Cuando salimos, exclamé:

—¡El viejo tonto es sordo como una tapia!

—Ah, entonces esa era la explicación de su sonrisa estereotipada y sus peculiares respuestas —gritó Smith—. ¿Cómo lo adivinaste?

—Se llevó la mano a la oreja más de una vez —respondí.

—Es verdad —exclamó Smith—. ¡Qué tonto, no haber hecho la inferencia obvia!

Creo que fue ese otoño cuando los Gregory se fueron a Colorado. Al principio sentí mucho la ausencia de Kate, pero no había hecho una impresión profunda en mi mente y la nueva vida en Filadelfia y mi trabajo periodístico me dejaban poco tiempo para lamentaciones. Y jamás me escribió, siguiendo sin duda el consejo de su madre, de modo que pronto se borró de mi memoria. Además, Lily era una amante tan interesante como ella y hasta la misma Lily

había empezado a palidecer en mí. La verdad es que en la juventud la fiebre del deseo es una enfermedad que cura pronto mediante la intimidad. Por otra parte, ya estaba detrás de una chica de Filadelfia que durante mucho tiempo me mantuvo alejado. Cuando cedió, descubrí que su cuerpo era vulgar y su sexo tan grande y laxo que no merece ocupar un lugar en esta crónica. Era modesta, si puede decirse así, y ninguna maravilla. Desde entonces he pensado que la modestia es la hoja de parra de la fealdad.

En la primavera de ese año de 1875, tuve que regresar a Lawrence por asuntos relacionados con mis vallas publicitarias. En varios casos, los propietarios de los terrenos se negaban a seguir aceptando las pizarras a menos que les diera una parte razonable de los beneficios. Finalmente, los reuní y llegué a un arreglo amistoso de dividir el veinticinco por ciento de los beneficios entre ellos, año tras año.

También tenía que presentarme a examen para ser admitido en el tribunal. Ya tenía mis primeros papeles de naturalización y el juez Bassett, del tribunal del distrito, nombró como examinadores a los abogados Barker y Hutchings. El examen fue una simple formalidad. Me hicieron tres preguntas cada uno, las contesté y nos fuimos al Eldridge House a cenar. Bebieron champan a mi salud. El juez Bassett me notificó que había aprobado el examen y me dijo que me presentara para mi admisión el veinticinco de junio de 1875, me parece.

Para mi sorpresa, la corte estaba bastante llena. Estaba incluso el juez Stephens, a quien nunca había visto allí. Hacia las once, el juez informó a la audiencia que yo había aprobado satisfactoriamente el examen, obteniendo mis primeros papeles, y que a menos que algún abogado deseara primero hacerme algunas preguntas para probar mi capacidad, proponía mi ingreso en los tribunales. Para mi estupefacción, el juez Stephens se puso de pie.

—Con el permiso de la corte —dijo—, me gustaría hacer algunas preguntas a este candidato que llega con excelentes recomendaciones universitarias.

(Nadie sabía nada sobre mi expulsión, excepto él). Entonces comenzó a hacerme una serie de preguntas que pronto sondearon las profundidades abismales de mi ignorancia. Yo no sabía qué era, en la antigua ley inglesa, una demanda de cuentas. No lo sé ahora y

tampoco deseo saberlo. Había leído cuidadosamente a Blackstone y un libro de leyes romanas, el de Chitty, sobre evidencia y algo sobre contratos. Media docena de libros, eso era todo. Durante las primeras dos horas, el juez Stephens se limitó a exponer mi ignorancia. Era una mañana calurosa y cuando el juez Bassett propuso un receso para almorzar, mi vanidad había sufrido un duro golpe. Stephens aceptó el receso y nos pusimos de pie. Quedé sorprendido cuando Barker, Hutchings y otra media docena de abogados se reunieron a mi alrededor para animarme.

—Stephens se está exhibiendo —dijo Hutchings—. ¡Ni yo podría haber contestado la mitad de sus preguntas!

Hasta el juez Bassett me hizo ir a su oficina y prácticamente me dijo que no tenía nada que temer, de modo que regresé a las dos, resuelto a hacer lo mejor posible y seguir sonriendo a toda costa.

El examen continuó en la corte atestada hasta las cuatro y entonces el juez Stephens se sentó. En esta sesión lo había hecho mejor, pero me había atrapado en un punto insignificante de la ley de evidencia y hubiera podido darme de patadas. Pero entonces se levantó Hutchings, como decano de los examinadores que la corte me había asignado, y dijo simplemente que repetía la opinión que ya había tenido el honor de expresar al juez Bassett: que yo estaba listo y preparado y era persona adecuada para practicar la ley en el estado de Kansas.

—El juez Stephens —agregó— nos ha demostrado cuán profundamente versado es en la ley inglesa, pero algunos de nosotros lo sabíamos ya y en ningún caso debería su erudición constituir un purgatorio de candidatos. Parece —continuó— como si deseara castigar al señor Harris por su superioridad sobre sus compañeros de clase. Las personas imparciales presentes en esta audiencia —concluyó— admitirán que el señor Harris sorteó brillantemente una prueba excesivamente severa, y tengo la agradable tarea de proponer, Su Señoría, que sea admitido en el tribunal ahora, aunque tal vez no pueda practicar hasta que sea ciudadano de pleno derecho, de aquí a dos años.

Todos esperaban que Barker secundara su propuesta, pero mientras este se levantaba, habló el juez Stephens.

—Deseo secundar esa propuesta —dijo—, y creo que debo explicar por qué sometí al señor Harris a un examen severo en la

corte. Desde que llegué a Kansas proveniente de Nueva York, hace veinticinco años, me han solicitado numerosas veces que examinara candidatos. Siempre me negué. No deseaba castigar a los candidatos del oeste, enfrentándolos con nuestras leyes del este. Pero finalmente aparece aquí un candidato que ha merecido honores en la universidad y para quien, por lo tanto, un examen severo en la corte sólo podía resultar una vindicación. Según esto, examiné al señor Harris como si hubiera estado en Nueva York, porque sin duda Kansas también ha llegado a la mayoría de edad y a sus habitantes no puede agradarles que se les trate como a seres inferiores. El asunto —continuó— me recuerda una historia sobre un amante de los perros que se cuenta en el este. El padre se ganaba la vida criando y entrenando *bulldogs*. Un día, obtuvo un cachorro extraordinariamente prometedor. El padre y el hijo acostumbraban acuclillarse, sacudir los brazos frente al cachorro y estimularlo a morder el puño de sus chaquetas, quedando colgado. Una vez, mientras se hallaban en este juego, el cachorro, animado por los constantes elogios, saltó y se colgó de la nariz del padre. Instintivamente, el anciano comenzó a tratar de sacudírselo, pero el hijo exclamó: ¡No lo hagas, padre, por el amor de Dios! ¡Puede resultarte incómodo, pero contribuirá a educar al cachorro! Del mismo modo, pensé que mi examen del señor Harris podría resultarle incómodo, pero contribuiría a su educación.

La corte rugió de risa y yo aplaudí alegremente.

—Deseo, sin embargo —continuó el juez Stephens— mostrarme no como enemigo sino como amigo del señor Harris, a quien conozco desde hace años. Evidentemente, el señor Hutchings piensa que el señor Harris debe esperar dos años para llegar a ser ciudadano de los Estados Unidos. Me alegra poder asegurar, basándome en mi conocimiento de las leyes y estatutos de mi país, que el señor Harris no necesita esperar ni un día. La ley dice que si un menor ha vivido tres años en cualquier estado, puede, al llegar a la mayoría de edad, elegir ser ciudadano de los Estados Unidos. Si el señor Harris quiere ser uno de nosotros, puede ser admitido ya como ciudadano. Y si Su Señoría lo aprueba, puede comenzar a practicar mañana.

Se sentó en medio de grandes aplausos a los cuales me uní de buen grado. De modo que ese día fui admitido a la práctica de la ley

como ciudadano de todo derecho. Por desgracia, cuando pedí mis papeles al empleado del tribunal, me dio únicamente el certificado de mi admisión a la práctica legal en Lawrence, diciendo que como esto sólo podía concederse a un ciudadano, era suficiente.

¡Cuarenta años más tarde, el gobierno de Woodrow Wilson se negó a aceptar esta prueba de mi ciudadanía, obligándome a pasar por muchos problemas para volver a naturalizarme!

Pero en ese momento, en Lawrence, todo era júbilo, y acto seguido alquilé una habitación en el mismo primer piso en el que tenían sus oficinas Barker & Sommerfeld y puse mi placa.

He relatado detalladamente esta historia, porque pienso que demuestra claramente la flexibilidad y la profunda gentileza del carácter americano.

Un par de días después estaba de regreso en Filadelfia.

Creo que fue a finales de este año de 1875 o a principios del siguiente, cuando Smith me llamó la atención sobre un anuncio de que Walt Whitman, el poeta, iba a hablar en Filadelfia sobre Thomas Paine, el famoso infiel quien, según Washington, había hecho más por asegurar la independencia de los Estados Unidos que cualquier otro hombre. Smith decidió ir al mitin, y si Whitman podía rehabilitar a Paine contra los ataques venenosos de los clérigos que afirmaban resueltamente que era un notorio borracho y un libertino, convencería a Forney de que lo dejara escribir una defensa exhaustiva y convincente de Paine en el «Press».

Yo estaba bastante seguro de que jamás se publicaría semejante artículo, pero no deseaba enfriar el entusiasmo de Smith. Llegó el día, uno de esos días espantosos comunes en Filadelfia durante el invierno, con una temperatura de cero grados y la nieve cayendo siempre que se lo permitía el viento huracanado. Por la tarde, Smith decidió finalmente que no debía arriesgarse y me pidió que fuera en su lugar. Acepté gustoso, y empleó varias horas en leerme lo mejor de la poesía de Whitman, subrayando especialmente, recuerdo, «When Lilacs Last in the Dooryard Bloom'd». Me aseguró una y otra vez que Whitman y Poe eran los mayores poetas producidos por los Estados Unidos, diciéndome que esperaba que fuera muy amable con el gran hombre.

Nada podía ser más deprimente que el aspecto del salón esa

noche. Mal iluminado y frío, con tal vez treinta personas dispersas en un espacio que podía acomodar a mil. Esta era la recepción hecha por América a uno de sus más grandes espíritus, aunque este aspecto del asunto no se me ocurrió durante muchos años.

Me senté en el centro de la primera fila, saqué mi carnet de notas y me preparé. Pocos minutos después, Whitman apareció en la plataforma desde la [izquierda] para decir lo que tenía que decir, ni más ni [menos][37]. Caminaba lentamente, con rigidez, y esto me hizo sonreír, porque por entonces no sabía que había tenido un ataque de parálisis y su manera de caminar me parecía una simple pose. Además, sus ropas le quedaban increíblemente mal y no sentaban a su figura. Debe haber tenido unos seis pies de altura y su aspecto era fuerte, y sin embargo usaba una chaqueta corta que se levantaba por detrás de la manera más absurda. Mirado de frente, el cuello blanco de su camisa se abría, descubriendo un mechón de pelos grises, mientras sus pantalones, que se apretaban a sus piernas, no coincidían, con el chaleco y dejaban ver un margen de astrosa camisa blanca. Su apariencia me llenó de desprecio, pobre inglesito esnob que yo era. Me recordaba irresistiblemente a un viejo gallo de Cochinchina que había visto cuando niño, que se paseaba por la granja con el mismo paso lento y rígido y llevaba detrás una cola rala y levantada.

No obstante, una segunda mirada me mostró a Whitman como una bella figura de hombre, con algo fascinante en la perfecta simplicidad de su voz y sus maneras. Arregló sus notas en completo silencio y comenzó a hablar muy lentamente, haciendo frecuentes pausas para encontrar una palabra mejor o para consultar sus papeles. Vacilando y repitiéndose a veces. Evidentemente, se trataba de un conferenciante sin experiencia que despreciaba cualquier apariencia de oratoria. Nos dijo simplemente que en su juventud había conocido muy bien a cierto coronel del ejército que había tenido una relación estrecha con Tilomas Paine. Este coronel le había asegurado más de una vez que las acusaciones hechas sobre los hábitos y el carácter de Paine eran falsas, mero resultado de la intolerancia cristiana. Paine bebía uno o dos vasos de vino durante la comida, como cualquier hombre bien educado de su época, pero era moderado y en los últimos diez años de su vida jamás bebió con exceso, según aseguraba el coronel. Este absolvió también a Paine

de cualquier sospecha sobre la relajación de sus hábitos morales de una manera muy decisiva, hablando de él como un hombre invariablemente correcto, de conversación ingeniosa y vasta información: un compañero muy interesante y agradable. Y según nos aseguró Whitman, el coronel era un testigo impecable, un hombre de honor y escrupulosamente veraz.

Whitman hablaba a un ritmo tan peculiarmente lento, que pude reproducir a mano sus principales frases. Estaba evidentemente decidido a decir exactamente lo que tenía que decir, ni más ni menos, lo que producía una impresión singular de sinceridad y veracidad.

Cuando terminó, subí a la plataforma para tenerlo cerca y hacerlo hablar, si era posible. Le mostré mi tarjeta del «Press» y le pregunté si sería tan amable como para firmar, autentificándolas, las frases sobre Paine que había usado en su discurso.

—¡Sí, sí! —fue todo lo que dijo, pero leyó cuidadosamente la media docena de frases, corrigiendo una palabra aquí y allá.

Le di las gracias y le dije que el profesor Smith, un editor del «Press», me había enviado para hacer un informe Literal de su discurso, porque tenía intención de escribir un artículo sobre Paine, a quien admiraba mucho.

—¡Sí, sí! .—exclamaba Whitman de vez en cuando, mientras sus claros ojos grises absorbían todo lo que le decía. Continué asegurándole que Smith tenía una profunda admiración por él (Whitman), creía que era el mayor poeta americano y lamentaba profundamente no estar lo bastante bien de salud como para salir esa noche y conocerlo personalmente.

—Yo también lo siento —dijo lentamente Whitman—, porque en su amigo Smith debe haber algo grande para estar interesado en Paine y en mí.

—¡Walt Whitman me pareció perfectamente sencillo y honesto, y aun en su autoestima, un gran hombre!

No tenía nada más que decir, de modo que volví de prisa a casa para mostrarle a Smith la firma infantil de Whitman y hacerle una descripción del hombre. La impresión que me produjo Whitman fue de transparente simplicidad y sinceridad. En él no había ni un solo amaneramiento, ni una traza de afectación. Era simplemente un hombre seguro de sí mismo, muy cuidadoso al hablar, pero

totalmente indiferente a la apariencia y, curiosamente, libre de ulterioridades y remordimientos. Un nuevo tipo de personalidad que, por extraño que resulte, ha ido creciendo en mi país y más con el paso de los años y ahora me parece representativa de lo mejor de América, de la enorme alma apacible de ese gran pueblo manifiestamente llamado y elegido para ejercer una influencia cada vez más importante en los destinos de la humanidad. ¡Moriría tranquilo si pudiera creer que la influencia americana sería exactamente tan varonil, verdadera y clara como la de Whitman, pero ay…!

Resultaría difícil transmitir a los lectores europeos una idea exacta del horror y el disgusto con que miraban en ese momento a Walt Whitman en los Estados Unidos, a causa simplemente de sus poemas sexuales de *Hojas de hierba*. Los poemas que podrían objetarse no constituyen más que el cinco por ciento del libro y mi única objeción a ellos es que el amor y el deseo de cualquier hombre normal constituyen mucho más que el cinco por ciento de su vida. Además, la expresión de la pasión es extremadamente controlada. Nada en *Hojas de hierba* puede compararse con media docena de pasajes del Cantar de los Cantares. Piensen en los siguientes versos:

> Yo duermo pero mi corazón vela./ Es la voz del amado que llama: ¡Ábreme, hermana mía, amada mía,/ paloma mía, inmaculada mía!/ Que está mi cabeza cubierta de rocío/ y mis cabellos de la escarcha de la noche…
>
> Mi amado metió su mano/ por el agujero/ y mis entrañas se estremecieron por él.

Y luego las frases[38]: «sus labios son como una hilera de murajes[39]…, su amor como un ejército con banderas[40]», pero el puritanismo americano es incluso más tímido que sus maestros medio ciegos.

En ese momento se decía que Whitman había llevado una vida de extraordinaria permisividad. Los rumores le atribuían media docena de hijos ilegítimos y gustos perversos. Creo que esas afirmaciones son exageradas o, lo que es peor, tan poco fiables como las historias de la ebriedad de Paine. En todo caso, Horace Traubell[41] me dijo más tarde que la vida de Whitman era

singularmente limpia y puede considerarse que su propia carta dirigida a John Addington Symonds[42] lo descarga de la acusación de homosexualidad. Pero me atrevería a jurar que amó más de una vez, y no prudentemente sino demasiado bien, porque de otro modo no se hubiera arriesgado a la reprobación del común. En cualquier caso, fue en su honor que se atrevió, en América, a escribir francamente sobre los goces de la relación sexual. El mismo Whitman nos cuenta que Emerson hizo todo lo posible, durante una larga tarde, para disuadirlo de la publicación de los poemas sexuales, pero por fortuna sus argumentos sólo sirvieron para fortalecer su propósito. Por ciertas quejas posteriores se extrae la conclusión de que el propio Whitman era demasiado ignorante como para prever los atroces resultados que tendría para él y su reputación este atrevimiento, pero la misma ignorancia que le permitió utilizar montones de espantosos neologismos en este caso, lo mantuvo firme en su resolución. Era correcto que hablara francamente de sexo. En consecuencia, habló, desdeñando la mejor opinión de su tiempo. Y estaba justificado. A largo plazo, será claro para todos que de esta manera puso sobre su juicio el sello del Altísimo. ¿Qué podemos pensar y qué pensará la posteridad de la condena hecha por Emerson de Rabelais, a quien se atrevió a comparar con un chiquillo sucio que escribe indecencias en los lugares públicos y luego huye, y de su desdeñosa estimación de Shakespeare como un dramaturgo obsceno, cuando en verdad él era el «conciliador» que Emerson buscaba y no tuvo la inteligencia de reconocer?

Whitman fue el primero de los grandes hombres que escribió francamente sobre el sexo y dentro de quinientos años esta será su distinción singular y suprema.

Smith parecía haber mejorado de manera permanente, aunque por supuesto por el momento estaba decepcionado, porque su cuidadoso panegírico de Paine jamás apareció en el «Press», de modo que un día le dije que tenía que regresar a Lawrence a proseguir con mi trabajo legal, aunque Thompson, el hijo del médico, mantenía en orden mis asuntos personales y me informaba de todo lo qué pasaba. En ese momento, Smith pareció estar de acuerdo conmigo, y estaba a punto de partir cuando recibí una carta de Willie, donde me decía que mi hermano mayor, Vernon,

estaba en el hospital de Nueva York, porque habla intentado suicidarse, y que debía ir a verlo.

Fui en seguida y encontré a Vernon en cama en una sala. El cirujano me dijo que había tratado de dispararse un tiro y que la bala había atravesado la mandíbula en un ángulo tal, que dio la vuelta a su cabeza y la extrajeron por encima de su oreja izquierda.

—Lo aturdió y eso es todo. Puede irse cuando quiera.

La primera mirada me mostró al mismo viejo Vernon.

—Siempre un fracaso, ves, Joe —exclamó—. ¡Ni siquiera pude matarme, aunque lo intenté!

Le dije que ahora me llamaba Frank. Asintió amistosamente, sonriendo.

Lo animé como pude, le conseguí alojamiento, lo saqué del hospital, le encontré trabajo y después de una quincena vi que podía dejarlo con seguridad. Me dijo que lamentaba haber tomado tanto dinero de mi padre.

—Tu parte, me temo, y la de Nita, ¿pero por qué me lo dio? Hace años hubiera podido rehusarse a que lo desplumara, pero yo era un tonto y siempre lo seré en lo que se refiere al dinero. No puedo pensar en el mañana.

Esa quincena me hizo comprender que Vernon sólo tenía el barniz de un caballero. En lo profundo era tan egoísta como Willie, pero sin su capacidad de trabajo. Cuando era niño, lo había sobreestimado mucho, pensando que era noble y culto. Pero la verdadera nobleza, cultura e idealismo de Smith me hicieron ver que Vernon era apenas una imitación. Tenía buenos modales y buen carácter y eso era todo.

A mi regreso a Lawrence, me detuve en Filadelfia sólo para decirle a Smith cuánto le debía, cosa que me había hecho comprender mi asociación con Vernon. Tuvimos una gran noche y luego, por primera vez, me aconsejó que fuera a Europa a estudiar, transformándome en maestro y guía de hombres. Le aseguré que me sobreestimaba a causa de mi excelente memoria verbal, pero declaró que yo tenía una originalidad inconfundible y un juicio imparcial y, sobre todo, una fuerza de voluntad como no había visto nunca.

—Decidas lo que decidas —concluyó— lo realizará porque tienes tendencia a subestimarte.

En ese entonces reí, diciéndole que no imaginaba mi ilimitada vanidad, pero sus palabras y consejos se grabaron en mí y en su momento ejercieron una influencia decisiva y forma dora en mi vida.

Regresé a Lawrence, puse en mi oficina de abogado un sofá-cama y comencé a hacer mis comidas en el Eldridge House. Leía mucho sobre leyes y pronto tuve algunos clientes, «casos difíciles» en su mayor parte, que me enviaban, según descubrí, el juez Stephens y Barker, ansiosos por pasar los asuntos fastidiosos a un principiante.

Una vieja mujer mulata limpiaba nuestras oficinas por algunos dólares mensuales y una noche me despertaron sus gemidos y gritos. Vivía en un desván dos pisos más arriba y evidentemente sufría de indigestión y estaba muy asustada, como le sucede a la gente de color cuando tiene alguna molestia.

—¡Me voy a morir! —me dijo una docena de veces.

La traté con *whisky* y agua caliente, utilizando mi calefacción a gas, y me senté a su lado hasta que finalmente se quedó dormida. Al día siguiente declaró que le había salvado la vida y jamás lo olvidaría.

—¡Nunca, seguro!

Me reí de ella y lo olvidé todo.

Todas las tardes pasaba un rato por el Liberty Hall para mantenerme al tanto de lo que sucedía, aunque dejaba la mayor parte del trabajo a Will Thompson. Un día quedé encantado al descubrir que venía Bret Harte a dar una conferencia. Su tema: «Los argonautas del ’49». Conseguí algunos de sus libros en una librería de la calle Massachusetts, atendida por un lisiado de nombre Crew, me parece, y los leí cuidadosamente. Su poesía no me impresionó demasiado. Simples versos, pensé. Pero *The Outcasts of Poker Flat* y otros cuentos me parecieron casi obras maestras pese a su colorido romántico y sus toques de melodrama. La descripción de Oakhurst, el jugador, me impresionó especialmente. Se recordará que cuando cruzan la «línea divisoria», Oakhurst aconseja al grupo de proscritos que sigan viajando hasta que lleguen a un lugar seguro. Pero no insiste; decide que no tiene sentido, y entonces viene la frase extraordinariamente reveladora de Bret Harte: «Para Oakhurst, la vida era en el mejor de los casos un juego incierto y aceptaba el

porcentaje habitual a favor del que era mano». Hay más humor y comprensión en esta frase que en todo el trabajo de Mark Twain, ridículamente ensalzado.

Una tarde, estando solo en la taquilla del Liberty Hall, entró Rose, tan bonita como siempre. Yo estaba encantado de reanudar nuestra relación y todavía más encantado cuando descubrí que deseaba entradas para la conferencia de Bret Harte.

—No sabía que te interesaba la lectura, Rose —dije un poco sorprendido.

—El profesor Smith y usted le harían leer a cualquiera —exclamó—; en todo caso, usted me inició.

Le di las entradas y la invité a un paseo en calesa al día siguiente. Estaba seguro de gustarle a Rose, pero pronto me sorprendió al desplegar una virtud más enérgica que la que solía encontrar.

Cuando se lo pedí, en la calesa, me besó, pero al mismo tiempo me dijo que los besos no le interesaban mucho.

—Todos los hombres —dijo— persiguen a las chicas por la misma razón. Es desagradable. Todos quieren besos e intentan tocarte y dicen que te aman. Pero no saben amar y yo no deseo vuestros besos.

—Rose, Rose —dije— no debes ser demasiado dura con nosotros. Somos distintos de las chicas. Eso es todo.

—¿Cómo distintos? —preguntó.

—Quiero decir que el simple deseo —dije—, el deseo de besaros y disfrutar de vosotras es lo que primero conmueve al hombre, pero detrás de la lujuria hay con frecuencia mucho afecto y a veces florece una ternura profunda y sagrada. Mientras que la chica comienza con el afecto y después aprende a disfrutar de los besos y las caricias.

—Ya veo —dijo lentamente—. Creo que comprendo. Me alegro de creerlo.

Su profundidad y sinceridad inesperadas me impresionaron y continué.

—Los hombres podemos estar tan hambrientos a veces que comemos con avidez incluso fruta mala, pero eso no quiere decir que no prefiramos la fruta buena, dulce y alimenticia cuando podemos conseguirla.

Me miró a los ojos.

—Ya veo —dijo—, ya veo.

Y luego seguí diciéndole lo hermosa que era y la impresión que me había producido y me aventuré a esperar gustarle un poco, diciéndole que deseaba que fuera buena conmigo y llegara a interesarse en mí. Me sentí infinitamente complacido al descubrir que era la charla adecuada e hice lo que pude, siempre en la misma línea. Tres o cuatro veces por semana la llevaba a pasear en el calesín y al poco tiempo le había enseñado a besar y había conseguido que me confesara que se preocupaba por mí, que, de hecho, me amaba, y poco a poco fue permitiéndome las pequeñas familiaridades del amor.

Un día la llevé temprano a pasear, para hacer un *picnic* y dije:

—Me haré el turco y tú debes atenderme —y me extendí sobre una alfombrilla bajo un árbol.

Ella entró con entusiasmo en el espíritu del juego, me trajo comida y finalmente, mientras estaba de pie cerca de mí, no pude seguir controlándome. Puse la mano bajo su vestido, sobre sus piernas firmes y su sexo, Un instante después, estaba de rodillas a su lado.

—Ámame, Rose —supliqué—, te deseo tanto. ¡Tengo hambre de ti, querida!

Me miró gravemente con los ojos muy abiertos.

—Yo también te amo —dijo—, pero ¡oh!, tengo miedo. ¡Sé paciente conmigo! —agregó, como una niñita.

Fui paciente, pero persistente, y seguí acariciándola hasta que sus labios calientes me dijeron que la había excitado realmente.

Mis dedos me informaron que su sexo era perfecto y sus piernas eran hermosamente firmes y tentadoras. Y hubo en su capitulación la certidumbre de que cedía por cariño, lo que me produjo un estremecimiento difícil de explicar. En seguida la convencí de que viniera al día siguiente a mi oficina. Vino alrededor de las cuatro y yo la besé y acaricié y finalmente, al atardecer, conseguí que se desnudara. Tenía el mejor cuerpo que yo había visto y esto hizo que me gustara más de lo que había creído posible. Pero en cuanto la penetré, descubrí que no era siquiera tan apasionada como Kate, para no mencionar a Lily. Era una amante fría, pero hubiera sido una estupenda esposa, porque era toda abnegación y cariño tierno y

reflexivo. En un rincón de mi corazón, sigo guardando afecto por esa mujer-niña y estoy más bien avergonzado de haberla seducido, porque no servía como juguete o pasatiempo.

Pero, siendo siempre incurablemente el mismo, uno o dos días después poseí a Lily y envié a Rose una selección de libros en lugar de ir a buscarla. Seguí sacándola a pasear una vez por semana hasta que me fui de Lawrence y llegué a estimarla cada vez más.

Lily, por otra parte, había nacido «hija de la vida», para utilizar la expresión de Shakespeare, y procuraba hacerse cada vez más diestra en el juego. Quería saber cuándo y cómo me daba más placer y realmente se esforzaba por excitarme. Además, pronto desarrolló una afición por los sombreros y vestidos y cuando le pagaba un nuevo conjunto, saltaba de alegría. También era una compañerita entretenida, ligera, y con frecuencia descubría pequeñas frases que me divertían. Su objeto preferido de aversión era la señora Mayhew. La llamaba «el Pirata», porque decía que a Lorna sólo le gustaban las «mercaderías robadas» y deseaba que todos los hombres «bajaran la planchada hacia su dormitorio». Lily insistía en que Lorna podía llorar siempre que quisiera, pero que no había en ella afectos reales, y en cuanto a su marido, la llenaba de desprecio.

—Una pareja bien avenida —exclamó un día—, una yegua y un mulo y la yegua en celo, como dicen los hombres, toda mojada… —y frunció disgustada su naricilla.

Durante la conferencia de Bret Harte, tanto Rose como Lily comprendieron que después yo procuraría tener una charla con el gran hombre.

Esperaba obtener muchas cosas de esta conferencia y el agente de Harte había arreglado que el héroe de la velada me recibiría en el Eldridge House después del discurso.

Tenía que ir a buscarlo al hotel y llevarlo al salón. Cuando llamé, me recibió un hombre de tamaño mediano, con una sonrisa más bien agradable y hermosa y ojos introspectivos y pensativos. Harte tenía un traje de etiqueta que sentaba bien a su figura ligera, y como no parecía inclinado a hablar, lo llevé de inmediato a la sala y me apresuré a acomodarme en la parte delantera para ver su entrada. Caminó sencillamente hacia el escritorio, arregló metódicamente sus notas y comenzó a decir en un tono llano de

conversación:

—Los argonautas —y lo repitió—. Los argonautas de 1849.

Observé que en su acento no había el tono nasal del americano, pero pese a mis mejores esfuerzos no puedo hacer un relato de la conferencia, como tampoco puedo hacerlo del hombre. Sólo recuerdo una frase, pero creo que es probablemente la mejor. Refiriéndose a los veteranos que cruzaban las grandes planicies, dijo: «Voy a hablarles de una nueva cruzada, una cruzada sin cruz, un éxodo sin profeta».

Diez años más tarde, en Londres, cuando tenía mayor confianza en mí mismo y una mejor comprensión del talento y el genio, volví a encontrarlo, pero jamás pude sacar nada de valor de Bret Harte, pese al hecho de que entonces y ahora sentía admiración por su indudable talento. En Londres hice todo lo posible por sonsacarlo, por hacerle decir lo que pensaba de la vida, la muerte y el país no descubierto, pero o bien mascullaba algunos lugares comunes o se retiraba a su concha de silencio total, aunque aparentemente reflexivo.

El trabajo monótono y los interludios apasionados de mi vida, fueron repentinamente interrumpidos por un suceso extraño. Un día Barker entró en mi pequeña oficina y se quedó allí, hipando de vez en cuando. ¿Conocía yo algún remedio para el hipo? Sólo sabía que por lo general un sorbo de agua lo detenía.

—¡He bebido toda clase de cosas —dijo—, pero supongo que lo dejaré tranquilo y me iré a casa a descansar, y si continúa llamaré a un médico!

Sólo pude asentir. Al día siguiente supe que estaba peor y guardaba cama. Una semana después, Sommerfeld me dijo que debía ir a ver al pobre Barker, porque estaba seriamente enfermo.

Fui esa misma tarde y quedé horrorizado al ver el cambio. El hipo permanente había sacudido la carne de sus huesos. La piel de su cara estaba fláccida y bajo los delgados pliegues se veía la estructura ósea. Fingí pensar que estaba mejor e intenté alegrarlo, pero ni siquiera intentó engañarse.

—Si no lo pueden parar, él me parará a mí —dijo—, pero nadie supo jamás de un hombre que se muriera de hipo, y todavía no tengo cuarenta años.

Días más tarde llegaron noticias de que había muerto. ¡Ese gran

hombre gordo!

Su muerte cambió mi vida, aunque en ese momento no imaginé que tal cosa podía suceder. Un día me hallaba en la corte defendiendo un caso frente al juez Bassett. Aunque el hombre me gustaba, ese día había conseguido exasperarme contradiciéndome. Planteé mi caso bajo todos los ángulos posibles, pero no cedía y finalmente falló en mi contra.

—Llevaré este caso ante la corte suprema haciéndome cargo de los gastos —dije amargamente— y haré cambiar la decisión.

—Si desea gastar tiempo y dinero —observó agradablemente—, no puedo impedírselo.

Salí de la corte y de pronto encontré a Sommerfeld a mi lado.

—Peleó muy bien ese caso —dijo— y lo ganará en el supremo, pero no debería habérselo dicho a Bassett en su propio…

—¿Dominio? —sugerí, y él asintió.

Cuando llegamos a nuestra planta y giré en dirección a mi oficina, él preguntó:

—¿No querría entrar a fumar un cigarro? Me gustaría conversar con usted.

Los cigarros de Sommerfeld eran invariablemente excelentes, de modo que lo seguí muy gustoso a su oficina grande y tranquila en la parte trasera, que tenía ventanas sobre algunos terrenos vacíos. No sentía curiosidad, porque una charla con Sommerfeld significaba por lo general un rato de fumar silenciosamente. Sin embargo, esta vez tenía algo que decir y lo dijo en forma abrupta.

—Barker se ha ido —observó al aire, y luego—: ¿Por qué no viene aquí y ocupa su lugar?

—¿Cómo su socio? —exclamé.

—Seguro —dijo—. Yo haré los expedientes, como hacia con Barker, y usted los defenderá en la corte. Por ejemplo —agregó con sus lentas maneras— hay una decisión de la suprema corte del estado de Ohio que resuelve su caso de hoy casi con sus mismas palabras, y si la hubiera citado, hubiera convencido a Basett —y se volvió y leyó el informe.

—El Estado de Ohio —continuó— es uno de los cuatro estados que, como usted sabe (yo no lo sabía), han adoptado el código de Nueva York: Nueva York, Ohio, Kansas y California —prosiguió— los cuatro estados que establecen una línea en el continente.

Ninguna de estas cortes contradecirá a la otra. De modo que puede estar seguro del veredicto. Bueno, ¿qué dice? —concluyó.

—Estaré encantado —contesté de inmediato—. En realidad, me siento orgulloso de trabajar con usted. No podía haber deseado nada mejor.

Me tendió la mano en silencio y el asunto quedó arreglado. Sommerfeld fumó un rato sin hablar y después observó como por casualidad:

—Acostumbraba a darle a Barker cien dólares semanales para los gastos de su casa. ¿Le viene bien?

—Perfectamente, perfectamente —exclamé—, sólo espero ganarlos y justificar su buena opinión.

—Aun ahora es usted mejor abogado que Barker —dijo—, pero tiene una desventaja —y vaciló.

—Por favor, continúe —dije—, ¡no tenga miedo! Puedo soportar cualquier crítica y obtener de ella un beneficio… espero.

—Su acento es algo inglés, ¿no le parece? —dijo—. Y eso llena de prejuicios al juez y al jurado, en especial al jurado. Si tuviera el acento de Barker, sería el mejor abogado defensor del estado.

—Aprenderé el acento —exclamé—. Es totalmente cierto. Ya había percibido la necesidad de hacerlo, pero era obstinado. Ahora lo lograré, puedo apostar a que sí. Lo haré en una semana.

Y lo hice. Había en la ciudad un abogado llamado Hoysradt que había tenido una furiosa querella con mi hermano Willie. Tenía el acento del oeste americano más pronunciado que he escuchado en mi vida, y me puse todas las mañanas y todas las noches a imitar el acento de Hoysradt y su manera de hablar. También me impuse como regla utilizar en la vida cotidiana la lenta enunciación del oeste, y una semana después nadie hubiera pensado que no era americano.

Sommerfeld estaba encantado y me dijo que tenía en mí más confianza que nunca. Desde entonces nuestro acuerdo fue perfecto, porque cuanto más lo conocía, más lo estimaba. Era realmente capaz, trabajador, veraz y honesto: un compendio de todas las virtudes, pero tan modesto e inarticulado que resultaba con frecuencia su peor enemigo.

Trabajo profesional y Sophy

Comenzó para mí una época maravillosa. Sommerfeld me liberaba de casi todo el trabajo de oficina. Sólo tenía que elaborar los discursos, porque él preparaba los casos Mis ingresos eran tan elevados que sólo dormía en mi oficina-dormitorio por conveniencia o más bien por libertinaje.

Tenía un calesín y un caballo en una cuadra y acostumbraba a sacar casi todos los días a Lily o a Rose. Como Rose vivía del otro lado del río, me resultó fácil mantenerlas separadas y en realidad ninguna de las dos soñó jamás con la existencia de la otra. Yo tenía una debilidad por Rose. La belleza de su rostro y de su cuerpo me complacían y excitaban, y su pensamiento también se desarrolló velozmente a través de nuestras conversaciones y los libros que le daba. Jamás olvidaré su alegría cuando compré una pequeña librería y se la envié a su casa una mañana, llena de libros que pensé que le gustarían y debía leer.

Por la noche vino directamente a mi oficina, me dijo que era lo que más deseaba y me permitió estudiar sus bellezas una por una. Pero cuando la hice dar la vuelta y besé su trasero, quiso que me detuviera.

—No es posible que te guste o admires eso —fue su veredicto.

—Por supuesto que sí —exclamé, pero me confesé que tenía razón. Su trasero tenía unos hoyuelos adorables, pero era un poco demasiado gordo y el contorno no era perfecto. Uno de sus senos era más bonito que el otro, aunque ambos eran pequeños y sobresalían con una línea audaz. Mi sentido crítico no encontraba nada que objetar a su mata o su sexo: los labios eran perfectos, pequeños y rosados y el clítoris era un botoncito diminuto. Muchas veces deseé que tuviera media pulgada de longitud, como el de la señora Mayhew. Sólo una vez en toda nuestra relación traté de hacerla llegar al clímax, lográndolo sólo a medias. Por lo tanto, acostumbraba simplemente a poseerla para mi goce y sólo de vez en cuando seguía hasta un segundo orgasmo como para entusiasmarla

realmente con el juego amoroso. Rose no era sensual, aunque invariablemente dulce y una excelente compañera. Siempre me ha desconcertado como podía ser tan afectuosa siendo sexualmente fría.

Como ya he dicho, Lily era totalmente distinta. Era un alegre grillo, una digna hija de Venus. De vez en cuando me regalaba con una sensación verdaderamente intensa. Siempre estaba criticando a la señora Mayhew, pero curiosamente se le parecía mucho en muchos sentidos íntimos: una especie de esbozo de la mujer mayor y más apasionada, con la traviesa alegría y el gozo de vivir de un niño.

Pero ahora iba a llegar a mi vida una sensación nueva e intensa. Una noche entró en mi oficina, sin golpear la puerta, una muchacha sin sombrero. Sommerfeld ya se había ido a su casa y yo estaba poniendo en orden mis papeles antes de salir. Quedé sin aliento. Era sorprendentemente guapa, muy morena, con ojos grandes y negros y una figura delgada e infantil.

—Soy Topsy —anunció y se quedó allí sonriendo, como si su nombre fuera suficiente.

—Entra —dije— y siéntate. He oído hablar de ti.

Y era verdad. Era un personaje privilegiado de la ciudad. Viajaba sin pagar en tranvías y trenes. Los que la desafiaban eran «pobre basura blanca», como decía, y siempre había algún hombre dispuesto a pagarle. Jamás vacilaba en ir con quien se lo pidiese y cobraba un dólar o incluso cinco… e invariablemente lo conseguía. Su belleza era tan irresistible como su burlona reserva. A menudo había oído hablar de ella como «esta maldita preciosidad negra», pero no veía señales de características negroides en su pura belleza. Se sentó y dijo con un ligero acento sureño que me agradó:

—¿Su nombre es Harris?

—Sí —contesté sonriendo.

—¿Está aquí en lugar de Barker? —continuó—. Se merece haber muerto de hipo. ¡Pobre basura blanca!

—¿Cuál es su nombre real? —pregunté.

—Me llaman Topsy —contestó—, pero mi verdadero nombre es Sophy, Sophy Vexeridge. Usted fue muy amable con mi madre, que vive arriba. Sí —continuó desafiante—, es mi madre y una madre muy buena, no lo olvide —agregó, meneando despreciativamente la

cabeza ante mi estupefacción.

—Su padre debe haber sido blanco —no pude evitar decir, porque no conseguía identificar a Topsy con la vieja negra por mucho que hiciera. Ella asintió.

—Sí que era blanco; es decir, su piel lo era —y se puso de pie y vagó por la oficina como si le perteneciera.

—Te llamaré Sophy —dije, porque percibía en ella una apasionada rebelión orgullosa. Ella me sonrió encantada.

No sabía qué hacer. No debía acostarme con una chica de color, aunque no encontraba trazas de sangre negra en Sophy y era increíblemente guapa, aun con su sencillo vestido de puntillas. Mientras caminaba por ahí, no pude dejar de observar la gracia de pantera de sus movimientos, y sus senos pequeños se apretaban contra el algodón delgado de una manera provocativa. Cuando se volvió hacia mí, yo tenía la boca seca.

—Puede desvestirme —dijo sonriendo— y me alegraré, porque a mi madre le gustas y yo la quiero… ¡eso sí!

Había algo infantil, directo, hasta inocente en su franqueza que me fascinaba y su belleza brillaba como un sol en la oficina oscurecida.

—Me gustas, Sophy —dije—, pero cualquiera hubiera hecho por tu madre lo mismo que hice yo. ¡Estaba enferma!

—¡Bah! —y rio indignada—. Le mayor parte de los blancos la hubieran dejado morir en las escaleras. Los conozco. Se hubieran enojado con ella por gemir. ¡Los odio! —y sus grandes ojos resplandecieron.

Se acercó a mí.

—Si hubieras sido americano, nunca hubiera venido a ti, ¡nunca! Prefiero morir o ahorrar y robar y pagarte… —la burla de su voz era amarga como el odio. Era evidente que el problema negro tenía ciertos aspectos que yo no había comprendido.

—Pero tú eres distinto —continuó—, así que vine… —e hizo una pausa, levantando su mirada con un ofrecimiento mudo e insistente.

—Me alegro —dije débilmente, rechazando la tentación— y espero que vuelvas pronto y seamos grandes amigos… ¿eh, Sophy? —y le tendí la mano sonriendo pero ella hizo una mueca y me miró con reproche o provocación o desilusión. No pude resistir: tomé su

mano y la atraje hacia mí, besándola en los labios mientras deslizaba la mano derecha sobre su seno izquierdo. Era tan firme como caucho de la India. De inmediato sentí que mi sexo se erguía y latía. La resolución y el deseo luchaban en mi interior, pero yo estaba acostumbrado a hacer prevalecer mi voluntad.

—Eres la muchacha más hermosa de Lawrence —dije—, pero realmente ahora debo irme. Tengo una cita y estoy retrasado.

Ella sonrió enigmáticamente cuando tomé mi sombrero y me fui, sin detenerme siquiera a cerrar la puerta de la oficina.

Mientras caminaba por la calle, mis pensamientos y sentimientos giraban. ¿La deseaba? ¿La poseería? ¿Volvería?

¡Oh, demonios!, las mujeres son verdaderos diablos y los diablos no son tan negros como los pintan. ¿Negra?

Esa noche me despertó un fuerte golpe en la puerta de mi oficina. Di un salto y abrí sin pensar y Sophy entró riendo.

—¿Qué pasa? —exclamé, todavía medio dormido.

—Me cansé de esperar —contestó con descaro— así que vine.

Estaba a punto de reprochárselo, cuando gritó:

—Tú vé a la cama —y tomó mi cabeza entre sus manos y me besó.

Mi resistencia cedió.

—¡Ven rápido! —dije, metiéndome en la cama y mirándola desvestirse. En un abrir y cerrar de ojos estaba en camisa.

—Supongo que esto bastará —dijo con coquetería.

—Por favor, quítatela —pedí y un minuto después estaba entre mis brazos, desnuda. Cuando toqué su sexo, me pasó los brazos por el cuello, besándome ávidamente. Para mi sorpresa, su sexo estaba bien formado y era muy pequeño. Siempre había oído decir que los negros tienen genitales mucho más grandes que los blancos. Pero los labios del sexo de Sophy eran gruesos y duros.

—¿Te han poseído alguna vez, Sophy? —pregunté.

—¡No, señor! —contestó—. Me gustaste porque no me perseguiste y eras tan amable y pensé que como seguro tenía que hacerlo alguna vez, prefería que me tuvieras tú antes que otro cualquiera. No me gustan los hombres de color —agregó— y los blancos me miran con desprecio y yo… te amo —susurró, ocultando su cabeza en mi cuello.

—Al principio te haré sufrir, Sophy, me temo —comencé, pero

ella barrió con mis escrúpulos.

—Hazlo, no me importa. Si te doy placer estaré satisfecha —y abrió las piernas, estirándose cuando me tendí sobre ella, un instante después, mi sexo acariciaba su clítoris y ella misma levantó las rodillas y de pronto, con un solo movimiento, metió, mi sexo en el suyo, contra su himen. No vaciló. Se movió ágilmente contra mí y un momento después había forzado la entrada y estaba en ella. Esperé un poco y luego comencé a hacerle el amor. En seguida, Sophy comenzó a seguir mis movimientos, levantando su sexo cuando yo entraba y bajándolo para retenerme cuando yo me retiraba. Incluso cuando apresuré los movimientos, mantuvo el ritmo, dándome el placer más intenso, sin detenerse, y cuando me corrí y mi semen salió a chorros en su interior, el músculo de su vagina apretó mi miembro, intensificando la sensación hasta hacerla casi dolorosa. Incluso me besó más apasionadamente que cualquier muchacha, lamiendo con su lengua ardiente la parte interior de mi boca. Cuando recomencé los lentos movimientos de entrada y salida, me siguió perfectamente y esa manera que tenía de mantener su sexo contra el mío cuando yo me retiraba, apretándolo al mismo tiempo, me excitaba furiosamente. Pronto comenzó a apresurar los golpes por impulso propio, mientras me apretaba hasta que ambos volvimos a perdernos en un éxtasis.

—Eres una perfecta maravilla —grité, jadeando a mi vez—, ¿pero cómo aprendiste tan pronto?

—Te amo —dijo— así que hago lo que pienso que te gusta y entonces me gusta a mí también, ¿ves?

Y su hermoso rostro resplandeció contra el mío.

Me levanté para enseñarle el uso de la jeringa y descubrí que estábamos en un baño de sangre. En un instante quitó la sábana.

—La lavaré por la mañana —dijo riendo, haciendo con ella una pelota y arrojándola a un rincón. Levanté la luz de gas. Nunca había visto un cuerpo más seductor. Su piel era morena, es cierto, pero no más que la de una italiana o una española, y sus formas ejercían sobre mí una atracción extraña. Los senos, pequeños, firmes y elásticos, eran provocativos; sus caderas, sin embargo, eran incluso más estrechas que las de Lily, aunque las nalgas eran redondas. Las piernas también eran redondeadas; ni señales de las piernas derechas de los negros. Hasta los pies eran esbeltos y muy

arqueados.

—¡Eres la muchacha más adorable que he visto! —exclamé, mientras la ayudaba a introducirse la jeringa y lavarse.

—Eres mi hombre —dijo orgullosamente— y quiero mostrarte que puedo amar mejor que cualquier basura blanca. ¡Lo único que hacen es darse aires!

—Tú eres blanca —grité—. ¡No seas absurda!

Sacudió su cabecita.

—Si supieras, —dijo—. Cuando era una niña, una chica, los viejos, los mejores de la ciudad, tenían la costumbre de decirme palabras sucias en la calle y trataban de tocarme… ¡bestias!

Quedé sin aliento. No había tenido idea de tanto desprecio y persecución.

Cuando estuvimos otra vez en la cama, pregunté:

—Dime, Sophy, querida, ¿cómo aprendiste a moverte al mismo tiempo que yo y producirme esos estremecimientos?

—¡Ja! —gritó, riendo complacida—. Es fácil. Tenía miedo de no gustarte, así que esta tarde fui a ver a una negra vieja muy sabia y le pregunté cómo había que hacer para que un hombre te amara realmente. Me dijo que me metiera en cama contigo e hiciera eso — y sonrió.

—¿Nada más? —pregunté.

Sus ojos brillantes se abrieron.

—¡Sí! —gritó—. ¡Si quieres amarme otra vez, te mostraré!

Un instante después, estaba en ella y esta vez mantuvo el ritmo incluso mejor que al principio, y de algún modo los labios gruesos y firmes de su sexo parecieron excitarme más de lo que me había excitado nunca en mi vida. Instintivamente, creció en mí la lujuria y me apresuré y cuando comencé con los golpes rápidos y cortos, de pronto pasó sus piernas alrededor de mí y cerrándolas mantuvo mi sexo en un apretón firme y entonces comenzó a «ordeñarme» —no encuentro una palabra más conveniente— con extraordinaria habilidad y velocidad, de modo que un momento después yo estaba jadeando y ahogándome a causa de la intensidad de la sensación y mi semen salió a chorros ardientes mientras ella continuaba con ese movimiento incansable, infatigable.

—Qué maravilla eres —exclamé en cuanto recuperé el aliento—, la mejor compañera de lecho que he tenido. ¡Eres hermosa, querida!

Resplandeciente de orgullo, pasó sus brazos por mi cuello y me montó como lo había hecho Lorna Mayhew. ¡Pero qué diferencia! Lorna estaba tan preocupada con la gratificación de su propia lujuria, que a menudo olvidaba mis sentimientos y sus movimientos eran extremadamente torpes. Pero Sophy sólo pensaba en mí y mientras Lorna estaba siempre deslizando mi sexo fuera de ella, Sophy se sentó encima mío y empezó a balancear su cuerpo hacia atrás y hacia adelante, levantándolo un poco cada vez que se movía, de modo que mi sexo adquirió una especie de movimiento doble, atrapado entre sus labios gruesos y duros. Cuando sintió que iba a correrme, hizo una especie de movimiento rotatorio nuevo, repitiéndolo una docena de veces, y luego, volvió a balancearse, de modo que me extrajo el semen, por decirlo así, produciéndome sensaciones indescriptiblemente agudas, casi dolorosas. Yo estaba sin aliento, estremeciéndome ante cada movimiento suyo.

—¿Has sentido algún placer, Sophy? —pregunté en cuanto estuvimos tendidos otra vez.

—¡Sí! —dijo sonriendo—. Eres muy fuerte. ¿Y tú —preguntó— sentiste placer?

—¡Gran Dios! —grité—. ¡Sentía como si los pelos de la cabeza bajaran como un ejército por mi columna vertebral! ¡Eres extraordinaria, querida!

—Guárdame contigo, Frank —susurró—. Si me quieres, haré cualquier cosa, todo. Nunca pensé que tendría un amante como tú. Oh, esta nena está muy contenta de que te gusten sus pechos y su sexo. Tú me enseñaste esa palabra, en lugar de la que usan los blancos. ¡«Sexo» es una buena palabra, muy buena! —canturreó encantada.

—¿Cómo lo llama la gente de color? —pregunté.

—Palomita —contestó sonriendo—. Palomita. Buena palabra también, ¡muy buena!

Muchos años después, escuché contar una historia americana que me recordó vívidamente la actuación de Sophy.

Un ingeniero, padre de una bonita muchacha, tenía un asistente de extraordinarias cualidades como maquinista y que era tranquilo y bien educado. El padre presentó el ayudante a su hija y pronto quedó arreglado el matrimonio. Sin embargo, después del casamiento el yerno se apartó y el suegro procuró en vano descubrir

las razones de este alejamiento. Finalmente, se lo preguntó audazmente a su yerno.

—Mi intención era buena, Bill —comenzó a decir con total seriedad—, pero si he cometido un error, lo lamento. ¿No era buena la mercadería? ¿No era virgen?

—¡No me importa nada! —replicó Bill frunciendo el ceño.

—¡Sé justo conmigo, Bill! —gritó el padre—. ¿No era virgen?

—¿Cómo podría saberlo? —exclamó Bill—. Lo único que puedo decir es que jamás había conocido a una virgen que hiciera esos movimientos laterales.

Sophy fue quien me enseñó esos movimientos y ¡era indudablemente virgen!

Como amante, Sophy era la perfección de lo perfecto y las líneas largas y las curvas ligeras de su hermoso cuerpo llegaron a constituir para mí el punto más alto del tipo de mujer dispensadora de placer.

Primero Lily y después Rose quedaron atónitas y tal vez un poco heridas ante el súbito enfriamiento de mi pasión por ellas. De vez en cuando sacaba a pasear a Rose o le enviaba libros y poseía a Lily en cualquier lugar y en cualquier momento, pero ninguna de ellas podía compararse a Sophy como compañera y hasta su charla comenzó a fascinarme cuanto más la conocía. Había aprendido la vida en la calle, primero el lado más animal, pero era sorprendente la velocidad con la cual crecía su comprensión. ¡El amor es el único maestro mágico! En una quincena, su manera de hablar era mejor que la de Lily. Un mes después, hablaba tan bien como cualquiera de las muchachas americanas que había poseído. Su deseo de saber y su capacidad de esponja para la adquisición de conocimientos, me sorprendían siempre. Tenía un cuerpo más hermoso incluso que el de Rose y diez veces más seductor que Lily. Jamás vaciló en tomar mi sexo en su mano y acariciarlo. Era una hija de la naturaleza, audaz con una audacia animal, y además se permitía mil familiaridades encantadoras. Sólo tenía que insinuar un deseo para que se apresurara a gratificarlo. Sophy era una perla entre las mujeres que conocí en esta primera etapa de desarrollo y sólo desearía poder transmitir al lector una sugerencia de sus caricias singulares y arrobadoras. Mi admiración por ella me limpió de todo posible desdén que de otro modo podría haber sentido por el pueblo

negro, y me alegro, porque, en caso contrario, hubiera podido cerrar mi corazón al pueblo indio, perdiéndome así la parte mejor de mi experiencia vital.

Hice que un gran artista hiciera un esbozo de su espalda. Transmite algo del extraño vigor y de la fuerza llena de nervio de su cuerpo maravillosamente firme.

Pero estaba escrito que cada vez que conseguía tranquilidad y contento, el destino mezclaba las cartas y me tocaba otra mano.

En primer lugar, llegó una carta de Smith, diciéndome que había tenido una polución una noche y había cogido un resfriado severo. Entonces había vuelto la tos y estaba perdiendo peso y ánimos. Había llegado también a la misma conclusión que yo en el sentido de que el aire húmedo de Filadelfia le hacía daño y ahora los médicos empezaban a incitarlo a trasladarse a Denver, Colorado, porque los mejores especialistas estaban de acuerdo en que el aire de montaña era el más apropiado para su trastorno pulmonar. Si yo no podía ir, debía enviarle un cable y entonces él se detendría en Lawrence para verme; tenía mucho que decir…

Un par de días después llegaba al Eldridge House y fui a verlo. Su aspecto me impresionó. Parecía un espectro y los grandes ojos ardían como lámparas en la cara blanca. Supe inmediatamente que estaba condenado y apenas pude retener las lágrimas.

Pasamos todo el día juntos, y cuando supo cómo transcurrían mis días, con lecturas y charlas ocasionales y sesiones nocturnas con Topsy, me instó a abandonar la abogacía e irme a Europa, para hacer de mí un verdadero erudito y pensador. Pero yo no podía renunciar a Sophy y a mi vida extremadamente agradable. De modo que me resistí, le dije que me sobreestimaba. Me sería fácil transformarme en el mejor abogado del estado, dije, y hacer mucho dinero y luego regresar a Europa y también estudiar.

Me advirtió que debía elegir entre Dios y Mamóm; yo contesté frívolamente que Mamóm y mis sentidos me daban muchas cosas que Dios me negaba.

—Los serviré a ambos —grité, pero él sacudió la cabeza.

—Estoy terminado, Frank —dijo por fin—, pero lamentaría menos irme si supiera que tú emprenderás el trabajo que esperé poder realizar alguna vez. ¿No lo harás?

No pude resistirme a su ruego.

—Está bien —dije, después de tragarme las lágrimas—, dame unos meses y me iré, primero a dar una vuelta por el mundo y después a Alemania, a estudiar.

Me atrajo hacia él y me besó en la frente. Lo sentí como una suerte de consagración.

Un día después tomó el tren a Denver y me sentí como si el sol hubiera desaparecido de mi vida.

En esa época tenía poco que hacer en Lawrence, excepto leer, y comencé a pasar un par de horas diarias en la biblioteca de la ciudad. La señora Trask, la bibliotecaria, era viuda de uno de los primeros pobladores que había sido brutalmente asesinado durante el motín Quantrell, en el que los bandidos de Missouri «acribillaron» a la ciudad de Lawrence en un último intento por transformar a Kansas en un estado esclavista.

La señora Trask era una mujercita más bien bonita, a quien habían hecho bibliotecaria como compensación por la pérdida de su marido. Conocía bien la literatura americana y con frecuencia seguí su consejo en la elección de libros. Yo le gustaba, creo, porque era invariablemente gentil conmigo y le debo muchas horas agradables y alguna instrucción.

Después que Smith se hubo ido al oeste, empecé a pasar cada vez más tiempo en la biblioteca, porque mi trabajo legal se facilitaba continuamente. Un día, alrededor de un mes después de la partida de Smith, entré en la biblioteca y no pude encontrar nada atractivo para leer. En ese momento pasó la señora Trask.

—¿Qué puedo leer? —le pregunté.

—¿Ha leído algo de eso? —preguntó, señalando la edición de Bohn de las obras de Emerson, en dos volúmenes—. ¡Es bueno!

—Lo vi en Concord —dije— pero era sordo y no me causó mucha impresión.

—Es el más grande pensador americano —contestó y debe leerlo.

Automáticamente, tomé el volumen y se abrió en la última página de los consejos de Emerson a los estudiantes de Dartmouth College. Llevo en la memoria cada palabra. Puedo ver la página izquierda y volver a leer el mensaje divino. No necesito pretextos para citarlo casi palabra por palabra:

> Caballeros, me he aventurado a ofreceros estas consideraciones

> sobre el lugar y la esperanza del estudioso, porque he pensado que estando, como muchos de vosotros, en el umbral de este Colegio, ansiosos y preparados para salir y asumir tareas públicas y privadas en vuestro país, no lamentaríais que os impusiesen de esos deberes primordiales del intelecto de los que poco oiréis de labios de vuestros nuevos compaña ros. Todos los días escucharéis las máximas de la prudencia rastrera. Oiréis decir que el deber más importante es adquirir tierra y dinero, lugar y nombre. «¿Qué es esa Verdad que buscáis? ¿Qué es esa belleza?», preguntarán los hombres, en tono burlón. Sin embargo, si Dios os ha llamado para explorar la verdad y la belleza, sed audaces, sed firmes, sed honestos. En el momento en que digáis: «Como hacen otros, así haré yo; renuncio, y lo siento, a mis visiones tempranas; debo comer el fruto de la tierra y dejar las expectativas románticas y de conocimiento para otro momento…», entonces muere en vosotros el hombre; entonces mueren una vez más los retoños del arte y la poesía y la ciencia, como han muerto ya en miles y miles de hombres. La hora de esa elección es la crisis de vuestra historia; ved de manteneros fieles al intelecto. Es el temperamento dominante del mundo sensual el que crea la extremada necesidad de sacerdotes de la ciencia… Contentaos con un poco de luz, en la medida en que sea vuestra. Explorad y explorad. Que no os saquen con engaños o alabanzas de vuestra posición de investigación perpetua. No dogmaticéis ni aceptéis el dogmatismo de otros. ¿Por qué iríais a renunciar a vuestro derecho de atravesar los desiertos de la verdad, iluminados por las estrellas, en beneficio de las comodidades prematuras de un acre, una casa y un granero? La verdad también tiene su techo, su cama y su alimento. ¡Haceos necesarios para el mundo y la humanidad os dará pan, aunque no sea en gran cantidad, y no obstante de modo tal que no os podrá quitar vuestra propiedad en el afecto de los hombres, en el arte, en la naturaleza y en la esperanza[43]!

La verdad de esto me impresionó. «¡Entonces mueren los retoños del arte y la poesía y la ciencia, como ya han muerto en miles y miles de hombres!». Esto explica por qué no había un Shakespeare ni un Bacon ni un Swinburne en América donde, según la población y la riqueza, deberían haber habido docenas.

Resplandeció en mí la comprensión de la verdad: que era precisamente porque aquí era fácil hacerse rico, que esto ejercía una atracción incomparable y en su prosecución «morían miles y miles» de espíritus dotados que de otro modo hubieran inspirado a la humanidad realizaciones nuevas y más nobles.

La pregunta se imponía: ¿Iba a hundirme en la gordura, a revolearme en la sensualidad, a degradarme por una pasión nerviosa?

¡No! —me dije—. ¡Mil veces no! ¡Iré y buscaré los desiertos de la Verdad iluminados por las estrellas o moriré en el camino!

Cerré el libro y, con él y el segundo volumen en la mano, me acerqué a la señora Trask.

—Quiero comprar este libro —dije—. Hay en él un mensaje para mí que no debo olvidar nunca.

—Me alegro —dijo la dama, sonriendo—. ¿Cuál?

Le leí una parte del pasaje.

—Ya veo —exclamó—, ¿pero por qué quiere los libros?

—Quiero llevármelos conmigo —dije—. Tengo intención de abandonar Lawrence de inmediato e ir a Alemania a estudiar.

—¡Dios bendito! —exclamó—. ¿Cómo podría hacer eso? Pensé que era socio de Sommerfeld. ¡No se puede ir en seguida!

—Debo hacerlo —dije—. El suelo hierve bajo mis pies. Si no me voy ahora, no me iré nunca. Mañana estaré fuera de Lawrence.

La señora Trask levantó los brazos al cielo y se enfrentó conmigo: esas decisiones rápidas eran peligrosas, ¿por qué iba a tener tanta prisa?

Lo repetí una y otra vez.

—Si no me voy ahora, no me iré nunca. El innoble placer irá haciéndose cada vez más dulce y gradualmente me hundiré y me ahogaré en el lodo de miel de la vida.

Por fin, viendo que era inflexible y estaba resuelto, me vendió los libros y después agregó, algo vacilante:

—¡Casi desearía no haberle recomendado a Emerson! —y la querida dama parecía angustiada.

—¡No tiene por qué lamentarlo! —exclamé—. La recordaré mientras viva por eso y siempre le estaré agradecido. El profesor Smith me dijo que tenía que irme, pero hada falta la palabra de Emerson para darme el empujón decisivo. ¡Los retoños de la poesía, la ciencia y el arte no morirán en mí como «ya han muerto en miles y miles de hombres!». ¡Gracias a usted! —agregué afectuosamente —, muchísimas gracias. Ha sido el mensajero de la buena fortuna.

Le estreché las manos, quise besarla, pero temí tontamente ofenderla de modo que me conformé con un largo beso en la mano

y me fui inmediatamente a ver a Sommerfeld.

Estaba en la oficina y allí mismo le conté toda la historia: cómo Smith había tratado de convencerme y cómo había resistido yo hasta encontrar esta página de Emerson, que me había convencido.

—Lamento dejarlo en el brete —expliqué—, pero debo irme en seguida.

Me dijo que era una locura. Podía estudiar alemán allí, en Lawrence. Él me ayudaría con mucho gusto.

—No debe desperdiciar un modo de vida sólo por una palabra —exclamó—. Es una locura. ¡Jamás escuché una decisión más demencial!

Discutimos durante horas. No pude convencerlo y él tampoco persuadirme. Hizo lo que pudo porque me quedase al menos dos años, para marcharme luego con los bolsillos llenos.

—Puede perder dos años —exclamó.

—Ni siquiera dos días —respondí—. Tengo miedo de mí mismo.

Cuando supo que deseaba el dinero para dar en primer lugar una vuelta al mundo, vio una oportunidad de retraso y dijo que debía darle un poco de tiempo para ver cuánto correspondía. Le dije que confiaba totalmente en él (lo que era cierto) y que sólo podía darle el sábado y el domingo, porque me iría como muy tarde el lunes. Finalmente cedió y fue muy amable conmigo.

Compré un vestido y un sombrerito para Lily y muchos libros y una esclavina de chinchilla para Rose. A la mañana siguiente le di la noticia a Lily, dejando a Rose para la tarde. Para mi sorpresa, tuve más problemas con Lily. No quería atender a razones.

—No es razonable —gritó una y otra vez y después rompió a llorar—. ¿Qué será de mí? —sollozó—. ¡Siempre esperé que te casarías conmigo —confesó por fin—, y ahora te vas por nada… nada… una aventura estúpida…!, a estudiar —agregó en tono desdeñoso—, ¡cómo si no pudieras estudiar aquí!

—Soy demasiado joven como para casarme, Lily —dije— y…

—No eras demasiado joven como para hacer que te amara —me interrumpió—, ¿y qué haré yo ahora? Hasta mamá decía que debíamos prometernos y te quiero tanto… oh… oh… —y volvió a derramar lágrimas.

Al final no pude evitar decirle que volvería a pensarlo y le diría algo y me fui a ver a Rose. Rose me escuchó en completo silencio y

luego, mirándome a los ojos con afecto, dijo:

—Sabes, a menudo he temido una decisión como esta. Me he preguntado uno docena de veces por qué irías a quedarte aquí. El ancho mundo te llama, y si yo me siento inclinada a odiar mi trabajo porque no me permite estudiar, ¿cómo se sentirá él en esa horrible corte día tras día? ¡Siempre supe que te perdería, querido! —agregó—, pero fuiste el primero en enseñarme a pensar y a leer, de modo que no debo quejarme. ¿Te vas pronto?

—El lunes —dije, y sus queridos ojos se ensombrecieron y le temblaron los labios.

—¿Escribirás? —preguntó—. ¡Por favor, hazlo, Frank! No importa lo que suceda, jamás te olvidaré. Me has ayudado, me has animado más de lo que puedo explicar. ¿Te dije que he conseguido trabajo en la librería de Crew? Cuando dije que tú me habías enseñado a amar los libros, se alegró y dijo: «Si llega a conocerlos tan bien como él o por lo menos la mitad de bien resultará valiosísima». De modo que ya ves, sigo tus pasos, así como tú sigues los de Smith.

—¡Si supieras cuánto me alegro de saber que realmente te he ayudado y no te he herido, Rose! —dije tristemente, porque la voz acusadora de Lily seguía resonando en mis oídos.

—No podrías herir a nadie —exclamó, casi como si adivinara mis remordimientos—. Eres tan gentil y amable y comprensivo.

Sus palabras fueron un bálsamo para mí; me acompañó hasta el puente, donde le dije que por la mañana tendría noticias mías. Quería saber lo que pensaría de los libros y la esclavina. Lo último que vi de ella fue su mano alzada, como si me bendijera.

Reservé la mañana del domingo para Sommerfeld y mi amigo Will Thomson y el resto del día para Sophy.

Sommerfeld llegó a las oficinas antes de las nueve y me dijo que la firma me debía tres mil dólares. Yo no quise tomarlos. No podía creer que tuviera intención de ir a medias conmigo, pero él insistió y me pagó.

—No estoy de acuerdo con su súbita determinación —dijo—, tal vez porque fue súbita, pero no dudo que saldrá bien en todo lo que intente. Déjeme saber de usted de vez en cuando y si alguna vez necesita un amigo, ya sabe dónde encontrarme.

Cuando nos estrechamos las manos comprendí que partir podía

ser tan doloroso como desgarrarse la carne.

Descubrí que Thompson estaba ansioso por quedarse con las vallas y ocupar mi puesto en el Liberty Hall. Había llevado consigo a su padre y después de mucho regatear le transferí todo por tres mil quinientos dólares. De modo que después de cuatro años de trabajo tenía exactamente la misma cantidad de dinero que había tenido en Chicago cuatro años antes.

Comí en Eldridge House y regresé a la oficina para ver a Sophy, que estaba destinada a sorprenderme incluso más que Lily y Rose.

—Voy contigo —anunció fríamente— si no te avergüenza llevarme. Vas a Frisco… tan lejos —suplicó, adivinando mi sorpresa y mis pocas ganas.

—Por supuesto, estaré encantado —dije—, pero…

Sencillamente, no podía decirle que no.

Ella canturreó de alegría y sacó su bolso.

—Tengo cuatrocientos dólares —dijo orgullosamente— y eso puede llevar muy lejos a esta nena.

Hice que guardara el dinero y me prometiera que mientras estuviéramos juntos no gastaría un céntimo, y después le dije cómo deseaba vestirla cuando llegáramos a Denver, porque deseaba detenerme un par de días allí para ver a Smith, quien había escrito expresando su aprobación y agregando, para alegría de mi corazón, que estaba mucho mejor.

El lunes por la mañana, Sophy y yo salimos hacia el Oeste. Había tenido el tacto de ir primero a la estación, de modo que nadie unió nunca nuestros nombres en Lawrence. Sommerfeld y el juez Bassett fueron a despedirme y a desearme buena suerte. Así llegó a su fin la segunda etapa de mi vida.

Sophy era una compañera vivaz y dulce. Después de salir de Topeka entró audazmente en mi compartimiento y ya no se separó de mí. ¿Puedo confesarlo? Hubiera preferido que se quedara en Lawrence. Deseaba la aventura de la soledad y había en el tren una muchacha cuyos grandes ojos sostenían mi mirada cuando pasaba junto a su asiento. Y pasaba mucho. Si Sophy no hubiera estado conmigo, habría hablado con ella.

Cuando llegamos a Denver, fui a ver a Smith, dejando a Sophy en el hotel. Lo encontré mejor, pero adiviné que la maldita enfermedad sólo estaba tomándose un respiro, por decirlo así, antes

del asalto final. Regresó conmigo a mi hotel y en cuanto vio a Sophy declaró que debía regresar con él. Había olvidado algo que quería darme. Yo le sonreí a Sophy, a quien Smith trataba con mucha cortesía, y lo acompañé. En cuanto estuvimos en la calle, Smith comenzó a hablar horrorizado.

—Frank, es una chica de color. Debes dejarla de inmediato o te crearás terribles problemas más adelante.

—¿Cómo supiste que era de color? —pregunté.

—Mira sus uñas —gritó— y sus ojos. Ningún sureño lo dudará un momento. ¡Debes dejarla ahora, por favor!

—Nos separaremos en Frisco —dije. Y cuando me instó a que la enviara a su casa de inmediato, me negué. No la avergonzaría así y aun ahora estoy seguro de haber actuado correctamente.

Smith lo lamentaba, pero fue amable conmigo y así nos separamos para siempre.

Había hecho por mí más que cualquier otro hombre y hoy, después de cincuenta años, sólo puedo confesar mi inmensa deuda para con él y lágrimas ardientes vienen a mis ojos, como vinieron cuando nos estrechamos las manos por última vez. Era el hombre más querible, más dulce, más noble que he encontrado en esta peregrinación terrestre. *Ave atque vale*.

A medida que se aproximaba el momento de la partida del barco, Sophy fue poniéndose pensativa. Le conseguí un bonito vestido color maíz que destacaba su belleza, como la dorada luz del sol la de un hermoso bosque, y cuando me dio las gracias y me abrazó, quise meter la mano bajo sus ropas, porque hizo una observación picara que me divirtió y me recordó que el día anterior habíamos viajado todo el día y no la había poseído. Para mi sorpresa, me detuvo.

—No me he lavado todavía —explicó.

—¿Te lavas tan a menudo?

—Sí —replicó, observándome.

—¿Por qué? —pregunté, buscando su mirada.

—Porque tengo miedo de oler a negra —barbotó apasionadamente.

—¡Qué tontería! —exclamé.

—Ninguna tontería —me contradijo, enojada—. Una vez mi madre me llevó a la iglesia de los negros y estuve a punto de

ahogarme. Nunca volví a ir, no podría. Cuando se calienta, hiede…, ¡puah! —y sacudió la cabeza e hizo una mueca de disgusto y desprecio.

—Por eso vas a dejarme —agregó después de una larga pausa, con la voz ahogada por las lágrimas—. Si no fuera por esa maldita sangre negra, nunca te dejaría. Seguiría contigo como tu sirvienta o algo. ¡Ah, Dios, cómo te amo y qué sola estará esta Topsy! —y las lágrimas rodaron por su rostro tembloroso—. Si sólo fuera toda blanca o toda negra —sollozó—. ¡Soy tan desdichada!

Mi corazón sangró por ella. Si no hubiera sido por el recuerdo del desdén de Smith, hubiera cedido, llevándola conmigo. Tal como fueron las cosas, sólo pude intentar consolarla.

—Un par de años, Sophy, y estaré de regreso —dije—. Pasan pronto. Te escribiré a menudo, querida.

Pero Sophy sabía y la última noche se superó a sí misma. Hacía calor y nos acostamos temprano.

—¡Es mi noche, querido! —dijo—. ¡Déjame que te muestre! No querría que fueras detrás de ninguna blanca de estas islas, hasta que llegues a China y no irás con esas chicas amarillas, de ojos rasgados… por eso te amo tanto, porque te guardas para las que te gustan… pero eres malo y te gustan muchas, ¡mi hombre! —y me besó con pasión. Me dejó poseerla casi sin responder, pero después del primer orgasmo apretó mi sexo y me ordeñó y después, montándome, me hizo estremecer una y otra vez hasta que quedé sin hablar y, como dos niños, nos quedamos dormidos uno en brazos del otro, llorando por la partida de la mañana siguiente.

Dije adiós en el hotel y fui solo a bordo del buque, con los ojos fijos en el Golden Gate, en el gran Pacífico y en las esperanzas y azares de la nueva vida. Finalmente, iba a ver el mundo. ¿Qué encontraría en él? Por entonces no tenía idea de si encontraría poco o mucho, según la medida exacta de lo que tuviera, y la parte más triste de estas confesiones es que en este primer viaje alrededor del mundo iba tan sin guía, tan irreflexivo, que no saqué prácticamente nada de mi larga travesía.

Como Odiseo, vi muchas de las ciudades de los hombres, pero los paisajes apenas enriquecen el espíritu. Sin embargo hay uno o dos lugares que me produjeron una impresión definida, joven y rudo como era: la Bahía de Sidney y Heights; también Hong Kong,

pero sobre todo, la vieja puerta china que lleva a la ciudad de Shangai, tan cerca de la ciudad europea y tan increíblemente distinta. También Kioto se grabó en mi memoria, así como los hombres y muchachas japonesas que salían desnudos de sus baños calientes para ver si yo era realmente todo blanco.

No aprendí nada que merezca la pena recordarse hasta que llegué a Table Bay y vi la larga línea de Table Mountain cuatro mil pies por encima de mí: un acantilado que cortaba el cielo produciendo un incomparable efecto de dignidad y grandeza. Me quedé un mes en Ciudad del Cabo y por pura suerte conocí a Jan Hofmeyr, quien me enseñó cuán buena gente eran realmente los bóers y cuánto estimaban al premier Gladstone por haberles dado la libertad después de Majuba[44].

—Lo reverenciamos —dijo mi amigo Hofmeyr— como a la conciencia de Inglaterra.

¡Pero ay!, Inglaterra no podía tragarse Majuba y más tarde tuvo que derramar sangre y dinero para mostrar al mundo la virilidad de los bóers. Pero gracias a Dios, Inglaterra volvió a conceder libertad y autogobierno a Sudáfrica, rehabilitándose por sus «campos de concentración». Gracias a Jan Hofmeyr, llegué a conocer y estimar a los bóers de Sudáfrica incluso en este primer breve contacto.

Cuando veinte años más tarde di por segunda vez la vuelta al mundo, traté de encontrar los Hofmeyr de cada sitio y así aprendí toda clase de cosas útiles y extrañas que contaré, espero, al final del siguiente volumen. El único camino corto al conocimiento es la relación con hombres sabios y dotados.

Ahora debo confesar algo de mis primeros seis meses de locura y placer en París, y luego volveré a hablar de Inglaterra y de Thomas Carlyle y la incomparable influencia que ejerció sobre mí, conduciéndote, gentil lector, a mis posteriores años de aprendizaje en Alemania y Grecia.

En Atenas aprendí nuevos secretos sexuales que tal vez interesen hasta a los filisteos, aunque también pueden aprenderse en París, y se reseñarán sencillamente en el segundo volumen de estas «confesiones» que hablará del arte del amor tal como se lo concibe en Europa, y contendrá tal vez el relato de mi segundo viaje alrededor del mundo y la posterior instrucción en el gran arte que recibí de adeptos de oriente… refinamientos inimaginables, porque

han estudiado el cuerpo tan profundamente como el alma.

Europa y los Carlyle

Regresé a Europa haciendo escala en Bombay, aspirando una bocanada del perfume intoxicante de esa tierra de maravillas con su enseñanza espiritual noble, aunque triste, que comienza ahora, a través del Rig Veda, a informar lo mejor del pensamiento europeo.

Me detuve también en Alejandría y subí hasta El Cairo por una semana, para ver las grandes mezquitas. Admiré su espléndida retórica, pero me enamoré del desierto y las pirámides y sobre todo de la esfinge y su eterno interrogar a cosas y sensaciones. Y así, mediante etapas cómodas y memorables que incluyeron Génova y Florencia y sus celebrados palacios, llegué finalmente a París.

Desconfío de las primeras impresiones sobre los grandes lugares, los acontecimientos o los hombres. Quién puede describir la fascinación inmortal del simple nombre y la primera visión de París para el joven estudiante o artista de otra raza. Si ha leído y pensado, estará en una fiebre: se internará en ese mundo de maravillas con lágrimas en los ojos y el corazón estremecido de gozosa expectativa.

Llegué a la estación una mañana de verano, temprano, y envié mi equipaje en *fiacre* al Hotel Maurice, en la rué de Rivoli, el mismo viejo hotel que había elogiado Lever, el novelista, y después subí a una pequeña victoria y me hice conducir a la plaza de la Bastilla. La obvia vida de café del pueblo no me interesaba, pero cuando vi la gloria resplandeciente de la Columna de Julio, las lágrimas inundaron mis ojos, porque recordé la descripción hecha por Carlyle del asalto a la prisión.

Pagué al *cocher* y caminé por la rué Rivoli, pasando el Louvre, más allá de las paredes ennegrecidas con las ventanas cegadas del palacio de las Tullerías, con su llamado pesaroso y desolado, y seguí hasta la plaza de la Greéve, con sus recuerdos de la guillotina y la gran revolución ahora sumergidos en la Place de la Concorde. Justo en frente distinguí la cúpula dorada de los Inválidos, donde yace el cuerpo de Napoleón, como él lo deseara: «A orillas del Sena, en

medio de ese pueblo francés que tan apasionadamente he amado».

Y los caballos de Marly[45] tascando el freno a la entrada de los Campos Elíseos, y en el extremo de la colina, el Arco. A mis labios vinieron las palabras:

Subiendo el largo camino brumoso donde rugió
El ejército de Italia en su marcha
Junto al gran arco pálido de la Estrella.

Lo que primero me sedujo fue el profundo sentido histórico de este gran pueblo y su admiración cariñosa por sus poetas, artistas y dirigentes. Jamás podré describir la emoción que me produjo encontrar en una casita una placa de mármol que registraba el hecho de que el pobre Alfred de Musset había vivido allí, y otra placa en la casa en que murió. Cuánta razón tienen los franceses en tener una Place Malherbe, una avenida Victor Hugo, una avenida de la Grande Armée también y una avenida de la Impératrice, aunque desde entonces su nombre se haya transformado en el más prosaico de Avenue du Bois de Boulogne.

Desde la Place de la Concorde, crucé el Sena y caminé por los muelles de la margen izquierda y pronto pasé frente a la Conciergerie y Ste. Chapelle, con sus maravillosos *vitraux* de mil años de antigüedad; y entonces, frente a mí, en la lie de la Cité, las torres gemelas de Notre Dame suspendieron mi mirada y mi aliento. Finalmente, a primeras horas de la tarde, subí por el
Boul'Mich
y pasé por la Sorbona y después, de alguna manera, me perdí en la vieja calle St. Jacques que Dumas padre y otros escritores me habían descrito mil veces.

Finalmente, algo cansado, habiendo dejado atrás los jardines del Luxemburgo con sus estatuas, que me prometí examinar mejor en otra ocasión, entré en un pequeño restaurante y despacho de bebidas que llevaba una dama fornida y agradable cuyo nombre, supe, era Marguerite. Después de una comida excelente, tomé una gran habitación del primer piso, con ventanas a la calle, por cuarenta francos al mes, y si venía un amigo a vivir conmigo, bueno, Marguerite prometió con una gran sonrisa poner otra cama por diez francos adicionales y suministrarnos además café por la mañana y todas las comidas que quisiéramos a precios razonables.

Allí viví días extravagantes, dorados, durante unas tres semanas celestiales.

Me arrojé glotonamente sobre el francés, y este fue mi método, aunque no lo recomiendo, sino que me limito a registrarlo, pese a que al final de la primera semana había conseguido comprender todo lo que se decía. Pasé cinco días enteros con la gramática, aprendiéndome de memoria todos los verbos, especialmente los auxiliares y los irregulares, hasta que los supe tan bien como el alfabeto. Después, en un largo día de dieciocho horas, leí el *Hernani* de Hugo con ayuda de un diccionario y la noche siguiente fui a la galería de la Comédie Française para ver la obra en que Sarah Bemhardt hacía doña Sol y Monet-Sully hacía Hernani. Durante un rato, el habla rápida y el acento extraño me desconcertaron, pero después del primer acto comenté a comprender lo qué se decía en el escenario y después del segundo acto no me perdía nada. Y para deleite mío, cuando salí a la calle comprendí todo lo que me decían. Después de esa noche maravillosa con la voz *trainante* de Sarah en mis oídos, hice progresos rápidos, por lo inconscientes.

Al día siguiente, en el restaurante, tomé un ejemplar sucio y desgarrado de *Madame Bovary*, al que le faltaban las primeras ochenta páginas. Lo llevé a mi habitación y lo devoré en dos horas de arrebato, comprendiendo de inmediato que era una obra maestra, pero marcando ciento cincuenta palabras nuevas que más tarde consulté con mi diccionario de bolsillo. Aprendí cuidadosamente de memoria estas palabras y desde entonces no he vuelto a dedicar esfuerzos al francés.

Lo que sé, y ahora sé bastante, proviene de haberlo leído y hablado durante treinta años. Sigo cometiendo errores, sobre todo de género, lamento decirlo, y mi acento es el de un extranjero. Pero en general conozco la lengua y su literatura y la hablo mejor que la mayor parte de los extranjeros, y eso me parece suficiente.

Después de unas tres semanas, llegó a vivir conmigo Ned Bancroft, desde los Estados Unidos. Nunca fue particularmente simpático conmigo y no puedo explicar nuestro compañerismo, salvo diciendo que yo era especialmente despreocupado y estaba lleno de irreflexiva bondad humana. He dicho poco de Ned Bancroft, que estaba enamorado de Kate Stephens antes de que ella se decidiera por el profesor Smith, pero sí he hablado de la manera

generosa en que se retiró, manteniendo intacta su amistad tanto con Smith como con la muchacha. Pensé que era admirable de su parte.

Poco después de nuestro primer encuentro, abandonó Lawrence y la universidad y mediante un «enchufe» obtuvo un buen puesto en el ferrocarril en Columbia, Ohio.

Siempre me escribía para que fuera a visitarlo y a mi regreso de Filadelfia, creo que fue en 1875, me detuve en Columbia y pasé un par de días en su compañía. Tan pronto como se enteró de que me había ido a Europa y estaba en París, me escribió que hubiera deseado que lo invitara a venir conmigo. De modo que escribí explicando cuáles eran mis intenciones y de inmediato dejó de lado sus buenas perspectivas de riquezas y honores y vino a encontrarse conmigo en París. Vivimos juntos durante unos seis meses. Era un tipo alto y fuerte, con rostro pálido y ojos grises. Un buen estudiante, un hombre honorable, gentil, muy inteligente, pero contemplábamos la vida desde ángulos totalmente distintos y cuanto más estábamos juntos, menos nos comprendíamos.

Éramos opuestos en todo. Él debería haber sido inglés, porque era un aristócrata de nacimiento, con gustos imperiosos y caros, mientras que yo me había transformado realmente en un americano del oeste, desinteresado en el vestido, el alimento y la posición y sólo empeñado en la adquisición de conocimiento y, de ser posible, de sabiduría, con el objeto de alcanzar la grandeza.

La primera noche cenamos en el restaurante de Marguerite y pasamos la velada charlando y repasando noticias. A la tarde siguiente, Ned quería pasear por París y comimos en un restaurante de lujo del Grand Boulevard. A unas pocas mesas de distancia, una morenita alta y muy guapa, de unos treinta años, comía con dos hombres. Pronto vi que Ned y ella intercambiaban miradas y señas. Me dijo que tenía intención de irse con ella. Protesté, pero era tan obstinado como Charlie, y cuando le hablé de los riesgos dijo que nunca volvería a hacerlo, pero que esta vez no podía zafarse.

—Pagaré la cuenta en seguida —dije—, y vayámonos.

Pero no quiso. Se había despertado en él el deseo y un sentimiento de falsa vergüenza le impidió aceptar mi consejo. Media hora más tarde, la dama hizo una señal y él salió con el grupo, y me dijo que cuando ella entró en la victoria y él la siguió, el par que quedó en la acera rompió a reír. Se fueron juntos.

A la mañana siguiente regresó temprano, diciendo solamente que lo había pasado maravillosamente bien y que ni siquiera pasó miedo. Sus habitaciones eran espléndidas, declaró; tuvo que darle cien francos; las disposiciones del lavabo y el *toilette* eran dignas de una reina; no había peligro. Y me expuso una teoría tan descabellada como la de Charlie. Me dijo que las grandes *cocottes* que ganan montañas de dinero se cuidan tanto como los caballeros.

—Vete con una prostituta común y seguramente pescarás algo. Ve con una de primera categoría y es seguro que estará sana.

Y perfectamente tranquilo, se puso a trabajar con entusiasmo.

El sistema de aprendizaje del francés de Bancroft era totalmente distinto del mío. Recurrió a la gramática y la sintaxis hasta que las dominó. Cuatro meses después, podía escribir un excelente francés, pero hablaba con muchas vacilaciones y con un feroz acento americano. Cuando le dije que iba a escuchar la conferencia de Hippolyte Adolphe Taine, sobre filosofía del arte y el ideal del arte, se rio de mí, pero creo que yo saqué más de Taine que él de su conocimiento más exacto del francés. Cuando conocí a Taine y pude visitarlo y hablar con él, Bancroft también quiso conocerlo, pero Taine no quedó muy impresionado porque Ned, por falsa vergüenza, apenas abrió la boca. Pero yo aprendí mucho de Taine y hay un ejemplo suyo que aún recuerdo como concepción verdadera y vivida del arte y su ideal. En una clase señaló a sus estudiantes que el león no era un animal corredor, sino una gran mandíbula colocada sobre cuatro poderosos resortes de piernas cortas y sólidas. El artista —continuó— tomando la *idea* del animal, puede exagerar el tamaño y la fuerza de la mandíbula; puede subrayar también la capacidad de salto de sus lomos y piernas y la potencia desgarradora de sus patas y garras delanteras. Pero si alargara las piernas o achicara la mandíbula, desnaturalizaría la verdadera *idea* de la bestia y producirla un aborto. Sin embargo, el ideal sólo debía esbozarse. También las charlas de Taine sobre literatura y la importancia del entorno aun sobre los grandes hombres, produjeron en mí (una) profunda impresión. Después de escucharlo durante algún tiempo, comencé a ver mi camino con mayor claridad. Nunca olvidaré algunas de sus palabras inspiradoras. Hablando un día del monasterio de Monte Cassino, donde cien generaciones de estudiantes, libres de las sórdidas preocupaciones de la existencia,

han entregado días y noches al estudio y al pensamiento y han preservado además los inapreciables manuscritos de las épocas pasadas, preparando así el camino para un renacimiento del conocimiento y el pensamiento, agregó gravemente:

—Me pregunto si la ciencia hará alguna vez tanto por sus partidarios como la religión ha hecho por los suyos. En otras palabras, me pregunto si habrá alguna vez un Monte Cassino laico.

Taine era un gran maestro y le debo mucho estímulo amable y aun iluminación.

Agrego esto último, porque su libertad de palabra tan francesa fue como la clara agua de un manantial para mi alma sedienta. Un día, un grupo de una docena de nosotros estábamos hablando con él cuando un estudiante con un gran don para el pensamiento confuso y la retórica pretenciosa quiso saber qué pensaba Taine de la idea de que todos los mundos y planetas y sistemas solares giraban en tomo a un eje y se movían hacia una divina plenitud (realización). Taine, a quien siempre le disgustó la retórica pomposa, observó tranquilamente:

—El único eje, que yo sepa, alrededor del cual se mueve todo hacia alguna realización, es el coño de una mujer (*le con femme d'une*).

Rieron, pero no como si la palabra audaz los hubiera sorprendido. La utilizaba cuando era necesario, así como a menudo le he oído hacerlo a Anatole France y nadie se ha escandalizado.

Pese a la espléndida instalación de su morenita, a fines de la semana Ned descubrió lo afortunados que son aquellos, descritos en las Sagradas Escrituras, que pescan toda la noche y no cogen nada. Había atrapado una espantosa gonorrea y le prohibieron los licores, el vino y el café hasta que se pusiera bien. Tampoco podía hacer demasiado ejercicio, de modo que cuando yo salía él tenía que quedarse en casa, y el panorama de la rué St. Jacques era cualquier cosa menos estimulante. Naturalmente, esto aumentó su deseo de salir y ver cosas, y en cuanto comenzó a comprender el francés hablado y a hablar un poco, se rebeló contra el confinamiento y la habitación sin baño. Ansiaba el centro, la ópera y los bulevares e insistió en que debíamos tomar alojamiento en el corazón de París. Dijo que pediría dinero prestado a sus parientes.

Yo acepté, como un tonto, y un día alquilamos habitaciones en una calle tranquila detrás de la Madeleine, por un precio diez veces mayor que el que pagábamos en casa de Marguerite. Pronto descubrí que mi dinero se desvanecía, pero la vida era muy agradable. Íbamos con frecuencia al Bois, a la ópera, los teatros y el *music-hall* y apreciábamos también los grandes restaurantes, el Café Anglais y el Trois Frères, como si hubiéramos sido millonarios.

El azar quiso que la enfermedad venérea de Ned y las cuentas de los médicos fueran un pesado desembolso adicional que apenas podía permitirme. Súbitamente, un día, descubrí que sólo tenía seiscientos dólares en el banco. De inmediato decidí detenerme y empezar de nuevo. Hablé a Bancroft de mi resolución; me pidió que esperara. Había escrito a su gente pidiéndoles dinero, dijo, y pronto me pagaría su deuda conmigo. Pero no era eso lo que yo deseaba. Sentía que a causa de él me había desviado del camino adecuado y estaba enojado conmigo mismo por haber gastado mi caudal en una vida pródiga y, sobre todo, en lujos tontos y estúpida exhibición.

Declaré que estaba enfermo y me iba a Inglaterra de inmediato. Debía recomenzar y acumular algo más de dinero, de modo que unos días más tarde dije adiós a Ned Bancroft, crucé el canal y fui a casa de mi hermana y mi padre en Tenby, llegando con un severo acceso de escalofríos, un terrible dolor de cabeza y todos los síntomas de la malaria.

En verdad estaba enfermo y exhausto. Había tomado dosis dobles de vida y literatura, había devorado los principales escritores franceses, desde Rabelais y Montaigne a Flaubert, Zola y Balzac, pasando por Pascal y Vauvenargues, Renán y Hugo: un festín de seis meses. Además, había olfateado este y aquel otro estudio de pintor, había pasado horas mirando trabajar a Rodin y más horas comparando a una y otra modelo del pintor, a estos senos y estas caderas con aquellos.

Mi amor por la belleza plástica estuvo a punto de complicarme por lo menos una vez, y tal vez sea mejor que relate el incidente, aunque en el momento más bien lastimó mi vanidad. Un día fui al antiguo estudio de Manet, que en ese momento estaba alquilado por un pintor americano llamado John White Alexander. Tenía verdadera capacidad artesanal, pero poco cerebro, y siempre procuraba que la belleza o alguna particularidad de su modelo

reemplazaran su falta de originalidad. Durante esta visita, observé un extraordinario esbozo de una jovencita en esa edad en que coinciden la infancia y la madurez. Se había cortado el cabello y sus ojos oscuros le daban una distinción sorprendente.

—¿Le gusta? —preguntó Alexander—. Tiene el cuerpo más perfecto que he conocido.

—Me gusta —contesté—. Me pregunto si la magia está en el modelo o en su pincel.

—Ya lo verá —dijo, algo amoscado—. Ya debería estar aquí —y casi mientras hablaba entró ella, con pasos rápidos y alertas. Era más baja que la media, pero evidentemente ya una mujer. Sin una palabra, pasó detrás del biombo para desvestirse.

—¿Bueno? —dijo Alexander y tuve que pensar un momento antes de contestar.

—¡Dios y usted han conspirado juntos! —exclamé, y en verdad su pincel se había superado a sí mismo. Había captado y transmitido una inocencia infantil en su expresión que yo no había observado, y estampado los rasgos con brío soberbio.

—Es su mejor trabajo hasta la fecha —continué— y casi cualquiera hubiera deseado firmarlo.

En ese momento, la modelo salió envuelta en una sábana y, probablemente a causa de mi elogio, Alexander me presentó a la señorita Jeanne y dijo que yo era un importante escritor americano. Ella me saludó con descaro, me mostró los dientes en una sonrisa fugaz y subió a la plataforma, arrojando la sábana y adoptando su pose… todo en un instante. Yo quedé en suspenso. Cuanto más miraba, más perfecciones encontraba. Innecesario es decir que se lo dije con mi mejor francés, ofreciéndole cien comparaciones. También quedé bien con Alexander, rogándole que no hiciera nada más en ese esbozo, sino que me lo vendiera e iniciara otro. Finalmente, aceptó cuatrocientos cincuenta francos por él y una hora después tenía otro.

Mi compra había convencido a la señorita Jeanne de que yo era un joven millonario y cuando le pregunté si podía acompañarla a su casa, aceptó a toda velocidad. De hecho, la llevé a dar un paseo por el Bois de Boulogne y de allí a comer a un reservado del Café Anglais. Durante la comida comenzó a gustarme. Vivía con su madre, según me había dicho Alexander y aunque no era de ningún

modo gazmoña, y mucho menos virginal, no era una *coureuse*. Pensé que podía correr el riesgo, pero cuando conseguí que se quitara la ropa y comencé a acariciar su sexo, se retiró y dijo casi con negligencia:

—¿Por qué no *faire minette*?

Cuando le pregunté qué quería decir, me lo dijo francamente:

—Nosotras, las mujeres, no nos excitamos en un momento como ustedes. ¿Por qué no me besas y me lames allí unos minutos? Entonces habré gozado y estaré preparada.

Me temo que más bien hice una mueca, porque observó fríamente:

—Como quieras, sabes. En una comida, yo prefiero los *hors-d'oeuvres* a la *pièce de résistance*, como muchas otras mujeres; en realidad, con frecuencia me contento con los *hors-d'oeuvres* y no tomo nada más. Seguramente comprendes que una mujer va excitándose cada vez más durante una o dos horas y no hay hombre que pueda satisfacerla satisfaciéndose al mismo tiempo.

—Yo puedo —dije tercamente—. Puedo seguir toda la noche si me gustas, de modo que podríamos salteamos el aperitivo.

—¡No, no! —contestó, riendo—, ¡tengamos un banquete entonces, pero empieza con los labios y la lengua!

La demora, el vaivén de los argumentos y sobre todo la idea de besar y lamer su sexo, me habían retornado a la frialdad y a la razón. ¿No era tan tonto como Bancroft si cedía a ella… una chica desconocida?

—No, damita —contesté por fin—, tus encantos no son para mí —y volví a sentarme a la mesa, sirviéndome un poco de vino. Tenía la repugnancia juvenil inglesa o americana ante lo que me parecía una degradación, sin imaginar ni por un instante que Jeanne me estaba dando la segunda lección del noble arte de la seducción, del cual mi hermana me había enseñado los rudimentos mucho tiempo antes.

La siguiente vez que me pidieron una *minette*, era más sabio y no tuve escrúpulos, pero esa es otra historia. El hecho es que durante mi primera visita a París me mantuve perfectamente casto, gracias en parte al ejemplo del error de Ned y también a mi disgusto por

mantener una relación sexual con una chica que no me importaba. Y Jeanne no me importaba. Era demasiado imperiosa, y es una de las características que más me desagradan en una chica, tal vez porque padezco un exceso de esa cualidad. En todo caso, no fue la sexualidad lo que me enfermó en París, sino mi apasionado deseo de aprender, que había disminuido mis horas de sueño y exasperado mis nervios. Tomé frío y padecí una espantosa recurrencia de la malaria. Quería descanso y tiempo para respirar y pensar.

La casita en una calle lateral del hermoso balneario galés, era exactamente el refugio de descanso que necesitaba. Pronto estuve bien y fuerte y aprendí a conocer a mi padre. Daba largos paseos conmigo, aunque tenía más de sesenta años. Después del terrible accidente que había sufrido siete años antes (resbaló y cayó desde una altura de treinta pies a un dique seco, mientras reparaban su barco), un lado de su cabello y su bigote se había vuelto completamente blanco, y el otro seguía siendo negro. Al comienzo quedé sorprendido por su vigor. Un paseo de diez millas no lo impresionaba y en una de nuestras excursiones le pregunté por qué no me había dado la nominación que deseaba como contramaestre.

Permaneció curiosamente silencioso y descartó el tema con un:

—¿La marina para ti? ¡No! —y sacudió la cabeza.

Sin embargo unos días más tarde retomó el tema por propia iniciativa.

—Me preguntaste —comenzó— por qué no te envié la nominación para rendir el examen de contramaestre. Ahora te lo diré. Para entrar en la marina británica y hacer carrera, debes ser de buena cuna o rico. Tú no eras ninguna de las dos cosas. Para un joven sin posición ni dinero hay sólo dos caminos posibles de ascenso: el servilismo o el silencio, y tú eras incapaz de ninguna de las dos cosas.

—¡Oh, Gobernador, qué verdadero y qué sabio de tu parte! —grité—, ¿pero por qué no me lo dijiste? Lo hubiera entendido tal como lo entiendo ahora y hubiera respetado tu decisión de contradecirme.

—Olvidas —continuó— que me había entrenado en el otro camino del silencio. Aun ahora me resulta difícil expresarme —y prosiguió con amargura en la voz y en el acento—: Me llevaron al silencio. Si supieras lo que tuve que soportar antes de dar mi primer

paso como teniente. Si no hubiera sido porque estaba decidido a casarme con tu madre, nunca hubiera podido tragar las incontables humillaciones de mis estúpidos superiores. Veía como en un cristal lo que te hubiera sucedido a ti. Eras extraordinariamente vivaz, impulsivo y apasionado. ¿No sabes que los inútiles odian la inteligencia, la energía y la fuerza de voluntad? Y en este mundo son mayoría. Algún teniente o capitán te hubiera tomado antipatía, que hubiera ido aumentando ante cada demostración de tu superioridad. Te hubiera puesto obstáculos por insubordinación e insolencia, tal vez durante meses, y después, en algún puesto en el cual tuviera poder, te hubiera llevado ante una corte marcial y hubieras sido despedido de la marina, en desgracia, tal vez con toda tu vida arruinada. La marina británica es el peor lugar del mundo para el genio.

Esta escena inició la reconciliación con mi padre; otra experiencia la completó.

Durante uno de nuestros paseos me mojé y al día siguiente tenía lumbago. Fui a ver a un agradable médico galés que había conocido, que me dio una mezcla de belladona para uso externo.

—No tengo una botella de las requeridas para los venenos —agregó—, y no tengo derecho a darle esta. (En Gran Bretaña está prohibido recetar venenos, salvo en unas botellas octogonales que traicionan la naturaleza de su contenido al tacto).

—¡No voy a beberla! —dije riendo.

—¡Bueno, si lo hace no me mande a buscar —dijo— porque aquí hay más que suficiente para matar a una docena de hombres!

Tomé la botella y nos quedamos unos minutos hablando de la belladona y sus efectos. Richards (este era su nombre) prometió enviarme esa misma noche una poción y me aseguró que mi lumbago mejoraría pronto. Tenía razón, pero la cura no se efectuó como él pensaba.

Mi hermana tenía una asistenta llamada Eliza, Eliza Gibby, si no me equivoco. Lizzie, como la llamábamos, era una chica delgada y pelirroja de unos dieciocho años, con ojos realmente grandes y una naricilla chata, y cuello y brazos pecosos. No sé qué me indujo a acercarme a ella en primer lugar, pero pronto la estaba besando. Sin embargo, cuando quise tocar su sexo se retiró. Le expliqué inmediatamente que me retiraría después del primer espasmo y que

luego no habría más riesgos. Confió en mí y una noche vino a mi cuarto en camisón. Se lo saqué dándole muchos besos y quedé realmente estupefacto ante su blanca piel marfileña y su forma infantil casi perfecta. La acomodé al borde de la cama, acomodé sus rodillas bajo mis axilas y comencé a frotar su clítoris. Un momento después, comenzó a poner los ojos en blanco y me aventuré a deslizar dentro la cabeza de mi sexo. Para mi sorpresa, no había himen que romper y pronto mi sexo había entrado en el coño más estrecho que había conocido. Muy pronto hice de Onán y, como el héroe bíblico, «derramé mi semilla en el suelo»… que en mi caso era una alfombra. Luego me metí en la cama con ella y practiqué el arte del amor tal como lo comprendía en ese momento. Dos horas me depararon cuatro o cinco orgasmos y a Lizzie un par de docenas, a juzgar por el aliento jadeante, los gritos inarticulados y los largos besos que pronto se transformaron en mordiscos.

Lizzie era lo que la mayoría de los hombres hubiera considerado una perfecta compañera de lecho, pero yo extrañaba la ciencia de Sophy y su apasionada determinación de darme el más alto placer concebible. Sin embargo, después de una docena de noches agradables, nos hicimos grandes amigos y comencé a notar que entrando y saliendo muy despacio podía, después del primer orgasmo, seguir indefinidamente sin volver a correrme. ¡Ay!, en ese momento no tenía idea de que este control marcaba simplemente la primera disminución de mi potencia sexual. Si lo hubiera sabido, hubiera apartado a todas las Lizzie que pululaban en mi vida, reservándome para el amor que iba a desbancar la mera urgencia sexual.

Junto a nuestra casa vivía la viuda de un médico con sus dos hijas. La mayor era una chica de altura media, con cabeza grande y bonitos ojos grises, que apenas podía llamarse bonita, aunque todas las chicas eran lo bastante lindas como para excitarme, al menos durante los diez años siguientes. La llamaban Molly, apodo cariñoso de María. Su hermana Kathleen era mucho más atractiva físicamente. Más bien alta y ligera, con una gracia intensamente provocativa. Sin embargo, aunque veía el embrujo felino de Kathleen, me sentía inclinado hacia Molly. Me parecía inteligente e ingeniosa. Había leído mucho, también, y sabía francés y alemán. Estaba tan por encima de las chicas americanas que conocí, en lo

que se refiere al conocimento de los libros y el arte, como inferior en belleza corporal a las mejores de entre ellas. Por primera vez, mi mente estaba excitada e interesada y pensé que estaba enamorado, y una tarde o atardecer, en Castle Hill, le dije que la amaba y nos prometimos. ¡Oh, qué dulce locura! Cuando me preguntó cómo viviríamos, qué pensaba hacer, no supe qué contestarle, salvo exhibir la perfecta autoconfianza del hombre que ya se ha probado en la lucha por la vida. Afortunadamente para mí, esto no le pareció muy convincente. Admitió que tenía tres años más que yo, y si hubiera dicho cuatro se hubiera acercado más a la verdad; y estaba convencida de que no me resultaría tan fácil tener éxito en Inglaterra como en América; subestimó tanto mi cerebro como mi fuerza de voluntad. Me confió que tenía una renta de cien libras al año, pero que esto, por supuesto, era insuficiente. De modo que aunque me besó libremente y me permitió una serie de pequeñas intimidades, estaba decidida a no entregarse por completo. Su desconfianza en mi capacidad y su reserva deliciosamente picante, intensificaron mi pasión y en una oportunidad me dio su consentimiento para un casamiento inmediato. Cuando estaba bien, Molly era sorprendentemente inteligente y franca. Una noche, solos los dos en nuestra sala, que mi padre y mi hermana nos habían dejado, hice lo posible por conseguir que se me entregara. Pero ella sacudió la cabeza.

—No sería correcto, querido, hasta que estemos casados —insistió.

—Supón que estamos en una isla desierta —dije— y no fuera posible el matrimonio.

—Querido mío —dijo, besándome en la boca y riendo—, ¿acaso no lo sabes? ¡En ese caso cedería sin que insistieras, querido! Te deseo, señor, tal vez más de lo que tú me deseas.

Pero usaba bragas cerradas y yo no sabía como desabotonarlas a los lados. Y aunque se excitó rápida e intensamente, no pude romper la barrera final. En cualquier caso, antes de que pudiera ganar, el Destino usó sus tijeras.

Una mañana le reproché a Lizzie no haberme traído la poción que el doctor Richards había prometido enviarme.

—Está sobre la chimenea, en el comedor —dije—, pero no te preocupes. Yo iré a buscarla —y corrí como estaba escaleras abajo.

Una o dos noches más tarde, dejé la mezcla de belladona que me había preparado el doctor sobre la chimenea. Al igual que la poción, era de color marrón oscuro y la botella se parecía.

A la mañana siguiente, Lizzie me despertó y me ofreció un vaso lleno de líquido oscuro.

—Tu medicina —dijo, y yo, medio dormido todavía, le dije que dejara a un lado la bandeja del desayuno y vacié el vaso que me había traído. El sabor me despertó. La bebida me había secado la boca y la garganta. Salté de la cama y fui hacia el espejo. ¡Sí, sí! Mis pupilas estaban anormalmente dilatadas. ¿Me había dado la poción de belladona en lugar de la otra? Todavía escuchaba sus pasos en las escaleras, ¿pero para qué perder tiempo preguntándole? Fui hacia la mesa y vacié taza tras taza de té. Luego bajé corriendo al comedor, donde desayunaban mi padre y mi hermana. Bebí tazas de su té en silencio; luego pedí a mi hermana que me consiguiera mostaza y agua caliente y cuando mi padre me preguntó qué sucedía, le di una explicación breve y le pedí lo siguiente:

—Vé a buscar al doctor Richards y dile que venga en seguida. Por error, he bebido la mezcla de belladona y no hay tiempo que perder.

Mi padre estaba ya fuera de la casa. Mi hermana me trajo la mostaza y yo mezclé una dosis grande con agua caliente, preparando un emético, pero no dio resultado. Subí las escaleras hacia mi habitación y me puse los dedos en la garganta. Tuve arcada tras arcada, pero no salió nada: era evidente que mi estómago estaba paralizado. Mi hermana entró llorando.

—Me temo que no hay esperanzas, Nita —dije—. El médico me dijo que había bastante como para matar a una docena de hombres, y lo he bebido. Pero siempre has sido buena y amable conmigo, querida, y la muerte no es nada.

Sollozaba de una manera terrible, de modo que para darle algo que hacer, le pedí que me consiguiera una tetera llena de agua caliente. Se fue escaleras abajo y yo me quedé frente al espejo para repasar las cuentas con mi alma. Ahora sabía que había bebido la belladona, y con el estómago vacío. No había posibilidades. Diez minutos después estaría insensible; en unas horas, muerto. ¡Muerto! ¿Tenía miedo? Reconocí con orgullo que no estaba asustado ni tenía dudas. La muerte no es nada más que un sueño eterno. ¡Nada! ¡Sin

embargo, deseaba haber tenido tiempo de probarme y mostrar lo que había en mí! ¿Tenía razón Smith? ¿Hubiera podido transformarme en uno de los mejores cerebros del mundo? ¿Hubiera podido estar junto con los grandes, si hubiera vivido? Nadie podía decirlo, pero decidí, con la velocidad de la mordedura de una serpiente, que haría todo lo posible por vivir. Todo ese tiempo había estado bebiendo agua fría. Entró mi hermana con el recipiente de agua caliente.

—Puede hacerle vomitar, querido —dijo, y yo comencé a bebería a grandes sorbos. Poco a poco iba sintiendo mayores dificultades para pensar, de modo que besé a mi hermana, diciendo —: ¡Sería mejor que me metiera en la cama mientras todavía puedo caminar, porque soy bastante pesado! —y luego, cuando me metía en la cama, dije—: Me pregunto si lo próximo que harán será sacarme con los pies para adelante cantando el *Miserere*. No importa. He tomado un gran sorbo de vida y estoy preparado para irme, si es necesario.

En ese momento entró el doctor Richards.

—Pero hombre, cómo, en nombre de Dios, después de nuestra charla, ¿cómo demonios pudo tomársela? —su agitación y su fuerte acento galés me hicieron reír.

—Deme la sonda gástrica, doctor, porque estoy lleno de líquido hasta el gollete —grité.

Tomé el tubo y lo metí adentro, sentándome en la cama, y él bombeó, pero sólo salió un líquido amarronado. Había absorbido la mayor parte de la belladona. Ese fue casi mi último pensamiento consciente, aunque para mis adentros decidí seguir pensando tanto tiempo como me fuera posible.

—Le daré opio… una dosis grande.

Y yo sonreí para mis adentros al pensar que el narcótico del opio y el estimulante de la belladona producirían el mismo efecto de inconsciencia, uno estimulando la acción del corazón, otro disminuyéndola.

Muchas horas después, desperté. Era de noche, ardían las bujías y el doctor Richards estaba inclinado sobre mí.

—¿Me conoce? —me preguntó.

—Por supuesto que lo conozco, Richards —contesté de inmediato, y seguí jubiloso—: Estoy salvado. He ganado. Si hubiera

tenido que morir, nunca hubiera recuperado el conocimiento.

Para mi sorpresa, su ceño se frunció y dijo:

—Beba esto y vuelva a dormir tranquilamente. Está bien —y acercó a mis labios un vaso de un líquido blancuzco.

Yo vacié el vaso y dije gozoso:

—¡Leche! ¡Qué gracioso que me dé leche! No está prescrita en ninguno de sus libros.

Después me dijo que lo que me había dado era aceite de castor y yo lo había confundido con leche. De algún modo, sentía que mi lengua era independiente de mí, aun antes de que él me pusiera una mano sobre la frente para tranquilizarme, diciendo:

—¡Por favor! ¡No hable, descanse! ¡Por favor!

Y yo fingí obedecerle, pero no podía comprender por qué me hacía callar. Tampoco podía recordar mis palabras. ¿Por qué?

Súbitamente, me sacudió una idea espantosa: ¿había estado diciendo tonterías? El rostro de mi padre también parecía terriblemente turbado mientras yo hablaba.

¿Era posible pensar cuerdamente y, sin embargo, hablar como un lunático? ¡Qué destino aterrador! Decidí que en ese caso usaría mi revólver para matarme, tan pronto como supiera que mi estado era desesperado. Esta idea me llenó de paz y me volví para acomodarme. Pocos minutos después, estaba profundamente dormido.

La siguiente vez que me desperté, era otra vez de noche y otra vez estaba junto a mí el doctor, junto con mi hermana.

—¿Me conoce? —preguntó otra vez, y yo volví a contestar:

—Por supuesto que lo conozco y también a mi hermana.

—Excelente —gritó alegremente—. Ahora pronto se pondrá bien.

—Por supuesto que sí —exclamé, gozoso—. Ya se lo dije antes, pero usted parecía molesto. ¿Acaso deliraba?

—¡Vamos, vamos —gritó—, no se excite y pronto estará bien otra vez!

—¿Estuve a punto de morir? —pregunté.

—Debe saber que sí —contestó—. Tomó sesenta granos de belladona en ayunas, y los libros dan cuando mucho un cuarto de grano como dosis y declaran que un grano es generalmente fatal. Jamás podré alardear de su caso en las revistas médicas —continuó

sonriendo—, porque nadie creería que un corazón puede latir más rápido de lo que es posible contar, pero en verdad latió doscientas veces por minuto durante treinta horas, y sin estallar. Ha sido probado —concluyó— como nadie antes, y ha regresado a salvo. Pero ahora vuelva a dormir —dijo—. El sueño es el restaurador de la naturaleza.

A la mañana siguiente me desperté descansado, pero muy débil. Entró el médico, me pasó una esponja con agua caliente y me cambié las ropas. Mi camisón y gran parte de la sábana estaban marrones.

—¿Puede hacer aguas? —preguntó, alcanzándome un orinal.

Traté y tuvo éxito inmediato.

—¡La maravilla es completa! —exclamó—. ¡Apostaría a que se ha curado el lumbago también!

Y en verdad no sentía absolutamente ningún dolor.

Esa tarde o la siguiente, mi padre y yo tuvimos una gran charla de corazón a corazón. Le hablé de mis ambiciones y trató de convencerme de que aceptara cien libras al año para continuar mis estudios. Le dije que no podía, aunque estaba agradecido.

—Conseguiré trabajo tan pronto como esté fuerte —dije, pero su afecto generoso me llegó al alma y cuando me dijo que mi hermana también había estado de acuerdo en darme esa asignación, sólo pude menear la cabeza y darle las gracias. Esa tarde me acosté temprano y él vino conmigo y se sentó a mi lado. Dijo que el consejo del médico era que me tomara un largo descanso. Cada vez que cerraba los ojos, extrañas luces coloreadas pasaban frente a mí, de modo que le pedí que se tendiera a mi lado y me tomara la mano. De inmediato lo hizo y, con su mano en la mía, me quedé dormido como un leño hasta las siete de la mañana siguiente. Me desperté perfectamente bien y refrescado y quedé impresionado al ver que el rostro de mi padre estaba extrañamente agotado y blanco, y cuando trató de salir de la cama estuvo a punto de caer. Entonces vi que había estado acostado toda la noche sobre el larguero de metal de la cama, por no arriesgarse a molestarme para que le dejara más espacio. Desde ese momento hasta el fin de su vida noble y generosa, que se produjo unos veinticinco años más tarde, sólo tengo para él palabras de alabanza y admiración.

Tan pronto como comencé a tomar nota de las cosas, observé

que Lizzie ya no se acercaba a mi dormitorio. Un día le pregunté a mi hermana qué había sido de ella. Para mi estupefacción, mi hermana estalló demostrando un apasionado disgusto.

—Mientras estabas inconsciente —gritó— y el médico te tomaba el pulso a cada minuto, preguntó si podía conseguir que se le preparara una receta en seguida. Quería inyectarte morfina, dijo, para detener o controlar la carrera de tu corazón. Escribió la prescripción y envié a Lizzie con ella, diciéndole que se apresurara tanto como pudiera, porque tu vida podía depender de ella. Cuando pasaron diez minutos y no regresó, conseguí que el doctor volviera a escribir y mandé a papá. La trajo en la mitad del tiempo. Pasaron las horas y Lizzie no regresaba. Se había ido antes de las diez y no regresó hasta casi la una. Le pregunté dónde había estado. ¿Por qué no había regresado antes? Me contestó fríamente que había estado escuchando la banda. Yo estaba tan escandalizada y enojada, que no quise que se quedara ni un momento más. La eché de inmediato. ¡Piénsalo! ¡No tengo paciencia con esos brutos sin corazón!

La indiferencia de Lizzie me pareció todavía más extraña a mí que a mi hermana. He observado a menudo que las chicas son menos consideradas que los muchachos, a menos que esté comprometido su afecto, pero realmente yo creía haberme ganado por lo menos a Lizzie. Sin embargo, el caso es tan singular que lo relato por lo que pudiera servir.

Durante mi convalecencia, que duró tres meses, Molly fue a hacer una visita a unos amigos. En ese momento lo lamenté. Ahora, mirando atrás, no tengo dudas de que se fue para librarse de un compromiso que pensaba erróneo. Al extrañarla, estuve tonteando con su hermana Kathleen, más joven y bonita, que era más sensual y más afectuosa que Molly.

Algo más tarde, Molly fue a Dresde a quedarse con una hermana mayor, casada. Desde allí me escribió pidiéndome que la dejara libre, y yo acepté muy gustoso. En realidad, por entonces ya sentía más cariño real por Kathleen que por Molly.

Mientras me recuperaba, conocí a un joven de Oxford que afirmaba estar atónito ante mis conocimientos de literatura, y que vino un día con la noticia de que Grant Alien, el escritor, había renunciado a su trabajo como profesor de literatura en el Brighton College.

—¿Por qué no lo solicita? Son unas doscientas libras al año y no creo que se lo rehúsen.

Le escribí de inmediato a Alien, hablándole del trabajo y de mi enfermedad, y pidiéndole que me enviara una carta de recomendación si pensaba que era lo apropiado. A vuelta de correo recibí una carta suya recomendándome de la manera más calurosa. Envié esta carta, junto con otra del profesor Smith, de Lawrence, al doctor Bigge, el director, y este me contestó pidiéndome que fuera a verlo a Brighton. Cuarenta y ocho horas después estaba allí y fui aceptado, aunque él pensaba que parecía demasiado joven como para mantener la disciplina. Pronto comprendió que sus temores eran imaginarios, porque yo podría haber puesto orden en una jaula de hienas.

Un largo libro no llegaría a agotar mi año como maestro en el Brighton College, pero sólo hay dos o tres incidentes que merece la pena contar aquí, porque afectaron mi carácter y su desarrollo. En primer lugar, en cada clase de treinta muchachos descubrí cinco o seis con capacidad real, y en toda la escuela sólo tres o cuatro con cerebros privilegiados y bien dotados, además, en modales y espíritu. Pero de cada diez, seis eran estúpidos y obstinados, y a estos los dejé enteramente librados a sí mismos.

El doctor Bigge me advirtió en un informe fijado a la pizarra del sexto curso, que mientras algunos de mis alumnos mostraban grandes adelantos, la vasta mayoría no exhibía ninguno. Fui a verlo inmediatamente y le llevé mi renuncia escrita para ponerla en vigencia en el momento que quisiera.

—No puedo molestarme con los tontos que ni siquiera desean aprender —dije—, pero haré cualquier cosa por los otros.

Creo que le gustaba a la mayor parte de los muchachos aventajados, y un pequeño incidente característico vino en mi ayuda. Había un maestro llamado Wolverton, un hombre de Oxford hijo de un archidiácono bien conocido, que a veces salía conmigo al teatro o a la pista de patinaje de West Street. Una noche, en la pista, me llamó la atención sobre un joven con sombrero de paja que salía acompañado de una mujer.

—¡Mire eso —dijo Wolverton— allí va Fulano, con nuestros colores y con una mujer! ¿Lo ha visto?

—No presté demasiada atención —repliqué— pero seguramente

no hay nada extraordinario en el hecho de que un muchacho del sexto curso pruebe sus alas fuera del nido.

En la siguiente reunión de maestros, para mi horror, Wolverton relató el incidente y terminó declarando que a menos que el muchacho pudiese dar el nombre de la mujer, debía ser expulsado. Me nombró como testigo.

Yo me puse de pie en seguida y dije que era demasiado miope como para distinguir a un muchacho a la mitad de esa distancia y me negué a ser utilizado de ninguna manera.

El doctor Bigge pensaba que la ofensa era grave.

La moral de un muchacho —declaró— era la parte más importante de su educación. Había que seguir el asunto hasta el fin. Pensaba que, reflexionándolo, yo no negaría que había visto a un muchacho esa noche, con los colores del colegio y en compañía sospechosa.

Entonces me puse en pie y hablé: todo el grupo me parecía formado por simples hipócritas.

—En la propia casa del doctor —dije— donde preparo mis clases, podría darle una lista de muchachos que son amantes reconocidos, hasta notorios, y en tanto que la escuela se cierre los ojos a ese vicio, no tomaré parte en la persecución de alguien que ceda a una pasión legítima y natural.

Apenas había terminado de decirlo cuando Cotteril, hijo del obispo de Edimburgo, se puso de pie y me pidió que limpiara su casa de esa sospecha odiosa e insoportable.

Yo contesté en seguida que en su casa había una pareja conocida como «los inseparables» y seguí declarando que mi pelea era con el sistema de pensionado y no con los maestros como individuos que, estaba dispuesto a creer, hacían todo lo que podían.

El vicerrector, doctor Newton, fue el único que reconoció incluso mis buenas intenciones. Salió de la reunión conmigo y me aconsejó consultar con su esposa. Después de esto, fui prácticamente boicoteado por los maestros. Me había atrevido a decir en público lo que Wolverton y los otros habían aceptado una docena de veces en reuniones privadas.

La señora Newton, esposa del vicerrector, era uno de los líderes de la sociedad de Brighton. Era lo que los franceses llaman *une maîtresse-femme*, con una inclinación natural al liderazgo. Me

aconsejó que armara clases de literatura para jovencitas en los medios días libres de cada semana; fue lo bastante bondadosa como para enviar las circulares y prestar su comedor para mis primeras clases. Una semana después tenía cincuenta alumnas que me pagaban media corona por lección y pronto descubrí que sacaba diez libras semanales, además de mi paga. Ahorré cada penique y así, en un año, conseguí la libertad económica.

En cada crisis de mi vida he sido ayudado por buenos amigos que lo han hecho por pura gentileza, al precio de tiempo y problemas. Smith me ayudó en Lawrence y la señora Newton en Brighton, por simple simpatía humana.

Antes de esto había conocido a un hombre llamado Harold Hamilton, gerente del London County Bank, me parece, de Brighton. Le divertía ver con cuanta rapidez y regularidad crecía mi cuenta. Pronto le confié mis planes y mis intenciones: fue todo comprensión. Le presté libros y su hija Ada asistía a todas mis clases.

En el momento oportuno para mí, estalló la guerra entre Chile y Perú. Los bonos chilenos cayeron de 90 a 60 puntos. Vi a Hamilton y le aseguré que si dejaban sola a Chile, podría vencer a toda Sudamérica. Me aconsejaba que esperara. Un poco más tarde, Bolivia se unió a Perú y los bonos chilenos cayeron a 43 o 44. De inmediato, fui a ver a Hamilton y le pedí que comprara bonos chilenos con todo lo que poseía, sobre un margen de tres o cuatro. Después de mucho hablar, hizo lo que le pedía, con un margen de diez. Una quincena más tarde llegaron las noticias de la primera victoria chilena, y los bonos chilenos llegaron a 60 y continuaron aumentando sin cesar. Vendí a más de 80, obteniendo dos mil libras con mis quinientas. Para Navidad, era otra vez libre de proseguir mis estudios con tranquilidad. Hamilton me dijo que había seguido mi intuición un poco tarde, pero que había obtenido más con una inversión mayor.

Ahora debo relatar los más importantes acontecimientos que tuvieron lugar en Brighton. Ya he contado en un retrato que hice de Carlyle, publicado por Austin Harrison en la «English Review» hace unos doce años, cómo fui una mañana de domingo a Chelsea, a visitar a mi héroe, Thomas Carlyle. Allí dije también cómo más de un domingo lo encontré durante el paseo que daba a lo largo del

dique de Chelsea, y cómo por lo menos una vez me habló de su esposa y admitió su impotencia.

En el retrato que hice de él, sólo di el resumen de algunas charlas, porque no era necesario subrayar los rasgos mediante la repetición, pero me inclino ahora a agregar algunos detalles, porque todo lo que tiene que ver con Carlyle es de interés permanente.

Cuando le conté cómo me había afectado la lectura del discurso de Emerson a los estudiantes del Dartmouth College y cómo, de alguna manera, me había obligado a abandonar la práctica legal y volver a Europa a estudiar, me interrumpió, excitado:

—Recuerdo bien haberle leído esa página a mi esposa, diciéndole que no había nada igual en cuanto a pura nobleza, desde que Schiller había dejado de hablar. Tiene gran poder. ¿De modo que le hizo empezar una nueva vida?… No me extraña… Era un gran reclamo.

Después de esto, Carlyle pareció sentir simpatía por mí. Y en nuestra despedida final, cuando me iba a Alemania a estudiar, me deseó:

—Buena suerte y buena cosecha en el camino —volvió a hablar de Emerson y de la pena que había sentido al separarse de él. Profunda, profunda pena y dolor, y agregó poniendo sus manos en mis hombros—: «Lamentando más que nada el hecho de que no volverían a ver su rostro».

Recordé el pasaje y grité:

—Oh, señor, yo debería haber dicho eso, porque mía es la pérdida, mía la inexpresable desdicha ahora —y a través de mis lágrimas vi que sus ojos también estaban húmedos.

Acababa de darme una carta para J. A. Froude, el historiador, «el bueno y gentil Froude» que, estaba seguro, me ayudaría para alcanzar cualquier posición literaria «si yo me he ido, como es probable», y a su debido tiempo Froude me ayudó, como relataré en el lugar apropiado.

Mi semblanza de Carlyle fue ferozmente atacada por un pariente, Alexander Carlyle, que evidentemente creía que yo había conocido la debilidad de Carlyle, gracias a unas revelaciones hechas por Froude en 1904. Pero, afortunadamente para mí, sir Charles Jessel, el jurista, recordó una comida en el Garrick Club, ofrecida por él en 1886 o 1887, en la que estábamos presentes el cirujano sir

Richard Quain y yo mismo. Jessel recordaba claramente que esa noche yo había relatado la historia de la impotencia de Carlyle para explicar la tristeza de su vida matrimonial y después había afirmado que la confesión me la había hecho el propio Carlyle.

Durante esa cena, sir Richard Quain dijo que había sido médico de la señora Carlyle y que más tarde me diría exactamente qué le había confesado ella. Aquí está el relato de Quain, tal como lo hizo esa noche en un reservado del Garrick. Dijo lo siguiente:

—Hacía años que era amigo de los Carlyle. Para mí él era un héroe, uno de los hombres más sabios y mejores. Ella era singularmente ingeniosa y mundana y me gustaba incluso más que el sabio. Una tarde la encontré tendida en el sofá, presa de grandes dolores. Cuando le pregunté qué le dolía, me indicó la parte baja del vientre y yo supuse de inmediato que debía ser algún problema conectado con la menopausia. Le rogué que subiera a su dormitorio, diciéndole que yo subiría quince minutos después y la examinaría, asegurándole que estaba convencido de poder ofrecerle alivio inmediato. Subió. Unos diez minutos después, pregunté a su marido si deseaba subir conmigo. Él contestó con su fuerte acento escocés, que tenía siempre una nota emotiva.

—No tengo nada que ver con eso. Arréglenselas.

Entonces subí y golpeé la puerta del dormitorio de la señora Carlyle. No hubo respuesta. Traté de entrar. La puerta estaba cerrada y al no recibir respuesta, bajé las escaleras y salí de la casa. Me mantuve alejado una quincena, pero cuando regresé una tarde quedé horrorizado al ver lo enferma que parecía la señora Carlyle, tendida en el sofá y pálida como la muerte.

—¿Está usted peor? —pregunté.

—Mucho peor y más débil —contestó.

—¡Criatura tonta y obstinada! —grité—. Soy su amigo y su médico y cualquier cosa menos estúpido. Estoy seguro de poder curarla y usted prefiere sufrir. Es tonto de su parte… Suba ahora y piense en mí sólo como su médico —y la levanté, ayudándola a llegar a la puerta. La sostuve para que subiera las escaleras y cuando llegamos a la puerta de su habitación, dijo:

—Deme diez minutos, doctor, y estaré lista. Le prometo no volver a cerrar la puerta.

Con esta seguridad, esperé y diez minutos después golpeé la

puerta y entré. La señora Carlyle estaba tendida en la cama con un chal de lana blanca en torno a su cabeza y su rostro. Pensé que era una afectación absurda en una anciana mujer casada, de modo que decidí tomar medidas drásticas. Subí la luz, puse la mano bajo su vestido y de un tirón lo levanté por encima de su cabeza. Le separé las piernas, la arrastré hasta el borde de la cama y comencé a insertar el espéculo en su vulva. Encontré un obstáculo… miré… e inmediatamente exclamé:

—¡Pero cómo, es usted virgo intacta!

Ella se quitó el chal de la cabeza y dijo:

—¿Qué esperaba?

—Cualquier cosa menos eso —dije— en una mujer con veinticinco años de matrimonio.

Pronto descubrí la causa de su trastorno y la curé o mejor dicho, la extirpé. Esa noche descansó bien y al día siguiente, cuando fui a verla, era otra vez la persona alegre y rebelde que conocía. Un poco después me contó su historia.

Después de la boda —dijo— Carlyle estaba extraño, parecía muy nervioso e irritable. Cuando llegamos a la casa, cenamos y alrededor de las once de la noche dije que me iría a la cama, porque estaba algo cansada. Él asintió y farfulló algo. Puse mis manos en sus hombros al pasar a su lado y dije: «Querido, ¿sabes que no me has besado ni una vez en todo el día… en este día entre todos?», y me incliné y apoyé mi mejilla contra la suya. Me besó, pero dijo: «¡Vosotras, las mujeres, siempre estáis besando… pronto subiré!». Obligada a contentarme con esto, subí, me desvestí y me metí en la cama. ¡Ni siquiera me había besado por propia iniciativa en todo él día! Un poco más tarde subió, se desvistió y se metió en la cama junto a mí. Yo esperaba que me tomara en sus brazos y me besara y me acariciara. Pero nada, se quedó allí, como moviéndose. («Imaginé lo que quería decir», dijo Quain, «el pobre diablo, aterrorizado, estaba tocándose…»). Reflexioné un tiempo —continuó la señora Carlyle—; en un momento deseaba besarlo y acariciarlo; al minuto siguiente me sentía indignada. De pronto se me ocurrió que en ninguna de mis esperanzas y fantasías sobre la primera noche me había siquiera acercado a la realidad. Silencioso, el hombre yacía allí moviéndose, moviéndose. De pronto rompí a reír. ¡Era demasiado espantoso, demasiado absurdo! De inmediato

salió de la cama con una sola palabra burlona: «¡Mujer!» y fue a la habitación contigua. Nunca volvió a mi lecho. Y sin embargo es uno de los hombres mejores y más nobles del mundo, y si hubiera sido más expansivo y me hubiera dicho más a menudo que me amaba, yo hubiera podido perdonarle fácilmente cualquier debilidad física. El silencio es el peor enemigo del amor, y después de todo, jamás me puso celosa, salvo un corto tiempo con lady Ashburnham. Supongo que he sido con él tan feliz como podría haberlo sido con cualquiera, y sin embargo… Esta es mi historia —dijo Quain para terminar— y se la doy como regalo. Aun en los Campos Elíseos estaría contento de estar en compañía de los Carlyle. ¡Eran una gran pareja!

Una escena más. Cuando le conté a Carlyle cómo había hecho unas dos mil quinientas libras en un año y le conté además que un banquero me ofrecía la casi certidumbre de una gran fortuna si compraba con él cierta mina de carbón en Tunbridge Wells (era el plan favorito de Hamilton), quedó muy sorprendido.

—Quiero saber —continué— si piensa usted que haré algo que valga la pena en literatura; si es así, haré lo que pueda. De otro modo, tendré que hacer dinero en lugar de perder tiempo transformándome en otro escritor de segunda.

—Nadie puede decirle eso —dijo lentamente Carlyle—. ¡Tendrá suerte si llega a saberlo antes de morir! Creí que mi Frederick era una gran obra; sin embargo, el otro día usted me dijo que lo había enterrado bajo doce volúmenes, y es posible que tenga razón. ¿Pero he hecho alguna vez algo que valga la pena?

—Seguro —interrumpí, dolorido por mi sarcasmo—, sin duda. Su *French Revolution* debe vivir, y *Heroes and Hero Worship* y *Latter Day Pamphlets* y… y…

—¡Es bastante! —gritó—. ¿Está seguro?

—Muy, muy seguro —contesté.

Y entonces dijo:

—Puede estar igualmente seguro de su propio lugar, porque todos podemos alcanzar aquellas alturas que somos capaces de otear.

A la historia de la historia de mi vida

Apenas había puesto la palabra «Fin» al término de este libro, cuando todas sus faltas, tanto de omisión como de comisión, se levantaron en enjambre y me robaron parte de la alegría del trabajo.

Pasarán por lo menos seis o siete años antes de que sepa si el libro es bueno y digno del trabajo de una vida o no, y sin embargo la necesidad me obliga a publicarlo de inmediato.

¿Acaso no necesitó Horacio nueve años para juzgar su obra?

En consecuencia, deseo que el lector conozca mi intención. Quiero darle la llave, por así decirlo, que conduce a esta cámara de mi alma.

En primer lugar quise destruir, o al menos calificar, la opinión universal de que en la juventud el amor es todo romance e idealismo. Todos los maestros lo pintan coronado de las rosas de la ilusión: Julieta sólo tiene catorce años; Romeo, habiendo perdido su amor, se niega a vivir; Goethe sigue los pasos de Shakespeare con su Mignon y su Margarita; incluso Heine, el gran humorista y Balzac, a quien se llama realista, siguen la misma convención. Y sin embargo me parece absolutamente falso con respecto a la niñez y primera juventud del macho, digamos desde los trece hasta los veinte años. La urgencia sexual, la lujuria de la carne, eran tan poderosas en mí, que sólo era consciente del deseo. Cuando la bolsa de veneno de un crótalo está llena, la serpiente golpea todo lo que se mueve, hasta las hojas de hierba; el pobre animal está ciego y dolorido con la carga excesiva. En mi juventud yo también estaba ciego a causa del exceso de semen.

A menudo digo que me fue preciso llegar a los treinta y cinco años para ver una mujer fea; es decir, una mujer que no deseara. A comienzos de la pubertad, todas las mujeres me tentaban. Y las niñas aún más.

Entre los veinte y los veintitrés años comencé a distinguir las cualidades del cerebro, el corazón y el alma. Para sorpresa mía,

preferí Kate a Lily, aunque Lily me deparaba sensaciones más intensas. Rose me excitaba muy poco y sin embargo sabía que poseía cualidades raras, mejores aún que las de Sophy, quien me parecía una compañera de lecho inigualable.

Desde entonces, los encantos del espíritu, el corazón y el alma fueron atrayéndome con magnetismo creciente, superando los placeres de los sentidos, aunque la belleza plástica ejerce sobre mí tanta fascinación hoy como hace cincuenta años. No conocí la ilusión del amor, la bruma rosada de la pasión, hasta los veintisiete años, y quedé intoxicado durante varios años. Pero esa historia queda para mi segundo volumen.

Extraño es decirlo, pero mis amores hasta que abandoné América sólo me enseñaron aquellos refinamientos de la pasión que se conocen en estos Estados.

Francia y Grecia me instruyeron con respecto a todo lo que Europa tiene para enseñar. Ese conocimiento más profundo queda también para el segundo volumen, en el cual relataré cómo una joven francesa superó el arte de Sophy, en la misma medida en que el de Sophy superó la entrega ingenua de Rose.

Pero no fue hasta después de los cuarenta años, después de hacer mi segundo viaje alrededor del mundo, que aprendí en la India y Birmania los altos misterios de los sentidos y la maestría más profunda del oriente inmemorial. Espero poder contarlo todo en un tercer volumen, junto con mi visión de la política europea y mundial. Después, es posible que hable en un cuarto volumen del quebranto de mi salud, mi recuperación y mi encuentro de una perla entre las mujeres, que me enseñó lo que verdaderamente significa el afecto, los tesoros de ternura, dulce sabiduría y abnegación que constituyen el alma de una mujer. Virgilio puede conducir a Dante a través del Infierno y el Purgatorio, pero es Beatriz quien puede mostrarle el Paraíso y guiarlo hacia lo Divino. Habiendo aprendido la sabiduría de las mujeres —absorber y no razonar—, habiendo experimentado el irresistible poder de la gentileza y la piedad espiritual, puede que hable de mis comienzos en la literatura y el arte, de cómo alcancé las primeras líneas y trabajé con mis pares, disfrutando de sus logros y creyendo siempre que los míos eran mayores. Sin esta bendita convicción, ¿cómo hubiera podido soportar el trabajo o la vergüenza o enfrentar la

soledad del Jardín o llevar la cruz de mi propia Crucifixión? Porque la vida de todo artista comienza en la alegría y la esperanza y termina en las sombras amortajadas de la duda y la derrota y el escalofrío de la noche eterna.

En estos libros, como en mi vida, habrá un crescendo de interés y comprensión. Primero me ganaré los oídos y los sentidos de los hombres, después sus mentes y corazones y finalmente sus almas. Porque les mostraré todas las cosas bellas que he descubierto en el peregrinaje de la Vida, y también todas las cosas dulces y adorables, para animarlos y alegrarlos y también a aquellos que me seguirán, mis pares, cuyos pasos parezco escuchar ya. Y diré lo menos que pueda sobre derrotas y caídas y desgracias, salvo lo que sea necesario como advertencia, porque lo que más necesitan los hombres en la vida es coraje; coraje y amorosa gentileza.

¿No está escrito en el Libro del Destino que aquel que da más recibe más y acaso no resultaría que, si decimos la verdad, recibimos más amor del que damos? ¿No somos todos deudores de la infinita generosidad de Dios?

FRANK
HARRIS
The Catskill Mts., 25 de agosto de 1922.

Notas

[1] Versos iniciale de *The Lie*, de Sir Walter Raleigh. < <

[2] Charles Reade (1814-84), autor de *The Cloister and the Hearth*, del cual se habla más ampliamente en el volumen II. < <

[3] *Wallestein*, de Schiller, Parte I «Piccolomini», Acto II. < <

[4] *The Garden of Love*, William Blake. < <

[5] En los volúmenes I y II, Harris habla extensamente de George Meredith (1828-1909). < <

[6] Poema de William Cullen Bryant. < <

[7] Todos ellos son escritores ingleses de novelas de aventuras. < <

[8] Nacido en 1825. Después de haber sido herido en Ballingarry en 1848, escapó a Francia y de allí a América, donde intervino en la fundación de la Hermandad Feniana. Regresó a Irlanda y fue obligado a huir otra vez en 1865. En 1886 se le permitió regresar a Dublín, donde murió, en 1901. < <

[9] *Rob Roy*, de Sir Walter Scott. < <

[10] En inglés la palabra «sucio», *dirty*, rima con *Gertie*. De ahí el juego de palabras. *(N. de la T.)* < <

[11] Correctamente escrito: «Burley», en *Old Mortality* (1816). < <

[12] *The Analogy of Religión, Natural and Revealed, to the Constitution and Course of Nature*. La *Analogy* del obispo Joseph Butler (1692-1725). < <

[13] Thomas Henry Huxley (1825-95). < <

[14] El ensayo *Of Miracles*, de David Hume (1771-76), pertenece a su *Enquiry Concerning Human Understanding* (1748). < <

[15] Notable actor al que Harris menciona con frecuencia. < <

[16] Comedia en tres actos de J. Albery. < <

[17] Esta cita pertenece a Warren Hastings. < <

[18] Londres, 1908 y Nueva York, 1900. Tiene como fondo los disturbios de Haymarket. < <

[19] Sin duda, un error tipográfico no advertido. < <

[20] Desde entonces me he enterado de que en Alemania el estado exige que se suministre diez veces más aire puro del que nos daban a nosotros, y en consecuencia las serias enfermedades que en nuestro caso constituían el ochenta por ciento cada tres meses, se han reducido al ocho. Según parece, el gobierno paternalista tiene sus ventajas. *(N. del A.)* < <

[21] En castellano en el original. *(N. de la T.)* < <

[22] En castellano en el original. *(N. de la T.)* < <

[23] Londres y Nueva York, 1930. < <

[24] En castellano en el original. *(N. de la T.)* < <

[25] Este es probablemente, un añadido de Harris en un ejemplar del Volumen I. < <

[26] Problablemente, un añadido de Harris en un ejemplar. < <

[27] Según cuentas anteriores, había ganado dinero. Debe tratarse de una cuenta parcial. < <

[28] En su madurez, Harris medía sólo cinco pies y seis pulgadas. < <

[29] John James Ingalls (1833-1900). Fue Senador de 1873 a 1891. < <

[30] El verbo *to sink*, utilizado aquí, puede significar alternativamente «sentarse» o «hundirse». *(N. de la T.)* < <

[31] En realidad, diez. < <

[32] El estudiante de medicina nihilista en *Padres e hijos*, de Turgueniev. < <

[33] Juez inglés que encarceló a Harris por desacato. < <

[34] Juego de palabras entre *distraction* (distracción, confusión, locura) y *destruction* (destrucción), cuyas pronunciaciones son muy similares. *(N. de la T.)* < <

[35] Juego de palabras entre *holidays* (vacaciones) y *holy days*, días santos y, por lo tanto, festivos. *(N. de la T.)* < <

[36] Librepensador inglés y extremista político. < <

[37] Estas líneas están mezcladas en el texto del ejemplar que Harris hizo imprimir privadamente. Lo que aparece aquí es una mezcla de este y del texto expurgado, publicado en Estados Unidos en 1920. < <

[38] Léase «y también…», porque Harris no cita los versos siguientes según su orden. En realidad, los versos citados más arriba vienen a caer dentro de las elipsis. < <

[39] *Tus* labios son como una hilera de murajes y tu discurso atractivo, etc. < <

[40] «Eres hermoso, oh mi amor, como Tirgah, atractivo como Jerusalén, *terrible* como un ejército con banderas». < <

[41] Albacea literario de Whitman. < <

[42] Erudito inglés, autor del hoy clásico *Renaissance in Italy* (1876-86). < <

[43] De «Literary Ethics», conferencia pronunciada ante las Sociedades Literarias del Dartmouth College, el 24 de julio de 1838. < <

[44] Localidad en la que el ejército británico, de 500 hombres, fue derrotado por tropas bóers en 1881. < <

[45] Estatuas de Guillaume Coustou. <<